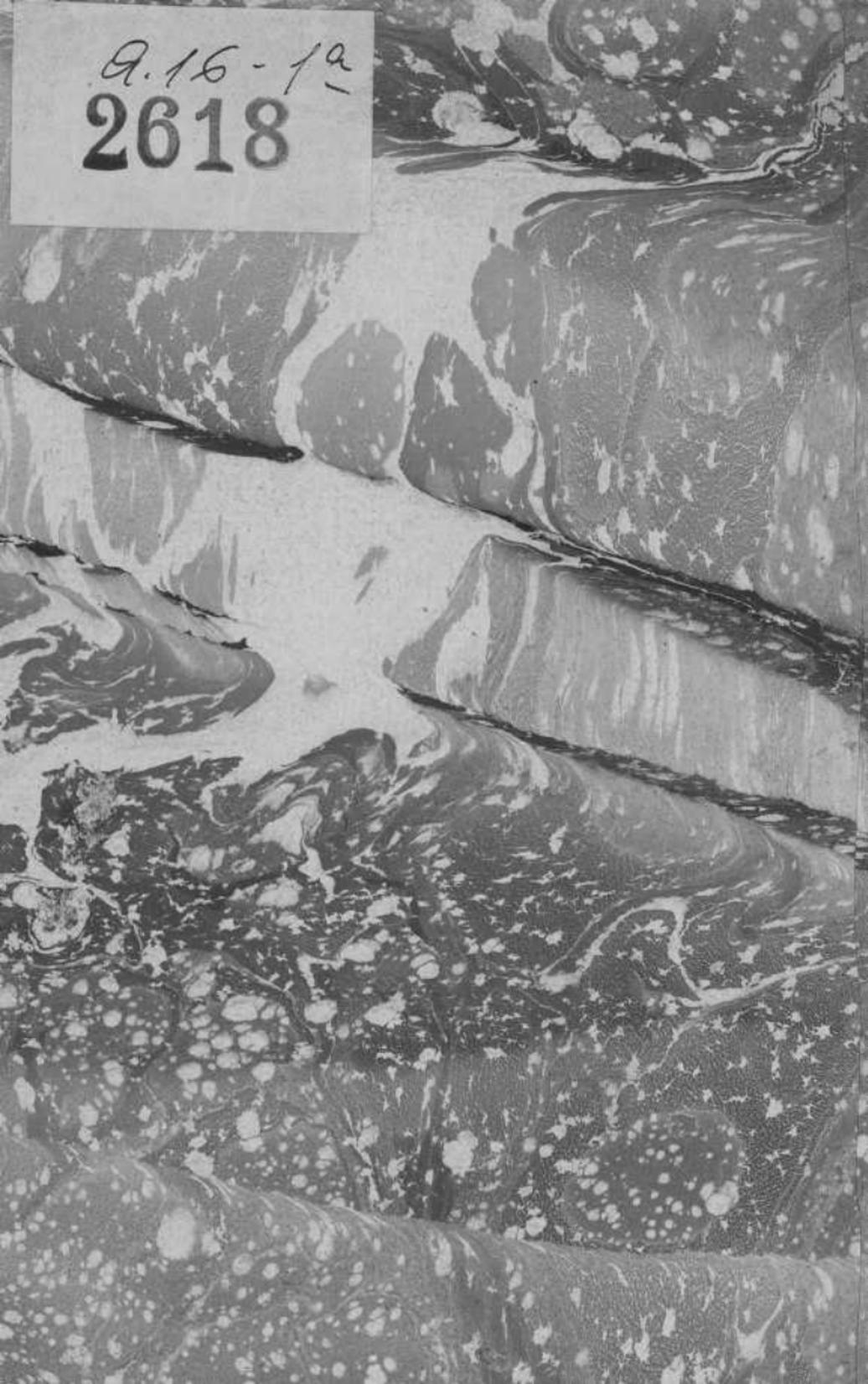




Q. 16 - 1a
2618





9.^o tom. de la Biblioteca



BIBLIOTECA CATÓLICA.

COLECCION SELECTA Y ECONÓMICA

DE LAS MEJORES OBRAS DE RELIGION Y DE MORAL,
ANTIGUAS Y MODERNAS, NACIONALES Y EXTRANJERAS,

ÚTIL Á TODA CLASE DE PERSONAS.

publicada bajo los auspicios del

EXCELENTÍSIMO É ILUSTRÍSIMO SEÑOR

DON PEDRO MARTINEZ DE SAN MARTIN,

Obispo de Barcelona.

RECOMENDADA POR EL EXCELENTÍSIMO É ILUSTRÍSIMO SEÑOR

DON JUAN JOSE BONEL Y ORBE,

Obispo de Córdoba, Patriarca de las Indias.

DEDICADA Á LA REINA DOÑA ISABEL II,

protegida por SS. MM.,

y bajo la direccion de

D. J. Roca y Cornet y D. J. Rubio,

REDACTOR EL PRIMERO DE LA RELIGION.

TOMO IX.

TRATADO

DE LOS

PRINCIPIOS DE LA FE CRISTIANA.

II.



BIBLIOTECA CATOLICA

COMISION SELECTA Y ECONOMICA

DE LOS SEÑORES CONDE DE BERNARDI Y DE VALLA

ANTONIO TORRENTS, SECRETARIO Y EXAMINADOR

DE LA TODA CLASE DE LIBROS

QUE SE DEBE DE TENER

EN CUALQUIERA DE LAS BIBLIOTECAS

DE DON PEDRO MARTINEZ DE SAN MARTIN

DE LA CIUDAD DE MADRID

COMISIONADA POR EL EXCELENTISIMO REY DON CARLOS III

DE DON JUAN JOSE BAYLE Y ORDE

DE LA REAL ACADEMIA DE LAS CIENCIAS

DEBIDA A LA REINA DONA ISABEL II

DE LA CIUDAD DE MADRID

EN MADRID

D. J. Hoch y Compañía y D. J. Hübner

DE LA CIUDAD DE MADRID

TOMO IX

TRATADO

DE LOS

DE LA CIUDAD DE MADRID



TRATADO
DE LOS PRINCIPIOS
DE LA FE CRISTIANA,
POR EL ABATE DUGUET.

TRADUCCION LIBRE,

escrupulosamente revisada por la Autoridad eclesiástica,
y enriquecida con algunos apéndices

por D. Joaquin Roca y Cornet,

redactor de LA RELIGION.

TOMO II.



Barcelona.

IMPRENTA DE D. JUAN OLIVERES, EDITOR,
CALLE DE ESCUDELLERS, N. 53.

1845.

TRATADO

DE LOS PRINCIPIOS

DE LA FE CRISTIANA.

POR EL ABATE DEBERT.

TRADUCCION LIBRE.

compañamiento de versos por la Academia de Ciencias
y correspondencia con algunas autoridades.

por D. Joaquín Boscá y Corral.

IMPRESION DE LA BIBLIOTECA

DE LA BIBLIOTECA



Barcelona.

IMPRESA DE D. JUAN OLIVERES, EDITOR.

CALLE DE SERRAVALLO, N. 27.

1843.

CAPITULO XXV.

Continuacion de la misma materia. — Figura sexta: Isaac.

—Figura séptima: *Adan dormido, Eva sacada de su costado.* —Figura octava: *Cordero Pascual cuya sangre garantiza las casas de los Hebreos.* —Figura nona: *La entrada del Santuario prohibida hasta á los sacerdotes, permitida una sola vez al año al soberano Pontifice cuando llevaba la sangre de las victimas.* —Figura décima: *Sacrificios cuya sangre era llevada al interior del tabernáculo y arrojada siete veces con el dedo contra el segundo velo.*

ARTICULO I.

Figura sexta.

Isaac.

El misterio de Jesucristo ofreciéndose por la salud de los hombres, y resucitando lleno de gloria, es tan profundo, y reúne tantas maravillas, que no puede ser dignamente representado por un solo cuadro. Menester es que concurren á ello muchas figuras; que añadan las unas lo que falta á las otras, y que tengan todas caracteres singulares, los cuales no pueden concurrir en ninguna otra imitacion fuera de la verdad, única que puede reunirlos todos.

En la muerte aparente de José, y en la muerte real de Abel no vemos mas que el crimen de los hombres. No aparecen ni en una ni en otra la voluntad del Padre que para nosotros entrega su Hijo á la muerte, ni la obediencia del Hijo para nuestra salud. Resaltan empero ambas circunstancias de un modo admirable en el sacrificio de Isaac.

Este hijo amado, este hijo único, solo heredero de las promesas, en quien debian ser benditas todas las generaciones,

está destinado á la muerte por su propio padre. Él le sigue hasta el monte Moria (1), que forma parte de la del Calvario, y lleva sobre sus espaldas la leña sobre la cual ha de ser inmolado. Consiente en ser atado sobre ella por su padre, sin resistencia, y hasta sin desplegar sus labios. Obedece, y calla: por su parte está ya consumado el sacrificio. Muere en figura y por sus disposiciones. Dios que habia exigido su vida es el que se la devuelve, y quien en cierto modo le resucita despues de su sacrificio. Y despues de esta inmolacion y de esta resurreccion es cuando Isaac se hace padre. No toma esposa (2) sino despues de haberse ofrecido, y lo que parecia un obstáculo á la ejecucion de las promesas, pone á ellas el sello, y en los designios de Dios es el único medio de cumplirlas. Pues entonces fue cuando Dios añadió á la promesa el juramento (3); y cuando declaró que él concedia á la obediencia de Abraham y á la de Isaac, no solo la multiplicacion de la familia de Abraham, sino tambien la bendicion de todas las naciones por el hijo que de él naceria.

Los criados que los habian acompañado una parte del camino tuvieron orden de retirarse, y no continuaron hasta la montaña (4). Aquel sacrificio fue para ellos un secreto y un misterio; no conocieron ni la voluntad del padre, ni la obediencia voluntaria del hijo, siendo en esto una figura de todos aquellos á quienes el misterio del sacrificio de Jesucristo en su parte mas augusta y mas divina quedó del todo desconocido.

Y despues de una figura tan sensible y tan parecida, ¿quién puede ya ignorar quien es el verdadero Isaac, y quien es el Padre á quien Abraham representaba? ¿Quién no ve que los hombres en el sacrificio de Jesucristo no fue-

(1) Gen. 22. 2. segun el hebreo. Es sabido que el templo fué edificado sobre esta montaña que se hallaba unida á la del Calvario.

(2) Véase el cap. 24. del Génesis.

(3) *Per memetipsum juravi, dixit Dominus.* etc. Gen. 22. 16. 17. 18.

(4) *Dixit Abraham ad pueros suos: Expectate hic cum asino.* Gen. 23. 5.

ron sino los ministros y los ejecutores de un consejo eterno; que tan solo pusieron sobre sus hombros el madero voluntariamente escogido por él; en el cual fue clavado porque quiso, muriendo en él para resucitar y para cumplir las promesas; y por último, y que por lo mismo de parecer un obstáculo á la multiplicacion de su familia, le plugo fundar sobre este misterio su Iglesia, y colmarla de sus bendiciones.

ARTICULO II.

Figura séptima.

Adan dormido: Eva sacada de su costado.

Adan habia sido desde el principio del mundo el profeta y la figura de los mismos misterios.

Antes que Dios (1) le hubiese enviado un sueño ó letargo mas parecido á la muerte que á un sueño ordinario, durante el cual le quitó una de sus costillas para formarle una esposa, estaba solo y sin sociedad, aunque rodeado de animales, en quien parecia algun vestigio de inteligencia y de razon, pero únicamente con respecto á las cosas sensibles. Pero al momento de despertarse, que podemos llamar una especie de resurreccion, reconoció (2) su semejanza y su imágen en una esposa que habia tomado origen de su corazon, y á quien habia él dado á luz por un letargo semejante á la muerte, quedando ennoblecida por su propia sangre. Esta madre, animada por el mismo soplo de vida que él, fue la madre de los vivientes (3); y así fue como de la saludable herida del primer hombre procedió su fecundidad y su familia.

(1) Gen. 2. 20.

(2) Ibid. v. 23.

(3) Gen. 3. 20.

Jesucristo, el segundo Adán, estuvo figurado en el primero. Antes de su sueño, es decir, antes de su muerte, ó real, ó prevista, la tierra no tenia otros habitantes que hombres semejantes á las bestias. Nadie se le parecia, nadie era digno de él, y su sabiduría les era desconocida. Mas la abertura hecha á su costado durante su sueño, produjo el nacimiento de una esposa formada en su corazón, y colorada con su sangre. Él la amó al despertarse y la hizo fecunda. Y como estaba llena de su espíritu, le ha comunicado á sus hijos, únicos que pueden llamarse vivientes y discretos en un verdadero sentido.

No temo que personas formales consideren como arbitrarias unas relaciones y semejanzas tan obvias de una parte, y de otra tan singulares. Es evidente que la formación de Eva sacada del costado de Adán, durante un sueño que le privó de toda facultad de sentir, y de toda apariencia de vida, era misterioso. Es evidente tambien que la formación de la Iglesia (nacida del corazón de Jesucristo y que no pudo nacer de él sino despues de la muerte del hombre viejo), fruto de la muerte real del Salvador, es el cumplimiento de un misterio oculto en el sueño de Adán y en el nacimiento de Eva. No hay duda que estos dos prodigios van unidos, y que el uno se hizo para el otro. Sorprende el primero, y con mucha mayor razón cuando se le separa del segundo. Y este causa una sorpresa aun mayor cuando se le aísla del primero, que era su predicción y su figura. Mas la unión del uno y del otro cambia el pasmo en justa admiración y en acción de gracias, y forma una prueba palpable de que los misterios de la muerte y de la resurrección de Jesucristo han sido desde el principio del mundo el objeto principal de los designios de Dios.

ARTICULO III.

Figura octava.

Cordero pascual cuya sangre pone á cubierto las casas de los Hebreos.

Cuando le plugo á Dios libertar á su pueblo del yugo del Egipto, y precisar por un último castigo á los Egipcios á darle la libertad, mandó por medio de Moisés que cada uno de los Hebreos escogiese un cordero el décimo dia del mes de Nisan, que le inmolasen el dia catorce por la tarde, y que tiñese con su sangre las puertas de cada casa, prohibiendo saliese de ella antes que el Angel exterminador hubiese quitado la vida á los primogénitos del Egipto, y á los primogénitos de todos los animales.

Antes de hacer explicacion alguna de ceremonia tan visiblemente misteriosa, pregunto: ¿si es ó no evidente que la vida de los Israelitas dependia de la sangre del cordero pascual (1), y que al mérito de esta y no al de los Hebreos se debe atribuir su seguridad y su libertad? Pregunto: ¿si la diferencia que hace Dios entre estos y los Egipcios se funda ó no únicamente en ser ó no teñidas con esta sangre las puertas de sus casas? Pregunto: ¿si un hebreo saliendo de su casa (2) antes del paso del Angel, está ó no comprendido en la desgracia del Egipto? Pregunto en fin: ¿cuál es el precio y el mérito de un cordero, cuya sangre da infaliblemente la vida á los que son con ella rociados, y que basta no haber recibido su aspersion ó haberla descuidado para verse condenado á la muerte sin distincion de judío ni de infiel.

Aun cuando no hubiese venido aun el Mesías, ¿quién

(1) *Transibo per terram Ægypti nocte illá etc* Exod. 12. 42. 43.

(2) *Nullus vestrum egredietur ostium domus suæ usque mane. Transibit enim Dominus percutiens Ægyptum.* Ibid. v. 2.

podiera poner en duda que semejante misterio le figuraba , debiendo ser él el salvador y el libertador de su pueblo ? ¿Y quién no estaria dispuesto á creer que él le librará y le salvará por la efusion de su sangre, viendo que á la inmolacion de un cordero y á la aspersion de su sangre debe todo Israel su libertad y su vida ?

Con cuanta evidencia está pues manifestado que Jesucristo es el Mesías , y que de él era figura el cordero , no solo porque nos ha librado de la servidumbre de la muerte por la efusion de su sangre , sino porque hasta quiso cumplir las circunstancias exteriores de la figura , habiéndose ofrecido á los Judíos voluntariamente como su víctima pascual el décimo dia de Nisan , haciendo su entrada pública en Jerusalem , y habiendo sido inmolado el dia décimo cuarto entre las dos vísperas , y en el tiempo mismo en que los Hebreos inmolaban el cordero Pascual.

ARTICULO IV.

Figura nona.

La entrada del Santuario prohibida hasta á los sacerdotes ; permitida una sola vez al año al soberano Pontífice , llevando la sangre de las víctimas.

No puede dudarse que el tabernáculo , cuyo plan y proporciones habia dado Dios á Moisés , fuese una imitacion y una figura de un modelo mas sublime y mas augusto (1) , pues todo se habia ejecutado conforme á este original manifestado á Moisés sobre la montaña , y seria un pensar muy grosero el imaginarse que el original fuese material como el tabernáculo , y que la diferencia no consistiese sino en la arquitectura y en los adornos.

(1) Exod. 25. 40.

Este tabernáculo realmente misterioso estaba dividido en dos partes. La primera en que estaban el candelabro, la tabla de los panes de proposicion y el altar de los perfumes, estaba prohibido al pueblo y á los mismos Levitas. Solo los sacerdotes podian entrar en ella, mas por orden, y únicamente en el tiempo de su ministerio. La segunda (1) llamada el Santo de los Santos, en donde estaban el arca de la alianza y el propiciatorio, se hallaba separado de la primera por un velo que estaba siempre suspendido y el solo gran Sacerdote podia entrar allí una vez única al año, despues de la oblation de ciertas víctimas, cuya sangre llevaba á aquel lugar formidable é inaccesible.

Y sin pasar mas allá de esta sencilla exposicion, suplico á cualquier hombre de recto juicio y de sincero corazon, que me diga si no le parece cierto que la segunda parte del tabernáculo en donde está el arca con el propiciatorio, es la figura del cielo en donde Dios reside con toda la plenitud de su augusta majestad; que el velo que priva la entrada del santuario es una figura del obstáculo que impide la entrada del cielo; que el privilegio del soberano Pontífice es una prueba de que se espera otro pontífice; que la imágen de la sangre que lleva aquel al santuario es la imágen de la sangre de otra víctima; que dejando al salir las cosas en el mismo estado; ni su entrada, ni su sacrificio han producido cambio alguno; y volviendo á empezar cada año la misma ceremonia, descubre que es una simple prediccion de lo que algun dia ha de ser su cumplimiento; y que estando reducido á ofrecer siempre las mismas víctimas, declaradas por esto solo insuficientes, mas no pudiendo parecer delante de Dios sino con su sangre, anuncia clarísimamente otro sacerdocio, otro sacrificio y otro mediador.

Consiento en que se olvide por un momento á Jesucristo, si es posible. Pero queda á lo menos demostrado que en tanto que subsista el tabernáculo Dios estará irritado contra

(1) Levit. 16. 2. Exod. 30. 10. Heb. 9. 7. Levit. 16. 17.

los hombres; que el trono de su gracia será inaccesible; que el sacerdocio ilegal será incapaz de aplacarle; que las víctimas cuya sangre será ofrecida probarán únicamente la necesidad de otras víctimas y de otra sangre; y que si el Mesías ha de hacer la felicidad y la gloria de Israel, y ha de reconciliarle con Dios, es preciso de toda necesidad que sea sacerdote, pero de otro modo que Aaron, y que derrame otra sangre que la de los animales.

Entrese despues de esto en el exámen del tiempo en que el tabernáculo, cuya continuacion era el templo, ha cesado; en que tiempo preciso se rasgó el velo que ocultaba la entrada del Santo de los Santos; en que tiempo han finido el sacerdocio y las víctimas legales: y se confesará indispensablemente que toda la ley, su tabernáculo, su sacerdocio, sus víctimas, no han hecho mas que predecir, representar y figurar el sacerdocio y el sacrificio de Jesucristo.

ARTICULO V.

Figura décima.

Sacrificios cuya sangre se llevaba al interior del tabernáculo se arrojaba siete veces con el dedo contra el segundo veio.

Mas como ha de ser para nosotros una verdad capital que todo se halla decidido en favor de la Religion cristiana; si el Mesías debió morir para reconciliar á los hombres con Dios, es necesario que hagamos observar las pruebas convincentes de ello en los antiguos sacrificios.

De estos habia de muchas especies. Unos se ofrecian en accion de gracias, otros para la expiacion de los pecados; y entre estos últimos habia de mas solemnes, ó para el sacerdote cuando la falta habia sido pública, ó para el pueblo cuando la transgresion habia sido general.

El sacerdote ponía las manos sobre la víctima que habia

de ser ofrecida en su nombre, y los ancianos del pueblo hacian lo mismo sobre la hostia que habia de llevar su iniquidad. La sangre de una y de otra víctima era conducida y colocada en la primera parte del santuario por el sacrificador (4), el cual mojando su dedo en aquella sangre, arrojaba algunas gotas de ella frente del velo que separaba el santuario en donde estaba el Santo de los Santos, velo que quedaba siempre corrido, como hemos dicho ya, que ocultaba la faz del Señor, y su clemencia simbolizada en el arca y en el propiciatorio, no pudiendo entrar mas adentro del velo sino el gran Sacerdote una sola vez.

Semejante ceremonia habla bastante claro por sí sola á cualquiera que se pare en meditarla. Mas sirvámosla de intérpretes para todos cuantos lo necesiten. Preguntemos al sacerdote cuya ignorancia (pues tal es el nombre que la Escritura da á los pecados expiados por los sacrificios) ha imbuido el pueblo en el error, ¿porqué pone sus manos sobre la víctima que ofrece? y hagamos la misma pregunta á los ancianos del pueblo que observan la misma ceremonia. Y responden sin vacilar que son dignos de muerte, y que poniendo las manos sobre la cabeza de la víctima que se les substituye, piden á Dios que desvie sobre ella el castigo que ellos han merecido, y que le impute sus propias iniquidades.

Preguntemos luego al Sacrificador porqué lleva la sangre de la víctima en el interior de tabernáculo, sin osar empero ir mas allá del velo que oculta el propiciatorio? ¿Porqué arroja algunas gotas de la sangre que lleva en sus manos contra el velo que le sirve de obstáculo, y porque reitera hasta siete veces la misma ceremonia? Su respuesta á estas

(4) *Hauriet de sanguine vituli, inferens illum in tabernaculum testimonii, cumque intinxeit digitum in sanguine, asperget eo septies coram Domino contra velum Sanctuarii.* Lev. 4. 6. 7.

Tincto digito asperget septies contra velum. Ibid. 47.

Este velo tiene un nombre particular en hebreo: *Paroketh*, y san Pablo le llama el segundo velo. Heb. 9. 3.

preguntas no es tan precisa como la primera. Yo sé, dice, lo que se me tiene mandado; yo me detengo donde la ley me detiene; y sé unicamente que pido gracia para mí y para el pueblo á causa de la sangre de la víctima, y deseo que el efecto de la sangre cuya aspersion verifico atravesase el velo que se me opone. Bástame esta contestacion, y continuo en preguntarle: ¿si despues de aquella aspersion le es permitido levantar el velo, ni aun tocarle? La vida me costara, replica, si tal temeridad tuviera yo. ¿Cómo, pues, añadido ahora, no veis por estas verdades esenciales, que anunciáis vos mismo por estos actos, que Dios no puede ser aplacado sino por la efusion de sangre; que la de las víctimas legales mas solemnes es inútil; que los pecados del sacerdote y del pueblo quedan igualmente retenidos; que el velo que os separa de Dios queda siempre inmóvil, y que todo cuanto haceis, reiterando la aspersion de una sangre que nada obtiene, es señalar el deseo y el fin de la Ley, la cual os enseña á desear otro mediador que vos, otro sacerdocio que el vuestro, otra sangre que la de las víctimas que ofreceis, otra reconciliacion y otra justicia que las que subsisten; con pruebas reales y públicas de que vosotros sois aun injustos y Dios permanece inflexible?

CAPITULO XXVI.

Continua la misma materia. — Figura undécima: *Macho cabrio emisario.* — Figura duodécima: *El sacrificio de la Becerra, cuyas cenizas servian para todas las purificaciones legales.* — Figura décimatercia: *Sacrificio ofrecido para la curacion del leproso.* — Figura décimacuarta: *Ciudades de refugio de las que no podia salirse hasta la muerte del sumo Pontifice.* — Figura décimaquinta: *La antigua alianza sellada por la sangre de los animales: Cuan conveniente sea la prueba sacada de las referidas figuras.*

ARTICULO I.

Figura undécima.

Macho cabrio emisario.

Todas las verdades que hasta ahora hemos explicado se hacen sensibles en otra figura, cuyas circunstancias todas anuncian claramente á Jesucristo.

En el dia de la expiacion general, que estaba fijado el décimo (1) del séptimo mes, todo el pueblo de Israel estaba obligado á confesarse culpable en comun y en particular, en su nombre y en el de sus padres, remontándose hasta el origen del mundo: y era un crimen digno de muerte (2) el no entregarse aquel dia á la afliccion y al llanto.

Entre los sacrificios que estaban ordenados para acompañar esta penitencia pública y universal, habia uno de una especie particular, y que no se observaba sino en aquel dia. El pueblo ofrecia dos machos cabrios (3) para que fuesen las víctimas de sus iniquidades, y ocupasen su lugar. Se escogia por suerte uno de los dos para inmolarle, y el otro estaba reservado á la venganza de Dios, y era arrojado al desierto. El soberano Pontífice, despues de haber llevado la sangre del primero al Santo de los Santos, venia á imponer las manos sobre este último, llamado macho cabrio emisario (4), en nombre de todo el pueblo, y teniéndolas extendidas sobre su cabeza, confesaba públicamente todos los crímenes y todas las iniquidades de Israel, pedia á Dios

(1) Levit. 16. 29.

(2) *Omnis anima que afflicta non fuerit die hac, peribit de populis suis.* Levit. 23. 29.

(3) *Suscipiet ab universâ multitudine etc.* Levit. 16. v. 5. 8. 20. 24. 26.

(4) En hebreo es *Azazel*, esto es *hircus abiens* ó *abactus*, que equivale á decir que se ha de enviar al desierto.

que las imputase á la víctima destinada á su cólera y á su justicia, y la entregaba despues á discrecion de un hombre preparado para este ministerio, el cual la conducia hasta cierta distancia en el desierto, y volvía por la tarde para purificarse, sin poder decir de que modo habia sido del agrado de Dios el tratar al macho de cabrío emisario.

Este dia de la expiacion ó de la penitencia general era el mismo en que era permitido al gran Sacerdote entrar en el Santo de los Santos, llevando allí la sangre del primer macho cabrío inmolado por el pecado. Y despues de este honor y aparente libertad de parecer delante de Dios, era cuando venia á acusarse á si mismo, á todo el pueblo, á todos sus ascendientes, á todos los siglos, teniendo las manos extendidas sobre el macho cabrío emisario, dando así un público testimonio de que su entrada en el Santuario era simple prediccion de la entrada de otro pontífice, en otro santuario, y despues de otro sacrificio.

Él pronunciaba sobre el macho cabrío emisario todos los pecados del pueblo presentes y pasados, y le cargaba de todos los anatemas que merecia el pueblo, entregándole despues para todos á la justicia divina. Mas en prueba de que con esta víctima no podia quedar satisfecha la justicia de Dios, la misma ceremonia se renovaba cada año (1) con la acusacion de los mismos pecados, y el mismo reconocimiento de que el pueblo no era digno de otra cosa que de las maldiciones y anatemas de que se cargaba al animal.

¿Qué idea deberémos pues formar de semejante ceremonia? ¿Puede ser formal siendo inútil? ¿Y durará siempre, si queda siempre sin efecto? ¿No es pues evidente que siendo tan seriamente mandada y tan visiblemente infructuosa, es necesario que sea la figura de una expiacion real cuya necesidad y cuya promesa ella indica por su institucion?

Será preciso pues que los pecados de todo Israel, y por consiguiente de todos los pueblos, mas distantes aun de la

(1) *Per singulos annos* etc. Heb. 40. 1. 2. 3.

justicia que Israel, sean un día puestos bajo la cabeza de cierta víctima. Luego será preciso que todas las maldiciones merecidas por los hombres caigan sobre esta hostia ofrecida en nombre de todos á la venganza divina. Será pues menester que esta hostia, ó sucumba bajo el peso de los pecados y de las maldiciones de que estará cargada, y venga á ser tan inútil como las víctimas legales, ó que sea por sí misma una fuente tal de justicia y de bendicion, que pueda expiar los pecados de todo el mundo desde la caída de Adán, y sobrepujar las maldiciones merecidas por medio de una bendicion superabundante. Será menester que esta hostia, figurada por los dos cabrios, uno de los cuales inmolan los hombres, y Dios se inmola el otro sin emplear su ministerio, sea al mismo tiempo entregada á la muerte por los hombres, y recibida en secreto por Dios como un sacrificio agradable. Será por fin necesario, que mientras todo el pueblo sea testigo de la oblacion sangrienta de esta hostia preciosa, nadie conozca lo que pasará entre Dios y ella en una soledad inaccesible á los ojos de Dios y á los pensamientos de los hombres.

Todo esto ha de ser y será indefectiblemente si el sacrificio del cabrío emisario y del otro cuya sangre se derrama visiblemente no son mas que una figura; y es de otra parte indudable, como se ha visto, que no es formal sino en cuanto es figurado. ¿Quién llenará pues la verdad de esta figura? ¿Será el Mesías? Entonces pues Jesucristo cubierto de oprobio, Jesucristo objeto del público anatema, Jesucristo cargado con el madero y maldecido segun la ley, Jesucristo entregado á la muerte por el pueblo y por los sacerdotes, Jesucristo ofreciéndose en secreto á su eterno Padre por los pecados de todo el mundo, llevando con una caridad infinita por todos nosotros todo el peso de su justicia y convirtiendo nuestra maldicion en una fuente inagotable de bendiciones y de gracias, Jesucristo es manifiestamente el Mesías. Y si no es el Mesías quien ha de limpiar el mundo, reconciliar á Israel, y poner término á las figuras

que prenuncian al libertador, ¿qué vendrá á ser este Mesías? ¿Qué vendrá á hacer en el mundo? ¿Y qué necesidad se tendrá de él, viniendo despues del libertador, ó de que utilidad será si le precede?

ARTICULO II.

Figura duodécima.

El sacrificio de la becerra, cuyas cenizas servian para todas las purificaciones legales.

Nada hay tan capaz de probar los dos puntos esenciales, á saber, que los antiguos sacrificios eran figuras y predicciones de la muerte del Mesías, y que este habia de morir para expiar los pecados de los hombres, como el sacrificio de la becerra roja, cuyas cenizas servian para todas las purificaciones legales.

Esta hostia (1), de la cual dependian la pureza y la santidad de todas las tribus, era inmolada fuera del campo. Su sangre se ofrecia á Dios, no en lo interior del tabernáculo, sino delante el primer velo, salpicado ligeramente de ella siete veces. Su cuerpo era quemado, y tan perfectamente, que no podian reservarse sino las cenizas, las cuales se ponian en un lugar puro, á fin de servir para la bendicion del agua lustral, cuya aspersion debian recibir bajo pena de muerte todos aquellos que eran impuros segun la ley: porque estaba escrito en términos precisos (2) que seria exterminado y separado del pueblo de Israel el que descuidase esta ceremonia.

Por un lado, las cenizas de esta víctima (3) eran como la base y el origen de la santidad pública y particular, mas por otro lado esta víctima y sus cenizas volvian impuros á cuantos las tocaban. El supremo Sacrificador que la habia

(1) Num. c. 19.

(2) *Peribit ex Israel*. etc. Num. 19. 13. 20.

(3) *Colliget vir mundus cineres vaccæ*. etc. *Ibid.* v. 9.

inmolado quedaba impuro hasta la tarde (1), y no podia entrar otra vez en el campo sin lavarse él y sus vestidos. El que la habia quemado era tambien impuro, y se le obligaba á las mismas precauciones. El que habia recogido las cenizas era impuro. (2) El que mezclaba una pequeña parte de ellas con agua viva para hacer con ello la aspersion sobre un hombre impuro, quedaba impuro tambien. En fin, cualquiera que tocaba el agua lustral, destinada á purificar á todos los demás, quedaba al momento impuro y maculado.

¿ Es posible que una contradiccion tan visible y tan indigna de Dios en apariencia no abra los ojos á los que mas cerrados los han tenido? ¿Cómo una misma cosa mancha y purifica? ¿Y cómo Israel está condenado á muerte si no se purifica por un medio que contamina al sacrificador y á sus ministros; que no puede ser empleado sino por quien antes fuese puro, y que cesa de serlo por el celo mismo que tiene de purificar á otro?

¿Cómo no se repara en lo que concilia estas contrariedades, en lo que por ellas mismas se hace evidente? Necesario es que haya una víctima que purifique á los hombres, porque son todos ellos pecadores, todos dignos de la muerte, si permaneciesen en su iniquidad. Mas la ley no tiene víctimas capaces de volverles la justicia y de purificar su conciencia. Ella figurará pues lo que ella misma no puede dar, y para que no se tome la figura por la realidad, declara impuros á los que esperen hacerse puros, ó purificar á los demás por la sola figura.

Si esta no obligase á los hombres á buscar fuera de sí mismos la pureza y la inocencia, les vendria la tentacion de

(1) *Inmolabit lotis vestibus, etc. — Sed et ille qui combusserit eam immundus erit.* Ibid. v. 8.

(2) *Qui portáverat cineres, immundus erit.* 10.

Ipsé qui aspergit aquá, lavabit vestimenta sua. 21.

Omnis qui tetigerit aquas expiationis, immundus erit usque ad vespérum. Ibid.

creerse puros, ó capaces de purificarse por sus propias fuerzas; y si no uniese una impureza al ministerio de los que pretenderán purificar á los demás por medio de sacrificios y aspersiones incapaces de llegar al corazon y á la conciencia, se sentirian tentados á tomar las sombras por la realidad, y hacerse mas culpables aun por una falsa confianza en medios inútiles de lo que lo serian por sus propias iniquidades.

Claro está pues que la víctima mas solemne de la ley anuncia otra víctima, y que la ley misma nos obliga á no confundir la víctima que solo es la prediccion de una figura, con la que será el cumplimiento y la verdad de ella.

¿Mas podrá llenar una víctima todo cuanto vemos en la figura, si no es realmente inmolada, si no lo es fuera del campo, si no llega á ser el principio único y al mismo tiempo universal de toda expiacion y de toda justicia, si su virtud no se comunica por medio del agua que santifica ella misma, si por otro medio se puede evitar la condenacion y la muerte?

La verdad tendrá indudablemente todos estos caracteres. ¿Mas cual será esta verdadera hostia, cuya preciosa muerte ha de ser el origen de la salud y de la justicia de Israel? ¿Puede transferirse á otro esta gloria que al Mesías? ¿Y si es propia exclusivamente del Mesías, podemos desconocerle en Jesucristo, inmolado fuera del campo, expiando los pecados de todos los hombres por la aspersion de su sangre y comunicando su virtud y su eficacia á las aguas del bautismo, para lavar y para purificar toda la tierra?

ARTICULO III.

Figura décimatercia.

Sacrificio ofrecido para la cura del leproso.

Preciso es cegarse muy tenazmente para no ver en el sacri-

ficio que debia hacer el leproso despues de su curacion la imágen natural de la muerte de Jesucristo , y de la vida que muriéndonos ha alcanzado.

No puede negarse que la lepra sea en la Escritura una figura del pecado. Los sacerdotes son los únicos á quienes atribuye la facultad de conocerla (1); á ellos solos deja la eleccion de los medios y de las precauciones para asegurar si está curada; y si entra en circunstancias minuciosamente todas las diferencias de esta enfermedad, es para dar reglas á los que estan encargados de discernir y de curar las dolencias del alma. Muy fundado es por lo mismo el mirar al leproso como la imágen del pecador, y su sacrificio como la figura de aquel que vuelve al pecador la inocencia y la vida. Con la sola diferencia que el leproso se cura antes que le sea permitido ofrecer el sacrificio prescrito por la ley; en lugar que el pecador no queda justificado sino por la hostia misma que para él es ofrecida. Mas es un carácter esencial á la ley el ser ineficaz y no producir nada en lo interior del hombre; y no debe jamás olvidarse que ella no alcanza sino á figurar y prometer lo que está reservado á otra alianza, de tal manera, que nunca se ha cumplido mientras esta nueva alianza, no ha sido sola, y mientras sus miembros no han pertenecido á ella por los deseos y movimientos del corazon.

El leproso, aunque curado, (2) era tambien impuro, y separado del comercio de los hombres, hasta que se hubiese purificado por un doble sacrificio; mas no consideraré ahora sino el primero. Consistia este en ofrecer en nombre suyo dos gorriones vivos y sin defectos, con madera de cedro y lana teñida en escarlata é hisopo. El sacerdote inmolaba uno de estos dos pájaros, y recogia su sangre en un vaso de tierra lleno de agua viva y pura. (3) Tomaba en seguida el segundo pájaro, y le mojaba vivo en el agua teñida

(1) Levit. 13. 1 y 14. 2.

(2) Levit. 14. 4.

(3) *Unum ex passeribus immolari jubebit.* etc. Levit. 14. 5.

en la sangre del que habia sido inmolado. Mojaba así mismo en ella la madera de cedro, la lana teñida de escarlata y el hisopo; y de todo esto junto con el pájaro teñido en la sangre, hacia un aspersorio, con el cual rociaba siete veces al leproso para declararle puro en las reglas. Despues de lo cual daba la libertad al gorrion vivo, el cual la debia á la muerte y á la aspersion de sangre del que habia sido inmolado.

¿Una figura tan viva y tan natural necesita acaso de explicacion? ¿no es mas clara que la profecias de simple interpretacion? El gorrion á quien se da la libertad y la vida despues de haberle sumergido en el agua teñida con la sangre del que acaba de expiar, ¿no representa al leproso, y por él al pecador bautizado en el agua mezclada con la sangre del que por él ha sido inmolado? La aspersion que de ella recibe el doliente por seis distintas veces ¿no es una prueba que de esta única fuente saca él su pureza? ¿Y puede dudarse que no hubiese sido para siempre separado del comercio de los hombres y del de los ángeles, lo cual indica una excomunion eterna, si la muerte de una hostia pura y sin mancha no le hubiese restituido la inocencia y la vida?

Mas si la sangre de una cierta víctima es la que ha de purificar al pecador, renace siempre la principal cuestion: ¿Cual será pues esta víctima? ¿Será distinta del Mesias? ¿Será el Mesias mismo? ¿Porqué se espera en él si otro ha de ser el autor de la justicia y de la salud? ¿Cómo puede ponerse en duda de que muera por los pecadores, si de su muerte depende la expiacion y la pureza de aquellos? ¿Quién derramará su sangre, si de todos es conocido y respetado? ¿Y de qué mérito seria su sangre si él muriese sin resucitar?

Todas estas verdades están inseparablemente unidas. El Mesias debe expiar los pecados de su pueblo: debe morir para ellos, y purificarlos por la aspersion de su sangre. Debe tambien resucitar, pues que su muerte los reconcilia

con Dios y su sacrificio es aceptado ; pues de otro modo él sucumbiría bajo el peso de su ministerio , y quedaria víctima de la divina venganza sin poder aplacarla.

ARTICULO IV.

Figura décimacuarta.

Ciudades de refugio, de donde no podia salirse sino en la muerte del supremo Pontífice.

Dios hizo mandar á Moisés que se señalasen seis ciudades de refugio ó de asilo , tres á la una y tres á la otra parte del Jordan, á distancias iguales , á fin de que los que hubiesen muerto á alguno por inadvertencia é indeliberadamente , pudiesen retirarse , y estar allí á cubierto del resentimiento de los parientes del difunto. Mas quiso Dios que esta gracia dependiese de dos condiciones. La primera de no salir de aquellas ciudades durante la vida del gran Sacerdote, (1) y la segunda de no volver á sus casas y á sus bienes , sino despues de la muerte de aquel. Y era permitido matarlos si antes salian de su asilo ; y permanecian cautivos , aunque con seguridad , y separados de sus familias y de su patria , hasta que la muerte del sumo Pontífice les hubiese restituido una entera libertad.

Antes de hacer la aplicacion de esta admirable figura , que tan claramente anuncia la muerte del gran Sacerdote , que ha de volver la libertad y la herencia á los desterrados y cautivos , es útil de preparar á dicha aplicacion por medio de dos observaciones.

Es la primera , que no pudiendo la ley remitir los pecados , no le era permitido hacer gracia sino á los que eran involuntarios , (2) pues todos los demás tenian el castigo de muerte sin remision.

(1) *Si interfector extra fines urbium.* etc. Levit. Ibid. v. 26. 27. 28.

(2) Heb. 10. 28.

La segunda es que el pecado original, que ha cerrado la puerta del cielo á todos los hombres, tiene bastante analogía, no considerando sino la paternidad de Adán, con la desgracia de los que matan á otro sin quererlo.

Este crimen, no obstante, voluntario en la acción del padre, aunque involuntario en sus funestas consecuencias, condenó á los mas justos á descender despues de su muerte á asilos subterráneos, ó limbos, en donde estaban en seguridad, pero cautivos y desterrados de su patria. No les era permitido salir de allí antes de la muerte del gran Sacerdote (4) por excelencia, cuya union era infinitamente superior á la del que habia figurado; y allí hubieran quedado para siempre detenidos, sino hubiese bajado él mismo para ponerles en libertad.

Mas, dado que les debia poner en libertad, no debia ser allí detenido él mismo como cautivo; menester era vencer á la muerte y al príncipe de la muerte para libertar á los que tenia encerrados en sus prisiones, pues hubiera sido venir á ser su presa el morir sin resucitar.

ARTICULO V.

Figura décimaquinta.

La antigua alianza sellada con la sangre de animales.

No es posible dudar que la alianza (2) hecha por Dios con el pueblo de Israel en el monte de Sinái no fuese provisional, sujeta á revocacion, y destinada únicamente á ser la figura de otra. Ya hemos visto en otra parte las pruebas de esta asercion, y podemos ya en adelante suponer esta verdad como demostrada.

(1) *Manebis ibi donec sacerdos magnus, qui oleo sancto unctus est, moriatur.* Ibid. v. 25.

(2) Véase todo el cap. XII.

Esta alianza, sin embargo, (1) establecida solo por un tiempo y que hasta llegó á romperse por la idolatría del becerro de oro, pocos dias despues de haberse concluido, fue sellada con la sangre de las víctimas. Moisés derramó una parte de ella sobre el altar, (2) que representaba la majestad y la presencia de Dios, y derramó la otra sobre doce columnas, que representaban las doce tribus. Y al tiempo de derramarla, pronunció estas solemnes palabras: « Esta es la sangre de la alianza que ha hecho Dios con vosotros, y que pone el sello á todas las promesas. »

¿Porqué exigió Dios esta ceremonia? ¿En una alianza que queria hacer con los hombres, habia necesidad de ser confirmada por la sangre de las víctimas? ¿Y puede ser comparada con los tratados que los hombres han celebrado algunas veces con sus iguales de los que ponian á Dios por testigo y por garante, ofreciéndole sacrificios, y rogándole que vengase sobre los infractores el desprecio de tan augusta ceremonia, poniéndoles á los mismos en lugar de las víctimas, cuya sangre se habia derramado en su presencia?

Semejante sentido no puede darse á los sacrificios cuya sangre ratifica una alianza en la que Dios mismo es uno de los contratantes; porque esta sangre se derrama igualmente sobre el altar y sobre el pueblo. Ella es el sello de las condiciones mútuas y de los recíprocos compromisos, y seria tanta locura como impiedad el creer que Dios se sujetase á la misma pena que el pueblo si por su parte faltaba á lo prometido.

Es necesario pues que el sacrificio y la sangre de las víctimas hayan sido por parte del pueblo una expiacion, y por parte de Dios un testimonio de que se daba por satisfecho, y que en vista de aquella sangre consentia en hacer alianza con un pueblo que sin esta ceremonia era indigno de tal alianza.

(1) *Edificavit (Moises) altare etc. Exod. 24. 4.*

(2) *Tulit dimidiam partem sanguinis. Ibid. v. 7.*

Pues si una alianza que por sí misma no podía servir sino para recordar á los hombres su injusticia y su impotencia, y que era ya desde entonces imperfecta, debió ser precedida por la inmolacion de una víctima; si una alianza que no habia de durar sino mientras durasen las sombras y las figuras de los bienes futuros y de la justicia, debió ser merecida por medio del sacrificio de algunas hostias, y ratificada por su sangre; ¿cómo se pretenderá que la nueva alianza, que reconcilia sinceramente los hombres con Dios, (1) que borra sus pecados, que graba en su corazón la ley escrita antes solo sobre la piedra, que los restablece en la herencia eterna, y que les hace entrar en una íntima sociedad con el mismo Dios, no haya tenido necesidad ni de mediador, ni de hostia, ni de efusion de sangre? (2) ¿Cómo los hombres, haciéndose mas injustos, por haberse vuelto prevaricadores y perjuros, han aplacado la justicia divina, que no habia podido admitirlos á una primera alianza, sin verlos teñidos con la sangre de las víctimas? ¿Cómo se han cambiado los decretos pronunciados contra ellos? ¿Y cómo ha sido ratificada la alianza, sin que un nuevo Moisés haya pronunciado estas esenciales palabras: Aquí está la sangre de la nueva alianza que Dios hace con vosotros, y sin que haya hecho la aspersión de esta sangre preciosa sobre el altar y sobre el pueblo?

Inútil seria buscar otro mediador y otra víctima que el Mesías, á quien está reservada la nueva alianza; y mas inútil aun buscar otro Mesías que Jesucristo, el cual se ofrece á su Padre como una hostia, no solamente pura y santa, sino capaz de purificar y santificar á los pecadores; que primeramente roció con su sangre el altar sobre el cual fue inmolado, y despues ha hecho general la aspersión; que ha ratificado por su muerte una alianza, que

(1) Jerem. 31. v. 32. 33. y siguientes.

(2) *Necesse est ergo exemplaria quidem caelestium his mundari: ipsa autem caelestia melioribus hostiis quam istis.* Hebr. 9. 23.

era tambien un testamento , cuya validez y ejecucion dependian de la muerte del testador ; y que debiendo ser mu- do en la cruz como el cordero por quien habia sido figura- do , y queriendo de otra parte ocultar la espontaneidad de su sacrificio bajo las apariencias de la violencia y de la necesidad , habia ya anticipado el misterio de este sacrificio en presencia de sus discípulos diciéndoles : « Esta es mi « sangre que será derramada para vosotros y para mu- « chos, la sangre de la nueva alianza ó del nuevo testamen- « to. »

ARTICULO VI.

Cuan convincente sea la prueba de las figuras hasta aquí referidas.

Fácil nos fuera añadir nuevas figuras á las que hemos aplicado á Jesucristo , que han sido claras predicciones de su muerte , y por una consecuencia necesaria , de su resu- reccion. Mas bastan las que hemos escogido para demos- trar que el Mesías debia sufrir y ser ofrecido en sacrificio ; y que Jesucristo , el cual ha tan dignamente cumplido to- das estas figuras muriendo por la salud de los hombres , es verdaderamente el Mesías prometido y figurado desde el principio del mundo.

Porque no son algunos rasgos oscuros , esparcidos, com- binados con arte y con estudio los que forman los cuadros en quienes tan fácil es reconocer á Jesucristo. Ni es ambi- gua y capaz de diversas interpretaciones la profecía de la cual se ha concluido la necesidad de su sacrificio y de su muerte ; ni la conformidad de Jesucristo con lo que le ha figurado se saca de un solo lugar de la Escritura , de una sola circunstancia de su historia , de una sola ceremonia prescrita por la ley , de uno solo de sus sacrificios. Todo el conjunto, todo el plan de las Escrituras forma la prueba de él ; toda su historia presenta modelos y cuadros que le re-

presentan. Todo el orden de los sacrificios , toda la disposicion del tabernáculo , todo el ministerio del sacerdocio , hasta el fundamento de la primera alianza , todo subministra en abundancia las predicciones y las figuras.

Estudiándolas con algun cuidado se echa de ver que todas concurren á un mismo designio , á un mismo objeto ; que tienen con él una relacion necesaria , la cual lejos de ser efecto de la reflexion , la llama y la avasalla ; que se prestan mutuamente la evidencia y la luz ; acabando la una lo que la otra habia comenzado , corrigiendo esta lo que era defectuoso en aquella , y que , anunciando cada una en particular la muerte del Mesías , lo cual constituye su carácter general , conspiran todas á reunir las causas , los motivos , los efectos , las circunstancias de un misterio , que puede en un sentido verdadero llamarse el objeto único de las Escrituras. No vacilo pues en decir que este género de pruebas ha de producir en cualquier ánimo formal y razonable una impresion mas viva y mas profunda que ninguna demostracion particular.

PARTE TERCERA.

PRUEBAS DE LOS PRINCIPIOS DE LA FE CRISTIANA POR LOS LIBROS DEL NUEVO TESTAMENTO.

CAPITULO I.

Recapitulacion y resumen de las principales verdades establecidas en la parte que antecede. — Resumen de los puntos esenciales hasta la promesa del Mesias. — Resumen de las pruebas de que el prometido Mesias ha venido ya. — Resumen de las pruebas de que Jesucristo es el Mesias prometido. — La incredulidad de los Judios convertida en prueba. — Lo que mas ha contribuido á la ceguedad de los Judios y á ocultarles á Jesucristo es lo que mas debia descubrirselo.

No es el mismo objeto el de esta tercera parte que el de la precedente. La verdad de la Religion, y en particular de la Religion Cristiana queda ya demostrada. Cesó pues en mis investigaciones, pues todo está ya encontrado; y si continuo en examinar, es mas bien para mostrarme á mí mismo las riquezas que poseo ya y para conocer su precio, que para adquirirlas.

ARTICULO I.

Resumen de las pruebas esenciales hasta la promesa del Mesias.

Desde el momento en que quise dedicarme á las pruebas

sobre la existencia de Dios, se me ofrecieron de todas partes, y de todo género. No he podido ignorar que el hombre tiene deberes hácia Dios, ni descubrirlos todos por la sola razon natural. No he podido saberlos con seguridad consultando á los demás hombres, y me ha parecido cierto que Dios habia revelado al hombre lo que de él exige.

Desde entonces ya no he tenido precision de examinar todas aquellas religiones que no tienen por fundamento la revelacion divina, y nada me ha costado dar con la revelacion verdadera, porque esta es única y confiada á un solo pueblo. Conozco que las Escrituras que la contienen son por necesidad tan puras y tan divinas como ella misma, pues que la tienen en depósito, y son el canal por donde se comunica, y su conservacion me ha parecido tan indudable como su origen.

Al leerlas me han sorprendido su antigüedad, porque son el mas antiguo monumento del universo; el conocimiento exacto que me dan del origen de los demás pueblos, los cuales solo por ellas le conocen; y por último la luz que me dan con respecto á ciertas tradiciones comunes á todos los pueblos que empiezan y acaban precisamente en los tiempos señalados por ellas.

La certitud de los milagros obrados por Moisés justifica claramente su mision, y da á sus escritos una autoridad divina. Los demás milagros obrados en tiempo de Josué, de Elías y de Isaías, igualmente ciertos, añaden al primero un nuevo grado de ilustracion y de fuerza. Y observo al mismo tiempo que habiendo un enlace esencial entre todos los libros de la Escritura, por manera que los unos se refieren á los otros, hay así mismo un enlace esencial entre todos los hechos milagrosos que los atestiguan y autorizan probando su divinidad.

Pero lo que mas me impresiona son las profecías. Veo que siempre se han confirmado por los sucesos. Las que se referian á un tiempo distante reparo que quedaban justificadas por otras cuyo cumplimiento habia llegado en tiem-

po de los profetas, ó de muchos de los que les habian sobrevivido; y que con razon se tenia seguridad de que las otras, cuyo objeto se diferia para mas adelante, tendrian un éxito semejante. De ello me convencieron mis propias investigaciones, examinando las profecias de Isaías, de Jeremias, de Ezequiel y de Daniel, que son las mas extensas y las mas célebres: y cuando no tuviera mas que esta prueba de la divinidad de las Escrituras, me seria imposible dudar de ella.

Las he leído detenidamente, y me parece que puedo reducirlas á tres puntos principales: al Decálogo, que encierra los principios inmutables de la moral, y á todas las leyes particulares que le explican y que demuestran su uso y extension; al culto público, tal como está ordenado por la ley de Moisés, y á la promesa del Mesías.

En el Decálogo, he admirado la claridad y precision con que la ley natural se halla resumida en sus preceptos y de nuevo ordenada. Una ley tan corta y que lo abraza todo es visiblemente obra del primer legislador, y lo he reconocido en especial por dos razones, á saber: por el mandamiento de no adorar sino á él, y amarle de todo corazon; y por la prohibicion de consentir en cualquier deseo contra la justicia; pues en estas dos palabras fijó el fundamento de todas la virtudes, y cortó la raíz de todos los vicios.

Por lo que toca al culto exterior prescrito por Moisés, que consiste en ceremonias, en sacrificios, y en diversas observancias arbitrarias, me ha parecido evidente que no tiene enlace necesario con la Religion, y que no se estableció para siempre; que no entró en el primer designio de Dios, ni aun con respecto á los Judíos, que debe cesar cuando será claramente anunciada la verdadera justicia, y de consiguiente no debe subsistir sino hasta el Mesías.

ARTICULO II.

Resúmen de las pruebas de que vino ya el Mesías prometido.

El Mesías pues es el grande objeto de las Escrituras, y la mas antigua profecía es la que á él se refiere. Fué prometido al primer hombre despues de su caída, y esta promesa fué renovada á Abraham, fijada á la tribu de Judá, y despues á la casa de David. El último Profeta termina las Escrituras reproduciéndolas todas, y de este modo une el principio con el fin.

La revelacion de la promesa del Mesías, que encierra tambien la de la condenacion de todos los hombres, es manifestamente divina; y estos dos misterios, que la razon humana era incapaz de descubrir por sí sola, pero cuyo conocimiento era esencial á la Religion, me infunden un nuevo respeto hácia las Escrituras.

La sola duda que yo podia tener con respecto á la promesa del Mesías era el saber si está cumplida, ó si se ha diferido aun su cumplimiento. Pero la Escritura que los Judíos mismos me ponen en la mano decide claramente contra ellos y en favor de los Cristianos.

Esta Escritura me ofrece sobre el particular señales que no pueden ser equívocas, y de las que pueden juzgar los sentidos. Segun la profecía de Jacob, el cetro, ó sea la autoridad principal, debe pertenecer á la tribu de Judá hasta que haya venido el que ha de ser enviado: y esta tribu debe subsistir en cuerpo de república y ser gobernada por sus magistrados hasta aquel tiempo. Ella pues no constituye ya cuerpo de nacion, no tiene ya magistrados, yace dispersa y confundida con las demás. Luego por su actual estado anuncia que el que ha de ser enviado ha venido ya.

Daniel marca el término preciso en que debe parecer, y en que el Santo de los Santos ha de poner fin al pecado y

dar comenzamiento á una justicia eterna. Fija las setenta semanas (1) por un lado al edicto de Artajerjes para reconstruir Jerusalem, lo cual quedó cumplido por Nehemias, y por otro á la muerte del Mesías y al establecimiento de su Iglesia. Son así mismo conocidos los dos extremos de este período, y el uno decide del otro, pues el término por donde comienza una revolucion de cuatrocientos noventa años, demuestra necesariamente el otro término por donde acaba.

Los profetas Ageo y Malaquías aseguran que el segundo templo subsistirá hasta la venida del Mesías, el cual vendrá á él en persona y anunciará la paz, y que su presencia le procurará una gloria, cual el primer templo no tuvo jamás, aunque fuese mas rico y magnífico. Este segundo templo está destruido hace ya mas de diez y siete siglos. Luego la misma evidencia tiene que hay mas de diez y siete siglos que vino el Mesías.

A estas pruebas de hecho, independientes de toda discusion y raciocinio, la Escritura me añade muchas otras tan sensibles y sencillas como aquellas. El carácter que da al Mesías, como propio y peculiar, y segun el cual quiere que yo le reconozca, es la conversion de los Gentiles. Estos estan convertidos; luego el que debia convertirlos ha venido ya.

Una nueva alianza, cuyo mediador será el Mesías, abolirá la alianza antigua. Veo la antigua abolida, veo que Dios ha dejado imposibilitados su ejercicio y su observancia arrojando á los Judíos de la Judea y de Jerusalem, y reduciendo á cenizas el único templo y el único altar del cual habia hecho depender todo el culto público. No puedo pues ya dudar de que el mediador de la nueva alianza ha venido, así como no puedo dudar de todos los hechos exteriores que prueban que la antigua alianza ya no subsiste.

La única objecion que pudiera detener mi juicio sería la

(1) Estas semanas son de años, como se ha probado, que componen cuatrocientos noventa años.

siguiente. Siendo hecha á los Judíos la promesa del Mesías, á ellos conviene mas que á ningun otro el saber si está cumplida, y no será cierto que el Mesías haya venido, pues que le aguardan todavía.

Pero esta apariencia de razon produce en mi un efecto enteramente contrario, porque la ceguedad de los Judíos está claramente predicha por los Profetas, los cuales me descubren las causas y los resultados de esta ceguedad, y dan al Mesías cabalmente estos dos caracteres, á saber: que será rechazado por el mayor número de su nacion, y que será adorado por los Gentiles, á quienes le anunciarán algunos judíos, reservados por la gracia divina. Así pues, creo en el Mesías, precisamente porque le ha rechazado el cuerpo de la nacion, y yo no le admitiria si ella le hubiese admitido.

Así como está predicha la ceguedad de los Judíos, está tambien predicho su castigo, que tengo yo mismo á los ojos es para mí una nueva prueba de su crimen. Yo veo á este desdichado pueblo desterrado de la herencia de sus padres, disperso, sin príncipe, sin sacerdocio, sin templo, sin magistrados, sin libertad, como lo predijo el profeta Oseas. No puedo pues dudar de que haya caido en la incredulidad con respecto al Mesías, y que haya tenido la desgracia de desconocerle; pues que su estado es en todo semejante á lo que debe ser, segun los Profetas, la pena de su incredulidad.

Es pues evidente que la dispersion de los Judios tiene dos principales motivos: el uno dar á conocer que la promesa del Mesías queda cumplida, pues que el solo pueblo á quien estaba confiada, y que formaba una nacion y una sociedad religiosa, ya no es ni nacion, ni sociedad religiosa. El otro es extender por todas las partes de la tierra las pruebas de que el Mesías estaba prometido y de que ha venido realmente, extendiendo por todo el universo las profecias que le prenunciaban, y que estan claramente cumplidas. Porque tales profecias en manos de los enemigos

del Cristianismo no pueden ser sospechosas, y nunca podrémos adorar bastantemente la Providencia divina que ha esparcido por todo el mundo unos testimonios tan claros, que deponen por medio de sus enemigos y contra su intención.

Ni menos ostensibles se hace la misma Providencia en la conservacion de los Judíos á pesar de su dispersion y del general desprecio en que han caído. Ningun otro pueblo hubiera podido subsistir por tanto tiempo sin ninguno de los medios que sirven para unir á los hombres; y aun con el auxilio de todos los medios humanos ningun otro pueblo pudo conservarse ni evitar el confundirse con los demás. El solo pueblo judío, desterrado, disperso, sin proteccion, sin vinculo sensible, sin magistrado, sin templo, queda unido y no se confunde con los otros. La mano de Dios se descubre aquí; y una conservacion tan milagrosa tiene una visible relacion con las profecías que predicen que los Judíos reconocerán por fin al Mesías, á quien sus padres han desechado: estan dispersos porque no creyeron, y se conservan porque creerán; y de este modo se dan la mano los dos prodigios para atestiguar que el Mesías ha venido.

ARTICULO III.

Resúmen de las pruebas de que Jesucristo es el Mesías prometido.

Desde el momento en que ya no es posible poner en duda que el Mesías ha venido, ¿quién puede vacilar en reconocer á Jesucristo por el Mesías? Todo cuanto hasta aquí he visto lo demuestra, y la aplicacion que de ello se debe hacer á Jesucristo es no solamente fácil, sino necesaria. La Tribu de Judá, poco despues de su venida, perdió la autoridad que hasta á él habia conservado; cesó de ser go-

bernada por sus magistrados , y de no formar mas que una república.

En él acaban las semanas de Daniel , y la última , tan fecunda en misterios , encierra en un espacio muy reducido su ministerio público , su muerte , y el establecimiento de su Iglesia , como lo habia predicho el Profeta.

Vino , segun la promesa de Ageo y de Malaquías , al templo reedificado por Zorobabel. En él enseñó muchas veces ; en él anunció la paz ; y predijo su ruina para manifestar que la profecía habia tenido su cumplimiento.

¿ Quién sino él ha convertido á los Gentiles ? ¿ Y qué otro envió sus Apóstoles por toda la tierra , para llevar donde quiera el conocimiento del verdadero Dios , y derribar los altares de los ídolos ?

Desapareció la antigua alianza cuando él estableció la nueva , y ningun poder humano ha podido restablecer el templo y el altar , cuyos sacrificios él dejó abolidos.

Algunos Israelitas , ilustrados por la gracia , han creído en él : los demás han quedado ciegos , como lo habian predicho los Profetas.

La ceguedad y la fe de los Gentiles datan de una misma fecha , y la dispersion siguió muy de cerca á su ceguera. No es pues posible separar la persona de Jesucristo del Mesías , pues no forman mas que un objeto único é indivisible de las profecías ; ni negar que Jesucristo haya cumplido siempre lo que los Profetas prenunciaron que cumpliria el Mesías.

ARTICULO IV.

La incredulidad de los Judíos convertida en prueba.

No se me oculta lo que el Judío incrédulo opone á la luz de semejante evidencia. El Mesías debe ser rey , dice , extender su imperio por medio de conquistas , sujetarnos las

naciones, llenando á Jerusalem de sus riquezas y de sus despojos, y colmarnos de bienes y de gloria. Y ya sabeis, prosigue, que Jesucristo vivió como un hombre privado, que fue pobre, que sus Discípulos lo fueron tambien, que nada hizo para ponernos en libertad, lejos de sujetar á nuestro dominio los otros pueblos.

Mi objeto no es curar la ceguera del Judío. Semejante milagro está reservado para otro tiempo; pero sus densas tinieblas me afligen sin hacerme vacilar, y me han enseñado á penetrar con mas cuidado que él el verdadero sentido de las Escrituras.

Estas van mezcladas siempre de claro y obscuro; pero principalmente cuando predicen el reino del Mesías, y esta mezcla hecha á propósito es una consecuencia del designio que tuvo Dios de descubrir ó de ocultar el fondo de sus promesas, segun las disposiciones de los que buscarian en ella la realidad, ó se contentarian con las apariencias.

Preciso era prometer un rey á quien el pueblo desease, y un libertador á quien los justos reconociesen. Preciso era interesar á toda la nacion en las Escrituras que prometian un Mesías, hacérselas preciosas, inspirarle la confianza y el celo para publicarlas; pero era menester reservar su inteligencia para aquellos que estaban en el secreto, y que deseaban un salvador y no un conquistador. Y realmente, lo que indujo al pueblo á esperarle, le privó de reconocerle; pues un Mesías tal como esperaba el pueblo, hubiera sido inútil y peligroso, y ningun caso debiera yo hacer de un conquistador, que no hubiera lisonjeado sino mis vicios.

El reino del Mesías, segun las profecias, es un reino de paz, y por consiguiente sin los combates y las victorias de que está llena la imaginacion del Judío. Él anunciará la paz á las naciones, bien lejos de oprimirlas, dejará los reyes de la tierra sobre su trono, y se contentará de hacerles humildes y fieles. Nada tendrá que pueda serle comun con los malos príncipes: llenará á Jerusalem de gracia y de ju-

lencia, y no de riquezas exteriores adquiridas por la violencia se presentará si fausto, sin oropel, sin pompa semejante á la de otros reyes, y no empleará para reinar ninguno de los medios humanos. Su reino será eterno, y solo despues de haberse sentado á la diestra de su Padre, quedarán reducidos sus enemigos á servirle de escabel.

Todos estos caracteres estan en oposicion con la idea que el Judío se ha formado del Mesías; pero todos convienen exactamente á Jesucristo, y no convienen sino á él. Por manera que por la razon de que Jesucristo debe ser rey, reconozco á Jesucristo por el Mesías, y precisamente porque no es rey como esperaba el judío, le venero como al rey que está predicho por las Escrituras.

ARTICULO V.

Lo que mas ha contribuido á la ceguedad de los Judíos y á ocultarles á Jesucristo es precisamente lo que mas debiera habérselo descubierto.

Queda aun otra dificultad más insuperable en apariencia, que consiste en el escándalo de la Cruz. No puede el Judío resolverse á reconocer por su rey y por el Mesías al mismo á quien ha crucificado; y la fe de las naciones le asombra sin convertirle. Pero lo que mas ha contribuido á cegar al Judío y á ocultarle á Jesucristo, es lo mismo que mas hubiera debido descubrirselo. Porque la muerte y las ignominias del Mesías estan claramente predichas por los Profetas, y en particular por Isaías. Debe ser clavado en cruz y morir en ella, segun la profecia de David, el cual predice así mismo que la paciencia del Mesías será tenida por debilidad, y su confianza en Dios, como vana. El Mesías debe ser entregado á la muerte por su propio pueblo, segun Daniel, y toda la nacion debe un dia llorar, segun

Zacarías al que habrá taladrado. Él será la muerte de la muerte, sometiéndose á ella. Saldrá sin corrupcion del sepulcro en el cual le habrán colocado. Por medio de la efusion de su sangre libertará á los cautivos detenidos en una prision subterránea. Aplastará la cabeza de la serpiente por la fragilidad y la mortalidad de su carne, figurada en el talon roto, y abolirá todos los sacrificios antiguos, ofreciéndose él mismo en holocausto.

Será levantado como la serpiente de bronce y volverá, como ella, la salud. Rogará, como Moisés, con los brazos extendidos, y dará la victoria. Hará cesar la tempestad, como Jonás, será como él, devorado por la muerte, resucitará al tercer dia lleno de vida, y predicará con increíble resultado la penitencia á los Gentiles. Será aborrecido de sus hermanos, como José; vendido y entregado como él á los Gentiles, despues de haber descendido al sepulcro, y sido de allí sacado como él. Alimentará al Egipto, reinará en él, será su salvador, y lo será despues de su propia familia.

Será inmolado por su propio Padre, como Isaac; resucitará despues de su sacrificio, y vendrá á ser el padre de una numerosa posteridad despues de su muerte. Será, como Abel, muerto por Cain, á causa de su virtud, y en odio del testimonio que Dios dará de su fidelidad. Producirá á su esposa en su sueño y por la abertura de su costado, como Adan. Será degollado como el cordero pascual en el mismo dia y en la propia hora; y solo las casas teñidas con su sangre serán perdonadas por el Angel exterminador.

Entrará como gran Sacerdote en el Santo de los Santos, en el dia solemne de la expiacion, y rasgará el velo que impide la reconciliacion de los hombres y á su vuelta al cielo, sufriendo que su carne sea desgarrada por los tormentos, y que la violencia del martirio divida su alma de su cuerpo.

Llevará como el macho de cabrio nuestras iniquidades. Se cargará de nuestras maldiciones y se ofrecerá por noso-

tros á la justicia de su Padre para llevar sobre sí todo su peso, y convertirla para nosotros en misericordia. Preparará en su sangre un baño saludable al leproso, y consentirá muy espontaneo en la muerte para restituirnos la libertad. Sellará la nueva alianza con una sangre infinitamente mas digna de Dios que la que habia sellado la antigua, y la esparcirá sobre todo el pueblo, y de este modo hará eterno é irrevocable el testamento en el cual nos instituye sus herederos. Substituirá á las purificaciones legales, incapaces por sí mismas de purificar á aquellos que cifraban en ellas toda su confianza, un sacrificio único, cuyo efecto será general y perpetuo, y cuya eficacia será proporcionada á la fe y á la esperanza de aquellos que de él esperarán su justificación.

Por fin, librárá del temor de la muerte y de un largo cautiverio á los que aguardaban la muerte del supremo Pontífice, cuya esperanza les servia de asilo y de refugio, y que únicamente por este medio podian ser restablecidos en él goce de sus bienes y de su verdadera patria.

Ved ahí de que se hallan llenas las Escrituras; esto es lo que se encuentra en ellas á cada paso: ellas no anuncian mas que la muerte y la resurreccion del Mesias. Serian ininteligibles si este debiese parecerse á la falsa idea que de él se ha formado el Judío, y seria muy extraño que conviniesen perfectamente á Jesucristo, en el cual no hubiese nunca pensado el Espíritu santo, y que estuviesen siempre en oposicion con el Mesías á quien aquel hubiese tenido designio de prenunciar.

Mas despues de tan viva y copiosa luz como á nosotros se derrama de todos los puntos de la Escritura, parémonos en nuestras propias percepciones, y reflexionemos un poco sobre nuestras propias riquezas.

CAPITULO II.

Reflexiones importantes sobre las profecias cumplidas por Jesucristo. — Si un solo Profeta hubiese predicho todo lo que Jesucristo ha obrado ó sufrido, el milagro seria muy grandioso y la prueba divina. — El milagro es mucho mayor porque son muchos profetas separados por los lugares y por los tiempos los que predijeron las obras y sufrimientos de Jesucristo. — El cumplimiento de las profecias deja convictos de impostura todos los seductores tanto pasados como futuros. — La prueba fundada sobre el cumplimiento de las profecias va adquiriendo cada dia una nueva fuerza, y demuestra siempre con mayor evidencia que Jesucristo es el Mesias.

ARTICULO I.

Si un solo Profeta hubiese predicho todo lo que Jesucristo ha hecho ó sufrido, el milagro seria muy grandioso, y la prueba seria divina.

Si un solo profeta hubiese prometido á los hombres un Mesias de parte de Dios; si hubiese señalado en seguida y por órden el tiempo en que debía parecer, lo que enseñaría, lo que tendria que sufrir, que género de muerte pondria fin á su vida, como triunfaria de la muerte por su resurreccion, por cual inconcebible ceguera el pueblo que le aguardaba rehusaria creer en él, aun cuando fuese testigo de sus prodigios; la facilidad con que le admitirian los Gentiles á pesar de serles desconocido: y si este profeta hubiese añadido que el pueblo de Israel quedaria inmediatamente castigado de su incredulidad perdiendo Jerusalem, el Templo y la Judea; y por una consecuencia necesaria to-

do el culto público; si hubiese prenunciado claramente su dispersion, si hubiese asegurado que esta duraria hasta que volviera á ser fiel; y si por fin hubiese prometido con la misma seguridad que á pesar de su dispersion, seria siempre un pueblo reconocido por tal y diferente de todos los demás: una profecía tan admirable, tan circunstanciada, tan seguida, seria la cosa mas maravillosa y mas singular del mundo, y la que mas hubiera llamado la atencion de los hombres, antes aun de ser cumplida.

Pero si muchos siglos despues de esta profecía, Jesucristo hubiese venido tal como ella habia predicho; si la hubiese fielmente cumplido en todos sus puntos, y si todo lo restante hubiese exactamente correspondido á todo lo que el profeta habia visto en el porvenir: ¡qué prodigio pudiera compararse con una conformidad tal entre Jesucristo y la profecía! ¿Y quién pudiera negarse á mirar al profeta como inspirado, y á Jesucristo como el Mesías?

ARTICULO II.

El milagro es mucho mas grandioso, porque son muchos profetas separados por los lugares y por los tiempos los que prenunciaron las obras y los padecimientos de Jesucristo.

Pues semejante maravilla, y prueba tan asombrosa, son infinitamente inferiores á los testimonios con que plugo á Dios ostentar la verdad de la Religion. No es un hombre solo el que promete de parte de Dios al Mesías. Esta promesa comenzó con el mundo, y ha sido mil veces renovada. Ha sido siempre el objeto de la espectacion de los santos, y posteriormente vino á ser la esperanza de todo un pueblo expresamente escogido para dar de él testimonio.

Los profetas, durante una larga serie de siglos, predijeron lo que el Mesías debia obrar ó sufrir. Los unos señalaron ciertas circunstancias, los otros añadieron otras nue-

vas. Los misterios futuros del Mesías han sido la materia de sus vaticinios, pero bajo diferentes símbolos y bajo diversas imágenes; y aunque su principal objeto haya sido el mismo, le han copiado todos bajo tales aspectos que no le representan perfectamente sino cuando se hallan reunidos.

Por manera que desde el origen del mundo el Mesías es prometido y profetizado, y su espectacion es propiamente la del universo. Todos los profetas que hablan de él estan separados los unos de los otros, escriben en tiempos diferentes, y siguen no obstante todos una luz divina que les revela el único objeto que parecia ocupar la atencion de Dios. Nada pues tan grande ni tan augusto como semejante objeto, centro y término de toda la revelacion.

Pero esto será lo que haga inimitable el carácter del Mesías, y lo que impedirá que cualquier otro pueda usurparle. Porque, ¿por cuál otro medio, no siendo el que Dios ha de enviar, conocerá todo cuanto de él está predicho? ¿Cómo lo reunirá todo? ¿cómo lo ejecutará? ¿por cuál luz penetrará por entre la densa oscuridad de las profecías? ¿cómo conciliará sus aparentes contradicciones? ¿cómo separará la realidad de los misterios de los velos con que estos se cubren? Y aun cuando tuviese el poder de imitar, cosa superior al poder humano, ¿cómo se formará una idea perfecta de lo mismo que emprenda imitar?

Aquí pues está manifiesta la mano de Dios, y Jesucristo se muestra altamente como el Mesías. Desde el principio del mundo todas las profecías han sido presentes; y él las ha separado de lo que les era extraño y solo les servia de velo. Todas las ha reunido, aunque diseminadas por diversos lugares, y les ha separado la parte que parecian contener de contradictorio cuando se las consideraba fuera de él. Las ha igualmente cumplido en lo que tenian de humillante y en lo que tenian de divino, y ha probado que él era el centro y el fin de todas ellas, reduciéndolas todas á la unidad en su persona.

ARTICULO III.

El cumplimiento de las profecías deja convictos de impostura todos los seductores pasados y futuros.

Por este cumplimiento de las profecías, que es el carácter único é incommunicable de Jesucristo, todos los seductores tanto pasados como futuros quedan convictos de impostura, y el muy importante dar á conocer esta verdad por una serie de racionios tan breves como sencillos.

No hay mas que un libertador prometido, ni las Escrituras dan testimonio sino de uno solo. Luego cualquier otro no ha sido prometido ni pronunciado, y no puede ser sino un seductor, así como cualquiera, que no pudiendo remontarse hasta la primera promesa, se funde en Escrituras menos antiguas que las de los Judíos queda por esto solo convencido de impostura, ó porque carece de título, ó porque le tiene falso.

Todas las profecías predicen lo que el Mesías ha de hacer ó ha de sufrir; luego no puede haber duda entre el que haya practicado y sufrido lo que predijeron las profecías, y el que, ó no tendrá conocimiento alguno de sus predicciones, ó no las habrá cumplido.

Entre las predicciones de los profetas hay algunas que no pueden ser repelidas, y que van actualmente unidas á ciertos lugares y á ciertos tiempos que no pueden ser imitadas por un falso Mesías. Por ejemplo, es necesario que el verdadero Mesías venga al mundo antes que el segundo templo sea destruido, pues que debe enseñar en él su doctrina. Es necesario que empiece á echar los fundamentos de su Iglesia en Jerusalem, pues de la montaña de Sion es de donde debe extenderse á todo el resto del mundo. Es necesario que el pueblo Judio le rechace antes de su dispersion, pues esta debe ser el castigo de su cegue-

ra. Es necesario que la conversion de los Gentiles sea su obra, ó la de sus discípulos, pues esta es la señal visible por la cual nos ordenan los profetas que le reconozcamos.

El templo pues no existe ya : Jerusalem está ocupada por extranjeros : los Judios estan dispersados y los Gentiles se han convertido, luego el Mesías ha venido. Esto es claro, es evidente, es innegable. Pero no es menos claro, evidente é innegable que ningun otro puede repetir las pruebas que aquel ha dado de su venida, y que nadie mas por consiguiente puede cumplir lo que dijeron los profetas que el Mesías cumpliria.

ARTICULO IV.

La prueba fundada en el cumplimiento de las profecías va adquiriendo cada dia nueva fuerza, y demuestra cada dia mas que Jesucristo es el Mesías.

Este género de pruebas tiene una fuerza invencible, cuya impresion es capaz de sentir todo el mundo ; y por una conducta admirable de la Providencia, esta fuerza, en vez de debilitarse por el largo transcurso de los tiempos, se hace por ellos mas poderosa. Porque el estado de la Judea y de Jerusalem, de donde estan desterrados los Judios ; su dispersion, que dura tambien todavia ; la conversion de los Gentiles, que es universal y pública ; la conservacion de los Judios, milagro que se hace cada dia mas asombroso, y mas contrario á la condicion de las cosas humanas, y al ejemplo de todos los demás pueblos ; la espectacion perseverante en que se hallan con respecto al Mesías, no debilitada por la tardanza, y que es claramente el objeto que la Providencia se ha propuesto en conservarlos ; todo esto subsiste en su fuerza ; todo la adquiere nueva á cada instante ; y Jesucristo es hoy dia tan claramente probado por

la continuacion de los testimonios que de él dan los Judíos y los Gentiles por su respectivo estado, y aun mas invenciblemente, que por los primeros golpes que hicieron caer á los Judíos, poniendo los Gentiles en lugar suyo; porque es mucho mas superior al hombre y á todo poder que no sea divino el sostener todo esto durante mas de diez y siete siglos en un estado violento, que reducirlo á él por algun tiempo mediante algun esfuerzo pasajero.

CAPITULO III.

Exámen de los libros particulares á los Cristianos, y que estos miran como divinos. Los autores de los libros particulares á los Cristianos son todos contemporáneos. — Ninguna otra historia ha sido escrita por tan considerable número de autores contemporáneos, los cuales han sido todos testigos oculares y han tenido parte en muchos sucesos. — Primera prueba de que son contemporáneos: nada adelantan que pueda hacer dudar de ello. — Todos los hechos históricos y todas las circunstancias prueban que lo son. — Sus libros han sido citados por autores contemporáneos de los Apóstoles. — La Iglesia ha siempre discernido con sumo cuidado las Escrituras sinceras de las supuestas. — No ha sufrido jamás que las verdaderas fuesen alteradas. — Siendo ella mas antigua que las Escrituras, no ha podido admitir sino las que eran conformes con la doctrina de los Apóstoles. — La certitud de las Escrituras fundada en la tradicion. — En que sentido es verdadero que sin la autoridad de la Iglesia no se creeria en el Evangelio.

ARTICULO I.

Los autores de los libros particulares á los Cristianos son todos contemporáneos. Ninguna otra historia ha sido escrita por tan gran número de escritores contemporáneos.

Continuando [mis investigaciones, no olvidaré lo que

hasta aquí he descubierto ; pero quiero prescindir de ello por un momento en la confianza de encontrar nuevas pruebas de las verdades de que me hallo ya íntimamente persuadido : pues no puedo creer que el establecimiento de la Religión cristiana no haya tenido por sí mismo y con independencia de las antiguas profecías algo de singular y de divino ; que Jesucristo no haya añadido á los testimonios que de él dan las Escrituras del antiguo Testamento , y que el estado de los Judíos y de los Gentiles continúe en suministrarle , señales evidentes de que él era el libertador prometido desde el principio del mundo.

A este fin leo en los libros que son particulares de los Cristianos y que estos miran como divinos. Yo me hallo persuadido como ellos de esta verdad , y de los mismos hago mi principal estudio. Mas para asegurar mi fe , y para afirmar la de mis hermanos que estuviere vacilante , voy á explicarme á mí mismo las reflexiones que tiempo hace me ocurrieron , considerándolas ahora como si fuesen nuevas , ó como si antes del exámen en que voy á entrar me hubiesen sido del todo desconocidas.

Los libros que estos Cristianos ponen en mis manos son de dos maneras. Los primeros contienen la historia de Jesucristo y del establecimiento de su Iglesia ; y los otros son escritos por algunos Apóstoles y dirigidos á varias iglesias particulares , ó en general á todos los Cristianos. Los autores de unos y de otros son conocidos , y lo han sido siempre , y son en número de ocho (1).

La primera observacion que se me ocurre en su lectura es que son todos contemporáneos , es decir que vivieron todos en el tiempo en que acontecieron los sucesos mismos que refieren. Confieso que semejante circunstancia me llama en extremo la atención , porque es no solamente extraordinaria sino única , pues no hay historia desde el prin-

(1) Los cuatro Evangelistas , con san Pedro , san Pablo , san Jaime y san Judas.

cipio del mundo que haya sido escrita por un número igual de autores contemporáneos. Y tenemos á muchas por muy ciertas, aunque no nos haya quedado de muchos años á esta parte ningun monumento tan antiguo como los hechos de que estamos persuadidos. La historia de Alejandro rey de Macedonia y vencedor del Asia, no está autorizada por autor alguno que hubiese vivido con su tiempo. Lo mismo sucede con la historia de Augusto, con la de Tiberio y de muchos otros de que no puede dudarse, aun que no esten escritas por autores que hayan sido de ellas testigos oculares. Y es muy raro que cuando los sucesos son antiguos, se tengan pruebas bien circunstanciadas de la misma fecha y de la misma época.

ARTICULO II.

Todos ellos han sido testigos oculares, y han tenido parte en muchos hechos que refieren.

Observo en segundo lugar, que no solamente los autores de los libros de los Cristianos son contemporáneos, y que todo cuanto escriben sucedió en su tiempo, sino que ellos mismos fueron hasta testigos oculares de todo (1) que estuvieron instruidos no solamente de los hechos, sino de sus causas y de sus motivos; que tuvieron todos los mismos conocimientos y en el mismo grado, y que sobre unos

(1) San Lucas y san Marcos, á quienes algunos antiguos hacen discípulos de san Pablo y san Pedro, eran mas verosimilmente discípulos inmediatos de Jesucristo. San Lucas, que habla solo de los setenta y dos discípulos, era uno de ellos, segun algunos antiguos, y uno de los que iban á Emaus. Y nada precisa á distinguir á san Marcos Evangelista del Marcos llamado Juan ó José, cuarto hijo de María, madre de Jaime, de Simon, de Judas y de José. Lo que dice san Lucas al principio de su Evangelio solo se refiere á hechos de que no habia podido ser testigo, y que únicamente la santísima Virgen habia podido comunicarle, y otros sujetos de la misma época.

mismos puntos esenciales convienen en dar un testimonio uniforme.

Inútilmente buscaré en todo el mundo algo que á esto se parezca. Hasta los autores contemporáneos no vieron por lo comun lo que refieren, y no estuvieron en el secreto y en el consejo de los acontecimientos. De ordinario se hallaban en un país distante de aquel en que pasaban los hechos, de los cuales no estaban noticiosos sino por la voz pública, que rara vez es fiel. Y su poca exactitud es casi siempre evidente á los que se proponen reunir lo que unos dicen á lo que los otros refieren, aunque sean igualmente contemporáneos.

Si sucede que un autor sea al mismo tiempo historiador y testigo, que acompañe al Príncipe ó al general (1) cuyas acciones escribe, que sea su particular confidente, y que tenga parte en sus deliberaciones y resultados, hacemos gran caso de sus memorias, y miráramos como una injusticia y como una falta de discernimiento ponerlas en duda sin pruebas muy sólidas, aunque su testimonio sea único.

Tambien hacemos grande estado de las historias escritas por los principes ó por los generales (2) que cuentan sus propias acciones, cuando lo hacen con un aire de sinceridad y de modestia que deja á su relacion todos los visos de verosimilitud, aunque su testimonio deba ser naturalmente sospechoso.

¿Qué ha de pensarse pues de tantos historiadores, que no dicen sino lo que han visto con su propios ojos, que han sido presentes á todo, que todo lo han oido, y que son ellos mismos una parte necesaria en la historia que escriben? ¿Quién puede rehusar dar crédito á hombres que nos hablan así: « Nosotros (3) os decimos lo que hemos visto y lo que hemos oido? Os anunciamos la palabra de vida que

(1) Como Polibio con respecto á Escipion.

(2) Jenofonte, retirada de los diez mil. Cesar, de la guerra de los Galos.

(3) Carta de san Juan. cap. 1 vers. 3.

« existía desde un principio, que nosotros hemos oído; « lo que hemos visto con nuestros ojos y tocado con nuestras manos. » ¿Y qué temerario no sería poner en duda lo que nos dice uno de ellos (1) para asegurarnos de la verdad de su testimonio? « No siguiendo fábulas inventadas « artificiosamente, os hemos dado á conocer el poder y la « historia de nuestro Señor Jesucristo, sino despues de « haber sido nosotros mismos los espectadores de su Ma- « jestad. »

Nada habria cierto en adelante, si no es cierta una historia atestiguada por tantos autores contemporáneos tan bien instruidos y tan bien informados de todo. En esta parte la Religion cristiana, aun no examinando mas que la fecha y el número de sus historiadores tiene una ventaja evidente y superior á todo cuanto han creído los hombres sobre testimonios humanos; pues no solamente los hechos sobre que está fundada son ciertos, sino que ningún otro, entre los mas indudables, tiene las mismas pruebas de certitud.

ARTICULO III.

Prueba primera: que son contemporáneos: nada afirman que pueda hacernos dudar de ello.

Paréceme que á semejante evidencia nada mas puede oponerse sino la sospecha de que puede ser que los autores á quienes se tiene por contemporáneos, y que se dan en efecto por tales, no lo sean en la realidad; que vivieron en otro tiempo, y que son los inventores, y no testigos oculares de lo que refieren.

Esta sospecha, si fuese siempre admitida indistintamente atacaria así mismo la veracidad de todos los historiadores.

(1) Segunda carta de san Pedro, cap. 1, vers. 16.

Segun ella ningun autor seria contemporáneo , ninguno seria fiel , ninguno mereciera ser creído ; y cuantas mas pruebas daria de que todo pasó á sus ojos , y de que él habia tenido parte en todo , mas sospechoso le haria su misma exactitud en probarlo.

Pero yo quiero ahora suponer , que una sospecha tan visiblemente injusta , cuando es vaga , voluntaria ó carece de todo fundamento , merece una formal respuesta : muchas tengo que oponer á ella , no solo formales , sino sin réplica.

En primer lugar , los Autores que examino nada afirman que no sea conforme con el tiempo en que escriben , con los lugares , con las personas , con los usos , con el gobierno civil , con el estado de la Religion , con los negocios públicos de que hablan. Representan la situacion de los Judios y la dominacion de los Romanos tales como verdaderamente eran y siempre segun las frases y los cambios ocurridos bajo el mando de los diversos príncipes que gobernaron en una parte de la Judea y de los gobernadores de la Palestina y de la Siria por parte de los Romanos. No se les escapó la menor falta contra la verosimilitud , contra la historia , contra el cómputo cronológico de los tiempos , contra las cosas que por otros conductos conocemos ; y es evidente que semejante exactitud no ha sido efecto de su precaucion , sino la consecuencia de la verdad , y el haberla ellos dicho siempre es causa de que ha parecido siempre que la decian. Pues los inteligentes en la historia saben muy bien cuan imposible es escribir una de falsa , y pretender ligarla con lugares y tiempos ciertos , y con personas conocidas , sin caer en inconvenientes que descubren la mentira á pesar del mas esmerado artificio.

ARTICULO IV.

Todos los hechos históricos y todas las circunstancias prueban que dichos Autores son contemporáneos.

En segundo lugar, no solamente estos autores nada han escrito contrario á lo que hubieran debido escribir historiadores contemporáneos, sino que todas las circunstancias prueban invenciblemente que lo son. Ellos viven en medio de Jerusalem, ruegan en el templo, y enseñan en él; son reconvenidos delante los sacerdotes y el Consejo de la nacion, por haber curado un cojo que mendigaba en una de las puertas del templo. Mucho tiempo despues san Pablo fué arrestado en él en ocasion que se preparaba á ofrecer allí mismo uno de los sacrificios prescritos por la ley. El templo subsistia pues, y Jerusalem se hallaba aun en su esplendor, cuando san Lucas escribia las Actas de los Apóstoles, que escribió despues de su Evangelio, y de consiguiente largo tiempo antes de Tito, que destruyó á Jerusalem y abrasó el templo.

La prision y la libertad de san Pedro suponen que Herodes vivia, que este príncipe estaba enredado con los de Tiro, que les concedió la paz á persuasion de uno de sus ministros, y que fue herido por mano invisible al tiempo de arengarles. Todos estos sucesos van entremezclados, y como es evidente, sin afectacion y sin designio estudiado.

San Pablo, prisionero en Cesarea, es interrogado por dos gobernadores romanos que se suceden el uno al otro. Habla delante del rey Agrippa y delante de Felix en su defensa, y es enviado á Roma para ser juzgado por Neron, al cual habia él apelado. Esto se sigue, y es natural, y el tiempo en que esto pasa y en que se escribe no ofrece la menor duda.

El hambre que debia venir debajo el imperio de Claudio,

está ya predicha por un Profeta (1). Los Judios son expulsados de Roma en ocasion de esta hambre: uno de estos Judios desterrados se retira á Corinto, y alli le conoce san Pablo. Y en otro tiempo, este mismo Judio vuelve á Roma con su familia (2); y san Pablo quiere que se le salude, y que se le den las gracias de su parte. Nada hay mas sencillo y menos sospechoso que hechos de esta naturaleza, y solo sirven para robustecer la prueba de que san Pablo vivió bajo el imperio de Claudio, y sabemos por otra parte que san Lucas, su historiador, le siguió en sus viajes, y hasta la misma Roma.

Pudieran multiplicarse semejantes observaciones, si fuese necesario; pero cualquiera que tenga advertencia puede por si mismo añadir otras de nuevas, y convencerse por pruebas de todo género que los Autores de los libros de los Cristianos, son en verdad contemporáneos de los sucesos que refieren.

ARTICULO V.

Sus libros han sido citados por Autores contemporáneos de Apóstoles.

En tercer lugar, estos libros han sido célebres desde un principio, y citados por grandes hombres contemporáneos de los Apóstoles, tales como san Ignacio, san Clemente, san Policarpo; ó contemporáneos de sus discipulos, como san Justino y san Ireneo. Todos estos hombres han derramado su sangre para atestiguar las mismas verdades y los mismos hechos que contienen sus libros. Mas no es esto lo que ahora considero. No atiendo mas que al simple testimonio que estos hombres rinden á la antigüedad de los libros que examinamos, los cuales habian leído, pues que

(1) Act. 18, 2.

(2) Rom. 16, 3.

los citan. Creian á los Apóstoles y á los Evangelistas autores de ellos , pues que se los atribuyen. De ello estaban certísimos , pues vivian no solamente en su tiempo , sino con ellos. Justo es pues que lo estemos tambien nosotros , y no pudiéramos rehusar su testimonio sin hollar todas las reglas de la equidad natural y de la razon.

Mas si se quiere alguna cosa mas para asegurarse si estos testigos son tan antiguos como se dice : y que las obras que se les atribuyen no les han sido supuestas , otros testimonios muy antiguos y muy dignos de fe citan los primeros , y justifican con sus citas la sinceridad de las obras que de aquellos nos han quedado. San Clemente es citado por san Ireneo ; san Ignacio lo es por el mas antiguo historiador de la Iglesia y por otros grandes hombres , y san Policarpo tiene las mismas garantias. Así por un encadenamiento de testigos que se sostienen los unos á los otros , nos remontamos hasta el tiempo de los Apóstoles y á sus escritos ; y todo lo que es cierto despues de ellos , responde de su certitud.

ARTICULO VI.

La Iglesia ha puesto siempre el mayor cuidado en discernir las Escrituras verdaderas de las supuestas.

En cuarto lugar , si algo hay que sea capaz de aumentar esta certitud , y de poner á ella el colmo , es el exacto discernimiento que los antiguos Cristianos hicieron de las Escrituras sinceras y veraces (1) y de aquellas que eran supuestas , y el principio único y decisivo sobre que se fun-

(1) *Apocryphorum librorum et adulterinarum scripturarum, quas ipsi confinxerunt, infinitam multitudinem afferunt, ut stultos ac vesanos homines, qui veritatem scripturarum ignorant, in stuporem trahant. Irenæi l. 4 c. 17. Nov. Ed. c. 20.* «Lo cual refuta él en seguida por la tradicion de las iglesias, y sobre todo de la de Roma, l. 3. c. 3.»

daron para hacer este discernimiento. Porque de una parte muchas herejias trataron de autorizarse por Escrituras atribuidas á los Apóstoles, cuyos nombres respetables parecian al frente de los Evangelios, de los que la impos- tura pretendia hacerlos autores. Mas de otra parte, los Cris- tianos que se conservaban adheridos á la primera y mas an- tigua tradicion, no oponian á estas nuevas Escrituras sino su misma novedad. Ellas, decian (1), nos fueron hasta aho-

(1) Ego meum (Evangelium) dico verum, Marcion suum. Ego Mar- cionis affirmo adulteratum, Marcion meum: quis inter nos determina- bit, nisi temporis ratio ei præscribens auctoritatem, quod antiquius reperietur; et ei præjudicans vitiationem quod posterius revincetur? Tertull. l. 4. contr. Marc. c. 4.

In summa, si constat in verius quod prius, id prius quod et ab initio, id ab initio quod et ab Apostolis: pariter utique constabit id esse ab Apostolis traditum, quod apud Ecclesias Apostolorum fuerit sacro- sanctum. Videamus quod lac á Paulo Corinthii hauserint: ad quam re- gulam Galatæ sint recorrecti: quid legant Philippenses, Thessaloni- censes, Ephesii quid etiam Romani de proximo sonent, quibus Evan- gelium et Petrus et Paulus sanguine quoque suo signatum reliquerunt. Habemus et Joannis alumnas Ecclesias, nam etsi Apocaliysim ejus Marcion respuit, ordo tamen Episcoporum ad originem recensus, in Joannem stabit auctorem. Sic et cæte:arum generositas recognoscitur. Dico itaque apud illas, nec solas jam apostólicas, sed apud universas quæ illis de societate sacramenti confæderantur, id Evangelium ab initio editionis suæ stare quod eum maximè tuetur. *Marcionis vero plerisque nec notum; nulis autem notum, et non eo damnatum.* « Es decir, por esta razon misma que es particular á Marcion. Idem. l. dict. c. 5. »

His ferè compendiis utimur, cum de Evangelii fide adversus hæ- reticos experimur, defendentibus et temporum ordinem posteritati falsariorum præscribentem, et auctoritatem Ecclesiarum, traditioni Apostolorum patrocinantem. Quia veritas falsum præcedat necesse est. Idem. Ibid.

Adeo antiquius Marcione est (Evangelium) quod est secundum nos, ut et ipsi illi Marcion aliquando crediderit. Idem l. dict. c. 4.

Distincta est á posteriorum libris excellentia canonicæ auctoritatis veteris et novi testamenti, quæ Apostolorum confirmata temporibus per sucesionis Episcoporum, et propagationes Ecclesiarum, tanquam in sede quadam sublimiter constituta est cui serviat omnis fidelis et pius intellectus. S. August. contr. Faust. l. 4. c. 5.

Huic (Munichæo) vos de Christo quare credidisti? (deciase el apóstol

ra desconocidas; ellas lo fueron á los Apóstoles, cuyo nombre traen; ninguno de ellos las ha dado á las iglesias que fundó; ninguna iglesia las ha recibido de sus manos. No

de Jesucristo) quemnam testem vobis sus Apostolatus adduxit?....An Apostolos nostros pro se testes vocabit? non opinor; homines produceret, sed libros aperiet....quod si eos infalsatos dixerit, ipse testium suorum fidem oppagnabit: si autem alios, quos dicat Apostolorum nostrorum; codices protulerit, quomodo eis ipse auctoritatem dabit, quam per Ecclesias Christi ab ipsis Apostolis constitutas non accepit, ut inde ad posteros firmata commendatione transcurreret. Idem. l. 43. contr. Faust. c. 4.

Cum cœpero Matthei Evangelium recitare, ubi narratio nativitalis (Jesu) contexitur, continuo dices illam narrationem non esse Matthei, quam Matthei esse dicit universa Ecclesia ab Apostolicis sedibus usque ad præsentis Episcopos certa successione producta. Tu mihi quid contra lecturus est? Aliquem forte librum Manicæi ubi Jesus negatur esse natus ex virgine. Sicut ergo ego credo illum librum esse Manicæi quoniam ex ipso tempore quo Manicæus vivebat in carne, per discipulos ejus certâ successione præpositorum vestrorum ad nostra usque tempora custoditus atque productus est: Sic et istum librum credite esse Matthei, quem ex illo tempore quo Mattheus ipse in carne vixit, non interruptâ serie temporum, Ecclesia, certa connexionis successione usque ad tempora ista perduxit. Idem l. 28. contr. Faust. c. 2.

Et dic mihi cujus libro potius credere debemus, ejus ne Apostoli qui Christo, cum adhuc in terrâ esset, adhæserat, an nescio cujus Persæ, qui tanto post natus est? Sed alium forte proferes librum qui nomen habeat alicujus Apostoli, quem à Christo constat electum: et ibi Christum natum ex Maria non esse lecturus es. Cum ergo necesse sit alteram horum librorum esse mendacem, cui non potius censes fidem accomodare debere? Ei ne quem illa Ecclesia ab ipso Christo inchoata, et per Apostolos protracta, certa successionum serie, usque ad hæc tempora, toto terrarum orbe dilatata; ab initio traditum et conservatum agnoscit: an ei quem eadem Ecclesia incognitum reprobat? Idem ibid.

Quod autem putat quærendum esse Faustus quid de se Jesus ipse prædicaverit, cui non Justum videatur? Sed numquid hoc sciri potest nisi discipulis ejus narrantibus? Quibus si non creditur annunciantibus quod de virgine natus sit, quomodo eis fides adhibebitur annunciantibus quid de se ipse prædicaverit? Si enim prolatae fuerint aliqua litteræ, quæ nullo alio narrante ipsius essent, non legerentur, non acciperentur, non præcipuo culmine auctoritatis eminent in ejus Ecclesia quæ ab ipso per Apostolos succedentibus sibi met Episcopis usque ad hæc tempora propagata dilatatur? Quis est ergo tam demens, qui

queda entre nosotros el menor vestigio de la antigüedad que se les atribuye; nadie las ha citado, nadie se ha propuesto explicarlas en nuestras asambleas, todas ellas son posteriores al establecimiento de la verdad, y todas de una data igual á los errores que ellas fomentan: unas y otras no nacieron hasta despues de la muerte de los Apóstoles, y seria por demás entrar en el exámen de unos falsos títulos, cuya suposicion es tan evidente como su novedad.

Así es que todas estas ficciones han sido desechadas. La fuerza invencible del raciocinio, sacado de la prescripcion, ha pulverizado todas las Escrituras mas recientes que el tiempo de los Apóstoles y que el origen de la Iglesia. Ninguna se ha admitido sin que se supiese en virtud de que motivo se habia de admitir, y la única regla sobre tan importante punto ha sido la certitud de que ellas venian de los Apóstoles.

Esta prueba viene á ser una doble demostracion que las Escrituras son verdaderamente de los Apóstoles, y que los Apóstoles vivieron en el tiempo en que las cosas de que escriben tuvieron su cumplimiento. Porque las herejias de

hodie credat esse epistolam Christi quam protulerit Manichæus, et non credat facta vel dicta esse Christi, quæ scripsit Mattheus? Idem l. 28. contr. Faust. c. 4.

Aut si etiam de Mattheo utrum ipse ista scripserit dubitat, de ipso quoque Mattheo non potius id credat quod invenit in Ecclesiâ quæ ab ipsius Matthei temporibus usque ad hoc tempus certa successionum serie declaratur, ut credat nescio cui ex transverso de Perside post ducentos vel amplius annos venienti, et suadenti, ut illa potius quod Christus dixerit, feceritque credatur? *Ibidem.*

De Aphocryphis, iste ponit testimonia quæ sub nominibus Apostolorum Andreae Joannisque conscripta sunt: quæ, si illorum essent, recepta essent ab Ecclesiâ, quæ ab illorum temporibus per Episcoporum successiones certissimas, usque ad nostra et deinceps tempora perseverat. *S. Aug. l. 4. contra adversarium, Legis et Prophetarum. c. 20.*

Legunt scripturas apocryphas Manichæi à nescio quibus sutoribus fabularum sub Apostolorum temporibus in auctoritatem sanctæ Ecclesiæ recipi mererentur, si sancti et docti homines qui tunc in hac vita erant, et examinare talia poterant, eos vera locutos esse cognoscerent *Lib. 22. contr. Faust. c. 39.*

Corinto, de Marcion, de Valentino y algunos otros que osaron alterar la pureza de las Escrituras, ya falsificándolas en algunos pasajes, como vamos á verlo luego, ya substituyendo otros de nuevas; son muy antiguas y muy cercanas á los tiempos apostólicos. Así pues, si á pesar de su grande antigüedad, eran tenidas por nuevos, y son realmente mas recientes que todos los escritos verdaderos de los Apóstoles y que el establecimiento de su Iglesia, es de una completa evidencia que las Escrituras son del tiempo de los Apóstoles y que los Apóstoles son de la misma época que Jesucristo.

ARTICULO VII.

La Iglesia nunca ha permitido que las verdaderas fuesen alteradas.

En quinto lugar, la precaucion que tuvieron los antiguos Cristianos para no admitir nada que no fuese de manos de los Apóstoles y de los primeros fundadores de la Iglesia (1), les ha hecho sumamente vigilantes en su integridad, y muy atentos á las menores alteraciones que los herejes han tratado de introducir en ello. Todas las han desechado, y las han convencido todas de falsedad por la sola comparacion de los antiguos ejemplares, comunes á todas las iglesias, con los ejemplares falsificados, pero mas recientes, y que tenian por legitimos únicamente las sectas que los habian corrompido (2). Los Valentinianos, los Marcio-

(1) Cum ex Scripturis (hæretici) arguuntur, in accusationem convertuntur ipsarum Scripturarum quasi non recte habeant, neque sint ex auctoritate. Irenæ. l. 3. c. 2.

(2) Quotidie reformant illud (suum Evangelium Marcionitæ) pro ut à novis quotidie revincuntur. Tertull. l. 4. contr. Marcion. c. 5. p. 504. Evangelium inter, olando (Marcion) suum fecit. Tertull. l. 4. contra Mar. c. 4. p. 504.

Humanæ temeritatis, non divinæ auctoritatis negotium est hæresis quæ sic semper emendat Evangelia, dum vitiat....itaque dum emen-

nitas, los Gnósticos, los Maniqueos apelaron á tan vil artificio para destruir las pruebas de las verdades que combatian, suprimiendo ciertos pasajes de las Escrituras, ó añad-

dat, utrumque confirmat et nostrum antierius, id emendat quod invenit, et id posterius, quod de nostri emendatione constituens, suum et novum fecit. Idem l. 4. c. 4. p. 535.

Hoc, quod adversus impietatem vestram ex Apostoli Pauli Epistola profertur, omnes codices et novi et veteres habent, omnes Ecclesiæ legunt, omnes linguæ consentiunt. S. Aug. l. 14. contr. Faust. c. 2.

Unum eorum (de los dos pasajes que Fausto juzgaba opuestos) non esse Pauli, nullo modo possumus dicere, quia in eo nulla variat codicum auctoritas. Idem. Ibid. c. 4.

Nihil mihi videtur ab eis impudentius dici, vel ut mittis loquar, incuriosius et imbecillius, quam scripturas divinas esse corruptas: cum id nullis in tam recenti memoria extantibus exemplaribus possint convincere. Aug. l. de utilitate credenti. c. 3. n. 7.

Aperte dicite non vos credere Christi Evangelio: nam qui in Evangelio quod vultis creditis, quod vultis non creditis, vobis potius quam Evangelio creditis. Contr. Faust. l. 17. c. 3.

In præcipitium vos cæci mittis, dicentes falsa esse in Evangelio, sic ubi vestra hæresis exitum non invenerit. Ut vobis nihil remaneat quo redire possitis unde Christo credatis, ubi vobis hæc vos pestilentia non possit apponi. Contr. Faust. l. 16. c. 33.

Quæ jam auctoritas litterarum apperiri, quis sacerliberevolvi, quod documentum cujuslibet scripturæ ad convincendos errores vestros exire potest, si hæc vos admittitur, si alicujus ponderis estimatur? Aliud est ipsos libros non accipere, et nullo eodem vinculo detineri? quod Pagani de omnibus libris nostris, quod Judei de Novo Testamento faciunt, quod denique nos ipsi de vestris et aliorum hæreticorum si quos suos et propios habent...aliud est ergo auctoritate aliquorum vel librorum, vel hominum non teneri, et aliud est dicere: iste quidem vir sanctus omnia vera scripsit, et ista Epistola ipsius est: sed in ea ipsa hoc ejus est, hoc non est eius. Ubi eum ex adverso audieris: proba; non confugas ad exemplaria veriora vel plurium codicum, vel antiquorum, vel linguæ precedentis unde hoc in aliam linguam interpretatum est: sed dicas: Inde probo hoc illius esse, illud non esse, quia hoc pro me sonat, illud contra me. Tu es ergo regula veritatis? Quidquid contra te fuerit non est verum? Quid si alius simili insaniat, sed tamen quæ tua duritia confringatur, existat et dicat: Imo id quod pro te sonat, falsum est; hoc autem quod contra te est, verum est; quid acturus, nisi forte alium librum prolaturus, ubi quidquid legeris secundum tuam sententiam possit intelligi? Hoc si fueris, non de aliqua ejus particula, sed de toto audies contra-

diendo á ellos algunas palabras para plantificar sus errores. Pero los Cristianos descorrieron siempre el velo á esta doble impostura, con solo mostrar ejemplares mas antiguos que la falsedad que se trataba de introducir, y se mantuvieron siempre firmes en no admitir nada nuevo, ni á recortar nada de lo antiguo, porque no eran árbitros ni de lo uno ni de lo otro, porque miraban el depósito de las Escrituras como inviolable y como sagrado, y porque teniéndolo de la tradicion que remontaba hasta los Apóstoles, estaban obligados á conservar esta tradicion sin interrupcion, y de remontarse con ella hasta el origen de la revelacion divina.

dicentem et clamantem: falsus est. Quid ages? quo te convertes? Quam libri á te plorati originem, quam vestutatem, quam seriem successio- nis testem citabis? Nam si hoc facere conaberis, et nihil valebis. Et vides in hac re quid Ecclesiæ catholicæ valeat auctoritas, quæ ab ipsis fundatissimis sedibus Apostolorum usque ad hodiernum diem succedentium sibimet Episcoporum serie et tot populorum consensione firmatur. l. 44. contr. Faust. c. 2.

Volo mihi ostendas unde auctorem veritatis dederis Christum, si eis qui de illo scripserunt, quorum auctoritas recenti memoriâ commenda- ta atque firmata in postero emanavit, audes adscribere falsitatem? Non enim vidisti Christum; aut quemadmodum cum Apostolis locutus est tecum, aut de cælo te sicut Saulum vocabit. *contr. Faust. l. 46. c. 41.*

Eadem auctoritas Ecclesiarum Apostolicarum cæteris quoque patrocinabitur Evangeliiis (Los Marcionistas no reconocian otro que el de san Lucas y este aun alterado por sus cambios) quæ proinde per illas et secundum illas habemus, Joannis dico et Matthei, (licet et Marcus quod edidit Petri adfirmetur, cujus interpres Marcus)... itaque et de his Marcion flagitandus, quid, omissis eis, Lucæ potius institerit: quasi non et hæc apud Ecclesias á primordio fuerint, quemadmodum et Lucæ?... Igitur dum constat hæc quoque apud Ecclesias fuisse, cur non hæc etque Marcion attigit, aut emendanda si adulterata, aut agnoscenda si integra? *Tertull. l. 4. contra Marc. c. 5. p. 505.*

Aut proba esse quod credis; aut si non probas, quomodo credis? aut qualis es, adversus eum credens, á quo solo probatur esse quod credis? *Tertull. l. 5. contra Marc. c. 4. p. 576.*

ARTICULO VIII.

La Iglesia es mas antigua que las Escrituras, y no ha permitido admitir sino las que eran conformes con la doctrina de los Apóstoles.

En sexto lugar, la Religion cristiana no ha comenzado por las Escrituras, y ni aun parece posible que ninguna Religion, verdadera ó falsa, deba su principio á un libro antes desconocido. Jesucristo habia nacido y habia muerto antes que fuese escrito el Evangelio. Habia tenido discípulos y los habia instruido antes que sus discípulos formasen otros, y los puntos esenciales de la doctrina que ellos anunciaban estaban fijos y pasaban por ciertos antes que fuesen escritos.

Por una consecuencia necesaria fué indispensable que hubiera una entera conformidad entre las verdades anunciadas de viva voz (1), y las verdades escritas; pues unas y otras eran las mismas en el fondo, y la diferencia no podia consistir sino en la manera, es decir, entre la palabra y la escritura. De otro modo hubiéranse leído en las Escrituras cosas nuevas é inauditas, y hasta se hubiera encontrado en ellas lo contrario de lo que se habia oido de boca de los Apóstoles: y si los mismos Apóstoles hubiesen añadido en sus escritos lo que no hubieran osado enseñar de viva voz, no se hubiera podido prescindir de oponer sus discursos á sus escritos de tener unos y otros por sospechosos, y de desconfiar de semejantes maestros.

Por otra consecuencia tan necesaria como la primera fue indispensable que todos los hechos atestiguados en los escritos de los Apóstoles, fuesen ya conocidos de todos los

(1) Ipse apostolus Paulus, post ascensionem Domini de cælo vocatus, si non inveniret in carne Apostolos, quibus communicando, et cum quibus conferendo Evangelium ejusdem societatis esse apparet, Ecclesia illi omnino non crederet. S. Aug. l. 28. contr. Faust. c. 4.

Cristianos y mirados como ciertos, pues que sus escritos en tanto eran admitidos en cuanto eran conformes á la doctrina que habian establecido por la palabra.

Y en fin, por última consecuencia (1) fue imposible que ningun escrito opuesto á la doctrina de los Apóstoles y desechado por ellos adquiriese en su tiempo una autoridad pública entre los Cristianos, y en esto se funda la máxima de san Agustín que no le es particular, esto es, que sin la autoridad de la Iglesia no creeria ni aun en el Evangelio.

ARTICULO IX.

La certitud de las Escrituras fundada en la tradicion. En que sentido es una verdad que sin la autoridad de la Iglesia no se creeria en el Evangelio.

Esta máxima, aunque muy segura en su verdadero sentido, es falsa cuando se la aplica mal. No significa que el único testimonio de la verdad de las Escrituras venga de la Iglesia Cristiana mirada como infalible y como conducida por el espíritu de Dios. Semejante procedimiento nos haria caer en el sofisma á que se ha dado el nombre de círculo vicioso; porque se probaria la Escritura por la Iglesia, y en el mismo género de pruebas se estableceria la Iglesia por la Escritura.

Para no confundir pues cosas tan diferentes, es necesario considerar la Escritura de dos maneras, y la Iglesia tambien bajo dos respectos (2). La Escritura puede ser mirada

(1) *Ego Evangelio non crederem, nisi me Ecclesiæ Catholicæ commoveret auctoritas. S. Aug. l. 4. contr. Epam. Manich. quam vocant fundamenti. c. 5.*

(2) *Sicut ego credo illum librum esse Manichæi, quoniam ex ipso tempore quo Manichæus vivebat in carne per discipulos ejus certa successione Præpositorum vestrorum ad vestra usque tempora custoditus atque perductus est; sic et istum librum credite esse Matthæi,*

como un libro comun, compuesto en época determinada, atribuido á cierto autor, escrito con fidelidad. Y la Iglesia puede ser considerada como una sociedad humana, que ha comenzado en un cierto tiempo, que ha tenido á ciertos hombres por fundadores y jefes, y que se ha bien informado de todo cuanto se pasó en su primer establecimiento.

La Iglesia así considerada, no tiene privilegio alguno sobrenatural; pero tiene si toda la autoridad de un pueblo que le sirve de testimonio, pueblo muy instruido de todo cuanto tiene relacion con él, y celoso por sus títulos que le sirven de fundamento. En este sentido, atestigua que las Escrituras de que se sirve son tan antiguas como ella misma; que son verdaderamente de los autores cuyo nombre llevan; que estos autores han visto las cosas que han escrito, y que su historia es fiel.

En todo lo que es de un orden puramente humano y natural, nada puede presentarse superior á un tal testimonio, dado por un pueblo entero, que ha sabido desde un principio el modo con que se ha formado; que ha conservado como un precioso depósito sus primeros títulos; que no ha sufrido en tiempo alguno se hiciera en ellos la mas minima alteracion; y que quiso ya desde su origen que cada particular los leyese, los oyese explicar, y que conservase de ellos fieles traslados.

Mas en este testimonio no mezclo aun nada de divino, como no lo pongo todavía en la Escritura á la cual se refiere. De uno y otro lado todo es aun natural, y todo es igual, y en este sentido es exacta la máxima sentada por san Agustín y por los antiguos (1): ¿Qué no se puede creer en el

quem ex illo tempore quo Matthæus ipse in carne vixit, non interruptâ serie temporum Ecclesia certa connexionis succession eusque tempora ista perduxit. S. Aug. l. 28. contra Faust. c. 2.

(1) Si quæritis à novis, nos unde sciamus Apostolorum esse istas litteras, breviter vobis respondemus, inde nos scire unde et vos scitis illas litteras esse Manichæi, quas miserabiliter huic auctoritati præponitis. si enim et hinc vobis aliquis moveat quæstionem dicens libros

Evangelio, si la Iglesia no atestigua su verdad. ¿Pues de dónde se sabría realmente que el libro del Evangelio es tan antiguo como se dice, y que ha sido compuesto por los autores cuyos nombres lleva, si la Iglesia no hubiese formado un cuerpo ya desde aquellos tiempos, y si por una no interrumpida tradicion no hubiese siempre respetado el Evangelio como un libro cuya antigüedad y autores le eran muy bien conocidos?

Puedo en seguida examinar el Evangelio y las Escrituras, cuya verdad certifica y cuyos autores garantiza la Iglesia, mirada como una sociedad puramente humana. Y es muy fácil que en este exámen descubra yo que estas Escrituras son divinas; que prometen claramente la infalibilidad á la Iglesia, y que sujetan todo espíritu humano á sus decisiones.

Entonces empiezo á mirar á la Iglesia bajo otro punto de vista, y como teniendo una autoridad divina; y al primer testimonio que aquella ha dado de las Escrituras, en clase de una sociedad tan antigua como ellas, y fundada sobre las mismas, pero de un orden puramente natural, añado otro testimonio de un orden diferente, y sobrenatural que la misma Iglesia da de las propias Escrituras, como depositaria de la revelacion divina y como infalible.

Pero no es esto una consecuencia necesaria; pues no porque miro las Escrituras como divinas debo considerar la sociedad que las conserva como revestida de una autoridad infalible. Yo he tocado lo contrario con respecto á la Sinagoga, cuyas Escrituras son ciertamente divinas, pero á la cual

quos profertis Manichæi non esse Manichæi, quid facturi estis? Nonne potius ejus deliramenta ridebitis, qui contra rem tantæ connexionis et successionis serie confirmatam impudentiam hujus vocis emittat? Sicut ergo certum est illos libros esse Manichæi, et omnino ridendus est qui ex transverso veniens tanto post natus litem vobis hujus contradictionis intenderit, ita certum est Manichæum vel Manichæos esse ridendos, qui tam fundatæ auctoritati á temporibus Apostolorum ad hæc tempora successione custoditæ, atque perductæ audeant tale aliquid decere. S. Aug. l. 32. contr. Faust. c. 21.

estas Escrituras prestan tan poca infalibilidad, que ellas mismas me advierten que desconfie de la interpretacion que dará de ellas; y el creer yo estas Escrituras divinas es la causa porque no creo en la Sinagoga.

La primera prueba pues de la certitud de las Escrituras no se funda en el testimonio mutuo de un orden sobrenatural y divino, que se dan recíprocamente las Escrituras y la sociedad que las conserva. Esta prueba esencial consiste en una tradicion pública y perpetua, atestiguada por todo el cuerpo de fieles, visible en cada uno de ellos, necesario y evidentemente enlazada con el primer origen de la sociedad y de las Escrituras, á las cuales ella da testimonio. Se mejante tradicion es de una fuerza infinita para fijar su antigüedad y su verdad histórica, de que depende esencialmente su autoridad divina. Y es inconcebible que hombres, por otra parte no faltos de inteligencia, hayan renunciado á esta tradicion, para no dejar á las Escrituras otras pruebas de su divinidad que el sentimiento de la couciencia, ó una especie de discernimiento profético.

CAPITULO IV.

Pruebas que las Escrituras de los Cristianos no tienen otro carácter que el de verdad, y que sus autores son sinceros. Pruebas generales de la sinceridad de los Evangelistas y de los Apóstoles. — Pruebas particulares: Reconocimiento de su primera ignorancia, y de la bajeza de su primitiva profesion. — Reconocimiento de sus faltas y de sus debilidades. — Todos convienen en lo esencial; pero esta conformidad no ha podido ser obra del concierto. Verdad del fondo probada por algunas aparentes contradicciones.

ARTICULO I.

Pruebas generales de la sinceridad de los Evangelistas y de los Apóstoles.

Ya no puedo de modo alguno dudar que los autores de los libros que los Cristianos tienen por divinos no hayan vivido en el mismo tiempo en que pasaban las cosas que escribieron; que no hayan sido de ellas espectadores y testigos, y que no hayan tenido mucha parte en ellas. Las pruebas que tengo de ello son convincentes, y el testimonio de todos los Cristianos esparcidos por todo el mundo, sostenido por una tradición constante de todos los siglos, y atestiguado desde su origen por autores tan antiguos como los Apóstoles, añade á estas pruebas un grado de certidumbre, que debe someter á todo hombre razonable, sobre todo cuando se considera con que severidad han desechado los Cristianos todo lo que no databa de la antigüedad primitiva; con que fidelidad han conservado sin la menor alteracion el primer depósito recibido de los Apóstoles, y con que facilidad podian comparar la doctrina escrita con la que les habia sido predicada, y que siendo mas antigua servia de regla para juzgar de la otra.

Podia muy bien limitar aquí mis investigaciones sin necesidad de pasar mas adelante; porque si los libros de los Cristianos estan escritos por hombres sinceros y bien informados; si han sido siempre venerados por los que los recibieron de sus manos, (1) en tanto que los han mirado como divinos, y si no han reparado en dar su vida no solo para testificar su verdad; sino tambien para no abandonarlos á los que se esforzaban en destruirlos: toda la Religion cristiana queda probada, y la certidumbre de cada misterio

(1) Qui sunt libri quos legitis adorantes. Act. Mart. Scillitanorum.

queda comprendida en la certidumbre de la revelacion general.

Pero hay tantas otras cosas que me convencen de la sinceridad de aquellos autores , y de la verdad de los escritos que voy examinando , y pueden hacer la misma impresion sobre los demás , que me creo obligado á llamar sobre aquellas la atencion del lector.

ARTICULO II.

Pruebas particulares. Reconocimiento de su primera ignorancia y de la bajeza de su primitiva profesion.

Lo primero que me sorprende es el sincero reconocimiento que hacen los Apóstoles de que su primera ocupacion era la de pescadores ; (1) que no conocian sino el lago en el cual tenian las redes y la barquilla ; que eran hombres sin letras , sin educacion , sin ninguna preparacion para el ministerio á que fueron despues llamados ; que de consiguiente ninguna relacion habian tenido con personas ilustradas é inteligentes en negocios ó en Religion , que uno de ellos hasta habia ejercido un empleo odioso á la nacion , habiendo sido publicano , (2) y pasado sin intervalo de aquella vil condicion al apostolado. Y lo que mas admira , es que el publicano convertido en apóstol quiere que todos cuantos tendrán conocimiento del Evangelio sepan lo que él habia sido antes.

(1) *Comperto quod homines essent sine litteris et idiotæ.* Act. 4. 13.

(2) Publicanos , se llamaban entre los Romanos los cobradores de los tributos , alcabalas ó rentas del erario público , los cuales llegaron muchas veces á hacerse odiosos por sus extorsiones. Los Judíos en particular les miraban con el mayor desprecio , á lo que contribuia no solo la odiosidad del oficio , sino la aversion con que miraban ser tributarios de otras naciones. En general los Judíos los llamaban pecadores por los excesos y tropelias que cometian en el ejercicio de sus funciones.

¿Es natural acaso este modo de obrar? ¿No parecía, muy al contrario, mas ventajoso á la Religion que los encargados de instruir en ella á todos los pueblos, ocultasen su primera ignorancia, y disimulasen la bajeza de su nacimiento y de su profesion? ¿Era un buen medio de llamar la atencion y hacerse escuchar por los doctores de la Ley y por los sacerdotes, que miraban con el mayor desprecio á los hombres sin letras y sin erudicion, el confesar tan públicamente la grosería de su primer estado? ¿Podia esperarse someter á los sabios y á los filósofos del Paganismo, dándose á sí mismos por pecadores y por publicanos? Y si en los principios, cuando el éxito se presentaba todavía dudoso, se veian obligados por un resto de buena fe á no disimular su primer origen, ¿porqué se esforzaban en declararle á todos los siglos venideros, despues de haber visto el resultado asombroso de su predicacion, despues de haber sido la admiracion de los Judios y de los Gentiles, y despues de haber sometido (1) al Evangelio los sacerdotes y los filósofos? Semejante ingenuidad en tales circunstancias es sobrehumana; y me siento aun mucho mas dispuesto á creer á unos hombres á quienes no deslumbrá el éxito maravilloso de sus tareas, que se acuerdan de su ignorancia y de su bajeza, cuando han venido á ser la luz de los demás, y que toman, por fin, precauciones para que jamás se olvide su primer estado.

ARTICULO III.

Reconocimiento de sus faltas y de sus debilidades.

Pero es aun mas superior á la razon y á la sabiduria humana el publicar sus faltas, y el eternizar la memoria de sus flaquezas, que el no disimular la bajeza de su con-

(1) *Multa etiam turba sacerdotum obediebat fidei. Act. 6. 7.*

dicion y de su empleo. Nada hay mas opuesto al espíritu del Evangelio que la ambicion y el orgullo; y sin embargo, los Apóstoles, constituidos los predicadores de la humildad, hablan á menudo del amor que tuvieron á las distinciones mundanas (1) y á las preferencias, á pesar de las lecciones y del ejemplo de su Maestro divino. Señalan por sus nombres á los que solicitaron los dos lugares preferentes, y confiesan que todos los demás les tuvieron envidia, y quieren que se sepa que hasta los últimos momentos de la vida de Jesucristo la ambicion causó entre ellos contestaciones y disputas.

Confiesan su poca fe en muchas ocasiones, y entre otras una, en que su incredulidad sirvió de obstáculo á la curacion de un hombre poseido del demonio. (2) Confiesan así mismo, que los mas estupendos milagros, hasta aquellos que habian casi tocado con sus propias manos, como las dos célebres multiplicaciones de panes en el desierto, habian hecho poca impresion en su espíritu, (3) y que Jesucristo les echaba en cara que tenian ojos y oidos sin hacer uso de ellos, y que estaban faltos de inteligencia y de reflexion. No disimulan que no tenian el menor conocimiento de la verdadera justicia, que la hacian depender de la pureza exterior de las manos y del cuerpo; que nada comprendian de las predicciones que Jesucristo les hacia de sus humillaciones, de su muerte y de su resurreccion, porque nada comprendian en su reino ni en los medios de establecerle, y que despues de tres años de instrucciones, estaban todavía sin luz alguna (4) sobre estos puntos esenciales.

(1) *Jacta est autem et contentio inter eos quis eorum videretur esse major.* Luc. 22. 24.

(2) *Dixerunt: Quare nos non potuimus ejicere illum? Dixit illis Jesus: Propter incredulitatem vestram.* Matt. 17. 18.

(3) *Nondum cognoscitis, nec intelligitis: adhuc caecatum habetis cor vestrum: Oculos habentes non videtis: et aures habentes non auditis... Quomodo nedom intelligitis?* Marc. 8. v. 17. 18. 21.

(4) *Ipsi nihil horum intellexerant, et erat verbum istud absconditum ab eis, et non intelligebantur quae dicebantur.* Luc 18. 34.

Refieren con ingenuidad que habian sido todos presuntuosos, prometiendo á Jesucristo que le seguirian hasta la muerte, y que fueron todos bastante cobardes para abandonarle. Circunstancian de un modo admirable las tres negaciones de san Pedro, sin nada omitir de lo que hace inexcusables su presuncion y su perjurio. Dicen de él que en cierta ocasion importante Jesucristo le llamó Satanás, (4) y le trató de escandaloso y de carnal, que nada comprendia de los caminos de Dios. Y refiriendo las palabras del mismo Apóstol, que ponía una especie de igualdad entre Jesucristo, Moisés y Elías, añaden que no sabia lo que se decía.

¿Cómo es posible desconfiar de la sinceridad de unos hombres que tales pruebas dan de ella? ¿Hay entre los hombres algun otro ejemplo de un candor semejante? ¿Y qué historiador ha nunca entremezclado la historia de su ignorancia, de sus flaquezas y de sus acciones cobardes con los hechos que refiere?

Menos me sorprendería una tal ingenuidad, si la relacion de las acciones de Jesucristo estuviese necesariamente enlazada con las faltas de sus discípulos; pero, si exceptuamos la traicion de Judas, son del todo independientes unas de otras, y del mismo modo quedaríamos instruidos de los milagros, de las contradicciones, de los oprobios y de la muerte de Jesucristo, aun cuando se hubiera suprimido todo cuanto concierne á las debilidades de sus discípulos. Hay pues indudablemente cierta cosa de sobrenatural en una sinceridad tan contraria á las miras de la prudencia humana y á los sentimientos del corazon, al deseo mismo de edificar á los demás, al temor de que no fuesen echadas en cara las antiguas faltas, y al justo cuidado de conservar á los ministros la autoridad de que el ministerio necesita.

Preciso es que los Apóstoles hayan contado con medios di-

(4) *Vade post me Satana, scandalum es mihi, quia non sapis ea quae Dei sunt, sed ea quae hominum.* Matt. 16. 23.

ferentes de los naturales, habiendo contado tan poco con estos, y hasta escogiendo de contrarios. Preciso es que nada hayan esperado de su reputacion ni de su mérito personal; que hayan estado ciertos del buen éxito por otros caminos, y basta que hayan llegado á creer que cuanto menos propios é idóneos parecerian del ministerio que se les habia encargado, mas patente se veria el poder de quien los enviaba. Pues verémos realmente en el decurso de nuestras reflexiones que este fue siempre su pensamiento dominante, y semejante pensamiento no puede ser sino divino.

ARTICULO IV.

Todos ellos convienen en lo esencial, sin que esta conformidad haya sido convenida de antemano. Verdad del fondo probada por algunas aparentes contradicciones.

Mas antes de entrar en una consideracion mas profunda acerca el carácter inimitable y divino de los Evangelistas, deténgome algunos momentos en comparar lo que han escrito, y al compararlos entre sí, encuentro nuevas pruebas de una sinceridad no solamente perfecta, sino mas que humana.

Ellos convienen todos en lo que es esencial, y esta conformidad entre autores contemporáneos tiene un valor admirable para todo justo apreciador de la verdad, sobre todo en materias de tal importancia. Mas esta conformidad no ha sido obra de concierto, y de ello tenemos grandes pruebas.

1. El estilo es diferente, aunque el carácter general y comun á todos los Evangelistas sea el de una admirable sencillez infinitamente distante de toda afectacion y artificio. Esta diferencia de estilo se hace muy perceptible entre san Mateo y san Juan, y entre estos dos y san Lucas, y justifica lo que de otra parte queda ya probado por la tradicion, que los autores son diferentes.

2. No escribieron todos en un mismo tiempo. San Lucas habla de aquellos que lo hicieron antes de él, y sabemos por antiguos monumentos que san Mateo escribió el primero, y que san Juan lo hizo despues de todos.

3. Como los tiempos eran diferentes, los lugares en que escribieron, lo eran tambien. Y todo esto prueba que no existe concierto.

4. Si tal concierto hubiese habido, los Evangelistas hubieran formado un cuerpo de historia seguido; hubieran puesto los sucesos por su órden, haciendo lo que los intérpretes han probado despues hacer con su trabajo, y reuniendo todo lo que es particular á cada Evangelista, para formar de estas partes separadas una historia completa. Al contrario es evidente que cada evangelista se ha propuesto un órden particular, sin atender á ninguna disposicion general, y que si su relacion conviene con la de los demás, esta conformidad es efecto no de designio alguno, sino de la verdad misma de los hechos.

5. Y sube de punto la conviccion al observar ciertas contrariedades aparentes entre los Evangelistas: porque es evidente que las hubieran evitado si hubiesen escrito de concierto, ó cuando menos, las hubieran explicado para prevenir la impresion que pudieran producir, poco favorable por cierto á autores que parecen contradecirse.

¿Cómo, por ejemplo, san Lucas, que escribió despues de san Mateo, se sirvió de una genealogía de Jesucristo tan diferente de la que este Evangelista habia sacado de los archivos públicos? ¿Y porqué no explica como se les puede conciliar? ¿Quiere ser creído con preferencia á san Mateo? ¿Y puede esperar ser creído, dejando subsistir otra genealogía, cuya falsedad no demuestra, á la cual se contenta de oponer otra, cuyo fundamento nos deja ignorar?

Pudiera quanto mas creerse justo el suspender el juicio entre estos dos evangelistas, y negar el asenso al uno y al otro; pero es contra toda razon el sospechar que han obrado de concierto, viendo la poca precaucion que han toma-

do para hacer desaparecer una especie de escándalo contra la Religión dimanado de su contradicción aparente.

Si san Lucas ignoró lo que había escrito san Mateo, no pudo nunca ni siquiera concebir la idea de conformarse con él. Y si lo supo, sin inquietarse por el mal efecto que en muchos produciría infaliblemente la diversidad de las genealogías, es aun mas evidente que no escribió de concierto.

Auméntase mucho mas la fuerza de esta prueba, cuando se reflexiona la tranquilidad de san Lucas despues de haber escrito, su silencio, su firmeza en no añadir una sola palabra que pudiese servir de aclaracion. Porque no era posible que, aun cuando todos los Cristianos se mantuvieran respetuosos, los extranjeros no dejarían de oponer esta diversidad. Era pues indispensable que san Lucas en tales circunstancias resolviese no añadir una sola palabra. Y esta resolucion tan severa y tan constantemente seguida puede jamás ser efecto de un complot?

Pueden así mismo echarse de ver algunas otras contradicciones aparentes en cosas á la verdad menos interesantes, pero que prueban mas y mas cuan distantes estaban los Evangelistas de escribir de concierto.

San Mateo y san Marcos dicen que Jesucristo curó un ciego al salir de Jericó: (1) Y san Lucas dice precisamente que al entrar en ella, añadiendo en seguida otras acciones que hizo Jesucristo en aquella ciudad y en especial el honor que dispensó á Zaqueo de escoger su casa para su alojamiento.

El milagro del criado del Centurion que curó Jesucristo es célebre en el Evangelio: (2) pero una de las principa-

(1) Eredientibus illis ab Jericho. Matt. 20. 29.

Proficiscente eo de Jericho. Marc. 10. 46.

Cum appropinquaret Jericho....et ingressus perambulabat Jericho. Luc. 18. 34. etc. 19. 1.

(2) Cum introisset Capharnaum, accessit ad eum Centurio, rogans eum et dicens. Matt. 8. 5.

les circunstancias es referida muy diversamente por san Mateo, el cual dice que el mismo centurion vió en persona á pedir esta gracia á Jesucristo, y por san Lucas, quien asegura que este oficial, juzgándose indigno (1) de parecer á su presencia, le deputó á sus amigos.

Quando Jesucristo envió á sus Apóstoles á la Judea para anunciar que estaba próximo el reino de los cielos, les prohibió que nada preparasen para el camino, ni aun un cayado (2) segun san Lucas y san Mateo; pero san Marcos exceptua de esta prohibicion general el palo necesario para los que van de camino.

Ya sé que pueden muy bien conciliarse estas contrariedades, pero es preciso reflexionar mucho sobre ellas, y muchos son incapaces de hallar por sí solos el modo de conciliarlas. Hombres que forman el designio de escribir sobre un mismo asunto, y que conciertan entre sí los hechos y las palabras no dejan escapar semejantes diversidades de que puede juzgar todo el mundo, ó si escapan á su atencion, buen cuidado tienen de reformarlas. Los Evangelistas las han visto; y las han dejado. Luego han obrado por otro principio distinto de la sabiduría humana. No han procurado otra cosa que ser sinceros, sin afectar parecerlo luego han sido impulsados por un Espíritu superior á las dificultades, pues les dispensó del cuidado de allanarlas.

Hállanse muchas dificultades de este género en la historia de la Resurreccion de Jesucristo; pero la principal está en el relato de la aparicion del Angel que habló á las santas mujeres. San Marcos le escribió así: « Un ángel (3) « descendió del cielo, cuyo rostro era como un relám- « pago y sus vestidos como la nieve: derribó la piedra

(1) *Me ipsum non sum dignum arbitratus, ut venirem ad te.* Luc. 7. 7.

(2) *Nihil tuleritis in viâ, neque virgam.* Luc. 9. 3. *neque virgam* Matt. 10. 10.

Præcepit eos ne quid tollerent in viâ, nisi virgam tantum. Marc. 6. 8

(3) Matt. 28. 2. y siguientes.

« que estaba á la entrada del sepulcro, y se sentó en ella. « Los guardias (que estaban junto al sepulcro) quedaron « de tal modo desfavoridos, que cayeron como muertos. « Mas el Angel, dirigiéndose á las mujeres, les dijo: No « temais: sé que buscáis á Jesus que ha sido crucificado: « no está aquí: ha resucitado. » Segun este relato nadie pondrá en duda que el Angel mismo que llenó de terror á los guardias consoló á las mujeres y que todo esto pasó en un mismo tiempo.

Pero san Lucas (1) refiere el suceso de un modo que parece diferente. « Las mujeres, dice, vieron que la piedra « que estaba delante del sepulcro, habia sido quitada. En- « traron en él y no encontraron el cuerpo del Señor Jesus, « lo cual habiéndoles causado la mayor sorpresa y turba- « cion, parecieron delante de ellas dos hombres con dos « vestidos rutilantes. Y sobrecogidas de terror, ellos les « dijeron: ¿Porqué buscáis entre los muertos al que está « vivo? Ha resucitado: no está aquí. »

Si de pronto hubiésemos de juzgar de esta aparicion por semejantes diversidades, no la tuviéramos por la misma. Y san Juan (2) añade todavía otra nueva dificultad, separando María Magdalena de las demás mujeres, y concediendo á esta sola la aparicion de los ángeles, aunque san Mateo, san Marcos y san Juan aseguran positivamente que estaban todas reunidas cuando los Ángeles les participaron la Resurreccion de Jesucristo.

No repito lo que he muchas veces observado, de que tales diversidades no son sino aparentes, y que meditando sobre ellas puede muy bien descubrirse el punto que las reúne. Insisto únicamente en la simple apariencia que todo el mundo puede conocer. Y sostengo que autores que hubiesen escrito de concierto, y que no hubiesen esperado persuadir sino por la uniformidad de su testimonio, hu-

(1) Luc. 24. 2. y siguientes.

(2) Joan. 20. v. 11. y 12.

bieran evitado cuidadosamente una especie de contradicción que es mas visible al comun de los hombres, y que se hace mas perceptible que las aclaraciones de los intérpretes.

Efectivamente, en todos tiempos han existido hombres que se han dado por ofendidos de estas diversidades, y que las han considerado como flanco débil por donde podia atacarse la verdad de las Escrituras. Pero es precisamente lo contrario: pues nada es mas convincente ni mas fuerte para demostrar la verdad de ellas que esta supuesta debilidad, la cual es una prueba invencible de que ellas no han sido concertadas, y que sus Autores se han ocupado mas en la verdad que en la verosimilitud.

El grande peligro no consistia pues en algunas diferencias, pues hubiera sido mucho mayor en una entera conformidad. Las diferencias son raras, y no afectan el fondo de la historia: pero la sospecha producida por una entera conformidad lo hubiera debilitado todo, y hasta hubiera producido incertitud en el fondo; y en esto se manifiesta sensiblemente la conducta de la Providencia, que, conociendo nuestros defectos y nuestras dudas, ha distinguido nuestros peligros: y para poner en seguridad nuestra fe en los puntos esenciales, ha dejado en otros de que ejercitarla. Ha querido que hubiese una conformidad clara y visible en donde esta era necesaria, y cubriéndola á designio allá donde el velo mismo le servia de prueba, pues manifestaba que aquella conformidad no habia sido afectada, sino hija de la pura y neta verdad.

CAPITULO V.

Carácter de los Evangelistas sobrenatural y divino, comun á todos, pero que no conviene sino á ellos, y que prueba admirablemente su sinceridad. — Conténtanse con el simple

relato y suprimen todas las reflexiones, aun cuando estas parecen inevitables y necesarias. — Pruebas de que semejante moderacion no es efecto del artificio, ni aun de una ingenuidad comun, sino de una conducta sobrenatural. — Nuevas pruebas: su sencillez y su aparente indiferencia hablando de Jesucristo y de sus misterios, aun cuando estuviesen llenos de celo y de amor hácia su persona, y tuviesen una idea muy elevada de sus acciones, de su doctrina y de sus misterios. — Es un doble prodigio que un carácter tan singular sea el de todos los Evangelistas.

De la consideracion de los escritos paso á la de los autores para examinar su carácter y su espíritu: y este examen me descubre nuevas pruebas de su exacta sinceridad.

Porque ellos se parecen todos en algunos puntos, en los cuales no se parecen á ninguno de los demás hombres. Escriben cosas asombrosas sin por esto quedar asombrados; anuncian las mas estupendas maravillas, como si fuesen comunes y ordinarias; hablan de lo que mas de cerca les toca con una tranquilidad muy parecida á la indiferencia, y se prohiben todos con la misma severidad todas las reflexiones, hasta en aquellos pasajes en que eran como necesarias y como indispensables.

Semejante carácter no es solamente nuevo, sino único, y es un doble prodigio encontrarle en todos los Evangelistas en la misma perfeccion, y no hallar de él el menor vestigio en los demás hombres.

Pero vamos á entrar en estos pormenores, no para observarlo todo, sino para juzgar por algunas observaciones cuan fecunda seria la materia de aquellas que se suprimen.

ARTICULO I.

Conténtanse con la simple narracion, y suprimen todas las reflexiones aun cuando parecen inevitables y necesarias.

Si los Evangelistas, al hablar de la bajeza de su nacimiento y de su primitiva ocupacion, hubiesen añadido una sola palabra sobre el designio de Dios que queria hacer resaltar su poder empleando débiles instrumentos; hubieran de golpe fijado la atencion al verdadero punto de vista, y hubieran dado á conocer que su misma bajeza y su ignorancia eran necesarias. Parece que debian hacer esta reflexion, ya por la sabiduria de Dios, ya por ellos mismos; ¿pues cómo no lo hicieron? Si estaba presente á su pensamiento, ¿cómo no lo supieron?

Sus faltas, de que hablan tan á menudo y con tanta sinceridad, hubieran parecido mas excusables, si hubiesen dicho á lo menos una sola vez, que servian para hacer brillar mas la gracia que les habia transformado en otros hombres. Ellos sin embargo no se permiten esta reflexion, y ¿qué otro historiador no se la hubiera permitido?

Refieren que los Príncipes de los Sacerdotes y los Fariseos pidieron á Pilatos (4) que pusiera guardias en el sepulcro de Jesucristo durante tres dias, de miedo que sus discípulos no robasen su cuerpo, y no fuesen publicando despues que habia resucitado, y que el Gobernador les contestó: « Guardias teneis vosotros, haced guardar el sepulcro como os parezca. » Aquí era oportunísimo añadir que la Providencia los preparaba para hacerlos caer en sus propios lazos; que sus precauciones mismas contra la Resurreccion de Jesucristo acudian á ser las pruebas de ella; y que colocando ellos mismos las guardias que de ellos de-

(4) Matt. 27. 62.

pendian, y no del Gobernador, quitaban hasta la sombra de la desconfianza y de la sospecha. Pero los Evangelistas se contentan del simple relato, sin tomar de él la menor ventaja. ¿Tal retencion y en tales circunstancias es natural en un historiador?

Los guardias, que habian quedado heridos como de un rayo por el resplandor del Ángel, (1) que se les apareció, y que separó la piedra que cerraba la entrada del sepulcro, despues de haber sido los testigos de la resurreccion de Jesucristo, publicaron, sobornados por los sacerdotes, que les pagaron esta impostura, que durante su sueño los discípulos de Jesus habian robado su cuerpo. No era posible relatar tan vil impostura y tan groseramente forjada, sin confundirla al instante, reprochando á testigos que se dicen dormidos la temeridad de atestiguar lo que pasó durante su sueño. Pero lo que no es posible al poder de la naturaleza, estuvo en el poder del Evangelista. (2) Refiere este la mentira, y lo que es mas el resultado de la mentira, y en seguida guarda silencio. ¿Es capaz el espíritu del hombre de semejante moderacion? ¿Y quién puede ignorar el corazon humano hasta el extremo de no conocer que esto le excede de todo punto, y lleva marcado el carácter de una operacion sobrenatural?

San Pedro y san Juan (3), despues de haber sabido por santa María Magdalena que el sepulcro de Jesucristo estaba abierto, y que su cuerpo no estaba en él, resolvieron ir allá; pero corriendo san Juan, como el mas jóven, llegó el primero, pero por un horror natural, no se atrevió á entrar en el sepulcro. San Pedro, menos tímido, entró en él, y advirtió con admiracion que habian quedado allí las sábanas con que se habia envuelto el cuerpo de Jesucristo, separadas del sudario con que se habia cubierto la cabeza.

(1) Matt. 28. 41.

(2) Et divulgatum est verbum istud apud Judæos usque ad hodiernum diem. Matt. 28. 45.

(3) Joan. c. 20. v. 2. y sig.

San Juan, que habia visto lo mismo, encorvándose un poco para registrar dentro del sepulcro, entró despues de san Pedro, lo examinó todo con él, buscando para todo una causa muy distinta de la de su resurreccion.

Todas estas circunstancias prueban invenciblemente que los Apóstoles eran incapaces de formar el designio de robar el cuerpo de Jesucristo, bien lejos de ejecutarle; pues que los dos discípulos que parecian poseidos de mas celo y de mas valor que los demás, tenian por una accion muy escabrosa el ir á su sepulcro, cuando tenia franca la entrada, y las guardias no estaban ya, pues para no ser notados, fueron allí corriendo, separados el uno del otro; que uno de ellos no se atrevió á entrar allí, no por el temor de los hombres, sino por la impresion de un miedo pueril, que alentado por el ejemplo de san Pedro, vió con él las sábanas á un lado, y el sudario al otro; y que era evidente que á tenerse designio de robar el cuerpo de Jesucristo, no se hubiera perdido el tiempo en quitarle de las sábanas en que estaba envuelto, y en poner aquellas envolturas en parajes separados: no permitiéndolo absolutamente la precipitacion y el temor natural de una sorpresa.

¿Cómo pues san Juan, siendo uno de sus discípulos, no hizo ninguna de estas reflexiones al referir tales circunstancias? ¿cómo se detiene en un punto en donde no se detuviera abandonado á sí mismo el espíritu humano? Sabia bien él los rumores que los Judíos hacian propalar afectada y maliciosamente; lo que él refiere puede demostrar la falsedad de tales rumores, y sin duda conoce él toda la fuerza de esta demostracion. ¿Porqué pues no aplica las verdades que refiere para desvanecer semejante impostura? La sinceridad es aqui lo menos atendible, lo que la prueba es aun mas maravilloso, y yo no vacilo en creer á unos hombres que dejan para mí las reflexiones en donde tan oportuna y naturalmente caen, y cuya fuerza es tan decisiva, y que á pesar de todo se contentan con el simple relato,

ARTICULO II.

Pruebas de que semejante moderacion no es el efecto del artificio, ni aun de una sinceridad comun, sino de una conducta sobrenatural.

Seria en realidad llevar la desconfianza hasta el exceso el sospechar que los Evangelistas habian suprimido las reflexiones en las cosas en que tenian interés, para que esta moderacion les sirviera de mérito, y persuadiesen mejor ocultando con arte el deseo de persuadir. Tan refinada suspicacia privaria á la verdad de todas sus ventajas, y de todo lo que le sirve para distinguirla de la mentira: de este modo se haria sospechosa por las pruebas mismas que sirven para establecerla, y por una malignidad sistemática sin regla y sin principio, llegaria á dudarse de todo y hasta de lo mas cierto.

Mas aun cuando se sospechase afectacion y artificio en la sencillez misma de los Evangelistas, con respecto á aquellos pasajes en los que tienen un interés, hay muchos otros en los cuales no pudiera atribuirse á este principio la severidad con que suprimen toda especie de reflexion.

Todos tenian formada una elevada idea de Jesucristo, de su inocencia y de su santidad. Todos refieren, sin embargo, que recibió el bautismo de san Juan, bautismo solo de humillacion y de penitencia, el cual no convenia en apariencia sino á los pecadores, y no era sino una preparacion para el Evangelio. Habia una necesidad en conciliar con la virtud eminente de Jesucristo la profesion de una penitencia pública. Una palabra hubiera podido explicarnos este misterio, en que estaba interesada la gloria de Jesucristo; pero esta palabra no escapa á ninguno de los Evangelistas, dejándonos así en la admiracion, y sabiendo ellos que nos dejan en ella.

Casi todas las circunstancias de la tentacion de Jesucristo

en el desierto tienen cierta cosa que choca al principio, y que repugna al entendimiento. Vemos con pena y estremecimiento al Salvador del mundo entre las manos de Satanás (1) que le transporta á lo mas alto del templo y desde donde le descubre todos los imperios, de los cuales tiene la avilantez de decir que es el árbitro y dispensador, sin que tan singular falsedad sea contradicha abiertamente. Esperariase con razon alguna aclaracion sobre todo este pasaje, que hiciese mas verosímil y menos duro un relato que parece indigno de la majestad de Jesucristo; pero esta aclaracion se omite, y los Evangelistas, que se deniegan á ella, no por esto estan menos ciertos que todas aquellas circunstancias que refieren vendrán á ser el objeto de la fe de una infinidad de personas. ¿Y porqué? porque saben que son verdaderas y descausan sobre el poder de Dios para hacerlas creer.

Lo mismo puede decirse del temor y de la mortal tristeza de Jesucristo (2), de su sudor de sangre, de su agonía, de la necesidad que tuvo de ser confortado por un ángel, y de su súplica, tantas veces repetida, para que se le dispensase beber de aquel cáliz, del cual algunas horas antes parecia consternado (3). Bien cierto es que los Evangelistas, que miraban á Jesucristo como la fuente del valor de todos los mártires, no hubieran, no digamos escrito, pero ni aun concebido semejante cosa, si no hubiesen sido impelidos á ello por la verdad. Y aun no tratamos ahora de esto. Lo que me asombra es que nada hayan dicho siquiera para explicar cosas que parecen incompatibles con la fuerza, la intrepidez, la plena resignacion de Jesucristo, desde el primer instante de su encarnacion. Porque aquí no se trata de su propio interés sino del de su Maestro. ¿Y habria aquí artificio en suprimir las reflexiones? Podian esperar, humanamente hablando, que los hombres estarian mas dis-

(1) Matt. c. 4.

(2) Luc. c. 22.

(3) Luc. ibid., v. 45.

puestos á mirar á Jesucristo como *Dios*, despues de haberle visto menos firme, en apariencia, que muchos mártires? Es evidente que únicamente el Espíritu santo es quien condujo la pluma y el pensamiento de los Evangelistas, que les prohibió añadir nada en aquellos lugares en que sin él, el espíritu humano se hubiera creído culpable si no hubiese añadido muchas otras cosas; y no es menos evidente que los Evangelistas se persuadieron que ellos no eran sino sus órganos, y que ni sus reflexiones, ni otro medio alguno de la sabiduría humana les era necesario para hacer admitir verdades cuya fe daría cuando fuese de su beneplácito.

Esto se hace todavía mas manifiesto y mas sensible en aquellas ocasiones en que las palabras mismas de Jesucristo son las que parecen disminuir la idea que de él nos quieren dar los Evangelistas, las cuales hubieran podido ser suavizadas por algun correctivo colocado á propósito. Ved ahí de ello algunos ejemplos:

Refiérese en san Marcos (4) y en san Lucas (2), que un hombre poniéndose de rodillas delante de Jesucristo, le dijo: Buen maestro, ¿qué debo hacer para conseguir la vida eterna? Y que Jesucristo le respondió: ¿Porqué me llamis bueno? No hay sino solo Dios que sea bueno. Esta respuesta, de que han abusado lastimosamente los Arrianos, parece poner una grande diferencia entre Dios y Jesucristo. Era, segun las apariencias, muy necesario prevenir este abuso, determinando el verdadero sentido de las palabras de Jesucristo, y no puede dudarse que este sentido no hubiese sido conocido por los Evangelistas. ¿Porqué motivo pues lo suprimieron? ¿Qué discípulo celoso por la gloria de su maestro hubiera faltado en semejante ocasion en ilustrar tan peligrosa obscuridad? Pero importaba menos el ilustrarla que el probar la sinceridad de

(4) Marc. 10. 47.

(2) Luc. 48. 18.

los Evangelistas, y la manera sobrenatural con que eran inspirados. Nunca hubieran, á no ser sinceros, referido la respuesta de Jesucristo; y la hubieran explicado, si al escribir no hubiesen seguido mas que la razon y la prudencia humana. Tales dificultades dejadas sin aclaracion prueban la verdad de los hechos y la inspiracion de los Evangelistas, y probados estos dos puntos, deciden de todos los demás.

Por estas razones debe llamar muy particularmente la atencion un casi igual ejemplo. Está escrito en san Marcos (1) que Jesucristo, hablando de su último advenimiento, cuyas principales circunstancias señalaba, añadió estas palabras, de las que los enemigos de su divinidad hicieron una de las mas fuertes objeciones contra la Iglesia: « En cuanto á este dia y á esta hora nadie la sabe, ni los ángeles que estan en el cielo, ni aun el Hijo, sino el Padre solo » La ignorancia del hijo es comparada aquí con la de los ángeles, y el término de hijo es absoluto, sin añadir hijo del hombre. ¿Quién de nosotros no hubiera deseado que se hubiera explicado esta expresion? ¿Y quién de nosotros la hubiera dejado tan desnuda, sin vestirla algun tanto? Pues con esta vestidura lo hubiéramos desfigurado de Jesucristo. Era, segun las apariencias, muy necesario prevenir este abuso, determinando el verdadero sentido de todo. Los correctivos que le suavizan se hallan en otros lugares de la Escritura. En aquella ocasion, convenia para el interés general de todas las verdades, que una verdad particular fuese referida en los términos mismos de que se habia servido Jesucristo para anunciarla; y que aquellos términos que parecian contrarios á su comprension infinita se dejasen sin interpretacion; pues no puede sospecharse de la sinceridad de los Evangelistas cuando parecen ser sinceros hasta el exceso. No puede acusárseles de seguir en sus escritos miras puramente humanas cuando de ellas se

(1) Marc. 13. 32.

separan en puntos tan esenciales. Y tenemos sólido fundamento para creerlos siempre, pues prefieren siempre dejar alguna apariencia de duda sobre la divinidad y sobre la comprension de Jesucristo, que debilitar en lo mas mínimo la verdad.

Asombra el leer en san Juan (1) lo que el hijo de Dios respondió á la santa Virgen, madre suya, la cual le hacia presente que faltaba vino en el festin de las bodas en que asistia él con sus discípulos: « Mujer, le dijo, ¿ qué teneis « que ver conmigo? Mi hora no ha llegado aun. » Esta respuesta comparada con la humildad y con la dulzura ordinaria de Jesucristo, parece un poco dura, y nos cuesta conciliarla con aquella sumision á su madre y á san José de que habla san Lucas (2). Pero mucho mayor asombro causa que todo esto se diga sin la menor reflexion, sin ninguna aclaracion que lo atenué ó mitigne. En este pasaje se trata tambien de la reputacion de Jesucristo y de la de su madre, y una y otra, segun nuestro modo de ver humano, quedaban un tanto lesionadas. Fácil era ilustrarnos y hasta edificarnos, añadiendo alguna cosa mas, y de ello necesitaba la flaqueza humana, y la caridad de san Juan no podia mostrarse indiferente á esta necesidad de nuestra frágil naturaleza. ¿ Cómo pues pudo resolverse á dejarnos en esta inquietud? Porque escribia lo que el Hijo de Dios habia dicho, y tenia orden de no añadir nada. El hecho era cierto; la explicacion se le habia prohibido; de otro modo lo hubiera contado á haber sido el inventor, y hubiera explicado el pasaje á haber obrado como un hombre comun.

Así es que san Lucas, dándonos en otra parte una alta idea de la santa Virgen, nos dice que ella no comprendió la respuesta que le dió Jesucristo cuando lo hubo hallado en el templo, y le hizo presente la inquietud con que le habia buscado: « Hijo mio, le habia dicho, ¿ porqué así os

(1) Joan. 2. 4.

(2) Erat subditus illis. Luc. 2. 51.

« habeis portado con nosotros? Vednos á vuestro padre y á mí, que os buscábamos con la mayor afliccion. A lo cual « respondió Jesucristo : ¿ Porqué me buscabais ? ¿ No sabiais « que es preciso me ocupe en los intereses de mi Padre ? » Semejante respuesta nada parece tener de obscura ni de difícil ; y si algo oculta que sobrepuje á nuestra inteligencia , no parece digno de la Santa Virgen que lo ignorase (4). El Evangelista , sin embargo , nos asegura que ella no comprendió aquella respuesta , y se contenta con decírnoslo , sin tomar la menor precaucion , ni con respecto á la santa Virgen , ni con respecto á nosotros ; y sin darse pena por nuestras reflexiones , que podia él contener con una sola de las suyas. Nada hay mas capaz , si bien se comprende , de mostrar que él era un fiel historiador , pues escribia lo que era verdadero sin ser igualmente verosímil , que la ficcion no era capaz de inventar ; y que seguia otra luz diferente de la nuestra , pues escribia cual ninguno de nosotros hubiera escrito.

ARTICULO III.

Nuevas pruebas: su sencillez y su aparente indiferencia al hablar de Jesucristo y de sus misterios; aunque reboasen en celo y amor hácia él, y que tuviesen una idea elevadísima de su persona, de su doctrina y de sus misterios.

Las observaciones que acabamos de exponer , y que se enlazan y se fortifican mutuamente , producen por necesidad una grande impresion en toda persona que conoce por sentimiento propio las señales que lleva consigo la verdad , y que penetra con perfeccion el fondo y el natural de todos los hombres. Pero hasta aquí no hemos aun profundizado.

(4) Et ipsi non intellexerunt verbum quod locutus est ad eos. Luc. 2. 50.

lo mas maravilloso é inimitable que hay en el carácter de los Evangelistas.

Sabido es el ardor con que amaban á Jesucristo, y el celo que por él tenian; y sin embargo ellos hablan de sus mas grandes hechos, de sus milagros sin número, de su doctrina sublime, no solo sin emocion y sin ninguno de aquellos movimientos que acostumbran ser producidos por la admiracion y por el deseo de causar á los demás una impresion de asombro igual á la nuestra; sino en términos tan sencillos, tan cortos, tan distantes de toda afectacion, que, si no se conocieran sus sentimientos, se creyera que escriben una historia extraña, ó que les es indiferente.

Tenian ellos las mismas ideas acerca los sufrimientos de Jesucristo que el profeta Isaías y los demás que los predijeron; conocian todo el mérito y todo el precio que encerraban como san Pablo: y no obstante los refieren sin detenerse en ninguna circunstancia, sin intercalar la menor reflexion, sin hacer perceptible la impresion profunda que hacian en ellos los dolores y las ignominias de su Maestro; sin probar siquiera á excitar en los otros la compasion, la indignacion ó el pasmo.

Diríase que solo procuran abreviar su relato, tan poco llaman la atencion sobre las mas importantes circunstancias. Y en efecto, ninguno de los Evangelistas las refiere todas. Es menester reunir sus historias para completar una de los sufrimientos de Jesucristo, y aun entonces parece que algo queda que decir.

Tan cruel como fue la flagelacion (1), pues en el designio de Pilatos debia servir para enternecer á los Judíos y mover á piedad sus duras entrañas, no se halla indicada sino por una sola palabra, y aun indirectamente en dos Evangelistas. Los inauditos ultrajes que se hicieron á Jesucristo en la casa de Caifás (2), y en el Pretorio, en donde fue el jue-

(1) Jesum flagellatum tradidit eis ut crucificeretur. Matt. 27. 26.

(2) Tradidit Jesum flagellis cæsum. Matt. 15. 15.

te de los insultos y de la barbarie de los soldados romanos, se refieren en dos ó tres líneas (1). La crucifixion no se expresa sino con una sola palabra. Y como por incidencia se dice en otro lugar que Jesucristo fue clavado en la cruz con clavos que le taladraron los pies y las manos (2), y no tendríamos certitud de ello, sin la historia de su resurreccion.

¿Quién de nosotros hubiera tan secamente escrito los sufrimientos de un hombre de bien, injustamente oprimido? Y sobre todo, si él hubiese sido nuestro pariente y nuestro amigo, si nos hubiese colmado de bienes, si hubiera muerto para conservarnos la vida, si hubiese salvado á nuestra familia como á nosotros mismos, si hubiese libertado la patria y el estado de crueles enemigos, sacrificándose por el bien público? ¿Qué sentimientos no hubieran producido en nosotros el reconocimiento, la admiracion, el amor, la indignacion contra sus enemigos, el odio de su injusticia, y el ansia de comunicar á los demás los sentimientos de que hubiéramos rebosado? ¿De dónde viene pues que los hombres que adoraban á Jesucristo como á su Dios, que se creian redimidos por su muerte de una muerte eterna, bien persuadidos de que se habia inmolido por su salud, hablan con tanta moderacion de sus oprobios y de sus dolores? ¿Y como con tanto reconocimiento y con tanto amor, conservan una tranquilidad tan admirable? Aquí hay visiblemente la operacion de un espíritu que no es el del hombre, y el dedo de Dios se ve aquí mas marcado que en los prodigios que hicieron desaparecer los prestigios de los magos que resistian á Moisés.

Porque era por un lado tan natural querer realzar la inocencia de Jesucristo, y tan natural por otro el hacer odiosos sus enemigos quejándose de su injusticia, que hubiera sido imposible á los Evangelistas contentarse con un simple relato, sin intercalar algunas reflexiones y lamentos, á no

(1) Postquam crucifixerunt eum. Matt. 27. 34.

(2) Joan. 10. 25.

haber sido conducidos por una sabiduría divina, superior no solamente á la razon humana, sino á la fe misma y á la virtud de los mayores santos; y si esta sabiduria no se hubiese hecho igualmente árbitra de sus pasiones para reprimirlas, y de los movimientos de su reconocimiento y de su celo para tener á raya su desahogo.

Vuélvase á leer con esta idea la historia de la pasion en cada Evangelista, y júzguese cuan digna es de observarse la atencion que todos tienen en contentarse con simples hechos, sin calificarlos, sin exagerarlos, sin añadir á ellos una palabra que no haga parte de la relacion. La envidia y el furor de los sacerdotes contra Jesucristo no les excita contra ellos la menor invectiva. La perfidia de Judas, tan horrorosa como fue, es contada por ellos sin acrimonia y sin odio. Su insolencia en osar acercarse á Jesucristo para darle un ósculo, y para entregarle traidoramente por esta señal de confianza y de amistad, extremece á todo el mundo, pero no arranca una palabra al historiador. Evidente es la debilidad de Pilatos, pero los Evangelistas se contentan con relatar los hechos que la prueban. El orgullo de Herodes que se venga del silencio de Jesucristo, atribuyéndole á ignorancia ó á locura, merece muy bien ser rebatido, descubriendo la profunda sabiduría que humillaba su curiosidad: mas sobre punto tan interesante todos los Evangelistas guardan el mismo comedimiento.

¿Seria posible, despues de estas observaciones, que abren la puerta á muchas otras, no conocer que semejante conducta tan constante por un lado, y por otro tan poco natural, es un carácter de divinidad, que no puede obscurecer ninguna duda fundada en la razon?

ARTICULO IV.

Es un doble prodigio que un carácter tan singular sea el de todos los Evangelistas.

Porque este carácter, tan singular en sí mismo, y tan sorprendente no es el de un solo Evangelista, sino de todos, aunque hayan escrito en lugares y en tiempos diferentes, y es en todos igualmente perfecto. Si el primero de ellos que comenzó á escribir es quien les sirvió de modelo, ¿en dónde vió este primero lo que ha seguido? ¿Habia algun ejemplar antes de él? ¿Tenemos en la antigüedad una historia del mismo género? ¿Es ni aun posible que uno solo haya existido? ¿De dónde viene pues que un publicano, tal como San Mateo, se haya formado una idea tan perfecta de una cosa tan nueva y tan sublime como la historia de un Dios hecho hombre, sufriendo y muriendo por la salud de todos? ¿Y cómo pudo tocar ya en un primer ensayo á una tan augusta sencillez, ante la cual toda la elocuencia y toda la sabiduria humana no son mas que imbecilidad y juego de niños, pues una y otra hubieran inspirado todo lo contrario de lo que hizo San Mateo, y que acabamos de admirar?

Y si los otros Evangelistas son los imitadores del primero, ¿de dónde les vino el discernimiento que les llevó á seguir el ejemplo de aquel? ¿Cómo aconteció que todos tomasen igualmente su carácter? ¿Porqué alguno de ellos no quedó disgustado de su aparente sencillez? ¿Cómo no le prefirió un estilo mas vivo, lleno de reflexiones, de testimonio de celo por Jesucristo y de resentimiento contra sus enemigos? ¿Estan fácil por ventura el penetrar toda la grandeza que encubre el método seguido por san Mateo, entrar en el secreto de su estilo y descubrir las razones? ¿Es tan fácil, aun despues de haber reflexionado mucho en él y de

haber hecho sobre el mismo un estudio profundo, imitarle tan fielmente sin desviarse jamás de su senda? No habria mas que probarlo en el dia, cuando tenemos cuatro historias formadas sobre el mismo modelo, para conocer cuan dificil sea semejante imitacion, sobre todo si el corazon, lleno de amor y de fe, sabe estimar por lo que valen los padecimientos de Jesucristo, y está lleno de aquel ardiente celo y de aquella llama en que ardan los Evangelistas. Pues en la union de estas disposiciones con su moderacion y comedimiento es en donde estriba principalmente el prodigio, pues si es uno el amar como ellos, es otro distinto y no menos grande el escribir como ellos. Y es un prodigio en la gracia misma, y obra exclusiva del Espíritu Santo el haber sabido conciliar un amor tan ardiente con una manera de escribir tan comedida y tan poco semejante á la que el amor inspira.

ARTICULO V.

Ninguno de los Evangelistas ha hecho advertir su moderacion y la de los demás, ni lo ha hecho ninguno de sus discipulos.

Si los Evangelistas hubiesen procedido en esto por miras humanas, y con el designio de captarse mas fe por medio de una afectada modestia y sencillez, afectacion que hubiera ocultado otra de mas honda y encubierta, no hubieran podido sostener hasta el fin este disfraz de impostura. El artificio no puede ser tan constante como la verdad: en el decurso de su obra se hace traicion ó se desmiente á sí mismo; y hasta el temor que tiene de no salir con la suya, valiéndose de una moderacion que quizás pasara desapercibida y quedaria sin efecto, le fuerza á producirse y á llamar la atencion para que de un modo ú otro se observe la manera sencilla y desinteresada con que obra, á fin de que atraiga completa y fácilmente la confianza de los demás.

Si alguno de los Evangelistas hubiese tenido bastante dominio sobre sí mismo y bastante habilidad para no discrepar jamás del falso carácter que representaba, hubiera rayado con lo imposible que los demás hubiesen conservado la misma atención con igual éxito; y aun cuando todos ellos lo hubiesen logrado, no habría dejado de hacer notar algunos de sus discípulos la manera prudente y mesurada con que habían escrito.

El artificio tiene siempre algunos confidentes, y los necesita. Porque como no se ve sostenido ni consolado por la verdad ni por el testimonio de la conciencia, y tiene necesidad de otro por aligerar un tanto su propio peso; y aun cuando tenga un buen resultado, este, separado del conocimiento de los afanes que costó y de la habilidad que fue menester para manejarle útilmente, no es suficiente para llenar el corazón de un gozo bastante puro.

Deberían pues haber existido desde el tiempo de los Apóstoles hombres iniciados en el secreto, los cuales hubieran hecho admirar á los otros el carácter de los Evangelistas, su desinterés, su modestia, su cándida ingenuidad, y que hubieran hecho grandes reflexiones sobre el cuidado que ellos ponían en omitirlas todas. Después se hubiera insistido más sobre estas pruebas de veracidad, cuya eficacia y fuerza se habría ponderado mucho, y nada sería más conocido ni más célebre que un carácter tan admirable, tan dignamente sostenido por los primeros escritores, y tan sabiamente desenvuelto por sus más hábiles discípulos.

Pero cabalmente sucede todo lo contrario: ninguno de los antiguos ha hecho semejante comentario sobre el género de escribir de los Evangelistas. Mas bien han sentido la impresión de su majestuosa sencillez que no la han profundizado; y aun no sé si antes del señor de Pascal nadie se había impresionado tanto como él de esta circunstancia, ni había conocido con tanto acierto su origen maravilloso y divino.

ARTICULO VI.

La diferencia entre los profetas llenos de reflexiones y de movimientos y los Evangelistas que las suprimen es una prueba evidente que el espíritu de Dios condujo á unos y á otros.

Lo que hace mas admirable todavía la moderacion de los Evangelistas es que ellos tenian ante sus ojos el ejemplo de los profetas, quienes se abandonaron á los mas vivos é impetuosos movimientos, aunque no viesan sino á muy largo trecho la imágen de los hechos de que fueron espectadores los Evangelistas. Isaías, rebotando en los mas vivos sentimientos de gratitud, se deshace en reflexiones al descubrir de lejos los sufrimientos y las ignominias de Jesucristo. « Él es, exclama (1), quien verdaderamente cargó con nuestras angustias, y sufrió lo que nosotros merecíamos sufrir. Herido fue á causa de nuestras iniquidades, y dilacerado por motivo de nuestros crímenes. Sobre sus hombros cayó el castigo que nos ha reconciliado, y por sus llagas hemos sido curados. Nos habíamos descarriado todos como ovejas errantes, pero Dios cargó sobre él el peso de todas nuestras iniquidades. Se ofreció porque quiso, y no abrió su boca; se dejó conducir á la muerte como una oveja, y calló como un cordero delante de su trasquilador. »

David, en un raptó profético, no solo ve la cruz y el calvario, sino que hasta presta su voz al Salvador, y lejos de guardar silencio sin reconvenir ni amenazar á los fautores de su muerte y á sus verdugos, los trata de leones y de perros rabiosos, que se hartaban de hacerle sufrir, y que aguardaban con impaciencia el momento de su muerte (2).

(1) Isaías 53. 4. y sig.

(2) Psalm. 21.

« Ellos taladraron mis manos y mis pies , dice en la perso-
 « na de Jesucristo , ellos han contado todos mis huesos : me
 « contemplaron con atencion , y dividieron entre sí mis ves-
 « tiduras. Librad , Señor , mi alma del furor de estos perros ,
 « libradme de las garras del leon. Toros vigorosos me ro-
 « dearon , toros gordos é insolentes me llenaron de aflic-
 « cion. »

¿ Porqué no hablan así los Evangelistas ? ¿ Cómo no imi-
 tan las tiernas expresiones de Isaías ? ¿ Porqué permanecen
 tranquilos , estando presentes á todo , mientras que los pro-
 fetas , separados del cumplimiento de los misterios por tan-
 tos siglos , se muestran tan profunda y enérgicamente con-
 movidos ?

¿ De qué anatemas no está ya lleno el salmo 408 contra
 los Judíos enemigos de Jesucristo , y en particular contra
 Judas , cuya traicion estaba figurada por la de Aquitofel ?
 Y en el salmo 68 , en que habla David en persona del Sal-
 vador , ¿ qué maldiciones no pronuncia contra los autores
 de su muerte ? « Ellos me alimentaron de hiel , y en mi sed
 « me dieron á beber vinagre. Que su mesa (entiende la sa-
 « grada Escritura) sea para ellos una red y un lazo. Que
 « sus ojos se cubran de tinieblas : y que vayan ellos tam-
 « bien encorvados hácia la tierra. Derramad , Señor , sobre
 « sus cabezas la copa de vuestra cólera , y queden agobia-
 « dos bajo el peso de vuestra indignacion. Que su habita-
 « cion quede desierta , y que nadie habite en sus mora-
 « das (4). Porque persiguieron al que vos habiais herido ,
 « y añadieron nuevas llagas á mis dolores. Sufrid así mis-
 « mo que acumulen iniquidad sobre iniquidad , que no en-
 « tren en el gremio de vuestra justicia , que sean borrados
 « del libro de los vivientes , y que sus nombres no sean es-
 « critos entre los de los justos. » Los Evangelistas sabian
 muy bien estas maldiciones ; y veian el cumplimiento de
 ellas . ¿ Cómo , pues las supieron , y como se abstuvieron de

(4) Esto significa la dispersion de los Judíos y su destierro.

ellas tan estrictamente en el tiempo mismo en que eran bien merecidas?

La conspiracion de los Judíos y de los Gentiles, de Herodes y de Pilatos contra Jesucristo, se halla vivamente representada en el salmo 2.^o como una insurreccion declarada contra Dios y contra su Cristo. « ¿Porqué, dice el Profeta, se reunen en tumulto las naciones, y porqué los pueblos se pierden en vanos proyectos? Los reyes de la tierra se han levantado, y los príncipes han conspirado contra el Señor y contra su Cristo. » La Iglesia de Jerusalem, llena del Espíritu Santo, entiende estas palabras de Herodes y de Pilatos, de los Judíos y de los Gentiles (1). « Mas, continua el Profeta, el que habita en el cielo se burlará de ellos, y el Señor trastornará sus planes. El les hablará en su cólera, y les llenará de turbacion y de espanto al tiempo de su indignacion. » ¿Cómo no repiten los Evangelistas estas palabras llenas de majestad y de grandeza? ¿Y porqué, cuando refieren la reconciliacion de Herodes con Pilatos, que se unieron para oprimir á Jesucristo, no confunden su orgullo con una profecía que tan claramente predijo la flaqueza y vanidad de sus proyectos?

Pues en esto ha hecho Dios evidente con especialidad la divinidad de las Escrituras, y la eficacia de su Espíritu por quien fueron inspiradas. Digno era de él mostrar tan clara y vivamente á los profetas los misterios futuros, que ellos los mirasen como presentes, y como cumpliéndose á sus propios ojos, y de llenarlos de sentimientos conformes al espectáculo que se les presentaba, esto es, de ternura y de reconocimiento hácia Jesucristo, de indignacion contra sus enemigos; de deseo de que fuese castigada su injusticia: y de asociarlos á su calidad de Juez de todos los hombres, haciéndoles pronunciar en su nombre anatemas terribles, que no considerando sino al Profeta parecen maldiciones, pero que son en efecto decretos y juicios divinos, porque

(1) Act. 4. 27.

se sabe ya que el Profeta es el intérprete de Dios.

Solo Dios puede así descender el velo del porvenir, con tal certitud, con tanta evidencia, con tan viva impresion. Nada tienen por cierto de este carácter las conjeturas humanas. Son inciertas y confusas, mezcladas de temor y de obscuridad, é incapaces por consiguiente de producir en él espíritu fuertes y vivas impresiones, excitando movimientos apasionados hácia objetos que no son ni fijos ni distintos. Su principal carácter es la duda; y las consecuencias necesarias de esta oscilacion son una timidez real y una falsa modestia. La calma y la moderacion no convenian pues á los profetas, que hubieran debilitado la verdad, refiriéndola simplemente: preciso era sostenerla con rápidas reflexiones, y con viveza de sentimientos, cuando estaba aun tan distante: era menester acercarla, en cierto modo, y hacerla como sensible, cuando su cumplimiento se hallaba todavía lejano de muchos siglos, y entonces no podian atribuirse sino á la certitud y á la evidencia de los misterios los movimientos apasionados de los profetas; pues todo cuanto era de ellos objeto no tenia relacion alguna ni á sus personas, ni á sus intereses particulares, ni aun á su época.

Pero nada de esto convenia á los que habian presenciado el cumplimiento de las profecías, y á quienes escogia Dios para instruir á todos los hombres de este cumplimiento. Sus reflexiones nada podian añadir entonces á la verdad, y no hubiera servido sino para hacerla sospechosa. El suceso no necesitaba mas que de un simple relato, y la sinceridad no debia ir revestida sino de modestia.

Los hombres, sin embargo, se portan de un modo diametralmente distinto. Son modestos cuando hablan de lo futuro, y llenos de osadía y hasta de fiereza cuando han tenido éxito sus conjeturas. Muéstranse tímidos y vacilantes en donde los profetas fueron firmes y precisos; y atentos á no desperdiciar la menor ventaja en lo que los Evangelistas las rehusan todas. Impresiónanse débilmente en donde

los profetas se sienten hondamente conmovidos, y son al contrario vivos y apasionados en lo que los Evangelistas se presentan modestos y tranquilos. ¿Quién pudo introducir tamaña diferencia entre la conducta de los hombres, cuando naturalmente obran, y la que los profetas y los Evangelistas han observado? ¿Quién hizo tan ardientes á los profetas y tan moderados á los Evangelistas? ¿Quién puso sentimientos tan tiernos en boca de Isaías, antes que Jesucristo se inmolará por nosotros, y quien fué el árbitro de contener los transportes de la mas tierna gratitud en los Evangelistas, y particularmente en san Juan, fiel testigo de todo y distinguido entre los demás por la ternura de su Maestro? Estos dos caracteres, tan contrarios en apariencia, pero dignos uno y otro del espíritu de Dios, solo pueden ser efecto de su sabiduría y de su poder; y solo aquel á quien son presentes todos los tiempos, y que es el árbitro supremo de los pensamientos y de la voluntad del hombre, pudo discernir y hacer obrar lo que convenia á los misterios futuros y á los misterios ya cumplidos, á los profetas que estaban encargados de pronunciarlos, y á los Evangelistas que debian escribir su historia.

CAPITULO VI.

Los Evangelistas y los Apóstoles han sellado con su sangre lo que han escrito. — Fuerza de esta prueba con respecto á los fundadores de la Religion. — Si no hubiesen sido discípulos de Jesucristo, no merecieran ser creidos. — Los milagros que refieren no deben ser sospechosos por lo mismo que son milagros. — Las Escrituras del nuevo Testamento tienen un enlace esencial, y no han sido, como las del antiguo, particulares á un solo pueblo.

ARTICULO I.

Los Evangelistas han sellado con su sangre lo mismo que escribieron.

Hemos visto no sin admiracion el modo con que la Providencia divina ha procurado poner el testimonio que los Evangelistas prestan á Jesucristo á cubierto de toda sospecha, y reunir en sus personas y en sus escritos todos los caracteres posibles de verdad. Pero el último que hay pone el colmo á todos los otros, y no puede convenir sino á escritores inspirados, y á escritores divinos.

Los Evangelistas han sellado con su sangre lo que han escrito y como los antiguos profetas, han dado su vida para atestiguar la verdad de sus asertos; y despues de mil fatigas y trabajos, se inmolaron á sí mismos, para añadir á su testimonio el respeto y la veneracion del sacrificio.

¿Qué historia gozó jamás de una tal prueba de verdad? ¿A que testigos creerémos, si negamos nuestro asenso á aquellos que se dejan degollar para sostener lo que escribieron? ¿Hay fuera de la verdadera Religion alguna cosa que se le parezca? ¿Hállanse en otra parte hombres que hayan dado su vida para confirmar hechos que otros niegan? ¿Y qué excusa quedaria á los que creen tantos hechos por la simple palabra de los historiadores, si rehusasen creer hombres llenos de celo y de caridad, que se tienen por felices en morir por ellos, y para persuadirles la verdad del Evangelio?

¿Cómo pues seria posible obscurecer una prueba tan brillante, ó disminuir su fuerza? ¿Qué es lo que espera la impostura despues de la vida? ¿La falsedad y el embuste no son por necesidad tímidos y vacilantes? ¿La conciencia, á la cual no pueden corromper la ficcion y el artificio, no los desmiente en una ocasion decisiva? ¿La muerte no arranca la máscara al disimulo y á la hipocresía? ¿Y los tormentos

que la preceden no hacen desvanecer una vana apariencia de firmeza que en nada de sólido se apoya? Porque, ¿dónde estaria entonces el interés del impostor? ¿A qué fantasma sacrificaría su vida y su constancia? ¿Qué esperaría de una ficcion que él mismo se habria forjado? ¿Y cómo aguantara á un mismo tiempo los suplicios mas crueles y sus propios remordimientos?

No, nada se ha visto ni se verá jamás de semejante. Un hombre puede sacrificar su vida á una falsa gloria; pero nunca se ha oido que nadie haya querido morir para atestiguar una mentira, cuya falsedad le haya sido conocida; y esto se hace aun mas incomprehensible, cuando se supone en muchos un frenesí semejante, contrario á todos los principios y á todos los sentimientos naturales.

ARTICULO II.

Fuerza de esta prueba con respecto á los primeros fundadores de una Religion.

Preciso es hacer grande diferencia entre hombres seducidos por un error ya acreditado y popularizado, y los primeros seductores. No es imposible que personas engañadas den á algunos escritos una autoridad que no merecen, y que la seducción, robustecida por el tiempo y por las preocupaciones los arrastre á sufrir algo para defenderla, ó hasta dar, si se quiere, la vida para dar testimonio de aquella impostura. La conciencia entonces hace las veces de la verdad y de la luz, aunque se halle sumergida en tinieblas. El temor de la Divinidad añade una fuerza real, y todos los sentimientos que nacen de este temor pueden sostener á aquellos que no se engañan sino con relacion al objeto, y que conservan sobre lo demás una plena certitud; pues á sus ojos no es dudosa la obligacion que tienen de sacrificarlo todo á la Religion, y que seria el mayor de los crímenes el renunciar á ella.

Mas no es lo mismo con respecto á los seductores; pues contra ellos milita todo cuanto puede afirmar á las personas seducidas. Fuerza es que tales hombres resistan á la verdad, á la conciencia, á Dios mismo: fuerza es que luchen contra todo lo que sostiene á los demás, y que luchen para sufrir terribles suplicios y la muerte misma, sin esperar nada de tan loca obstinacion, y con un temor muy fundado de ser severamente castigados por la verdad eterna que ultrajan.

El que crea esto posible no conoce la naturaleza, ni se conoce á sí mismo. Seria forcejar para establecer una duda universal el oponer á tal evidencia y á tal certitud la sombra mas ligera de desconfianza: y seria rehusar insensatamente todos los testimonios imaginables el negarse á creer testigos que derraman su sangre, sin otros motivos para derramarla que el amor de la verdad y el amor de sus hermanos.

ARTICULO III.

Si los Evangelistas no hubiesen sido discípulos de Jesucristo, no merecerian ser creidos, lejos de ser sospechosos por haberlo sido.

Pero, dirá quizás alguno, testigos tan declarados y tan llenos de celo, ¿no son capaces tambien de apasionarse? ¿No debieran citarse otros tan sinceros como ellos, pero menos prevenidos? Historiadores que se dan tambien por discípulos, ¿no debilitan la primera de estas calidades por la segunda? ¿y no fijaran mejor la certitud de los hechos personas que fuesen bien enteradas de ellos pero que no hubiesen sido sus partidarios?

¿Se llama ser partidario el dar la vida para testificar la verdad? Y en tales circunstancias ¿puede hacerse sospechoso un historiador? Y si se le niega el asenso porque derrama su sangre para merecer ser creido, ¿qué otra prueba se

espera superior á esta? Conveigo en que en una historia ordinaria es deber del historiador no mostrar celo ni adhesion; pero fácil es demostrar que en materia de Religion seria una injusticia el exigir semejante disposicion, la cual es además imposible. Porque cualquiera que haya visto los milagros de Jesucristo y esté penetrado de su certeza, ha de sentirse hondamente conmovido de ellos. Cualquiera que haya sentido la fuerza de las pruebas que dió Jesucristo de su mision divina, debió mirarle como el Mesías prometido en las Escrituras, y el que estuviese persuadido que era el Mesías, debió necesariamente creer en él y ser uno de sus discípulos. La indiferencia y la neutralidad no son posibles sino mientras van unidas á la duda, ni la duda misma es posible sino por falta de conocimiento ó de examen, y un historiador que nada hubiese profundizado ni examinado ¿qué nos haria saber? Es indispensable que esté muy cierto de lo que escribe, para asegurárnoslo: preciso es que lo haya visto, cuando se nos da por testimonio ocular. Es pues imposible que sea indiferente sobre lo mismo que ha visto y que tiene por cierto, y cuando lo que ha visto lleva consigo la persuasion y la fe, no es posible que lo escriba sin estar persuadido, y ser fiel á su íntima conviccion.

Por esta razon tiene la sospecha de supositicio lo que se lee en la historia de Josefo con respecto á Jesucristo: pues es sabido que de una parte, y por una baja adulacion (1), transfirió á Vespasiano lo que los profetas habian predicho del Mesías; y de otra se hace incomprehensible que escribiese de Jesucristo que él era el Cristo (2), y que no haya creído

(1) Sed quod maximè ad bellum eos (los Celadores) excitaverat, responsum erat ambiguum in Sacris litteris inventum, quod eo tempore quidam esset ex eorum finibus orbis terræ habitaturus imperium. Id enim illi quidem quasi proprium acceperunt, multique sapientes interpretatione decepti sunt. Hoc autem plane responso Vespasiani designabatur imperium, qui apud Judæam creatus est imperator. Joseph. 4. 7. de bello Judai. c. 12.

(2) Fuit hoc tempore Jesus vir, sapiens, si tamen virum illum oportet

en él uniéndose á lo Cristianos. Estas dos reflexiones unidas hacen evidente la suposicion , y la última bastaria por si sola , pues nada hay tan contrario á la razon como reconocer públicamente á Jesucristo por el Mesias , y denegarse á escucharle y seguirle.

Pudiera sin embargo haber algo de verdadero en el testimonio de Josefo separando de él lo que , por demasiado fuerte , parece añadió al discurso cuyo curso natural interrumpe. Porque si es inverosímil que este historiador haya reconocido á Jesucristo por el Mesias , tambien es contra la verosimilitud que no haya hablado de él una palabra ; sino que se contentó de términos generales que muestran á la verdad una grande consideracion ; pero que no entran en pormenores , y que nos enseñan cuan poco nos hubieran servido muchos historiadores semejantes á Josefo , tan negligentes y tan distraidos como él con respecto á Jesucristo , y por las mismas razones tan diferentes.

Un conocimiento exacto de los milagros que operó Jesucristo es inseparable de la persuasion , y una persuasion semejante , ó es lo mismo que la fe , ó conduce á ella por necesidad. Pues cuando los hechos son divinos y milagrosos , no pueden mirarse como ciertos , sin considerarse tambien como testimonios dados por Dios mismo de ciertas verdades ; y desde aquel momento , aquellas verdades y la Religion á que pertenecen no pueden ya considerarse ni como dudosas , ni como indiferentes.

dicere. Erat enim mirabilium operum affector, magister hominum, qui vera libenter amplectuntur. Et plurimos quidem ex Judæis, plurimos ex Gentibus ad se pertraxit. Ille erat Christus. Cumque eum à primoribus gentis suæ accusatum Pilatus ad crucem damnasset, ab eo diligendo non abstiterunt, qui primum cæperant: nam post tertium diem redivivus ipsis apparuit: cum divini vates hæc aliq̄ue quamplurima admiranda de eo prædixissent. Neque ad hanc diem defecit denominatum ab eo Christianorum genus. Joseph. l. 18. Antiq. c. 4.

ARTICULO IV.

Los milagros que refieren no deben ser sospechosos por el solo hecho de ser milagros. Si hubiesen sido menos públicos y menos extraordinarios, entonces seria justa la desconfianza.

Pero cabalmente estos milagros, dirá quizás un extraño á la Religion, ó un infiel, son los que cuestan de creer, y los que inducen á dudar de la sinceridad de los Evangelistas. Porque es justo desconfiar de todo lo extraordinario, y jamás se puede examinar bastante ni con suficiente severidad lo que se aparta de las leyes naturales, principalmente cuando se quiere hacer servir de primer fundamento para probar que Dios se ha declarado en favor de una determinada Religion.

Lo verdadero no teme semejante exámen; al contrario, le pide y le exige como necesario, pues por esto cabalmente se distingue de las sectas fundadas sobre la ilusion y la impostura, á quienes nada cuesta el fingir prodigios. Pero al examinar la verdad de los milagros, no ha de suponerse que no pueden existir milagros ciertos é indudables; ni disputar á Dios el poder que tiene sobre la naturaleza, la cual no es sino lo que plugo á el que fuese, ni conoce otras leyes que las señaladas por su libertad suprema.

Examínese pues con el mas extremado rigor los testimonios que nos aseguran que han visto los milagros de Jesucristo; no solo lo consentimos, sino que exhortamos á ello, despues de haber dado nosotros el ejemplo. Mas despues de este exámen, no se olvide que los milagros no son menos ciertos por ser excepciones del órden natural; y que seria quitar á Dios todos los medios de probarnos sus designios y sus misterios, desconfiar de todo lo que fuese extraordinario y sorprendente.

En efecto, los mismos que se esfuerzan en debilitar los

milagros de Jesucristo, los exigirían como una prueba indispensable y necesaria, si se dijera que no obró ninguno. Buscarían como explicar por vías naturales todos cuantos no fuesen evidentemente superiores al curso regular de la naturaleza. Pedirían de estupendos, de manifiestos, y que fuese imposible obscurecerlos, tales como la cura de un ciego de nacimiento, la resurrección de los muertos. Quisieran que hubiesen sido públicos, severamente examinados, y en tan gran número que pudiese dar fe de ellos todo un pueblo. ¿Puede pues haber mas visible injusticia que rechazar las pruebas que ellos mismos hubieran exigido; desconfiar de ellas, porque tienen los caracteres que ellos habrían juzgado indispensables; y buscar en su brillo y en su número un pretexto para dudar de ellos, cuando tales hombres exigentes creyeran bien fundada su duda, si estos milagros hubieran sido menos extraordinarios y menos frecuentes?

ARTICULO V.

Dios reunió en persona de los Evangelistas todo cuanto es capaz de producir una persuasión llena y completa.

Ahora no hay mas que reunir todas las pruebas que tenemos de la exactitud y de la sinceridad de los Evangelistas y de los Apóstoles para admirar la solitud de Dios en reunir en ellos todo cuanto es capaz de impresionar un ánimo razonable, y de formar una persuasión llena y perfecta. Ellos son todos contemporáneos, testigos oculares, muy bien instruidos de todos los hechos en los cuales han tenido mucha parte. Son en grande número, y aunque hayan escrito separadamente, en tiempos y en lugares diferentes, están plenamente de acuerdo en el fondo y en las principales circunstancias. Salta á la cara, sin embargo, por las diferencias que se han observado, que no escribieron de

concierto, y que la verdad es la única que les ha concertado. Hablan de sí mismos, de su ignorancia, de sus debilidades, de sus faltas, con una ingenuidad hasta entonces desconocida. Se contentan de escribir simplemente los hechos, sin sacar de ellos la menor ventaja, sin explicar los que parece necesitarian de declaración, sin hacer reflexiones sobre los que mas les interesan, sin mezclar en su narracion ni quejas, ni invectivas, ni exhortaciones, aunque de otra parte esten inflamados de celo, y escriban para diseminar por todo el mundo la fe del Evangelio. Por fin, ellos se exponen á todo y lo sufren todo para atestiguar la verdad de lo que han escrito. Ofrécense todos igualmente á la muerte, y muchos de ellos dan en realidad su vida para poner á su testimonio este último sello. Y enseñan á todos cuantos los escuchan á morir como ellos por las mismas verdades y para conservar sin alteracion los libros en que estan escritas. Si desde que hay mundo se ha visto cosa semejante; si hay hechos, aun entre los que pasan por mas indudables y por mas auténticos, que tengan las mismas pruebas y los mismos caracteres de certitud; si es posible, no creyendo lo que escribieron los Evangelistas, creer alguna cosa sobre el testimonio de los hombres: entonces podrá dudarse de la historia del Evangelio; porque no hay comparacion alguna entre su certitud, y la de todos los hechos de los cuales no podemos tener otra garantía de verdad que la fidelidad de sus escritores.

ARTICULO VI.

Las Escrituras del Nuevo Testamento se hallan de tal modo enlazadas entre sí, que ó bien se han de desechar todas, ó admitir todas.

Antes de concluir esta materia, debo hacer dos observaciones sumamente importantes. Es la primera, que todas las Escrituras del nuevo Testamento estan enlazadas entre

si de un modo tan esencial y tan necesario , que no es posible separarlas, y que, ó bien se han de mirar todas como sinceras ó todas como supuestas , porque en todas se encuentran los mismos hechos y los mismos misterios. La historia de los Actos de los Apóstoles supone la de los Evāngelistas. Las cartas de san Pablo tienen por base lo uno y lo otro. Las cartas de san Pedro, de san Jaime y de san Juan tienen una íntima ligazon con las de san Pablo. Y ninguna hay, ni la de san Judas , aunque muy corta , que no recuerde por sí sola todo lo esencial de la Religion. Es pues indispensablemente forzoso ó admitirlo todo , ó desecharlo todo. Es tan imposible como inútil el distinguir ó escoger esto ó aquello ; lo poco que se reservaria haria revivir todo lo demás. Hecha esta reflexion , examínese con que pretexto se tomara la resolucion de desecharlo todo ; ó bien , con que éxito se pretendiera persuadir , en particular , que la historia de los Actos es falsa , ó que son supuestas las cartas de san Pablo.

ARTICULO VII.

Estas Escrituras no han sido , como las del antiguo Testamento , peculiares á un solo pueblo.

La segunda observacion es , que las escrituras del nuevo Testamento no fueron , como las del antiguo , dirigidas á un solo pueblo , separado de todos los demás por sus costumbres y por su idioma , cuya tradicion , por consiguiente , era menos pública , y menos conocida ; sino que fueron dirigidas á todas las naciones del mundo y en la lengua mas comun , á los Romanos , á los de Macedonia , á los de Corinto , á los de Efeso , á los Galatas , á los Partos , (1) á los he-

(1) La carta de san Juan fué escrita á los Partos , segun los antiguos. San Pablo escribió á los Hebreos de la Palestina ; san Pedro á los Judios dispersos. San Jaime á las doce tribus.

breos de la Palestina, á los Judíos dispersos, á las doce tribus. Es pues necesario incontestablemente que en el tiempo de los Apóstoles todos los pueblos que acabamos de citar hayan tenido las Escrituras, que llevan sus nombres, y que hayan podido manifestar sus originales (1): y en esto, una de dos, no hay medio, ó convenir con todos los pueblos de la tierra que sus Escrituras son verdaderamente de los Apóstoles, y que todo cuanto contienen es exactamente conforme con lo que estos mismos pueblos habian visto en aquellos hombres divinos, y á lo que de ellos habian aprendido; ó suponer en todos los pueblos del mundo una conspiracion general para forjar Escrituras, cuya doctrina es tan sublime y tan digna de hombres inspirados, que todo el mundo ha sido por ellas engañado, sin que nadie haya concebido la menor sospecha del artificio, y sin que el secreto entre tantos cómplices haya sido descubierto. Á menos que no se quiera caer en otro absurdo no menos contrario á la razon, suponiendo que todos los pueblos han mirado como sinceras y aun como divinas unas Escrituras cuya falsedad les era conocida, sin que los que se decian sus autores hubiesen dicho ni obrado en su país nada de lo que refieren aquellas Escrituras, á pesar de tomarlas sus autores por

(1) Age jam qui voles curiositatem melius exercere in negotio salutis tuæ, percurre Ecclesias Apostólicas, apud quas ipsæ adhuc cathedræ Apostolorum suis locis præsent: a quibus ipsæ autenticæ eorum recitantur, sonantes vocem, et representantes faciem uniuscujusque. Proxima est tibi Achaia? habes Corinthum si non longe es á Macedonia, habes Philippos, habes Tessalionicenses. Si potes in Assiam tendere, habes Ephesum. Si autem Italiam adjaces, habes Romam, unde nobis quoque auctoritas præsto est. Ista quam felix Ecclesia, cui totam doctrinam Apostoli cum suo sanguine profuderunt: ubi Petrus passioni dominicæ adequatur: ubi Paulus Joannis exitu coroatur: ubi Apostolus Joannes, postea quam in oleum igneum demersus, nihil passus est, in insulam relegatur. Tertul. de præscrip. c. 36. p. 245.

Ecquid verisimile est ut tot ac tantæ (Ecclesiæ) in unam fidem erraverint. Nullus, inter multos, eventus unus est. Exitus variasse debuerat error doctrinæ Ecclesiarum. Cæterum, quod apud multos unum invenitur, non est erratum sed traditum. Tertul. de præscrip. c. 28. p. 241.

testigos y garantes de lo que dicen ellas. Seria injuriar la equidad natural y ofender el buen sentido el insistir por mas tiempo en esta materia. Y si semejante evidencia no es para algunos suficiente, muy bien vengada queda la Religion de su pertinaz resistencia y de su ceguedad inexplicable.

CAPITULO VII.

Pruebas que las Escrituras del nuevo Testamento son divinas, y que sus autores fueron inspirados. — Como es que los Evangelistas no imitan á los antiguos Profetas, diciendo: He aquí lo que dice el Señor. — Primera prueba de la divinidad y de la inspiracion de las Escrituras del nuevo Testamento: la doctrina de Jesucristo y sus misterios no tuvieron respecto á nosotros ninguna certitud divina; y las Escrituras del nuevo Testamento serian muy inferiores á las del antiguo. — Segunda prueba: Jesucristo comunicó á sus Apóstoles no solamente su autoridad, sino tambien su sabiduria y su espíritu, sin lo cual de nada hubiera servido su autoridad. — Tercera prueba: los Apóstoles nada humano mezclaron en la doctrina del Evangelio. — Cuarta prueba: Ellos mismos aseguraron que eran inspirados, y prohiben y condenan toda duda sobre el particular. — Quinta prueba: comparan la verdad de sus palabras á la certitud y á la inalterabilidad de las promesas que tienen á Dios por autor y á Jesucristo por garante. — Sexta prueba: afirma San Pablo que el Evangelio que ha predicado nada tiene de hombre; que lo ha recibido inmediatamente de Jesucristo, y que no puede hacerse en él el menor cambio ni alteracion, y lo mismo debe decirse de los otros Apóstoles y de los Evangelistas. — Séptima prueba: Es esencial á la verdad de la Religion el ser divina: esencial á las Escrituras que son sus depositarias el serlo tambien; esencial á sus

fundadores el ser inspirados. — Y si no se diesen por tales, no merecerian ser escuchados. — Certidumbre de que las Escrituras del nuevo Testamento no han sufrido la mas minima alteracion.

ARTICULO I.

Como es que los Evangelistas y los Apóstoles no imitan á los antiguos profetas, diciendo como ellos: Ved ahí lo que dice el Señor.

El fruto de las investigaciones en que hasta ahora nos hemos ocupado no se limita á convencerme de la verdad de las Escrituras del nuevo Testamento y de la sinceridad de sus autores; pues muchas cosas he visto que me persuaden de que estas Escrituras son divinas, y que sus autores han sido inspirados. Pero como este punto es de la mayor importancia, no quiero contentarme con las prevenciones favorables en que me han hecho entrar las mas justas observaciones, sino que quiero entrar en un exámen mas serio y detenido.

Pudiera causar sorpresa á primera vista el que, repitiendo con tanta frecuencia los profetas del antiguo Testamento las palabras: Hé aquí lo que dice el Señor, los Evangelistas y los Apóstoles no emplean jamás esta expresion tan propia para caracterizar la mision divina y la inspiracion profética. Mas es preciso no confundir los tiempos. Cuando hablaba Dios á nuestros padres (1) en diversas ocasiones y de distintos modos para descubrirles los misterios futuros de Jesucristo, era necesario advertir á los hombres que Dios era quien hablaba. Pero despues que él mismo nos ha hablado por medio de su Hijo, revestido de nuestra carne, y despues del cumplimiento de los misterios, no hay mas que

(1) Heb. 1. 2.

escuchar á este Hijo (1), no hay mas que repetir sus palabras, sin necesidad de advertir que es el Señor el que habla, cuando se refiere lo que ha dicho.

Por esta razon, cuando se trata de predicciones que miran á lo porvenir, á la antigua expresion: *Ved lo que dice el Señor*, se substituye esta otra: *Esto dice el Espiritu Santo* (2), ó bien *el Espiritu Santo manda*, ó *el Espiritu Santo declara*: á fin de distinguir las nuevas profecias que tienen un objeto particular de las que se cumplieron en Jesucristo, único maestro á quien debemos escuchar en adelante.

Y prescindiendo de estas reflexiones, es indudable que no puede disputarse á los Apóstoles la calidad de profetas. Pruébalo lo poco que acabamos de citar, y verémos de ello en otras partes testimonios irrecusables. Así pues, nada puede concluirse contra ellos de que no se sirvan de la misma fórmula de que se valieron los profetas del antiguo Testamento.

ARTICULO II.

Primera prueba de que las Escrituras del nuevo Testamento son divinas, y que sus autores fueron inspirados. La doctrina de Jesucristo y sus misterios no tuvieran para nosotros ninguna certitud divina, y las Escrituras del nuevo Testamento serian muy inferiores á las del antiguo.

No es su don de profecia el que ahora examinamos, si este se considera limitado al conocimiento de las cosas futuras. Mi intento es descubrir si los escritos que nos han dejado son divinos, y si les fueron inspirados. Y para conseguirlo, empiezo por suponer lo que es muy cierto, á saber, que Jesucristo nada dejó escrito, y que no sabemos sino por

(1) *Ipsium audite.*

(2) *Hæc dicit Spiritus Sanctus. Act. 21. 41.*

Dixit illis Spiritus Sanctus: segregate mihi Saulum. Act. 13. 2.

Spiritus manifeste dicit; quia in novissimis temporibus. 1. Tim. 4. 1.

sus discípulos lo que obró y lo que dijo. Sobre lo cual propongo yo este sencillo raciocinio. Ó la doctrina de Jesucristo y el conocimiento de sus misterios se han conservado tan puros como si la Iglesia los hubiera recibido de él inmediatamente, y que él mismo hubiese dictado las Escrituras que los encierran; ó bien esta doctrina y estos misterios han sufrido alguna alteracion perdiendo de su genuina pureza, y de consiguiente de su certitud, pasando por el canal de los Apóstoles.

En el primer caso las Escrituras son indudablemente divinas, pues tienen toda la autoridad de Jesucristo y han sido ilustradas por su luz y por su espíritu.

Pero en el segundo caso se han alterado por la mezcla del espíritu de Dios y del espíritu del hombre; y desde entonces no pueden ya servirme de regla ni por la fe ni por las costumbres, pues temo con razon tomar por divino lo que no lo es; y como no tengo ningun medio seguro para distinguirlo, me veo forzado á desconfiar de todo, y de ahí es que todo viene á serme inútil.

Por una induccion necesaria todo cuanto Jesucristo vino á hacer en el mundo, y todo lo que quiso enseñarnos se hace incierto, pues que no son ciertas las Escrituras que conservan el depósito de estos hechos y doctrina. Así que todo el fruto de su encarnacion quedaria desvanecido. Y así como podia decirse antes de su venida (1) el Mesias nos instruirá de todo y resolverá todas nuestras dudas con respecto á la Religion, muy al contrario, se diria despues de su regreso al cielo, que ha multiplicado nuestras dudas, dejando tan débiles y vacilantes las verdades mas necesarias á nuestra salud; y que hasta nos ha quitado la esperanza de instruirnos jamás de ellos de una manera infalible, porque despues de él no debemos ya esperar un nuevo maestro, ni un nuevo intérprete, y porque la Iglesia no será ya en adelante ni

(1) Sui quia Messias venit. Cum ergo venerit ille, nobis annuntiabit omnia. Joan. 4. 25.

mas ilustrada que los Apóstoles, ni mas segura de las verdades que ha recibido únicamente por su conducto, y que suponemos por un momento debilitadas.

Habrà así mismo una enorme diferencia entre las Escrituras del antiguo Testamento, que son evidentemente inspiradas, aunque no contengan sino promesas y figuras, y las del nuevo, que habrán quedado abandonadas al espíritu humano, aun cuando contienen lo mas grande que Dios ha hecho por los hombres, lo mas esencial á la Religion y á la salud, y lo que debe subsistir hasta el fin de los siglos. Y el Padre celestial que en su soberana inteligencia ha regulado todas las expresiones de los profetas que prometian á su Hijo, se habrá limitado á emplear solamente la razon y la sabiduría humana para conservar á su Iglesia la divina doctrina y los misterios de su Hijo, constituido ya pontífice de los bienes futuros y el mediador de una alianza eterna.

Se contestará quizá que entre los dos extremos propuestos hay un medio, porque las Escrituras del nuevo Testamento pueden ser ciertas sin ser divinas: y que las verdades enseñadas por Jesucristo pueden haberse conservado en ellas sin mezcla ni alteracion, aunque ellas no hayan sido inspiradas.

Mas sin entrar en cuestion por ahora sobre este extremo, pregunto yo: ¿Cómo podré estar cierto de lo que se me dice? Quiero creer por un momento que puede haber un medio entre los dos extremos propuestos. Pero lo que solamente es posible no puede ser el objeto de mi fe. Su carácter es el ser no solamente cierto, sino firme é inmóvil, y de consiguiente su objeto debe serlo tambien. Los Apóstoles, no hay duda, pudieron conservar la doctrina de Jesucristo en su exacta pureza, sin otro socorro que el de la razon y de la memoria; pudieron, ¿pero lo hicieron así? ¿Y si lo hicieron, me han dado de ello pruebas tan ciertas, que yo no pueda dudar de ellas? Cuando yo hallaré expresiones difíciles y contrarias á otras, en apariencia; cuando se trate de cuestiones las mas importantes; cuando tendré que respon-

der á herejes que abusarán de una palabra , de una sílaba , ¿ bastará para vivir firme en mi fe el pensamiento de que hombres no siguiendo otra guía que su luz natural no pudieron escribir sino cosas divinas ?

ARTICULO III.

Segunda prueba: Jesucristo comunicó á sus Apóstoles no solo su autoridad , sino tambien su sabiduría y su espíritu , sin lo cual hubiera sido inútil su autoridad.

No fue pues asi ciertamente como dice Jesucristo dió á sus Apóstoles (1) el dominio del universo. Al encargarles que instruyesen á todas las naciones , les comunicó no solamente su autoridad , sino tambien su sabiduría y su luz , sin las cuales su autoridad de nada les hubiera servido. Cuando les dijo en el dia de su resurreccion que los enviaba como su Padre le habia á él enviado , sopló visiblemente sobre ellos para comunicarles su espíritu ; y poniéndolos en su lugar , les dió medios con que sostenerle dignamente , descubriéndoles las profundidades de la Escritura , é ilustrándoles el espíritu por una luz superior á fin de que la entendiesen en toda su extension.

De este modo les puso en estado no solo de decir como los profetas : Hé aqui lo que dice el Señor ; sino de ocupar su puesto , continuar su obra , y hablar en nombre suyo. Esto es realmente lo que de sí mismo dice San Pablo á nombre de todos los demás (2) : « Nosotros ocupamos , escribe á los

(1) *Data est mihi omnis potestas in cælo et in terrâ: eutes ergo docete omnes gentes.* Matt. 28. 48.

Sicut misit me Pater, et ego mitto vos. Hoc cum dixisset, iusufflavit et dixit eis: accipite Spiritum Sanctum. Joan 20. 21.

Aperuit illis sensum ut intelligerent scripturas. Luc. 24. 45.

(2) *Pro Christo legatione fungimur, loco Christi, tanquam Deo exhortante per nos.* 2. Cor. 5. 20.

« de Corinto, el lugar de Jesucristo, como sus embajadores
 « y sus lugartenientes. Dios mismo es quien os exhorta por
 « boca nuestra. » Nunca profeta alguno habló de su minis-
 terio de una manera tan solemne, ni dió tan claro ni evi-
 dente testimonio de la inspiracion divina (1). « No somos
 « nosotros, dice tambien el mismo Apóstol, como otros mu-
 « chos que alteran y falsifican la palabra de Dios, sino que
 « la predicamos con una completa sinceridad, como de par-
 « te de Dios, á la presencia de Dios, y en la persona de Je-
 « sucristo. » Ved ahí lo que determina y fija la creencia en
 las almas, y sirve de fundamento indestructible á la Fe. De
 otra manera no se sabria si la palabra de Dios es pura ó fal-
 sificada: si la revelacion nos viene sin mezcla alguna, ó si
 nos viene alterada por tradiciones ó pensamientos huma-
 nos (2). Muy de mi grado escucho á un hombre que si se da
 á sí mismo por doctor de las naciones, es porque en todo se
 constituye un discípulo de la verdad, de lo cual toma por
 testigo á Jesucristo, quien le escogió para instruirlas en la
 fe. Y no estoy menos dispuesto que los Gálatas á admitirle
 como un ángel (3), ó como á Jesucristo mismo, pues no
 me anuncia sino lo que Jesucristo en persona me hubiera
 anunciado, y con respecto á mí no es mas que el suplente
 de su presencia y de su voz.

Porque importa mucho el persuadirse bien de esta obser-
 vacion. Lo que Jesucristo habia comenzado por su minis-
 terio público, los Apóstoles lo continuaron despues de su
 muerte en la Judea y entre los Gentiles. Unos y otros traba-
 jaron en la misma obra, conducida por el mismo espíritu y
 sostenida por la misma mano, sin otra diferencia que en
 los ministros, y no en la certitud y en la pureza de la doc-
 trina. Y que de otra manera, Jesucristo hubiera dejado su

(1) Non sumus sicut plurimi adulterantes verbum Dei, sed in sinceritate sicut ex Deo, coram Deo et in Christo loquimur. 2. Cor. 47.

(2) Positus sum predicator et Apóstolus, (veritatem dico non mentior) doctor gentium in fide et veritate. 4. Tim. 2. 7.

(3) Sicut Angelum excepistis me, sicut Christum Jesum. Gal. 4. 14.

obra imperfecta y hasta la habria destruido , substituyendo sucesores suyos incapaces de sostenerla.

ARTICULO IV.

Tercera prueba: Los Apóstoles nada de humano mezclaron en la doctrina del Evangelio.

Y lo que mas me confirma en esta idea es el sumo cuidado que tuvieron los Apóstoles en no inmiscuir nada humano ni extraño en la predicacion del Evangelio , y los motivos que tuvieron para obrar así , pues quisieron no solamente conservarnos la palabra de Dios en toda su pureza , sino que nuestra fe no se fundase en otra cosa que en ella sola. Y estaban tan distantes de alterar la sencillez del Evangelio , que de esta misma sencillez hacian depender su eficacia y su virtud. « Al hablaros y al predicaros , decía San Pablo á los fieles (1) , no me he valido de los discursos persuasivos de la sabiduría humana , sino de los efectos evidentes del espíritu y de la virtud de Dios , á fin de que vuestra fe no descanse sobre la sabiduría de los hombres , sino sobre el poder de Dios. » Así pues queda excluida en los Apóstoles no solamente la elocuencia humana , sino hasta la sabiduría del hombre. La fe no puede fundarse sobre la una ni sobre la otra. Su único fundamento es la palabra de Dios atestiguada por su poder ; esto es , la revelacion unida á los milagros. A esto llama el mismo Apóstol *la doctrina del Espíritu* , porque su luz es quien la revela , y su operacion milagrosa es quien la prueba. « Nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo , dice , sino el espíritu de Dios , á fin de que conozcamos los dones que Dios ha hecho. Ved ahí de donde viene la luz (2). Y nosotros les

(1) Ut fides vestra non sit in sapientiâ hominum , sed in virtute Dei. 1. Cor. 2. 4. etc.

(2) Non indoctis humanæ sapientiæ verbis , sed in doctrina Spiritus

« anunciamos, no con los discursos que enseña la sabiduría humana (queda pues ella excluida, así como su lenguaje); sino con los discursos que enseña el Espíritu Santo (1) no empleando para explicar misterios espirituales sino palabras espirituales. » Ved ahí claramente significada la inspiracion de las palabras mismas pues que el Espíritu Santo es quien las enseña, y de otro modo hubiera una chocante desproporcion entre las sublimes verdades que él solo puede enseñar, y las palabras humanas que las explicarían.

Pero la pena que nos tomamos para probar por medio de consecuencias que los Apóstoles eran inspirados, no es necesaria, por cuanto los Apóstoles lo dicen abiertamente, mirando como una infidelidad digna de castigo la menor duda sobre este artículo. « ¿Con qué vosotros quereis probar, decía san Pablo á los de Corinto, el poder de Jesucristo que habla por mi boca (2)? » Nada hay mas claro, mas terminante, ni al propio tiempo mas general ni mas absoluto, Jesucristo es quien habla; Pablo no es mas que órgano suyo; y si de ello se duda, Jesucristo está dispuesto á emplear contra el incrédulo su omnipotencia.

ARTICULO V.

Cuarta prueba: Ellos mismos aseguran que son inspirados, y condenan la menor duda acerca esta verdad.

El mismo Apóstol establece en otra parte no solo esta verdad de hecho, sino hasta el principio sobre el cual está

(segun el griego, *sed in verbis quæ docet spiritus*) lo cual significa la inspiracion de las palabras. 1. Cor. 2. 13.

(1) «Tal es el sentido de estas palabras:» *spiritualibus spiritualia comparantes*,» como lo demuestra lo que inmediatamente precede.

(2) *An experimentum queritis ejus qui in me loquitur Christus?* 2. Cor. 13. 3.

En el griego no hay interrogacion, pero esto no muda el sentido.

fundada (1). « ¿Quién puede conocer, dice, el pensamiento « y el designio del Señor, y quien se halla en estado de ins- « truir en él á los demás? Por lo que á nosotros hace, po- « seemos la inteligencia y el espíritu mismo de Jesucristo. » El es el que piensa en nosotros, él es nuestra inteligencia y nuestra sabiduría. De otra manera, ¿ cómo seríamos capaces de descubrir por nuestras débiles conjeturas sus designios y sus sentimientos (2)? « Solo el espíritu del hombre « conoce lo que piensa el hombre. Así nadie conoce lo que « hay en Dios sino el espíritu de Dios, que lo penetra todo, « y hasta lo mas profundo y oculto que en Dios hay. » Nosotros nos expusieramos á dar nuestros pensamientos por los suyos, si no nos revelase los que tiene: y por una induccion necesaria, nos expondríamos á debilitar sus pensamientos, si él mismo no nos sugeria expresiones dignas de ellos.

Por esta razon no teme afirmar este grande Apóstol, que el menosprecio que se hiciera de sus palabras caeria sobre el mismo Dios, el cual le llenó de su espíritu (3). *Itaque qui hæc spernit, non hominem spernit sed Deum, qui etiam dedit Spiritum suum sanctum in nobis.* Y sobre este mismo fundamento, asegura á los de Tesalónica (4) que no se habian engañado escuchando sus discursos con el mismo respeto que la palabra de Dios, porque en efecto eran aquellos la palabra divina: *Non ut verbum hominum, sed, sicut est vere, verbum Dei.* Terminantes y precisas palabras que prueban que todo venia de Dios, tanto las cosas como las pala-

(1) Quis cognovit sensum Domini, nos autem sensum Christi habemus. 1. Cor. 2. 16.

(2) Quis enim hominum scit quæ sunt hominis, nisi spiritus hominis qui in ipso est? Ita et quæ Dei sunt nemo cognovit nisi spiritus Dei, spiritus enim omnia scrutatur, etiam profunda Dei. Ibid. v. 11. 10.

(3) 1. Thess. 4. 8.

(4) Cum accepissetis á nobis verbum auditus Dei, accepistis illud non ut verbum hominum, sed, sicut est vere, verbum Dei 1. Thes. 2. 13.

bras , y que á unas y á otras se debia la misma veneracion , porque unas y otras reconocian el mismo principio.

ARTICULO VI.

Quinta prueba: Ellos comparan la verdad de sus palabras á la certidumbre y á la inmovilidad de las promesas de que Dios es el autor , y el garante es Jesucristo.

Por esto el mismo san Pablo (á quien citamos con mas frecuencia que á los demás , pero que habla en nombre de todos , pues son idénticas la materia y las razones) no puede sufrir que se sospeche variacion ó ligereza en sus palabras , las cuales él compara á la certitud de las promesas que se nos hicieron en Jesucristo , y da por garantes de su verdad los milagros mismos que atestiguaron la del Evangelio (1). « Habiéndome propuesto el veros , dice á los de « Corinto , en mi viaje á Macedonia , ¿ pensais que por in- « constancia no lo he verificado ? ¿ creeis que cuando tomo « una resolucion , esta resolucion no es sino humana ? ¿ há- « llase tambien en mí el sí y el no ? Dios que es la verdad « misma , es buen testigo que no hay en mí sí y no en los « discursos que os he dirigido , porque Jesucristo Hijo « de Dios , que por mi medio os ha predicado , es incapaz de « sí y de no , pues todo en él es firme y verdadero , porque « en él todas las promesas de Dios son afirmativas , son « Amen , esto es , firmeza y verdad. »

Nada conozco en toda la Escritura mas fuerte y mas majestuoso para probar hasta donde se extendia la inspiracion de los Apóstoles cuando escribian ó hablaban á los fieles ; pues designios que parecian á primera vista arbitrarios , y promesas que nada tenian en apariencia de superior á lo humano , eran el efecto de una lumbre y de una sabiduría sobrenatural.

(1) 2. Cor. 4. 47.

Esto nos explica la verdadera causa del anatema que pronuncia san Pablo no solamente contra doctores intrusos ó contra un ángel del cielo que anunciase otro Evangelio diferente del que él habia predicado, sino contra sí mismo, si fuese capaz de variar ó cambiar un ápice en sus primeras instrucciones. Pues que, plenamente persuadido de no ser otra cosa sino el órgano y el intérprete del Espíritu Santo en lo que habia dicho, y en la manera con que lo habia dicho, estaba intimamente convencido de que no podia hacer en ello cambio alguno sino por medio del espíritu humano; y que si tal temeridad tuviera, su anatema debia caer primero sobre su cabeza (1). « Aun cuando nosotros mismos os anunciásemos, dice, ó cuando un Ángel del cielo os anunciara un Evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema. Os lo he dicho, y os lo repito otra vez: si alguno os anuncia un Evangelio diferente del que vosotros habeis recibido, sea anatema ». No tengo pues necesidad de examinar este nuevo Evangelio; basta que sea nuevo: y si llego á alterar yo mismo el que he predicado, dispensados estais de examinar mis alteraciones. Decidme anatema desde el momento en que varíe, pues en tal caso no soy mas que un hombre abandonado á mi espíritu, sin autoridad para someter el vuestro; y el mismo espíritu de Dios que me habia inspirado lo que vosotros habeis creído, os da derecho para desecharme como un seductor y un enemigo de vuestra Fe. Porque os declaro (2), y son las palabras mismas del Apóstol (3), « que el Evangelio que os he predicado nada tiene de hombre, « pues no le he recibido ni aprendido de hombre alguno, « sino por la revelacion de Jesucristo. »

(1) Gal. 1. 1.

(2) Gal. 1. 11. 12.

(3) Non est secundum hominem, neque enim ego ab homine accepi illud, neque didici, sed per revelationem Jesu-Christi. Ibid. v. 11. et 12.

ARTICULO VII.

Sexta prueba: Asegura san Pablo que el Evangelio que ha predicado nada tiene de hombre; que le recibió inmediatamente de Jesucristo, y que no puede hacerse en él la menor variacion; y lo mismo debe decirse de los demás Apóstoles y Evangelistas.

Hay en estas palabras mayor profundidad de la que comunmente se cree, y bien entendidas, derraman copiosa luz en la cuestion que estamos tratando. San Pablo reúne estas tres verdades: primera, que no se puede hacer la menor variacion en el Evangelio que ha predicado. Segunda, que este Evangelio nada tiene absolutamente de humano; y tercera, que Jesucristo mismo es quien se lo ha revelado. La primera de estas verdades la prueba él por la segunda, y la segunda por la tercera. ¿Pero todo esto le será quizás personal exclusivamente? Porque pudiera parecer que él era el único de los Apóstoles á quien Jesucristo hubiese enseñado inmediatamente el Evangelio sin el ministerio de los hombres. Los otros le vieron obrar, oyeron de su boca sus conversaciones, fueron testigos de sus milagros; y en este sentido se puede decir que de nadie mas sino de él habian aprendido el Evangelio. Mas ellos mismos nos descubren con una candidez admirable que observaban muy poco las acciones de Jesucristo, aunque tan asombrosas, y que comprendian poco sus discursos, aun cuando eran claros y sin parábolas. ¿Qué seguridad podemos pues tener de que no se hayan alguna vez engañado? ¿Quién nos responderá de la fidelidad de su memoria, sobre todo cuando se trata de largos discursos muy encumbrados, llenos de profundidades y de misterios, tales como los que refiere san Juan? ¿Y quien nos saldrá fiador de que todo se dice allí con sinceridad, y con la exactitud mas escrupulosa, cuando el error está á veces tan cerca de la verdad, cuando una palabra

mas ó menos puede ser de una consecuencia infinita, y cuando el tiempo que transcurrió entre los sucesos y su historia, escrita bastante tiempo despues, pudo hacer que se omitiesen muchas cosas, y por la misma razon que otras se añadiesen?

¿Cómo podrá asegurarse que el Evangelio así predicado nada tendrá de hombre, cuando al contrario todo es humano por parte de los que le predicán? ¿Porqué no habrán podido variar, rectificar, suplir, cuando este es el carácter del espíritu humano? ¿Y sobre qué fundamento se pronunciaría anatema contra aquellos que pretenderian haber tenido una memoria mas fiel, ó una atencion mas exacta, ó una inteligencia mas ilustrada, y que apoyarian sus cambios en uno de estos tres principios? De este modo san Pablo seria el único que hubiera predicado un Evangelio incapaz de variacion; y aun pudiera disputársele éste privilegio, si el Evangelio le hubiese sido solamente revelado, y la manera de anunciarle se hubiese confiado á su razon y á su memoria natural.

Es pues evidente en primer lugar que es preciso juzgar de los Evangelistas y de los demás Apóstoles por san Pablo; pues no se trata aquí de su persona sino del fondo mismo de la Religion, y de la inmutable certitud del Evangelio: y que es necesario, en segundo lugar, reconocer en todos una revelacion inmediata, independiente de los medios humanos, y una aplicacion sobrenatural de las verdades reveladas en las ocasiones en que eran indispensables.

Esto es lo que Jesucristo habia prometido en términos claros á los Apóstoles, y seria una impiedad el dudar de que no hubiese cumplido su promesa en toda su extension. « El consolador, les dice, que es el Espíritu Santo, á « quien mi Padre enviará en mi nombre (1), os enseñará (2) « todas las cosas, y os hará recordar de todo lo que yo os

(1) Suggestet vobis omnia quæcumque dixerò vobis.

(2) Joan. 14. 26.

« he dicho. » Y en el mismo discurso les dice : « Cuando « habrá venido el Espíritu de verdad (4) os enseñará toda « verdad , pues él no hablará de sí mismo , sino que dirá « todo lo que habrá oído , y os anunciará lo que ha de venir. « El es quien me glorificará. » La inspiracion no puede ser prometida de una manera mas general ni mas perfecta ; en ella se comprende el don de profecía , pero solo como una parte. Y es tan verdadero que el Espíritu Santo fué el maestro interior de los Evangelistas y de los Apóstoles , que á él atribuye Jesucristo su predicacion. « El , dice , es el que me « glorificará. » Y remontándonos hasta al primer origen de toda verdad y de toda infalibilidad. Jesucristo dice tambien que el Espíritu Santo no dirá sino lo que habrá oído. Tan inmutable es el Evangelio , y tan divina su certitud.

Así , cuando san Pedro habla de las cartas de san Pablo , las compara á las antiguas Escrituras , cuya inspiracion era indudable y reconocida de todo el mundo. « Hay , dice , en « sus cartas algunos pasajes dificiles de entender (2) , que « hombres ignorantes y ligeros tuercen á un mal sentido , « y de que abusan , así como de las demás Escrituras , para « su propia ruina. » Este mismo Apóstol es el que nos da una clara y precisa idea de las Escrituras que debemos mirar como divinas , mostrándonos que su autor es el Espíritu de Dios , y que por esta razon no es el espíritu del hombre para interpretarlas. « Estad persuadidos ante todas cosas que ninguna profecía de la Escritura se explica por « una interpretacion particular ; porque no por la voluntad « del hombre se profirieron las antiguas profecías , sino que « los santos hombres de Dios hablaron por la eficacia y poder del Espíritu Santo (3). Siguiendo pues la luminosa doctrina de este Apostol y el testimonio que da de los escritos apostólicos , debemos estar ante todo persuadidos que el

(4) Cum veneri illud spiritus veritatis docebit vos omnem veritatem. Joan 16. 13.

(2) Sicut et cæteras scripturas. 2. Pet. 3. 16.

(3) 2. Pet. 1. 20.

Espiritu Santo las dictó, que la voluntad humana no tuvo en ello parte alguna, y que á la Iglesia sola y no á particular alguno corresponde explicarlas.

ARTICULO VIII.

Séptima prueba: Es esencial á la verdadera Religion el ser divina: esencial á las Escrituras que son sus depositarias el ser divinas tambien; esencial á sus Fundadores el ser inspirados. Si no se diesen por tales no merecerian ser escuchados. Certitud de que no se han alterado las Escrituras del Nuevo Testamento.

Se me podrá objetar tal vez, que doy demasiado valor á lo que de sí mismos dicen los Evangelistas y los Apóstoles, y que seria menester alguna cosa mas que su simple testimonio para creerlos inspirados.

Convengo en que el solo testimonio, separado de todo lo que le constituye verdadero, no basta: pero me parece haber demostrado que debe mirárseles como á escritores sinceros, y que reunen en sus personas todas las calidades que merecen la confianza y el respeto. Así, cuando se dicen inspirados, todas las conjeturas estan á su favor, y serian menester grandes pruebas contra ellos para ponerlo en duda. Verémos mas adelante que sostienen por medio de milagros asombrosos la verdad de lo que dicen, y la dignidad sublime de su ministerio. Mas no me ha sido menester aguardar esta prueba para examinar si eran inspirados. Aquí era el lugar propio para esta cuestion, la cual hubiera interrumpido el hilo de las materias á haber sido diferida. Y prescindiendo de todo cuanto sirve para demostrarlo, estoy bien satisfecho de haber descubierto que los escritores canónicos del nuevo Testamento se atribuyen altamente la inspiracion divina. Porque me serian sospechosos si no se la atribuyesen, ó hablasen de ella con incertidumbre, y los creeria menos si en esta parte se mostrasen mas modestos ó mas tímidos.

Es esencial á la verdadera Religion el ser divina, y es por consiguiente esencial á las Escrituras que conservan la tradicion y el depósito de aquella el ser divinas tambien. Estos dos puntos dependen necesariamente de la inspiracion de aquellos que son los primeros en predicar la verdadera Religion, y que la establecen por sus escritos. Concluyo pues con toda certeza, que si la Religion cristiana es verdadera, los Apóstoles y los Evangelistas, que son los primeros maestros de ella, debieron ser inspirados, debieron saber que lo eran, y debieron decirlo, y una conducta diferente en ellos me llevaria á no escucharlos. Porque, aunque no sea cierto que el que se atribuye la inspiracion sea verdaderamente inspirado, es cierto no obstante que quien no es inspirado no puede ser el fundador de una religion divina.

Todo lo que servirá pues para probar la verdad de la Religion cristiana, probará tambien la divinidad de las Escrituras que le sirven de fundamento; y una vez establecida su divinidad, no solamente nos dispensará de examinar si se han conservado puras hasta nosotros, sino que nos hará mirar la simple duda en este punto como injusta y como injuriosa á la divina Providencia, la cual hubiera dejado corromper la fuente de la verdad, y hubiera quitado á los hombres el medio que aquella misma habia escogido para conservársela.

CAPÍTULO VIII.

Pruebas de la resurreccion de Jesucristo. — Porque razon empezamos por este punto capital. — Se examina su verdad, con independenciam de la revelacion. — Los Evangelistas y los Apóstoles que nos la aseguran, no pudieron ser ni engañados ni engañadores. — Pruebas particulares que demuestran que no pudieron ser engañados. — La verdad de la Religion Cristiana está fundada sobre hechos de los cuales se

puede tener certitud, prescindiendo de la revelacion, y asi es como vamos á examinar si Jesucristo ha verdaderamente resucitado. — Razon para comenzar por este punto capital. — Entre todos cuantos hechos son ciertos é indudables, ninguno tiene tantas pruebas de certitud como la resurreccion de Jesucristo. — Los que nos lo aseguran no pudieron engañarse ni engañarnos. — No puede sospecharse en los Apóstoles ni en ninguno de los discipulos una credulidad precipitada, pues estaban en una disposicion enteramente contraria. — Al principio no hicieron caso alguno de unos testimonios los mas precisos, mostrándose indiferentes á unas pruebas que los mas incrédulos tuvieran hoy por muy dignas de atencion. — Caracteres indudables de verdad en la aparicion de Jesucristo á Magdalena, de la que los Apóstoles sin embargo se muestran muy poco impresionados. — Pruebas convincentes y multiplicadas en la aparicion de Jesucristo á los Apóstoles en el dia de su resurreccion, á las cuales se rinden con dificultad. — Incredulidad de Santo Tomás forzada á ceder á la evidencia.

ARTICULO I.

La verdad de la Religion cristiana se funda en hechos de los que se puede tener certitud con independencia de la revelacion. Así es como vamos á examinar si Jesucristo ha verdaderamente resucitado. Porque razon se empieza por este punto capital.

Las Escrituras deben ser inspiradas principalmente por respeto á la doctrina cuyo fundamento es la divina revelacion; pues por lo que hace á los hechos cuyas pruebas son sensibles, no es de un órden sobrenatural, y puede tenerse de ellos una completa certitud, cuando los que las refieren son sinceros y bien instruidos, si bien es una verdad que la revelacion añade á ello una certitud divina cuando se une al testimonio de los hombres.

La Religion cristiana, así como la de los Judíos, se fun-

da toda sobre hechos cuyas pruebas son exteriores y dependientes de los sentidos. La autoridad divina les ha dado posteriormente un grado superior de evidencia y de certidumbre, elevando á la calidad de profetas á los que fueron sus primeros testigos, y confirmando con milagros su sinceridad. Pero estos dos grados de certitud son de una naturaleza distinta y pueden muy bien andar separados. El primero es sencillo y natural; no supone ni la revelacion ni la fe, basta para entrar en su exámen tener sentidos y equidad.

Así es como he resuelto profundizar la verdad de los hechos esenciales á la Religion cristiana, y empiezo por el de la *Resurreccion de Jesucristo* por ser como el centro de todo, y una vez establecido de un modo firme y sólido es la prueba de todo lo que le ha precedido y de todo lo que le sigue. Este exámen me conducirá naturalmente á varios pormenores que paso ahora en silencio, y espero que sentado este punto principal y decisivo, no solo los demás nos parecerán menos increíbles, sino que hasta el pensamiento se anticipará á ellos, mirándolos ó como preparaciones, ó como dependencias necesarias de un grandioso y brillante acontecimiento.

ARTICULO II.

Ninguno de los hechos mas ciertos é indudables tiene tantas pruebas de certitud como la resurreccion de Jesucristo. Los que nos la aseguran ni pudieron ser engañados ni engañarnos.

Puede asegurarse sin temor de exagerar que entre todos los hechos que pasan por indudables, no hay uno solo cuya certitud sea tan probada como el de la resurreccion de Jesucristo; que sea atestiguado por tan grande número de historiadores contemporáneos, testigos oculares, dispuestos á sellar con su sangre lo que escribieron, y muer-

tos en efecto la mayor parte para sostener la verdad de ello. Mas como mi intento es asegurarme ya contra mi propia debilidad , ya contra la incredulidad de los demás , considero que para enflaquecer el testimonio de los Evangelistas y de los Apóstoles no hay sino dos medios , no de conseguirlo , sino de tantearlo.

El primero es de suponer que los Evangelistas y los Apóstoles fueron engañados , y el segundo decir que unos y otros tuvieron designio de engañar. Seria , no obstante , lo sumo de la injusticia el hacerles tales acusaciones por mero capricho y sin el menor fundamento. Para destruir pruebas se necesitan pruebas , y á los que rehusan el testimonio de aquellas tocara oponer de contrarias , ó demostrar la insuficiencia de las mismas.

Contodo, quiero admitir esta mera y arbitraria suposicion de sospecha destituida de toda prueba , y no por esto dejaré de examinar con la mayor detencion y cuidado si es posible hallar la menor sombra de verosimilitud en uno y en otro de los partidos que se quieran escoger. Y como el uno está en oposicion con el otro , es preciso decidirse por uno de los dos , pues no pudieron los Apóstoles á un tiempo mismo ser engañadores y engañados. Supongamos pues primero la sospecha de que hubiesen sido engañados.

Para sospecharlo de ellos , hemos de pensar que creyeron ver lo que no vieron , ó que no pusieron el debido cuidado en descubrir la verdad. Y ambas cosas son inseparables , pues el que cree ver lo que realmente no ve , es porque no ha puesto bastante atencion en examinarlo. Mas en esta suposicion , debemos estar persuadidos de su buena fe , y considerar que escribieron por un efecto de su sinceridad , y que no fueron impostores.

ARTICULO III.

Tan lejos está de ser posible sospechar en los Apóstoles ni en ninguno de los discípulos una precipitada credulidad, como que estaban en una disposición enteramente contraria.

Entremos ya en el pormenor de lo que escriben los Apóstoles, y vamos á ver si encontraremos en ellos pruebas de una credulidad precipitada. Parece por su relacion misma que casi llegaban á desesperar de la resurreccion de Jesucristo; que el escándalo de la cruz habia desvanecido del todo la poca esperanza que en aquella tenian, y que se les habia ya olvidado el habérsela predicho él mismo, cuando dejó la Galilea para venir á Jerusalem.

Las santas mujeres que vinieron al sepulcro no tenian otra idea que la de embalsamar de nuevo el cuerpo de Jesucristo, y tributarle los últimos deberes que no habian podido verificar por ser el dia del sábado; y como no le encontrasen, creyeron que habia sido robado. Magdalena corrió conmovida á participarlo á Pedro y á Juan, que habian acudido, y no viendo estos mas que las sábanas y el sudario, les ocurrió el mismo pensamiento; pues, como refiere uno de ellos, ignoraban la Escritura y el misterio de la resurreccion. Tanto abundaba Magdalena en esta idea, que aun cuando los dos ángeles le preguntaron el motivo de su llanto, les respondió que lloraba porque habian robado á su Señor y no sabia en donde le habian puesto. Y un momento despues, viendo á Jesucristo, sin conocerle, que le hacia la misma pregunta que los ángeles, respondióle ella sin atender á sus palabras: Si vos le habeis sacado de allí, decidme donde le habeis puesto, que yo iré á buscarle.

He aquí pues que ideas ocupaban el pensamiento de Magdalena, cuando Jesucristo se le descubrió claramente, llamándola por su nombre con el metal de voz que no po-

dia ella desconocer. Ved ahí tambien lo que discurrían las otras mujeres antes que los ángeles las hubiesen desengañado, y que ellas tuviesen la dicha de abrazar los pies de Jesucristo. Y ved ahí por último lo que los Apóstoles se obstinaron en creer, á pesar de todo lo que pudieron decirles Magdalena y las santas mujeres.

¿Y tales prevenciones podrá decirse que fuesen una preparacion para la seduccion? ¿Estaban tales personas dispuestas á creer sin exámen? ¿Tenian acaso llenos el pensamiento y la imaginacion de una vana esperanza que se figurase todo cuanto podia lisonjearla y que diese una falsa realidad á las mas ligeras apariencias? ¿No es, antes bien, muy de admirar que el sepulcro abierto, las envolturas que habian quedado, la aparicion de los ángeles, no recordasen á Magdalena la prediccion hecha por Jesucristo de su resurreccion, pocos dias antes de su muerte, en términos tan claros y precisos; y que los Apóstoles en semejantes circunstancias, de que fueron ellos mismos testigos, no se viesen forzados á recordarla?

ARTICULO VI.

Ellos ningun caso hicieron al principio de unos testimonios los mas precisos; mostrándose indiferentes á unas pruebas que los mas incrédulos tendrían en el dia por muy atendibles.

De esta primera observacion pasemos á otra y veamos que impresion produjo en los once Apóstoles (1) y en algunos otros discipulos la tan circunstanciada relacion de lo que habia visto Magdalena en particular, y de lo que habian visto separadamente las otras mujeres, lo que les habian dicho los ángeles, y lo que decían ellas haber oido

(1) Narraverunt hæc omnia illis undecim et cæteris omnibus. Luc. 24. 9.

del mismo Jesucristo. Todo esto lo graduaron ellos de sueño, de pura quimera, de una exaltacion de fantasía, sin hacer de ello el menor caso (1). ¿Y porqué? ¿Será quizás porque este hecho no les tocase muy de cerca, estando, como estaban, inconsolables (2) por la muerte de su Maestro, que todo debían esperarlo, siendo verdad que hubiese resucitado, y quedaban completamente engañados siendo mentira su resurreccion? ¿Eran acaso indignas de ser creidas bajo su palabra las mujeres que lo aseguraban, las cuales todo lo habian abandonado por Jesucristo, que le habian seguido hasta la cruz cuando le hubieron desamparado los demás discípulos, y que habian tenido valor para ir al sepulcro cuando creian que todavía estaban allí las guardias? (3) Una de ellas era María, madre de Jaime y de los dos otros apóstoles, Juana mujer del intendente de Herodes y Magdalena merecian por cierto una particular deferencia. Lo que ellas decian haber visto y oido tenia tan poca apariencia de ficcion, que ni aun era posible fingirlo, y era muy poco razonable el no entrar siquiera á examinarlo.

Sin embargo, todos lo despreciaron como vano y frívolo; y en aquel mismo dia dos discípulos, uno de los cuales se llamaba Cleofas (4), se separaron de los demás para volver probablemente á su profesion, perdida ya toda esperanza, aunque conservasen por esto veneracion á Jesucristo, el cual se juntó con ellos en el camino; pero sin darse á cono-

(1) Et visa sunt ante illos, sicut deliramentum, verba ista, et non crediderunt illis. Ibid v. 41.

(2) Nuntiavit his qui cum eo fuerant, lugentibus et flentibus? Marc. 16. 40.

(3) Erat autem Maria Magdalena et Joanna (uxor Chusæ procuratoris Herodis) et ceteræ quæ cum eis erant quæ dicebant ad Apostolos hæc. Luc. 24. 40.

(4) El mismo, segun parece, que el desposado con María, á quien la Escritura llama hermana de la santa Virgen, y que era padre de tres apóstoles Jaime, Judas y Simon el menor, ó Simon obispo de Jerusalem, despues de san Jaime.

cer, y que con sus preguntas les obligó á descubrir sus pensamientos. Es en extremo importante para nosotros el oír lo que dicen sin perder una sola palabra (1). « Jesus de Nazaret (así se explican) ha sido un profeta poderoso en obras y en palabras; delante de Dios y delante de todos los pueblos. Mas los príncipes de los senadores y nuestros sacerdotes le entregaron al gobernador para ser condenado á muerte, y ellos le han crucificado. Sin embargo, nosotros esperábamos que él seria quien rescataria á Israel, y sin embargo, nos hallamos ya al tercer dia de estos sucesos. Verdad es que algunas mujeres de las que estaban con nosotros nos han llenado de admiracion, pues habiendo ido muy de mañana á su sepulcro, y no encontrando su cuerpo, han vuelto diciendo que unos ángeles les han asegurado que está vivo. Y algunos de los nuestros que han ido al sepulcro han encontrado lo mismo que les habian referido las mujeres; pero á él nadie le ha encontrado. »

Uniendo todo cuanto dicen estos discípulos en su relacion, ¿no parece que sentimos contra ellos una secreta inquietud; por no haber sacado consecuencia alguna de unos hechos los mas ciertos, y tan fáciles de averiguar? Estamos aun en el tercer dia: desde la mañana está abierto el sepulcro, y no han quedado sino los lienzos. Unas mujeres, nada sospechosas por su virtud y sinceridad, dicen haber visto ángeles que les han asegurado la resurreccion de Jesucristo que él mismo habia predicho. De una parte le veneran como á un gran profeta, y de otra no le creen ni á él, ni á los ángeles, ni á las personas á quienes los ángeles han hablado? ¿Es posible llevar á mas alto punto, no digo la indolencia, sino hasta la incredulidad? ¿Los mismos que tienen hoy la desgracia de dudar de la resurreccion de Jesucristo, ¿hubieran sido capaces de una estupidez tan fuera de razon, si se hubiesen hallado en tales circunstancias?

(1) Luc. 24.

¿No hubieran tenido mas ansia y diligencia para averiguar una verdad de tan graves consecuencias?

Supongan pues por un momento los que dudan que á ellos mismos refieren las santas mujeres lo que han visto y oído, y decidan ellos mismos si hubieran hecho tan poco caso como los Apóstoles. (1) « Consternadas nosotras, (2) « les dicen las santas mujeres, por la idea de que el cuerpo « de Jesucristo habia sido robado, dos ángeles vestidos de « blanco se nos han aparecido en el mismo lugar en que « habia estado su cuerpo, uno á la cabeza, otro á los pies, « y nos han dicho: ¿Porqué buscáis entre los muertos al « que está vivo? (3) Ha resucitado, no está aquí. Acordaos « de que manera os habló cuando estaba aun en Galilea. Es « preciso, decia, que el Hijo del hombre sea entregado en « manos de los pecadores, que sea crucificado, y que resu- « cite al tercer día. Y realmente nos hemos acordado de es- « tas palabras. (4) Y añadieron los ángeles: Venid á ver el « lugar en donde se habia puesto al Señor, (5) y corred á de- « cir á sus discípulos y á Pedro, que ha resucitado, que es- « tará en Galilea antes que vosotros, y que allí le veréis. Al « momento llenas de gozo, salimos del lugar del sepulcro « para venir á anunciaros este prodigio. (6) Y ya por el ca- « mino el mismo Señor se nos ha presentado dándonos el « saludo. Nos hemos acercado á él, y abrazándole los pies, « le hemos adorado. »

¿Qué hay que pensar de esta relacion, tan sensata, tan formal, tan interesante? ¿En qué lugar de ella se percibe el menor asomo de locura ó de ilusion? ¿Cómo estas mujeres se acuerdan en ese momento de la manera con que Jesucristo habia predicho su crucifixion y su resurreccion,

(1) Luc. 24. 4.

(2) Joan. 20. 12.

(3) Luc. 24. v. 5. y sig.

(4) Matt. 28. 6.

(5) Marc. 16. 7.

(6) Matt. 28. 1. 9.

cuando ellas no buscaban sino como hallar algun consuelo en su muerte, derramando sobre él preciosos perfumes? ¿Cómo tan súbitamente han pasado de un exceso de dolor á un transporte de alegría? ¿Cómo adivinan que el Señor se hará visible á sus discípulos en Galilea, si nada de esto les han dicho los ángeles? Ciertó estoy que aun aquellos cuya fe es mas vacilante, hallarian en esto motivos poderosos de reflexiones profundas: á lo menos es innegable que no acusarian á los Apóstoles, que la trataron de pura quimera de haber creído con demasiada ligereza.

ARTICULO V.

Caracteres indudables de verdad en la aparicion de Jesucristo á la Magdalena, de cuyo suceso los Apóstoles no parecen muy impresionados.

Mas atiendan estos hombres, á quienes tanto cuesta el creer, lo que tiene que decirles Magdalena en particular. « La aparicion de los ángeles y sus palabras, tan capaces de « consolar, no habian podido aun enjugar mis lágrimas. « Derramábolas todavía, cuando ví á Jesus delante de mí, « sin saber que fuese él, y entonces me dijo: Mujer, por- « que lloras? (1). Y yo le respondí pensando que era el jar- « dinero: Señor, si vos le habeis quitado, decidme donde le « habeis puesto que yo me le llevaré. Despues me retiraba, « cuando Jesus me llamó por mi propio nombre de María, « y habiéndole reconocido á su voz, me volví hácia él pre- « surosa, diciéndole: ¡ Ah! ¡ maestro mio! Mi intento era « echarme á sus pies y abrazárellos, pero él me dijo: No « me toques, pues aun no he subido á mi Padre. Ve á en- « contrar á mis hermanos, y diles que yo subo á mi Padre y « vuestro Padre, á mi Dios y vuestro Dios. »

(1) Joan. 20. 14. etc.

Decidme ahora, ¿qué circunstancia de estas puede ser efecto de una imaginacion exaltada, que se figura lo que espera, y que transforma sus visiones en realidades? Magdalena llora, y cuando está mas hondamente sumida en su dolor, se oye nombrar, y percibe un metal de voz que lleva consigo la persuasion, y le causa el sentimiento mas vivo. Pero su alegría se suspende por algunos momentos, pues la razon está aun obscura, y realmente el hecho estaba naturalmente distante de toda conjetura. Y menos posible era aun poner en boca de Jesucristo palabras de que todavía no se habia servido: Ve á decir á mis hermanos (expresion nueva, pero pronunciada en el salmo 24) que yo subo á mi Padre, que es vuestro Padre, y á mi Dios que es vuestro Dios, expresion mas nueva aun y mas inaudita, pero que marca la completa reconciliacion de los hombres con Dios por los méritos del Mediador, que ha unido en una misma persona el Hijo de Dios y el Hijo del hombre.

Los Apóstoles, que no se conmovieron por tantas cosas juntas, tan capaces de persuadir, ó á lo menos de excitar y despertar su actividad y diligencia, son un portento de incredulidad y de insensibilidad. Por lo cual, la sospecha mas mal fundada y mas opuesta á sus disposiciones seria el atribuirles una facilidad excesiva en creerlo todo sin primero examinarlo.

ARTICULO VI.

Pruebas convincentes y multiplicadas en la aparicion de Jesucristo á sus Apóstoles en el dia de su resurreccion, á las cuales se rinden con dificultad.

Subirá de punto nuestra conviccion al considerar cuanto les costó ceder á los testimonios mas ciertos y á las pruebas mas indudables. Los que vacilan todavía, trasládense en espíritu al lugar en que se hallaban encerrados los Apósto-

les por temor de los Judíos, y sean espectadores de todo cuanto allí pasa.

La nueva de la resurreccion de Jesucristo (1) empezaba á tomar un aspecto serio, y á ser creida por algunos como cierta, despues que se hubo aparecido á Simon Pedro; cuando los dos discípulos que con él habian conversado en el camino de Emaús, (2) y que le habian reconocido en la fraccion del pan, vinieron á referir lo que les habia sucedido á los once Apóstoles y á los demás que con ellos estaban. Jesucristo escogió el preciso tiempo en que de él hablaban para manifestárseles, deseándoles la paz y exhortándoles á la confianza. « Sin embargo, quedaron asombrados de « pasmo y de temor, imaginándose ver un espíritu. Mas Je- « sus les dijo: ¿Porqué os turbais? ¿y porqué se levantan « en vuestros corazones tan diversos pensamientos? Mirad « mis manos y mis pies: yo mismo soy. Tocadme y consi- « derad que un espíritu no tiene ni carne ni hueso, como « veís que tengo yo. » Despues de esto les enseñó sus ma- nos y sus pies, en donde se veian aun las aberturas hechas por los clavos; mas ni aun entonces creian lo que estaban viendo, tanto era su gozo y su admiracion. Entonces les di- jo: « ¿No teneis aquí algo que comer? » y ellos le presenta- ron un poco de pescado y un plato de miel. Comió á su pre- sencia, y tomando el residuo de su comida, se lo dió y les dijo: « Ya oisteis lo que os dije cuando estaba aun con vo- « sotros, que debia cumplirse todo cuanto estaba escrito de « mí en la ley de Moisés, y en los profetas y en los Sal- « mos. »

Interrumpo lo restante de este pasaje para preguntar á todos cuantos he rogado fuesen espectadores de lo que allí sucedió, si se dan por satisfechos, y si hubieran exigido alguna otra cosa mas para satisfacerse. ¿Es posible acumular mas pruebas y de un género menos sujeto á la ilusion?

(1) Surrexit Dominus vere et apparuit Simoni. Luc. 24. 34.

(2) Ibid. v. 33. y 35. y sig.

¿Quién hubiera esperado que Jesucristo, después de su resurrección, hubiese conservado los vestigios de sus llagas, que tuviese la condescendencia de comer y de dejarse tocar? Sin embargo, de todo esto necesitaron los Apóstoles para convencerse que no se engañaban por la aparición de un espíritu; y apenas daban crédito á sus ojos, á sus oídos y á sus manos: tanto era lo que temían entregarse á una falsa alegría, y tanto propendían á la desconfianza y á todo cuanto podía fomentarla!

Mas escuchemos el resto, y veamos de que modo Jesucristo acabó de persuadirlos. Les había dicho en aquel momento que su muerte y su resurrección habían sido pre-nunciadas en las Escrituras; pero se lo hubiera dicho inútilmente, si no les hubiese ilustrado el entendimiento para hacérselas entender. (1) Comunicóles pues el mismo espíritu que las había dictado, y continuó así: (2) « Era indis-
« pensable, según estaba escrito, que el Cristo sufriese, y
« que resucitase de entre los muertos el tercer día; y que se
« predicase en su nombre la penitencia y la remisión de los
« pecados en todas las naciones empezando por Jerusalen.
« Vosotros sois testigos de todo esto, y yo voy á enviar so-
« bre vosotros el don de mi Padre que os ha sido prometi-
« do. Entretanto quedaos en la ciudad de Jerusalen, hasta
« que seais revestidos de la fuerza de lo alto. »

Supongo que trato aquí con personas que proceden con formalidad y buena fe, y pregunto: ¿ si cada una de las palabras que acabo de referir, es ó no una nueva prueba de que la aparición era real? ¿ Quién es el que descubre á los Apóstoles el secreto de las Escrituras? ¿ Quién les da la misión de anunciar la penitencia y la remisión de los pecados á todos los pueblos? ¿ Quién les promete una fuerza sobrenatural para sostener dignamente semejante ministerio? ¿ Y quién les prohíbe ejercer este ministerio antes de haber

(1) Tunc aperuit illis sensum, ut intelligerent scripturas. Luc. 24. 45.

(2) Ibid. 46. y sig.

recibió aquella fuerza? ¿Y quién les manda empezar sus funciones por Jerusalem, en donde su maestro acababa de ser crucificado, y en donde no habia la menor probabilidad de que sus Discípulos tuviesen éxito alguno en sus trabajos?

ARTICULO VII.

Incredulidad de santo Tomás, forzada á ceder la evidencia.

Ciertísimo estoy que todas estas circunstancias no pueden dejar de ser miradas como verdaderas, y que es imposible conservar ya la menor duda acerca la verdad de la resurreccion de Jesucristo. Santo Tomás, sin embargo que se hallaba ausente, pero que bien instruido quedó de todo por los demás Discípulos, continuó en negarla, (1) sin querer admitir otro testimonio que el de sí mismo y el de su propia experiencia en todo cuanto se le decia; añadiendo, que queria poner él mismo sus propios dedos en las aberturas de los clavos, y su mano en la del costado, así como los demás se contentaban de haberlas visto. Ved ahí un hombre bien distante por cierto de una credulidad indiscreta, y que representa muy exactamente la disposicion de aquellos que no pueden creer lo que no han visto, y que desconfian siempre de la atencion y de la exactitud de los demás. ¿Cómo pues quedó persuadido? « Estando ocho dias despues « reunidos los Discípulos en su casa, entró Jesus, cerradas « las puertas. Púsose en medio de ellos, y les dijo. La paz « sea con vosotros. Y dijo luego á Tomás: aquí estan mis « manos, pon aquí tu dedo, y alarga tu mano, y métela « en mi costado, y no quieras ser incrédulo sino fiel. To- « más le respondió diciendo: Vos sois mi Señor y mi Dios, « y Jesus le dijo: Tú has creído, Tomás, porque has visto:

(1) Joan. 20. 24. y sig.

« felices los que no vieron y creyeron. »

¿Podía la incredulidad de santo Tomás dejar de ceder á pruebas tan reales y palpables? Si hubiese continuado en su obstinacion , ¿no hubiera sido esta visiblemente la mas injusta é irracional? Y aquellos mismos , cuya fe siempre vacila , aun en el dia , hubieran podido menos de exclamar con él : Vos sois mi Señor y mi Dios ; si se hubiesen encontrado en su lugar? La resurreccion de Jesucristo era pues entonces plenamente cierta , y dudar de ella hubiera sido la mayor de las locuras. En circunstancias tales la mas obstinada credulidad hubiera quedado vencida , ¿Cómo pues la misma resurreccion habrá despues podido ser dudosa? ¿Y cómo la incredulidad que entonces hubiera sido inescusable , como absolutamente contraria á los sentidos y á la razon , puede esperar ahora alguna excusa?

¿Quién hubiera referido á un ser quimérico , á un fantasma sin realidad las palabras de santo Tomás? ¿Cómo sabria este fantasma en que consistia la desconfianza de este discípulo , y como debía remediarla? ¿Porqué ilusion la carne de Jesucristo parecia tan real como la mano de santo Tomás que la tocaba? ¿Por qué otro medio probarémos la verdad y la existencia de los cuerpos , si todas las demostraciones que de ello tenemos en el mundo nos son sospechosas? Y por último , ¿de qué boca hubiera salido aquella máxima tan consoladora para los fieles que han creido en el testimonio de los Apóstoles : Tú has creido , Tomás , porque has visto , pero mas felices son los que sin haber visto creen?

CAPITULO IX.

Continúase el exámen de si fue posible que los Apóstoles hubiesen sido engañados con respecto á la resurreccion de Jesucristo. — Con que lentitud los discipulos que fueron á

Emaús cedieron á las pruebas de su resurreccion. — Exámen y fuerza de estas pruebas, las cuales no obstante hicieron en los Apóstoles una impresion muy ligera. — La órden que les hizo dar de que fussen á esperar á Jesucristo en la Galilea no pudo estar sujeta á ilusion alguna, y el resultado que produjo no pudo ser dudoso. — Razones de esta órden que vienen á convertirse con otras tantas pruebas. — Multitud de espectadores: imposibilidad de que se hayan engañado todos. — La aparicion de Jesucristo en la orilla del lago Tiberiades ofrece muchas pruebas que estan fuera de toda ilusion. — Relacion de las dos pescas milagrosas: igual certitud de la una y de la otra. — Lo que siguió á esta aparicion y que es peculiar á San Pedro es un fecundo manantial de nuevas pruebas en las que no han podido tener la menor parte ni la fantasia ni la seduccion. — Conjunto considerable de pruebas en las apariciones y en las instrucciones de Jesucristo por espacio de cuarenta dias.

ARTICULO I.

Con que lentitud los dos discipulos que iban á Emaús cedieron á las pruebas de la resurreccion de su Maestro. Exámen y fuerza de estas pruebas, que no obstante hicieron en los Apóstoles una muy ligera impresion.

Dejamos dicho en el precedente capítulo que los dos discipulos instruidos de lo que habian visto y referido las piadosas mujeres, se mostraron tan poco impresionados de ello, que separándose de los demás no conservaban sino el dolor de haber perdido á Jesucristo, sin esperanza alguna de volverle á ver; y hemos probado por su ejemplo como los Apóstoles y demás discipulos confiaban tan poco en la resurreccion de Jesus, que estaban bien distantes de alucinarse y dar crédito á rumores y á señales equivocadas.

Aquellos dos discipulos pues, tan indolentes y tan poco

dispuestos á creer, mudaron de sentir aquel mismo dia (1). Vamos pues á examinar si este cambio se hizo sobre pruebas sujetas á ilusion, y cuya flaqueza hubieran reconocido desde luego personas atentas y mas ilustradas. Dirigíanse á Emaús, y por el camino conversaban afligidos sobre lo que acababa de suceder á su Maestro, que creian debia ser el libertador de Israel, pero cuya muerte habia disipado como el humo todas sus esperanzas. « Mientras así hablaban, Je-
 « sus se unió á ellos y caminaba á su lado. Pero los ojos de
 « los discípulos estaban como detenidos por una virtud di-
 « vina que les impedia reconocerle. Entonces Jesus les dijo:
 « ¿ De qué hablais ahora por el camino, y porqué estais tan
 « tristes? Uno de ellos llamado Cleofas le respondió: ¿ Vos
 « solo sois tan forastero en Jerusalem que no sabeis lo acon-
 « tecido allí estos últimos dias? ¿ Y qué ha pasado? dijo él,
 « y ellos respondieron: Por lo tocante á Jesus de Nazaret que
 « ha sido un profeta.... (2) » Omito lo restante de la respues-
 ta, que trasladé en otra parte, y antes de fijarnos en la que les hizo Jesucristo, pregunto yo si semejante aparicion puede ser sospechosa de falsedad? Los discípulos no la esperaban ciertamente; y lejos de figurarse ver donde quiera á Jesucristo resucitado, no le descubrieron estando presente y caminando con ellos. Hasta le oyen hablar sin conocerle; y en un largo discurso en que él les explica toda la serie de las Escrituras, no les viene siquiera el pensamiento que sea él, por mas que les increpa por su lentitud en creer con una autoridad y una bondad que ningun otro podia imitar, y les revela misterios de que él solo podia tener una tan elevada y perfecta inteligencia.

« ¡ Oh insensatos, les dice, que tan duro y tardo teneis el
 « corazon para creer todo cuanto han dicho los Profetas!
 « ¿ no era indispensable que Jesucristo sufriese todo esto, y
 « que entrase así en el esplendor de su gloria? Y empezán-

(1, Luc. 24 43. y sig.

(2, Véase en el artículo precedente, art. IV.

« do por Moisés , y continuando por todos los Profetas , les
« les explicaba lo que de él estaba dicho en todas las Escri-
« turas.

No exijo aquí un espíritu perspicaz , ni aun regularmente sensato para conocer toda la fuerza de esta prueba ; antes bien consiento que se opongan á la vivísima luz que de sí arroja el hecho todos los pretextos y subterfugios que para resistirla sea capaz de forjar la mas terca cavilosidad. Pero pregunto ahora : ¿ como hombres que no habian podido leer nunca los profetas , y que jamás habian visto en ellos los misterios de la muerte y de la resurreccion de Jesucristo , se imaginaron escuchar un hábil intérprete que se las explica y descifra por su orden ? ¿ Por cuál efecto de una ilusion subitánea ven toda la serie de las Escrituras , los pasajes precisos , las figuras naturales , distintas las predicciones , que tenian relacion con los sufrimientos y con las humillaciones del Mesías , y con la gloria de su resurreccion ? ¿ Quién les cita tan á propósito Moisés y los Profetas , alli mismo donde muchos tienen hoy tanta dificultad en ver claramente á Jesucristo ? No es solo la mano que toca una carne verdadera ; no es el solo oído que percibe las palabras ; no son los ojos solos los que dan testimonio de la verdad y de la presencia de un cuerpo resucitado. A todo esto junto , como si no fuese bastante , se añade una sabia y profunda interpretacion de las mas sublimes profecías ; una luz que aclara la obscuridad de las Escrituras ; un ardor santo que inflama y consuela el corazon de los discípulos , como lo confesaron ellos mismos ; cuando desapareció la venda de sus ojos. Aquí pues concurren todas las pruebas posibles , los sentidos , la razon , la luz profética ; préstanse todas una mútua fuerza ; y la última , que no puede estar sujeta á ilusion , presta á las otras una certitud tal , que ningun esfuerzo humano es capaz de debilitar.

Los discípulos , no obstante , lentos hasta el exceso en creer , aunque vivamente impresionados y enternecidos , no reconocieron á Jesucristo sino despues de haberle obligado á

quedarse con ellos, y estando en la mesa, en el modo de bendecir el pan antes de cortarle, observaron la misma accion que hacia cuando vivia con ellos. « Entonces se abrieron sus ojos, y le reconocieron, diciéndose el uno al otro: « ¿No es verdad que sentíamos dentro de nosotros abrasarse nuestro corazon, cuando nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras? Y levantándose al momento, regresaron á Jerusalem, en donde hallaron reunidos los once Apóstoles, y les contaron lo que les habia sucedido por el camino, y como ellos habian reconocido al Señor en la fraccion del pan. » No, nunca jamás se presentó un testimonio mas digno de ser creido; no le hubo jamás en que fuese menos verosímil la sospecha de ilusion, y de precipitacion en creer. Y á pesar de todo esto, observa uno de los Evangelistas (1) que no fueron creidos, pues la disposicion general y dominante era entonces el no creer lo que era realmente y parecia mas cierto é indudable.

ARTICULO II.

La órden que se les dió de ir á esperar á Jesucristo en la Galilea no pudo estar sujeta á ilusion alguna, y el resultado no pudo ser dudoso. Razones de esta órden, que se convierten en otras tantas pruebas. Multitud de espectadores, é imposibilidad de que todos se engañasen.

Hemos visto que los ángeles que se aparecieron á las santas mujeres (2) les encargaron que dijesen á los Apóstoles, no solamente que Jesucristo habia resucitado (3), sino que estaria antes que ellos en Galilea (4), y que allí le ve-

(1) *Duobus ex his ambulantiibus ostensus est in aliâ effigie, euntibus in villam. Et illi euntes nuntiaverunt cæteris; nec illis crediderunt.* Marc. 16. 42.

(2) *Matt. 28. 7.*

(3) *Marc. 16. 7.*

(4) *Matt. 28. 10.*

rian. El mismo Jesucristo les renovó esta orden cuando ellos le vieron y le abrazaron los pies. Y esta orden no fue general é indecisa, pues Jesucristo les señaló distintamente la montaña (4) en donde habia resuelto mostrarse á sus discípulos, y es muy probable que les señalase tambien el tiempo, aunque no se exprese en el texto.

Semejante orden y una cita de esta naturaleza no dejan de tener cierta particularidad digna de excitar la atencion. Si en todo esto no hubo la menor realidad, y si ni los ángeles ni Jesucristo nada de esto dijeron; engañados los Apóstoles por una orden falsa y por una esperanza tambien falsa, se tomaron una pena inútil en ir á Galilea, y allí aguardaron sin fruto el resultado de una promesa quimérica. Luego pues, ni ellos ni las personas á quienes se habia comunicado el secreto vieron á Jesucristo. Luego estaban plenamente convencidos de que las primeras apariciones hechas á las mujeres eran tambien falsas. Y debieron tambien desconfiar de aquellas apariciones en que ellos habian creído ver alguna cosa. É inmediatamente de regresados á su país, y en el seno de sus familias, debieron encerrarse allí, y para siempre perder la vana idea de aquel reino y de aquella libertad, de que tan lisonjeras esperanzas habian alimentado durante la vida de Jesucristo, y que sus supuestas visiones habian reanimado despues de su muerte. Todo esto se deduce necesariamente de la suposicion de que ni los ángeles ni Jesucristo hubiesen hablado. Mas cabalmente sucedió todo lo contrario: los Apóstoles y los demás discípulos vieron lo que esperaban ver; vinieron de Galilea mil veces mas persuadidos de la resurreccion de Jesucristo de lo que lo estaban antes de ir, y en este viaje se aumentó considerablemente el número de fieles convencidos de aquella verdad. ¿Qué mas circunstancias pueden exigirse para probar invenciblemente que la orden dada por los ángeles y por

(4) Undecim discipuli abierunt in Galilæam, in montes ubi constituerat illis Jesus. Matt. 28. 46.

Jesucristo era real , y que las apariciones en donde habia él señalado , son de todo punto indudables ?

¿ Mas porqué , se preguntará tal vez , Jesucristo , que tan claramente se habia manifestado á los Apóstoles y á algunos discípulos en la casa donde se hallaban reunidos en Jerusalem , les aplazó despues para Galilea ? Motivos hay para conjeturar que esto era en parte con el fin de proporcionarles mayor libertad , lejos del conciliábulo de los sacerdotes y del Sanedrin , mas facilidad para reunirse , y mas comodidad para reunir á los antiguos discípulos. Pero la principal razon era sin duda confirmarles en la persuasion de que él habia verdaderamente resucitado ; volviendo á visitar con ellos los lugares de donde los habia llamado , en donde les habia predicado y obrado tantos prodigios , uniendo de este modo los progresos del Evangelio con sus principios , los efectos con las predicciones , la gloria á las contradicciones y humillaciones , y haciéndoles advertir que en aquel lugar les habia anunciado lo que debia suceder ; que en aquel otro les habia increpado el no tener mas miras que las carnales , y de que nada comprendian en el misterio de sus padecimientos y de su muerte.

Todo esto tenia sin duda una admirable propiedad para confirmarles mas y mas y para hacerles mas palpable y sensible la verdad de la resurreccion del que con ellos vivia y conversaba con su antigua bondad , que les anunciaba las mismas verdades , les prenunciaba los mismos acontecimientos , les prometia los mismos bienes , y que parecia en todo absolutamente el mismo que aquel á quien habian seguido en el desierto , en las montañas y particularmente en aquella que estaba señalada para la reunion universal ; y que era quizás la misma sobre la cual habia pronunciado aquel discurso que empieza por las bienaventuranzas , y comprende toda la perfeccion cristiana en su grado mas sublime y prodigioso.

Pero cuanto mas maravilloso y divino es este cuadro , admitiendo la innegable realidad de lo que dejamos dicho , tan-

to mas frio y miserable aparece, suponiendo quiméricas aquellas apariciones. Y en efecto, ¿qué van á buscar los Apóstoles en la Galilea? ¿y qué hallan allí? ¿por qué extraño delirio se figuran todos unas mismas visiones? ¿Cómo ni uno entre ellos mas cuerdo que los demás, tiene la ingenuidad de confesar que no ve nada? ¿A que espectáculo son llamados tantos discípulos, colocándose sobre una montaña, en donde es mas difícil el engañarles, y mas difícil aun el representarles á Jesucristo con sus palabras de gracia y de vida, con aquella majestad é inimitable dulzura que formaban su carácter? ¿Qué fantasma se habrá puesto en lugar suyo? ¿Y cómo un número tan considerable de espectadores, que tan conocido tenían al verdadero Cristo, se dejará embaucar por vanos prestigios?

Y no en balde he dicho un número considerable de espectadores (1); porque nos asegura san Pablo que Jesucristo, despues de su resurreccion, se manifestó en una sola vez á mas de quinientos hermanos, esto es, á mas de quinientos discípulos, lo cual no pudo ser sino en Galilea. San Pablo, que no era entonces de este número, y que poco tiempo despues vino á ser un violento perseguidor de los discípulos de Jesucristo, no puede ser testigo sospechoso. Y de otra parte, cita por garantes de esta verdad á muchos que vivian todavía cuando escribia su primera carta á los fieles de Corinto.

Vengan pues aquí los mas desconfiados y suspicaces, y tachen, si se atreven, á este gran número de testigos oculares, diciendo que no vieron sino una quimera, y que tomaron una sombra, un sueño, una ilusion, por Jesucristo. ¿No saben quizá que todos estos testigos le conocian perfectamente; que le habian oido con frecuencia, y que le habian seguido por espacio de muchos años? pues que el temor de los Judíos no permitia entonces que se divulgase á

(1) Deinde visus est plus quam quingentis fratribus simul, ex quibus multi manent usque nunc, quidam autem dormierunt. 1. Cor. 15. 6.

otros el secreto, ni se les comunicase la confianza. La flor pues de los mas fieles y celosos componia aquella multitud, que en todos sentidos era la mas incapaz de engañarse en este punto, y á la cual no hubiera podido de modo alguno presentarse la mentira por la verdad.

Y aun cuando les supongamos menos conocimiento y menos capacidad de discernir, ¿hubieran sido todos susceptibles del mismo alucinamiento? ¿Cómo algunos, menos visionarios que los demás, no hubieran advertido la vana apariencia que les engañaba? Y además, ¿en qué consistia esta vana apariencia? ¿qué cosa podia ser? ¿que causa la producía? Si se permitiese que sobre sospechas tan contrarias á la razon y á toda verosimilitud se recusase la deposicion de quinientos testigos oculares, ya no hay que esperar certitud alguna; ya no hay que raciocinar mas ni sobre Religión, ni sobre otra alguna materia.

ARTICULO III.

La aparición de Jesucristo en la orilla del lago de Tiberiades ofrece muchas pruebas que no pueden estar sujetas á la ilusion. Relacion de las pescas milagrosas, igualmente cierta la una que la otra.

Durante la permanencia de los Apóstoles en la Galilea, Jesucristo se apareció á algunos de ellos de un modo mas particular y mas misterioso. San Juan es el que relata estas apariciones, y lo mejor es referir sus mismas palabras.

« Simon Pedro (1) y Tomás llamado Didymo, Nathanaél
 « que era de Caná, en Galilea, los dos hijos del Zebedeo
 « (Jaime y Juan) y dos otros discipulos estaban reunidos.
 « Pedro les dijo: Voy á pescar. Y ellos le respondieron:
 « Tambien vamos con vos nosotros. Fueron pues y subie-
 « ron á un barquichuelo; pero aquella noche nada cogie-

(1) Joan. 21. 2. y sig.

« ron. Vino la mañana, y Jesus se encontró sobre la orilla,
 « pero los discipulos no sabian que fuese Jesus. Jesus pues
 « les dijo: Muchachos, ¿nada teneis que comer? Y le res-
 « pondieron: No. Y les dijo él: Echad las redes á la dere-
 « cha de la nave, y encontraréis pesca. Echáronlas pues,
 « y no podian recogerlas á causa de la grande cantidad de
 « peces que en ellas habian cogido. Entonces el discípulo
 « amado de Jesus dijo á Pedro: Es el Señor. Y sabido por
 « Simon Pedro que era el Señor, tomó su vestido, por-
 « que estaba desnudo, y se arrojó al mar. Los otros dis-
 « cípulos vinieron con la nave, y como no distaban de
 « tierra sino doscientos codos, echaron la red á donde es-
 « taban los peces. Saltados á tierra, hallaron fuego en-
 « cendido con pescado que en él se cocia, y pan. Jesus les
 « dijo: Traedme estos peces que acabais de coger. Simon
 « Pedro subió al barco y sacó á tierra la red llena de ciento
 « cincuenta y tres grande pescados, y á pesar de tanto pe-
 « so no se rompió la red. Jesus les dijo: Venid á comer,
 « y ninguno de los discipulos se atrevia á preguntarle:
 « ¿Quién sois vos? porque sabian que era el Señor. Jesus
 « pues vino en persona, tomó el pan y se lo dió. »

Lo que añade despues el Evangelista hace aun mas in-
 dudable la aparicion de Jesucristo; es decir, determina de
 una manera todavía mas precisa y mas clara que él en rea-
 lidad estaba presente, como veremos más adelante. Pero
 limitándonos á la relacion que acabamos de transcribir,
 ;qué cúmulo de pruebas nos ofrece de que todo aquello era
 real, y que los discipulos no podian en ello ser engaña-
 dos! Real era la pesca, reales los peces cogidos en ella,
 real el fuego que allí se habia encendido, y el pan que se
 coció. Real por último la comida. ¿En qué pues podia ser
 la sorpresa? ¿Y como siete apóstoles que han penado to-
 da la noche sin fruto alguno, y que, sobre la palabra de
 Jesucristo, echan la red por un cierto lado de la barca, y
 cogen de un golpe ciento cincuenta y tres grandes pesca-
 dos; que arrastran con esfuerzo la red así cargada, hasta la

orilla ; que escogen para comer algunos de estos peces , y comen de ellos realmente ; como pudieran dudar , repito , estos siete apóstoles de que todo esto pasaba en la realidad ?

Pero esto no es sino una parte de la prueba: otra hay que añade mucha mayor fuerza , y cuya explicacion es interesante por sí misma. Despues de una pesca milagrosa en el mismo mar de Galilea, Pedro y Andrés su hermano , Jaime y Juan, hijos del Zebedeo , dejaron sus barquillas y sus redes para unirse inseparablemente á Jesucristo , el cual les habia prometido hacerles en adelante pescadores de hombres. Refiérela san Lucas con estas palabras : (1) « Entró
« Jesus en una barquilla que era de Simon , y le rogó que
« se apartara un poco de la orilla , y sentado en la bar-
« ca , enseñaba desde allí al pueblo. Y acabadas sus instruc-
« ciones , dijo á Simon. Avanzad hácia alta mar , y arro-
« jad vuestras redes para la pesca. Respondióle Simon :
« Maestro , toda la noche trabajamos sin coger nada ; pero
« no obstante sobre vuestra palabra , echaré la red. Y ha-
« biéndola echado efectivamente , cogieron tan grande can-
« tidad de pescado , que se rompió la red. É hicieron se-
« ña á los demás compañeros que estaban en otra barqui-
« lla para que vinieran á ayudarlos. Vinieron en efecto ; y
« llenaron de tal modo las dos barquillas , que poco fal-
« tó para que no vinieran á fondo. Lo cual advertido por
« Simon y Pedro , se arrojó á los pies de Jesucristo , dicen-
« do : Señor , retiraos de mí , porque soy un pecador.
« Pues estaba atónito , asi como todos los demás circuns-
« tantes , de la gran copia de pesca que habian cogido. Del
« mismo pasmo se hallaban poseidos Jaime y Juan, hijos del
« Zebedeo , que eran compañeros de Simon. Mas Jesus di-
« jo á este : No temas : en adelante te ocuparás en pescar
« hombres. Y habiendo sacado sus barcas á la orilla , lo de-
« jeron todo y le siguieron. »

(1) Luc. 8. 3. y sig.

Para renovar la memoria de aquella primera pesca milagrosa, y de la vocacion al apostolado, que fue consiguiente, vuelve Jesucristo á llamar sus discípulos á Galilea; hace entrar á Pedro y á los hijos del Zebedeo sobre el mismo lago y en la misma barquilla; y despues de un esfuerzo tan asiduo como inútil, que duró toda la noche, manda sobre su palabra echar otra vez la red, y recoge con esta misma red una multitud increíble de peces; pero con las diferentes circunstancias que todos los peces son escogidos, que su número es cierto y determinado, que la red no se rompe, y que todos son cogidos por el lado derecho, para figurar los elegidos. Así como la primera pesca era figura de los fieles que debian entrar en la Iglesia, muchos de los cuales la pondrian en peligro por sus malas costumbres, y algunos hasta la dividirian por el cisma.

Estos sucesos, tan maravillosos por un lado, y por otro tan semejantes, y llenos de mútuas relaciones, ¿con qué fuerza imprimirian en el ánimo de los Apóstoles no solo la íntima persuasion de que Jesucristo habia resucitado, sino que conservaba para con ellos la misma bondad; que les destinaba á la misma gloria de sacar á los hombres del abismo profundo en que se hallaban hundidos; que su muerte en nada habia alterado sus primeros designios sobre ellos; y que su flaqueza, ó digamos su incredulidad, no habia destruido unas promesas fundadas sobre una misericordia enteramente libre y gratuita, y de consiguiente inmutable?

El hacerles encontrar en la orilla fuego encendido, pescado y pan, era para recordarles las prodigiosas multiplicaciones de algunos pescados y de algunos panes en el desierto, cuyos repartidores habian sido ellos mismos; y al propio tiempo les enseñaba que sin él era inútil todo su trabajo; que el buen éxito dependia de su palabra, y que por sí solo, aun cuando quisiera prescindir de su ministerio, sabia hallar pan y pescado, aun sin que ellos tuviesen la menor parte.

ARTICULO IV.

Lo que siguió á esta aparicion, y que es particular á san Pedro, es una fuente fecunda de nuevas pruebas en las que no ha podido tener la menor parte la fantasia ni la seduccion.

Mas veamos en san Juan (4) las demás circunstancias de esta aparicion, que á propósito habiamos antes suprimido para no confundir el ánimo del lector con muchos objetos á la vez, y dejarle libertad para meditarlos detenidamente. « Despues de haber comido los Apóstoles, dijo « Jesus á Simon Pedro: Simon, hijo de Juan, ¿ me amas « mas que estos? Y le respondió Simon: Señor, vos sa- « beis que os amo. Y Jesus le dijo: Apacienta mis corderos. « Y por segunda vez le preguntó: Simon, hijo de Juan, « ¿ me amas? Pedro le respondió: Señor, vos sabeis que « os amo. Jesus le dijo: Apacienta mis corderos Y por « tercera vez le preguntó: Simon, hijo de Juan, ¿ me « amas? Contristóse Pedro de que por tercera vez le pre- « guntase si le amaba, y le respondió: Señor, vos que « conocéis todas las cosas, sabeis si os amo. Jesus le dijo: « Apacienta mis ovejas. En verdad, en verdad te digo, « cuando eras mas jóven tú mismo te ceñias el vestido, é « ibas á donde querias; pero cuando serás viejo, extende- « rás tus manos, y otro te ceñirá y te llevará á donde tú « no quisieras. Y le dijo estas palabras para significarle « la muerte con que debia glorificar á Dios. Y despues le « dijo tambien: Siguemæ. Y mirando atrás, vió Pedro venir « despues de él al discípulo amado de Jesus, al que du- « rante la cena reposaba en su regazo, y le habia pregun- « tado: Señor, ¿ quién es el que os venderá? Habiéndole « pues visto Pedro, dijo á Jesus: Y este, Señor, ¿ qué se-

(4) Joan. 21. 15.

« rá de él? Jesus le dijo: Si yo quiero que así se quede
 « hasta mi venida, ¿á tí qué te importa? Tú sígueme á mí.
 « Y de aquí se originó la voz que corrió entre los her-
 « manos, de que este discípulo no moriria. »

No hay necesidad de hacer observar que en todo este relato nada hay que haya podido fingir la fantasia; pues todo su contenido no solo es sencillo y natural, sino de un tal carácter que nadie sin haberlo visto podrá formarse de él idea. Las tres respuestas de Pedro son esencialmente relativas á tres preguntas verdaderas. La prediccion de su martirio en una edad avanzada, y hasta del género de su martirio, fielmente cumplida, es una demostracion tan clara que no se puede obscurecer. La prediccion de que Juan moriria de muerte natural, que así mismo quedó cumplida, es otra no menor prueba. Y la interpretacion que muchos dieron á estas palabras, como si no hubiera debido morir, atestigua la verdad de la historia, aunque se aparte de la verdad de la profecía.

Pero no es esta la mayor fuerza de mis reflexiones. Las pruebas de la verdad de la resurreccion de Jesucristo serán incomparablemente mas eficaces y mas persuasivas, si entramos en el fondo. San Pedro habia creído, antes que le desengañase la experiencia de su propia debilidad, que era incapaz de abandonar á Jesucristo, y que le permanecería fiel, aun cuando los demás le desamparasen. « Aun cuando
 « para todos los demás fueseis un motivo de escándalo (4),
 « jamás lo seréis para mí. » Estaba así mismo en la persuasion que le amaba mas que todos los otros. Y como pocos momentos antes se habia arrojado al mar para correr presuroso á unirse con él, mientras los otros discípulos iban viniendo con la barquilla, era de temer que no se preciase todavía de tener á Jesus un amor mas pronto y mas vivo. Por esto Jesucristo le hace por primera vez esta pregunta: « Simon, hijo de Juan, me amas mas que estos? » Seme-

(4) Matt. 26. 33.

jante comparacion debia ser para él una leccion severa, y muy propia para recordarle la temeridad que habia tenido en preferirse á los demás, y hacerse juez de un secreto que Dios solo conoce. Asi es que el Apóstol se limita á satisfacer una sola parte de la pregunta, diciendo: « Vos sabeis, Señor, que os amo. » Y evita la segunda que le recuerda su antigua presuncion, y que le humilla profundamente á sus propios ojos.

San Pedro, á mas de la injusta preferencia que se habia atribuido, habia negado por tres veces á su Maestro, delante de una sirvienta, por un cobarde miedo muy opuesto al amor. Y para hacerle reparar sus tres negaciones que el temor le habia arrancado á la presencia de una esclava, Jesucristo, autor de la libertad, le hace renovar tres diferentes veces la sincera protesta de su amor.

Este Apóstol habia tenido la temeridad de resistir al mismo Jesucristo, que le prenunciaba su caida futura y le advertia su debilidad. Y para hacerle expiar esta orgullosa confianza, le intimida por medio de reiteradas preguntas, que le enseñan la posibilidad de que se conozca mal, y de que responda temerariamente de su corazon y del amor que le domina. Por esto san Pedro quedó contristado de la tercera pregunta, y añadió á las primeras respuestas las siguientes palabras: Señor, vos que sabeis todas las cosas.

Jesucristo le habia dicho en términos muy precisos (1): « No puedes tú seguirme ahora, pero me seguirás despues. Y Pedro le habia respondido: « ¿Porqué no puedo, Señor, « seguiros ahora? Yo daria mi vida por vos (2), y estoy « pronto á acompañaros á las prisiones y á la misma muerte. » Pero se engañaba, y merecia el ser abandonado para siempre á su presuncion. Mas Jesucristo, fiel en sus predicciones, le promete que le seguirá hasta la muerte, despues de haberle probado que no habia tenido el valor ne-

(1) Non potes me modo sequi sequeris autem postea. Joan. 13. 46.

(2) Luc 22. 23.

cesario para acompañarle á ella: y hasta le señala con bastante claridad (1) que tendrá el honor de morir en cruz, como él.

Por fin, este Apóstol, que se habia valido del crédito de San Juan para saber de Jesucristo quien seria el que le haria traicion, quiere á su vez valerse del suyo para saber del Hijo de Dios cual debia ser la suerte de aquel discípulo. Pero su curiosidad es reprimida por el saludable aviso de que se ocupe en sus propios deberes.

Todas estas circunstancias tienen entre sí una relacion tan visible y tan necesaria, que es imposible no ver que quien habla á Pedro, despues de su resurreccion, es el mismo que le habia hecho advertir su debilidad, que le habia predicho sus tres negaciones, y que le habia prometido volverle á levantar despues de su caída; y por último, que seria empeñarse en resistir á la mas viva y penetrante luz el buscar en la imaginacion vanos fantasmas para hacer dudosa la misma evidencia.

ARTICULO V.

Conjunto de pruebas en las apariciones é instrucciones de Jesucristo por espacio de cuarenta dias.

Lo que pone el colmo á todas las pruebas que dejamos referidas, es lo que dice san Lucas (2), « que Jesucristo se « mostró (con frecuencia) á sus Apóstoles despues de su « pasion, y que les hizo ver por muchas pruebas (3) que « estaba vivo, apareciéndoseles durante cuarenta dias, y « hablándoles del reino de Dios. » Pues en estas pocas palabras reunió un sin número de pruebas, que fueron mul-

(1) Tu me sequeré.

(2) Act. 1. 3.

(3) Quibus et præbuit seipsum vivum in multis argumentis, per dies quadraginta apparens eis, et loquens de regno Dei.

tiplicadas, diversificadas é inculcadas durante cuarenta dias, que todas encerraban siempre algo de nuevo ; que añadian á las primeras una nueva certitud ; que se enlazaban y fortificaban mutuamente , y que no se limitaban á simples apariciones , ó á pruebas estériles que Jesucristo hubiese resuscitado ; sino que eran llenas de instrucciones relativas á la Iglesia , á los Sacramentos , ó la gerarquía , á la disciplina ; todo lo cual se comprende bajo el nombre de Reino de Dios : sirviendo para confirmar á los Apóstoles en la Fe de las verdades de salud , cuyos predicadores debian ellos ser , y cuyas pruebas sacadas de la Escritura , enlace , dependencias y consecuencias era necesario que conocieran perfectamente.

¿ Cómo seria posible pensar siquiera en debilitar este encadenamiento de demostraciones, formado por reiteradas veces con la mayor asiduidad , durante cuarenta dias , por medio de instrucciones sobre materias enteramente nuevas , por la aclaracion de los misterios ocultos en las Escrituras , por la manifestacion del plan general de la Iglesia , que debia comenzar en Jerusalem sin separarse abiertamente de la Sinagoga , reunir despues en su seno todas las naciones , y á pesar de todas las persecuciones y herejías, quedar invencible hasta el fin de los siglos ?

Porque es importante observar que Jesucristo no se habia explicado claramente sobre todos estos puntos antes de su muerte : que muchos de ellos eran hasta absolutamente desconocidos : y era propio de su sabiduría y de su bondad instruir sobre ellos minuciosamente á sus Apóstoles , á fin de prevenir las divisiones y las dudas , y prepararles por sus lecciones á la gracia y á la virtud del Espíritu Santo , que les enseñaria á ponerlos en práctica.

Examínese pues ahora , no si es verosímil que los Apóstoles hayan sido engañados ; porque es un delirio solo el pensarlo : sino cuanta sea la desgracia de aquellos , que sobre tan fútil sospecha y tan contraria á la evidencia vacilan en la fe , ó tocan hasta la incredulidad , sin haber nunca

leído formalmente la Escritura, sin haberla comparado con ella misma, y sin haber entrado en los pormenores á los que me he empeñado en entrar para ahorrarles á ellos este trabajo, persuadido que no se lo tomarian jamás tal vez, y que desconfiarían siempre de unos racionios que no se les hicieran palpables y convincentes por el conocimiento de los hechos esenciales y de sus necesarias consecuencias.

CAPITULO X.

Examinase el pensamiento de los que hubieran querido que Jesucristo se hubiese mostrado despues de su resurreccion á otros además de sus discipulos, y se justifica la conducta que observó en esta parte. — Razones aparentes que inducen á ciertas personas á desear que las pruebas de la resurreccion de Jesucristo hubiesen sido públicas. — Respuesta general. — Respuesta mas particular, demostrando que todas las pruebas públicas se hubieran por fin reducido ó terminado en una historia, la cual hubiera sido á lo mas tan autorizada como la escrita por los Evangelistas y atestiguada por los Apóstoles. — Satisfácese á todas las razones que pueden oponerse.

Doy ya por enteramente destruida la sospecha de que los Apóstoles hayan sido engañados, y que aun los que no la habian juzgado tan distante de toda verosimilitud estan ahora tan persuadidos como yo mismo que semejante sospecha no es menos contraria á la razon que á la fe. Pero queda por lo comun en el ánimo de los que han alimentado alguna duda acerca la resurreccion de Jesucristo alguna secreta pena, que importa quitarles enteramente.

ARTICULO I.

Razones aparentes que inducen á algunos á desear que las pruebas de la resurreccion de Jesucristo hubiesen sido públicas. Respuesta general.

Convenimos, dicen, en que la resurreccion de Jesucristo es cierta, y que los Apóstoles tuvieron de ella pruebas invencibles. ¿Mas porqué no fué probada sino á los Apóstoles? ¿Porque debió ser para los otros un misterio y un secreto? Público habia sido el escándalo de la Cruz: ¿no convenia que fuese pública tambien la resurreccion, que era el remedio del escándalo? ¿Cuántos afanes y peligros no hubiera ahorrado á los Apóstoles, si todo el mundo hubiese sido de ella testigo? ¿Que hubieran podido oponer los sacerdotes y los demás enemigos de Jesucristo, si este los hubiera convencido por su presencia que habia resucitado? ¿Que ceguera de los Judios hubiera sido capaz de resistir á semejante luz? ¿Y cuánto no se hubieran cercenado las disputas, y quitado toda ocasion á las dudas, si todos cuantos habian asistido á la muerte de Jesucristo hubiesen tambien sido los testigos de su resurreccion?

Mas sin entrar ahora en la discusion de todo quanto encierran estas preguntas, pregunto yo á los que las hacen: si tienen por dudosa la resurreccion de Jesucristo? Y me contestan que la consideran como cierta. Continuo preguntándoles, ¿si las pruebas que demuestran su certitud son claras y convincentes? Y sin vacilar me responden que sí. ¿Que falta pues, añado yo, á su certitud? ¿No echais de ver que si esta es entera y perfecta, es indiferente que sea conocida de un menor ó mayor número, y que la confundis con la notoriedad pública, de la cual es del todo independiente?

¿Qué os importa, en efecto, que muchos duden de la

resurreccion de Jesucristo, si vosotros estais plenamente persuadidos que la debeis creer? ¿Y el fundamento de vuestra fe, que vosotros mismos juzgais por firme y cierto, será vacilante porque otros son infieles?

ARTICULO II.

Respuesta mas particular, que demuestra que todas las pruebas públicas hubieran al fin terminado en una historia, la cual habria sido á lo mas tan autorizada como la que escribieron los Evangelistas y atestiguaron los Apóstoles.

Mas para curar el mal hasta en sus mas hondas raíces, supongo que Jesucristo hizo lo que estas personas quisieran que hubiese hecho, y que despues de haber salido del sepulcro, se manifestó á muchos Judíos, al Consejo de la nacion compuesto de Sacerdotes y de Senadores, ó si se quiere, á todos los habitantes de Jerusalem: ¿cómo se quiere imaginar semejante aparicion? ¿Hubieran todos podido acercarse á Jesucristo, tocarle, asegurarse de la verdad de sus llagas, poniendo en ellas el dedo y la mano, comer con él, abrazarle las rodillas, oirle hablar sobre las antiguas profecias, y sobre el modo de entenderlas?

¿Semejante aparicion hubiera sido única? En este caso, ¿no la hubieran muchos considerado como una vision, un vano fantasma, un espíritu revestido de la apariencia de un cuerpo? ¿Los ausentes no hubieran desconfiado aun mucho mas de la verdad del hecho? ¿No se hubieran juzgado con mas discernimiento que los otros, y con mas severo criterio para separar la verdad de la mentira? Necesario pues hubiera sido volver á empezar la aparicion quantas veces hubiese acudido un nuevo concurso de pueblo, venido á tropel de las ciudades de la Judea. La misma gracia hubieran pedido para sí los Judíos diseminados por las otras partes del mundo, y los Gentiles á quienes eran des-

conocidas las profecías , hubieran tenido aun mejor fundamento para pedirla. Hubiera pues sido indispensable que Jesucristo , separado del comercio de los hombres por su nueva vida , hubiese vivido con ellos tan familiarmente y de una manera tan sensible como antes de su muerte. Y entonces la duda no hubiera recaído sobre su resurrección , sino sobre su muerte ; ó mas bien una y otra hubieran quedado inciertas por una asiduidad vulgar , y por sus maneras poco diferentes de las de los demás hombres.

Mas al fin era indispensable poner un límite á tales apariciones , y obligar á los hombres que naciesen en otro siglo á contentarse con lo que hubieran visto los primeros , y con el testimonio que de ello les hubieran dado. Puede que en los siglos inmediatos el testimonio hubiese tenido la misma fuerza que la vista ; pero á medida que se irían alejando los tiempos , las desconfianzas hubieran sucedido á la credulidad. Se hubiera exigido el ver , ya que todo el mundo hubiera visto ; y se habrían formado juicios muy diversos de lo que solo hubiese quedado tradicional en la memoria de los hombres.

Hubiera pues sido absolutamente indispensable que la historia de estas apariciones quedase escrita. ¿ Mas escrita por quién ? ¿ y en qué tiempo ? Los Fariseos y los Sacerdotes , enemigos declarados de Jesucristo , dispuestos á hacer morir á Lázaro para aniquilar la prueba de que Jesucristo le hubiese resucitado , se convertirían en discípulos é historiadores suyos ? Y si hubiesen dividido sus pareceres , ¿ á quién debería creerse ? Si la pasión y el artificio enredan aquellos hechos mismos que otros escribirán con la mayor sinceridad , ¿ qué trabajo , cuánta dificultad en separar lo verdadero de lo falso ? ¿ Y qué fruto se sacará de una multitud de escritos opuestos , sospechosos igualmente de parcialidad y obstinación ?

Con respecto al tiempo , ¿ se aguardará á que los testigos contemporáneos y oculares ya no existan , para escribir lo que ellos habrán visto ? ¿ No sería esto quitar á la historia

su certitud , y hacerle perder sus principales pruebas? ¿ Se escribirá en tiempo en que estan ardiendo las pasiones contrarias? Con esto volveríamos á caer en un nuevo escollo de incertitud , mas peligroso todavía.

Si se escribe , es necesario que los autores sean contemporáneos , y que esten de acuerdo sobre todos los puntos esenciales : de otra manera no hacen mas que sumir los siglos venideros en la inquietud y en la perplejidad. Es tambien necesario que sean testigos oculares , para no afirmar en asuntos de tal importancia , sino lo que hayan visto con sus propios ojos , y tocado , por decirlo así , con sus propias manos. Es menester , por último , que sean sinceros , llenos de candor y de buena fe , y preparados á sufrirlo todo antes que hacer traicion á la verdad. Mas desde entonces , es necesariamente indispensable que sean discipulos. ¿ Y no se echa de ver , por el esfuerzo mismo que se hace en añadir algo al testimonio de los Evangelistas , que es fuerza recurrir á ellos , y admirar con que sabiduría los ha escogido Dios para recoger en nombre de todos los hombres las pruebas de la resurreccion de su Hijo , y para transmitir las con una exacta sinceridad á todos los siglos? Porque despues de todos los planes que puede formarse la imaginacion , fuerza es confesar que no hay otro mas perfecto ni mas sencillo que el escoger un cierto número de testigos (1) que lo examinen todo por sí mismos , que no cedan sino difícilmente á unas pruebas las mas palpables , que se vean , por decirlo así , agobiados por su evidencia , por su variedad , por su asiduidad ; que las escriban con cándida ingenuidad , sin entremezclar en ellas reflexiones ni comentarios , y que atestiguen su verdad ante los mas formidables tribunales , sin dejarse vencer ni por las amenazas , ni por los suplicios , ni por la muerte.

(1) Non omnis populo , sed testibus præordinatis á Deo : nobis qui manducabimus , et bibimus cum illo postquam resurrexit á mortuis. Act. 10. 41.

ARTICULO III.

Satisfácese á todas las razones que pueden oponerse.

A todo lo dicho añado, para no dejar sin respuesta las aparentes razones de que se han servido algunos para apoyar una opinion contraria : 1.º Que la resurreccion de Jesucristo era inevitable que fuese un misterio para todos cuantos no la hubiesen presenciado , pues no era posible que todos los hombres de todos los siglos fuesen testigos de ella. 2.º Qué por la misma razon su muerte es tambien un misterio , que se convierte en objeto de la fe desde el momento que no lo es de los sentidos. 3.º Que el escándalo de la cruz, lejos de ser quitado , ha de durar hasta el segundo advenimiento de Jesucristo para ejercer la fe y para distinguir los incrédulos de los verdaderos fieles. 4.º Que los Judíos , y en particular aquellos que conspiraron para su muerte , han quedado tan realmente convencidos de injusticia por los milagros de los Apóstoles obrados en su nombre , como si él mismo se les hubiese aparecido para echársela en cara. 5.º Que fue una gloria de un precio infinito para los Apóstoles el sufrir por él , y sacrificarle su vida , como él habia sacrificado la suya por ellos. 6.º Que es contrario á la sabiduria de Dios y á su admirable economía multiplicar las pruebas á proporcion de lo que los hombres son incrédulos , y desprecian las que él les ha dado. 7.º Que él sabe hasta donde debe llegar la luz para hacer á los hombres inescusables , y en que punto ha de detenerse para castigar su indocilidad y su curiosidad temeraria. 8.º Que le plugo mezclar en todos los misterios de la Religion bastante claridad para consolar y para confirmar á los humildes , y una oscuridad suficiente para confundir y hasta para cegar á los falsos sabios , y á los espíritus orgullosos. Y por último , que se sirve de esta mezcla de luz y de tinieblas para discer-

nir aquellos cuyo corazon es puro y amigo de la luz, de aquellos, cuyo corazon corrompido teme la luz que le condena, y busca tinieblas en la Religion para vivir tranquilo en el seno de las que él ama.

CAPITULO XI.

Es contra toda verosimilitud y hasta imposible que los Apóstoles hayan tenido designio de engañar, asegurando contra su propia conciencia que Jesucristo habia resucitado.— Si formaron el designio de engañar, semejante proyecto ó debió ser el resultado de una conspiracion general, ó de la persuasion de uno de ellos.— Reúnese en el discurso de uno solo lo que pudieron pensar todos los otros.— Primero. Sobre el proyecto y sobre las condiciones esenciales de parte de los Apóstoles para asegurar su éxito.— Segundo. Sobre los medios absolutamente necesarios para la ejecucion del proyecto.— Tercero. Sobre el término preciso en que debia ser ejecutado.— Cuarto. Los Apóstoles quedan advertidos de las disposiciones en que deben estar con respecto á las personas que habrán engañado, y que se hallarán expuestas por su credulidad á grandes persecuciones.

ARTICULO I.

Si los Apóstoles formaron el designio de engañar, este designio debió ser efecto ó de una conspiracion general, ó de la persuasion de uno de ellos.

Hemos dedicado los primeros capítulos en establecer y demostrar la sinceridad de los Evangelistas y de los Apóstoles; y cuanto hemos visto en los siguientes dirigido á persuadirnos que ellos no habian podido ser engañados con respecto á la resurreccion de Jesucristo, ha debido conven-

cernos tambien que fueron mas incapaces aun de ser engañadores. Pero, prescindiendo de todo lo que precede en esta materia, no huyo de entrar en el exámen de esta nueva sospecha. Pido únicamente que se comprendan bien las consecuencias de esta suposicion, y que se mediten los compromisos á que conduce el acusar á los Apóstoles de haber formado el proyecto de engañar, y á lo que se exponian ellos mismos necesariamente, si hubiesen querido contra la verdad y contra su propia conciencia persuadir á todo el mundo que Jesucristo habia resucitado.

Como ellos eran muchos, hubiera sido indispensable que todos hubiesen tenido un mismo pensamiento á un mismo tiempo, y á corta diferencia segun la misma idea y el mismo plan; ó que uno de ellos despues de haber formado el proyecto, hubiese tenido la aprobacion de todos los demás. Entrambos partidos son iguales, pero prefiero el último como mas natural y mas propio para dar á conocer toda la extravagancia de una resolucion semejante, aunque en el fondo sea lo mismo tanto si ella hubiese sido efecto de una conspiracion súbita y general, como si hubiese mediado la persuasion y el consejo de uno de ellos.

Ved ahí pues, á corta diferencia, como debió hablar el mas autorizado entre los Apóstoles, y el que habia así mismo mas profundamente meditado en esta importante materia (4).

ARTICULO II.

Se recopila en la peroracion de uno solo todo lo que debieron pensar los demás, ante todo, sobre el proyecto y sobre las condiciones esenciales de parte de los Apóstoles para asegurar su éxito.

El maestro de quien éramos discípulos ya no existe. No-

(4) Todo lo que sigue puede leerse sin distincion de artículos, porque es un continuado discurso.

sotros le seguimos llenos de grandes esperanzas para él y para nosotros ; pero su muerte ha terminado sus proyectos, y hace desvanecer nuestras esperanzas ; pues no podemos lisonjearnos ya de que resucitará , como nos lo habia asegurado. Ha pasado ya el tiempo que él habia prescrito , é inútilmente emplearíamos el que resta para aguardarle. Debemos pues , ó separarnos para volver á nuestra primera profesion , y llevar ante el público la afrenta y la vergüenza de haber sido engañados , ó permanecer unidos, tomando una generosa resolucion de sostener nuestra gloria , diciendo á todo el mundo que ha resucitado , y que de consiguiente es el verdadero Mesías esperado por nuestra nacion y prometido por los profetas. En tomar el primer partido me parece hay tanta cobardía como valor en tomar el segundo , el cual por lo mismo es mas digno de nosotros , pero que no deja de ofrecer grandes dificultades.

No es imposible empero superarlas , si somos capaces de un secreto impenetrable. Mas es preciso entender bien lo que significan estas palabras ; porque no se trata aquí solamente de saber callar , sino que además es preciso saber hablar , y hablar contra la propia conviccion y el propio sentimiento. Debemos pues ante todo escoger personas fieles que de una parte puedan asegurar la mentira con una intrepidez tal que aparte absolutamente toda sombra de sospecha , y de otra sepulsen en un profundo secreto las resoluciones que hoy estamos tomando. Porque todo estaria perdido si una sola persona en quien hubiéremos puesto nuestra confianza nos hiciere traicion , revelando á nuestros enemigos lo que solo nosotros debemos saber.

Como este punto es esencial y ha de servir de base á grandes proyectos , es necesario prever todo lo que seria capaz de arrancar el secreto á personas que no fuesen á toda prueba. Nos veremos expuestos á los mas crueles tratamientos , á la prision , al tormento , á la muerte misma y tal vez á géneros de muerte atrocísimos , prolongados , y capaces de fatigar una paciencia que no fuese invencible. Todo esto ha

de ser previsto y despreciado. Y al contrario, hase de mirar como el colmo de la gloria el ser mas grande que todos los demás hombres juntos y superior á todo lo mas cruel y terrible que pueden ellos emplear contra nosotros.

Pero advierto tambien que en medio de los mas atroces tormentos no habrá que esperar el menor consuelo ni socorro alguno de la conciencia, y entonces hasta nos veremos obligados á fortificarnos contra ella, sufocando de una manera pronta é imperiosa todos sus gritos y remordimientos, que no han de ser capaces de aterrarnos, ni de distraer con sus terrores la atención única á nuestro designio y al honor que de él hemos de reportar. Bien sé yo que la firmeza, sobre todo cuando ha de durar mucho tiempo, y es vivamente atacada por el sentimiento de un dolor agudo, halla un sosten poderoso en la calma y en la paz de una buena conciencia, y en la íntima persuasión de que se sufre por la verdad. Pero nosotros somos llamados á pruebas de otra especie, que no necesitan de ningun consuelo ni apoyo, y que hasta suponen que todo cuanto sostiene á los demás hombres se convertirá contra nosotros en tentaciones y obstáculos.

Lo que acabo de decir encierra un gran sentido, y mas profundo de lo que se podria pensar, si claramente no se explicara; porque hemos de llevar el desinterés y la generosidad hasta el asombroso extremo de no esperar nada de aquel por quien pasaremos nuestra vida en el temor y el sufrimiento, y por cuyo nombre y gloria nos dejaremos degollar. ¿Pues qué haria para nosotros no habiendo podido hacer nada para sí mismo? ¿Y pudiera librarnos de las manos de nuestros perseguidores y de la muerte aquel mismo que sucumbió á la violencia de sus enemigos, él mismo que no pudo resucitar como tantas veces lo habia prometido, y hasta pocas horas antes de su prision? Pues tengo tan presentes sus últimas palabras, como si acabara de oirlas. « Yo seré á todos vosotros esta noche (1), nos decia,

(1) Matt. 26. 31.

« ocasion de escándalo. Porqué está escrito: heriré al pastor, y se dispersarán las ovejas del rebaño: pero despues que hubiere resuscitado, iré delante de vosotros á Galilea. » Él se engañó, y nos ha engañado. Dios, como árbitro supremo, lo ha dispuesto de otro modo, y no debemos nosotros sondear sus juicios, ni aun pensar en ello demasiado.

¿Os admirais quizás de este mi consejo? Es nuevo, lo confieso, pero necesario, y hasta tal punto necesario, que todas nuestras resoluciones abortarian, si llegara á introducir el desórden en ellas el temor de Dios, y hacernos tímidos y vacilantes en el testimonio que estamos determinados á dar contra él, sosteniendo que ha resucitado aquel á quien Dios ha dejado en el sepulcro; que ha reconocido por su Mesías al que sin serlo realmente, usurpaba su nombre; que quiso que creyese en él todo el mundo, aunque le haya indudablemente condenado como usurpador de una gloria á él no debida.

Tales reconocimientos son algo costosos al principio; pero es posible acostumbrarse á ellos con el tiempo, imprimiendo bien en el ánimo la idea de que tambien es lisonjero y heróico sufrir sin esperanza de parte de Dios ni de los hombres, y hasta con la certeza de ser castigado de Dios y de los hombres; y de serlo no solo en esta vida, sino tambien en la otra. Puédese de este modo llegar al punto mas alto de valor, y hacerse impenetrable á todos los sentimientos de temor, y hasta á los que debe inspirar la Religion.

Porque ello es preciso á llegar á este extremo, ó volver afrentosamente á nuestras redes y á nuestras barquillas. Y suplico encarecidamente que comprendais bien la necesidad de escoger entre estos dos extremos. El que nosotros echamos menos, aquel cuya pérdida nos aflige, tomó abiertamente la calidad de Mesías. Mas ha hecho, ha osado llamarse Hijo de Dios, igual á él, una misma cosa con él. Le vimos dispuesto y pronto á dejarse apedrear por este atrevi-

miento sin que nada hubiese rebajado de sus pretensiones. Al contrario, aun en su último discurso despues de la cena, reprehendia en uno de nosotros el poner alguna diferencia entre él y el Padre celestial, y el no estar íntimamente persuadido que viendo al uno se ve al otro. Todo esto era exagerado, y sabemos por la experiencia quanto era preciso rebajar de tan alta pretension. Pero no podemos ocultarnos á nosotros mismos que Dios debió en gran manera indignarse de semejante acto de pretender igualarse con él; y por consiguiente, que no podrá ver sin grande indignacion nuestra empresa de hacer reconocer por su Hijo único al que él mismo se ha denegado á reconocer por tal, sabiendo nosotros mejor que nadie la denegacion de este reconocimiento.

Esto puede arredrar los pechos tímidos y las almas vulgares; pero nosotros no necesitamos sino hombres grandes y extraordinariamente intrépidos que sepan á que se exponen, y que el saberlo los haga todavía mas firmes. Caro nos costaria si tuviésemos que retroceder. Medítelo pues cada cual con madurez, examine la dependencia y la ligazon de unas cosas con otras, y declárese despues por el partido que quiera seguir.

ARTICULO III.

En segundo lugar, propónense en el mismo discurso los medios absolutamente necesarios para la ejecucion del proyecto.

Como me parece que me escuchais con gusto, y que en vez de intimidaros mis reflexiones, las hallais juiciosas y necesarias, oid lo que voy añadir para la ejecucion de tan grandioso designio, en el cual seria temerario empeñarse antes de haber preparado los medios para asegurar su buen resultado. Ante todo, concertarémos entre nosotros una falsa historia de las apariciones de nuestro comun maestro, en

la cual trabajarán los que se conozcan con mas talento para inventar. Los demás la juzgarán y todos se imprimirán fuertemente en la memoria los hechos y las peroraciones que se habrán escogido , pues una vez concertada esta supuesta historia , no hay ya que alterarla , porque las variaciones en este punto serian de una peligrosa consecuencia

A este trabajo hay que añadir otro que exigiria mas conocimiento en las Escrituras del que tenemos nosotros , pero esto puede suplirse por el estudio , y entretanto es indispensable que los mas hábiles entre nosotros busquen en los libros de Moisés , en los Salmos y en los profetas todo cuanto tiene relacion con el verdadero Mesias , á quien nuestros padres han esperado ; y que tenemos razon de esperar aun , pues aquel á quien habiamos seguido no lo es efectivamente. Mi objeto es hacer aplicacion á él de todo lo dicho , y referir á él , de cualquier modo que sea , todas las profecías que tienen relacion con el verdadero. Atrevida es la empresa : mas ¿ qué otra cosa es nuestra empresa sino la osadía llevada á su mas alto grado ?

Consecuencia natural de esta empresa es el que nos resolvamos á uno de estos dos partidos : ó á despreciar el sentido de las Escrituras , aunque divinas é inspiradas , ó á despreciarlas á ellas mismas como falsas y supuestas. No estoy aun bien decidido en la eleccion ; vacilo y espero vuestro consejo. Pero me parece que lo mas llano seria mirarlas todas como falsas , porque es dificil corromperlas á sangre fria cuando se las mira como divinas , y como tales se las respeta ; y que una vez vencido este respeto , se procede con mas libertad y osadía.

El segundo resultado inevitable de nuestro proyecto es el considerar todas las promesas y todas las profecías del Mesias como vanas y frívolas , ó por lo menos , como inciertas y dudosas : pues si las Escrituras son falsas , las profecías del Mesias , que constituyen su parte mas importante , lo son tambien : ó si , adoptando un término medio y un partido mas moderado , nos contentamos con corromper el sen-

tido de las Escrituras, sin entrar en un exámen detenido de lo que ellas realmente sean, es evidente, que nos comprometemos á mirar todo lo que predicen del Mesías como arbitrario, y como dependiente de las interpretaciones que nos plazca darle. Por lo cual, como ya veis, el Mesías entre nosotros no será sino un nombre vano: pero le harémos valer extraordinariamente para todos cuantos no esten en el secreto, porque nuestro honor está en ello interesado; y caeríamos en el general desprecio, si la elevada idea del Mesías junto á la seguridad con que sostendrémos que nuestro Maestro es el verdadero, no nos hiciese respetar de todos como discípulos suyos.

Hay una tercera consecuencia, igualmente necesaria é inevitable, pero que me da mas pena que las otras mientras estoy meditando el plan que ahora os propongo, y que no dejará de admiraros de pronto. Y es que desde ahora en adelante no debemos hacer grande caso de la Religion de nuestros padres, ni considerarla como establecida sobre muy sólidos fundamentos. Porque si se ataca la tradicion del Mesías, y si poco importa tomar las Escrituras en su verdadero sentido; ó mejor (porque ó hemos de ser ahora sinceros ó no lo serémos jamás) si hacemos bien de anunciar al mundo como verdadero Mesías al que sabemos ciertisimamente que no lo es; y si tenemos derecho de aplicarle profecias que tienen constantemente otro objeto: es preciso necesariamente que pongamos debajo de nuestros pies todo cuanto nuestros padres miraban como lo mas inviolable y lo mas sagrado.

Ya pues veis á donde nos conduce esta senda que os propongo seguir. Habíamos hasta ahora creído que la Religion de nuestros padres es la verdadera y por consiguiente la única. Ella es en efecto la mas antigua, la mas autorizada y la mas pura. Es la sola que está fundada sobre la revelacion divina, y que de estarlo se gloria. Y es cierto que si una vez llega á parecernos dudosa, ninguna otra hay en el mundo que merezca detenernos. Y este es el último térmi-

no á donde pretendo conducirlos. No exijo de vosotros que deis al instante vuestro consentimiento; cosa es que merece reflexion; lo que exijo es que comprendais con cuidado todas las partes del plan que acabo de explicaros, que examineis su íntimo y necesario enlace, y que os penetreis fuertemente de que es preciso ó aceptarlo todo, ó desecharlo todo, pues las modificaciones; excepciones son aquí absolutamente imposibles.

ARTICULO IV.

Fijase en tercer lugar, siguiendo el mismo discurso, el término preciso en que debe ejecutarse el proyecto.

Espero que no tardaréis mucho en decidiros, pues mucho habrá que hacer despues que hayais tomado vuestro partido, y el término que me propongo para concertarlo y acabarlo todo es muy corto. No tenemos sino el intervalo desde hoy hasta la fiesta de Pentecostes: hase pasado ya una parte, y es preciso aprovechar la que resta para preparar el órden de las falsas apariciones, para estudiar en la Escritura todo lo que mira al Mesias, para formar el plan de una religion nueva, para borrar de nuestros ánimos las trazas y las ideas de la antigua, para hacernos firmes contra nuestras preocupaciones, contra nuestros temores, contra nuestras convicciones, contra todos nuestros intereses, pues ninguno hemos de reservarnos, y vamos á renunciar generosamente á todos los bienes de esta vida, y á todas las esperanzas de la vida futura.

Lo que determina á escoger la fiesta del Pentecostes es el concurso extraordinario de los de nuestra nacion y aun de muchos extranjeros en Jerusalem; pues esta será ocasion favorable para anunciarles la resurreccion de aquel á quien crucificaron nuestros Sacerdotes y nuestros Senadores, y propagar desde luego la noticia por todo el mundo. Verdad

es que ignoramos las lenguas extranjeras y carecemos de intérpretes , però bastará nuestra presencia. Los unos comprenderán por signos lo que les querremos decir , y los otros que entenderán nuestro lenguaje les ayudarán á comprendernos. No podrémos hacer milagro alguno ; ¿ pero no es ya uno de grande el osar resistir á todo lo mas grande y poderoso que nos rodea ? Tal vez seria mas prudente no parecer todos á la vez , para no exponernos todos en un mismo dia , mayormente no teniendo nada de extraordinario ni de divino para hacernos respetar , ni proteccion alguna que esperar de Dios ni de los hombres ; pero en un designio como el nuestro , singular en todo , y contrario á las reglas comunes , de que serviria la prudencia ?

Cierto estoy , que con nuestra pronuncia de Galileos y con la circunspeccion que guardarémos , lograrémos persuadir á muchas gentes. Y cuento ya de tal modo con el feliz éxito de nuestra empresa , que abrazo en mi proyecto no solamente la Judea , sino todos los pueblos , todos los imperios , en una palabra , todo el universo ; sin que la diversidad de costumbres , de religiones y de lenguas pueda contenerlo ; sin que me intimide todo el poder de los hombres armado contra mí ; sin que lo poco verosimil que parece el hacer adorar como Hijo de Dios por los Gentiles , que no tienen el menor conocimiento de las Escrituras ni del Mesías al que los Judíos han crucificado , sea capaz de suspender mi ardiente celo en favor de aquel que á todos nos ha engañado.

ARTICULO V.

En el cuarto lugar se advierte á los Apostóles , siguiendo el mismo discurso , de las disposiciones en que deben estar con respecto á aquellos á quienes habrán engañado , y que quedarán expuestos por su credulidad á terribles persecuciones.

Por último no seria justo ni puesto en razon que reser-

váramos para los demás la compasion y los sentimientos de piedad que resolvemos sufocar con respeto á nosotros mismos. Así cuando verémos que personas seducidas por nuestros discursos y por nuestro profundo disimulo, quedarán expuestos por su credulidad á grandes peligros, que serán proscritas, desterradas, arrojadas á obscuras mazmorras, desgarradas por crueles tormentos, condenadas al fuego, á las bestias feroces, y á los suplicios mas afrentosos é insoportables, en vez de enternecernos en sus sufrimientos por una debilidad de espíritu indigna de nosotros, y en lugar de inculparnos imtempestivamente la impostura con que los habrémos engañado; antes bien nos lisonjearémos de su seduccion, nos complacerémos con sumo gozo en sus desgracia, y no vacilarémos ni temerémos hacerlos honrar como testimonios ilustres de la verdad, aunque sean á nuestros ojos mártires únicamente de nuestra hipocresía y de su facilidad en admitir sin discernimiento la mentira. Este artículo, aunque el postrero, es uno de los mas esenciales: pues nosotros somos naturalmente inclinados á la humanidad, y nos parece que sufrimos lo que vemos sufrir á los otros, sobre todo cuando son inocentes, y cuando á la inocencia reúnen una edad tierna, un candor y un aire sincero de virtud que se deja sentir hasta en el fondo del alma, y que bastaria una sola palabra para librarlos. Esta palabra, que descubriria todo el misterio, no debe escaparse jamás de vuestros labios, y cuidado que ni un suspiro, ni un solo gemido haga traicion á nuestro secreto. Bueno será acostumbrarse á los mas inhumanos espectáculos, á escenas de ferocidad y carnicería, para llegar por grados á una dureza de corazon que nada sea capaz de conmover.

He aquí un fiel compendio de las principales miras que debieron tener los Apóstoles, y que tuvieron en efecto, si hubo en ellos el designio de engañar. El plan que uno de ellos acaba de proponer á los demás fue seguido y ejecutado en todas sus partes, si ellos no fueron sinceros. Y lejos de mirarle como una simple idea, es preciso muy al contrario

considerarle como la regla constante de toda su conducta, cuyos principios hemos explicado, y cuyas consecuencias acabamos de demostrar. Importa pues muy poco al fondo de la cuestion, como lo hemos hecho ya observar, que entrasen todos por si mismos por una conspiracion general en tan desatinado designio; ó que á él fuesen impelidos por las instigaciones ó consejo de alguno ó algunos en particular. El designio y la ejecucion del designio es lo que merece atenderse; pues siendo incierto é indiferente lo que les indujo á ello, no merece atencion alguna.

CAPITULO XII.

Juicio de lo que se ha propuesto en el precedente capitulo, esto es, del designio en general, y de los medios de ejecutarle. — Predisposiciones generales, pero invencibles, que destituyen á este proyecto de toda sombra de verosimilitud. — Absoluta imposibilidad del secreto entre tantos cómplices. — Aun cuando el número de cómplices hubiese sido menor, todo secreto eterno y al propio tiempo contrario á los sentimientos de la conciencia, es imposible. — Las persecuciones y los tormentos hubieran forzado á alguno á descubrirle. — No puede haber la menor verosimilitud en las suposiciones inseparablemente enlazadas con la ejecucion del proyecto. — La invencion de las falsas apariciones de Jesucristo es absolutamente insostenible. — Observacion sobre el modo resumido y en apariencia descuidado con que algunos Evangelistas refieren las apariciones de Jesucristo, y que demuestra la verdad de las mismas.

ARTICULO I.

Predisposiciones generales, pero invencibles, que destituyen á este proyecto de toda sombra de verosimilitud.

Para quitar toda verosimilitud á un sistema tan insensato, tan horrible, tan impio y tan contrario á todos los prin-

cipios y á todos los motivos que hacen obrar á los hombres , no creo se necesite mas que la simple exposicion que de él se acaba de hacer. Temo tan solo que no se le tenga por recargado en demasía , y se pretenda que pudiera presentarse por un lado menos odioso. Pero si está alguno en esta idea, me atrevo á decir que se engaña completamente. Pues antes bien se ha procurado debilitar , omitiendo expresiones que ofenden siempre algun tanto á la piedad , aun cuando parezcan necesarias para representar mas al vivo el crimen de los que la combaten ; y de ello se convencerá cualquiera que se tome la pena de volver á leer con atencion el capitulo que en este estoy examinando.

Me limitaré no mas que á algunos puntos , escogiendo lo que se halla mas al alcance de todo el mundo , porque para juzgar de ellos basta la equidad y el buen sentido.

¿ Es natural que todos los Apóstoles , y con ellos muchos discípulos que aguardaban la resurreccion de Jesucristo , ó que sabian á lo menos que la habia predicho , entrasen en un complot tan criminal como el que he presentado ? ¿ Qué nadie entre ellos le hubiese combatido ? ¿ Qué nadie viera sus horribles y desastrosas consecuencias ? ¿ Qué nadie se hubiese detenido por el temor de Dios ó de los hombres ? ¿ Qué nadie hubiese conocido la extrema locura en sacrificarlo todo para nada , y en hacer desdichados y criminales sin esperanza y sin fruto ? ¿ Qué á nadie hubiera movido la manifiesta imposibilidad de la empresa ? ¿ Qué nadie se hubiese retirado de un conciliábulo de pérfidos que fundaban una nueva religion sobre el perjurio y sobre un falso testimonio dado contra Dios mismo ? ¿ Qué nadie en lo sucesivo volviera á la conciencia y á la buena fe ? ¿ Qué nadie revelase á lo menos á un pariente , á un amigo , á una persona de confianza este misterio de impostura y de iniquidad , para que no cayesen en el lazo ?

Todo esto , que dista infinitamente de lo verosímil , lo parece aun mas cuando se hace memoria de que estos hombres , que se suponen entregados á la mentira , fueron por

mas de tres años los discípulos de un maestro , el cual queria que fuesen tan veraces y sinceros , y de tal modo reconocidos por tales , que jamás tuviesen necesidad del juramento , que se limitasen al simple *si* ó al simple *no* , que en todo imitasen la candidez y la ingenuidad infantil , y que se tuviesen por obligados á dar cuenta á Dios de una sola palabra inútil.

ARTICULO II.

Absoluta imposibilidad del secreto entre tantos cómplices.

Mas dejando á parte tan fuertes y tan justas predisposiciones en el ánimo de los que se suponen fautores de tan nefanda impostura , consideremos ahora el solo proyecto en sí mismo , y veamos si encierra ó no esta imposibilidad evidente. Fúndase en un impenetrable secreto ; y ese secreto se confia no solamente á muchos conjurados , sino tambien á muchas mujeres que entran en el complot , y que son sus primeros móviles. Porque ellas son las que se encargan de esparcir los primeros rumores de la resurreccion , que tienen la primera parte en las apariciones , y que excitan el celo de los Apóstoles. Si estos hechos son verdaderos , el sistema es falso , y si estos hechos son inventados , el secreto del sistema se desvanece. Estas mujeres , á quienes se atribuye una parte tan principal en este negocio , gozan de grande reputacion y celebridad entre los discípulos de Jesucristo. Ellas tienen sus familias y sus amigas ; ellas en los primeros dias no divulgaron estas noticias , que entonces no eran por cierto inventadas. Ellas aparecen de repente muy instruidas , no habiendo sabido nada en otro tiempo. Sus apariciones son del domingo , y por entonces ellas mismas las ignoran. ¿A cuántas preguntas no van ellas á exponerse ? ¿Cómo se desembarazarán de ellas ? ¿Por cuál artificio evitarán el caer en contradiccion , y el hacerse trai-

cion á sí mismas? Si no han sido admitidas en el secreto, ¿cómo no se admiran de las falsas apariciones que se les atribuye? ¿Cómo no las desmienten en vez de sostenerlas? Y si son cómplices de la falsedad, ¿cómo podrán cubrirla siendo tan visible? ¿Cómo ocultarán un misterio de iniquidad tan mal concertado, y confiado á tantas personas á quienes el secreto es mas difícil que á otras?

Pero vamos á ver un obstáculo mucho mas embarazoso todavía. Mas de quinientas personas aseguran que han visto á Jesucristo resucitado, y que estaban todas presentes á este espectáculo en un mismo dia. No es que se diga de ellas, sino que ellas mismas lo dicen. Luego han de estar comprendidas en la conjuracion, y si dicen mentira, han de tener conocimiento del secreto. Á mas pues de los Apóstoles y de las mujeres mencionadas en el Evangelio, este secreto se ha confiado á mas de quinientos cómplices. ¿Cómo pues será en adelante impenetrable? ¿Y cómo se conservará entre tantos mentirosos é impostores, gobernados únicamente por su capricho y por sus pasiones, y que hollando todas las leyes de la Religion y de la conciencia, han sacudido todo género de compromisos, sean justos ó injustos?

Muchos de estos hombres estaban aun llenos de vida, (1) cuando san Pablo citaba su testimonio. Si ellos hubiesen sido engañadores, el número de los que lo eran se multiplicaba pues sin distincion y sin medida, y el secreto no era ya posible. Y si al contrario, eran sinceros y veraces, como en efecto lo eran, nada mas extravagante é insensato que la conspiracion atribuida á los Apóstoles.

(1) 1. Cor. 15. 6.

ARTICULO III.

Aun cuando el número de los cómplices hubiese sido menor , todo secreto perpetuo y al mismo tiempo contrario á los sentimientos de la conciencia , es imposible.

— Aun cuando ellos hubiesen conservado para si solos el secreto de que se trata , y no le hubiesen comunicado á ningun otro , eran demasiado numerosos , y el tiempo del silencio era largo en demasia , para no sufrir algun rompimiento. Puédesse callar en una ocasion importante que dura poco , y que tampoco exige siempre la misma severidad : pero un silencio eterno entre muchos cómplices no es ni natural ni posible. La sola inconstancia del espíritu humano y su ligereza , sin ninguna otra causa , le venden y le arrancan lo que habia resuelto ocultar. No falta nunca algun confidente privilegiado , á quien se tiene necesidad de hablar para descargarse del peso del secreto , que se hace cada dia mas insoportable , y que es interesante para muchos otros. Si alguno puede pasarse sin este alivio , semejante fuerza es muy rara , y es un engaño el creer que se halle ordinariamente.

— Juntad á esto tantos y tan diversos intereses , que cambian segun el tiempo ; tantas y tan diversas pasiones , que vuelven á unos mismos hombres muy diferentes de lo que antes eran. Un descontento , una envidia , una preferencia que hiere el amor propio , una disputa separan las personas mas unidas , y hacen decir entonces lo que se creia no haberse de decir jamás. Entre hombres que no tienen otro vínculo que la mentira tales divisiones son muy frecuentes , y el secreto está igualmente en peligro , tanto si continuan en la perversidad , como si se arrepienten de ella.

Es tambien imposible que entre muchas personas que se obligan contra sus luces ó contra su conciencia en un mal

partido, no haya alguna que, conmovida por saludables remordimientos, no escuche al fin su conciencia y su deber, principalmente cuando nada se arriesga en seguirla, y que quedando mas tranquilo en lo interior, se goza de mayor felicidad segun los hombres, á quienes se acaba de ser odioso, y de quienes no se tiene ya nada que temer. Tal era la condicion de los Apóstoles, que de perseguidos y de miserables cuando se obstinaban en el error, en el insensato sistema del precedente capítulo hubieran pasado á una vida dulce y tranquila si hubiesen cesado de predicarle, y que hubieran encontrado al mismo tiempo el reposo interior y la paz de la conciencia con solo descubrir el pernicioso secreto que tenia en agitacion á todo el mundo por una quimera.

ARTICULO IV.

Las persecuciones y los tormentos hubieran forzado á alguno á descubrir el secreto.

Conocidas son de todo el mundo las persecuciones que sufrieron los Apóstoles y los demás discípulos de Jesucristo, y si es necesario darémos en otro lugar la prueba de ellas: duraron hasta su muerte, que fué para la mayor parte de ellos cruel y violenta, y se diversificaron de mil maneras, de lo cual se puede tener una idea en resúmen por lo que dice san Pablo de las que habia sufrido, cuando escribió su segunda Carta á los de Corinto (1). Nos hemos acostumbrado á mirarlas como santas y preciosas, porque tenemos la íntima persuasion de que las sufrían por la justicia y por la verdad, y les encontramos dichosos en medio de las mas duras pruebas, porque los creemos llenos de fe, y rebotando en los consuelos interiores del Espíritu Santo.

(1) 2. Cor. 11. 13, y sig.

Pero en la hipótesis dada hemos de cambiar todas estas ideas y no ver otra cosa en ellos que impostores y pérfidos atormentados de los hombres y abandonados de Dios á causa de su terquedad en sostener una mentira de cuya falsedad estaban bien penetrados, y que segun sus propias miras echaba por tierra toda la Religion, atacando la divinidad de las Escrituras y la promesa del Mesías.

A sus ojos no tienen sino su crimen; nada esperan de Jesucristo: temen con razon ser castigados eternamente por el falso testimonio que se atreven á dar contra Dios mismo: sufren dolores insoportables, de que pueden librarse con una sola palabra. Y prefieren espirar en los tormentos á proferir esta sola palabra que haria honor á la verdad, á la cual retienen cautiva en un silencio inspirado por el furor y el desespero: situacion horrible é inaguantable, en la cual no son sostenidos ni consolados por ninguno de los motivos de que necesitan la paciencia y el valor de los demás hombres. Y lo que es aun mas extraordinario, ellos dan gracias á Dios en medio de los tormentos, le bendicen con amor, invocan su socorro con confianza, tienen sin cesar en sus labios el nombre de Jesucristo, á quien miran como presente en sus combates, como testigo de su paciencia, como preparado á recompensar sus sufrimientos con una gloria inmortal. Y dicen todos que aceptan la muerte con alegría, esperando verle y unirse á él. Y lo que supera infinitamente á todo, lo que mas nos asombra en esto, es que nada piensan de lo que dicen en tan horribles tormentos, que todo este exterior edificante no es mas que una pura hipocresia, y que su pretendida confianza en Dios y en Jesucristo no es sino el velo de la desesperacion y de una tenacidad invencible, cuya injusticia conocen y que su conciencia les reprocha entonces por un grito penetrante, mas insoportable aun que los suplicios. Si esto es verosimil, nada hay que no lo sea, y de aquí en adelante quedarán confundidos y comunes todos los caracteres de lo verdadero y de lo falso.

¿Y esta inverosimilitud habrá de llegar al extremo inaudito que todos sean igualmente de bronce y de hierro, que todos sin excepcion no se desmientan ni se desconcierten nada, y que á una misma hipocresía reúnan todos la misma fuerza para sostener hasta el fin la máscara vil de la impostura? Si no son capaces de enternecerse por sí mismos, ¿no lo serán jamás para compadecerse de sus amigos, de sus padres y parientes, de aquellos á quienes habrán arrojado al peligro con sus instigaciones y á quienes verán en medio de las mas crueles pruebas? ¿Sus entrañas no se conmoverán jamás de piedad? ¿No ablandará su dureza la sangre de tantas personas, cuyo único crimen será el haberlos escuchado? ¿Serán siempre insensibles á la fuga, al destierro, al cautiverio, á la miseria de tantos hombres de bien á quienes habrán seducido? ¿Y verán tranquilos agitado horriblemente el universo por una ilusion, por un fantasma, que la sincera declaracion de uno de ellos pudiera desvanecer?

ARTICULO V.

Tampoco puede haber la menor sombra de verosimilitud en las suposiciones inseparablemente enlazadas con la ejecucion del proyecto.

Créese á los Apóstoles capaces de haber despreciado el verdadero sentido de las Escrituras, de haberlas estudiado con el designio de corromperlas, de haber llegado hasta á dudar de su divinidad, hasta á crearlas falsas y supuestas, y esto con la idea de transferir á un falso Mesías, reconocido como falso por ellos mismos, la gloria del verdadero esperado por su nacion y tan largo tiempo prometido por los profetas. ¿Pero se ha olvidado acaso que estas horribles calumnias recaen en Judíos llenos de celo por su ley, de veneracion á las Escrituras, de pasion por el Mesías? ¿Ya se ha considerado que estos Judíos, á mas de estos senti-

mientos heredados de sus padres , fueron instruidos durante mas de tres años por Jesucristo , quien citaba con frecuencia la Escritura , y siempre como divina é inspirada (1) , y que les habia dicho en ocasiones importantes que todo era en ella puntualmente exacto , y que hasta un solo punto y una sola jota , todo cuanto comprende quedaria cumplimentado ? ¿ Señora , por fin , que la esperanza mas profundamente grabada en el corazon de un Judío es la del Mesías ; que esta esperanza vale en él por todo y le consuela de todo ; y que no hay suposicion mas insensata ni mayor delirio que el pensar que un Judío sea capaz de renunciar á la espectacion del verdadero Mesías para hacer admitir á otros uno de quimérico y fabuloso , cuya falsedad le sea plenamente conocida ?

ARTICULO VI.

La invencion de falsas apariciones de Jesucristo es absolutamente insostenible.

En cuanto á las apariciones de Jesucristo despues de su resurreccion , es una idea del todo insostenible el atribuir su invencion á los Apóstoles. Preciso es para ello no haberlas nunca leído , ó no haber tenido en su lectura el menor gusto ni el menor discernimiento de la verdad. Todo es en ellas sencillo , edificante , majestuoso , lleno de instruccion y de luz , digno de un Dios que se humilló hasta á la muerte por los pecados de los hombres , y que resucitó para su justicia y para su gloria ; grande con dignidad en sus abatimientos ; grande con modestia en su elevacion , lleno de clemencia en estos dos estados y sabiendo conciliar de una manera inimitable á cualquier otro que á él , una majestad soberana con una dulzura y una bondad paternal.

(1) Et non potest solvi scriptura.

Este carácter conserva en todas sus apariciones, ya á las santas mujeres, ya á sus discípulos. Y á nadie seria hoy dia posible, aun teniendo tan grandes modelos, de imaginar de nuevas que conservasen el mismo carácter, sin caer en la imitacion. ¿ Cuán superior pues no debia ser al alcance de los Apóstoles el trazar la primera idea de cuadro tan magnifico? ¿ Y como lo hubieran hecho para darnos modelos tan perfectos no consultando sino la mentira?

¿ Hubieran podido idear, por ejemplo, nada que se pareciese á la aparicion de los dos discípulos que iban á Emaús, cuyo relato sorprende siempre, y ofrece siempre á los inteligentes nuevas bellezas? ¿ Hubieran inventado la aparicion sobre el lago de Tiberiades, tan llena de misterios y de referencias á los primeros establecimientos del Evangelio, y á la caida y al apostolado de san Pedro? ¿ Hubieran hecho responder á Magdalena por Jesucristo lo que sabemos le respondió, y cuyo sentido pocos intérpretes han podido penetrar? ¿ Hubieran concedido á las santas mujeres el privilegio de ser las primeras que supieran su resurreccion por los Ángeles y por él mismo privilegio, sin embargo, que ellas merecian mas que aquellos por haberle seguido hasta la Cruz, y por haberle buscado hasta en el sepulcro? ¿ No hubieran mezclado en sus ficciones un falso brillo, largos discursos, milagros superfluos, inseparables de las supercherias inventadas por los impostores que tratan falsedades en materias de Religion; en lugar de aquella noble, augusta y embelesante sencillez que es el carácter de la verdad y de las obras de Dios? En fin, si hubiesen zurcido una falsa historia de las apariciones de Jesucristo, ¿ la hubieran compendiado, como hizo san Mateo, ó referido con una aparente indiferencia, como lo hizo san Marcos?

ARTICULO VII.

Observacion sobre el modo compendiado y descuidado en apariencia con que algunos Evangelistas refieren las apariciones de Jesucristo, lo cual demuestra la verdad de lo que refieren.

Mas este punto merece una observacion particular, pues que no tan solo desmiente la indigna sospecha que combatimos, sino que es además una prueba admirable de la sinceridad de los Evangelistas, y de cuan distantes estaban de toda afectacion. San Mateo, el primero y el mas antiguo de todos, no habla sino de la aparicion del Ángel que aterrizó á los guardas del sepulcro, y que consoló á las santas mujeres: de la de Jesucristo á las mismas mujeres que se apresuraban á llevar á sus Apóstoles las nuevas de su resurreccion, y de la otra en que se les apareció sobre una montaña de Galilea, y que parece confundir con la última que precedió á su ascension, y limita á los solos Apóstoles, sin decir nada de aquel gran número de testigos de que habla san Pablo.

San Marcos, suprimiendo la aparicion de Jesucristo á las santas mujeres, dice en una palabra que santa Magdalena fué la primera que le vió: toca muy ligeramente la aparicion á los discípulos de Emaús (1), y pasa rápidamente á la postrera, en la cual los Apóstoles recibieron la ultima órden de predicar el Evangelio en todo el mundo: dejando todo lo que nos refieren san Juan y san Lucas, aunque se hallase muy bien informado de ello, como así mismo san Mateo. Parece que no le impresionaba mucho la ignorancia en que habriamos quedado sobre hechos tan maravillosos en el caso de que su historia hubiese sido la única que nos

(1) Duobus ambulatibus ostensus est in aliâ effigie euntibus in villam. «He aqui lo que dice san Marcos.» 26. 12.

quedase, junto con la de san Mateo, á quien parece trataba de compendiar. ¿Y esta conducta habrían observado los inventores de apariciones de Jesucristo? ¿Tanta modestia podía convenir á sus proyectos, ó mejor, si se nos permite hablar así, tanta indiferencia? ¿hubieran pasado tan rápidamente sobre algunas y suprimido otras? ¿No habrían, muy al contrario, multiplicado, exagerado, amplificado las que considerasen mas propias para causar una impresion profunda, sobre todo en las primeras historias que habrían dado al público, cuyo aparato y reputacion son tan necesarias para el buen éxito, que depende por lo comun del modo con que se empieza?

Es pues indispensable, y no puede ser de otra manera que los Evangelistas no hayan contado sino en la verdad y en el poder de la gracia de Dios, para contentarse con tan resumida y sencilla relacion como la que nos han dejado. Y el que tenga la desgracia de sospechar de ellos que tuvieron designio de engañar, ni conoce los caracteres de la sinceridad ni los de la impostura.

CAPITULO XIII.

Continúanse las pruebas de que fue imposible que los Evangelistas y los Apóstoles tuviesen idea de engañar. — La resurreccion de Jesucristo era cierta desde la mañana del domingo, y de ello es una prueba invencible la patraña publicada por los soldados á quienes se habia cometido la guarda de su sepulcro. — San Pablo, convertido por Jesucristo resucitado, y convenciendo á los Judios de Damasco de la verdad de su resurreccion antes de haber tenido comunicacion alguna con los Apóstoles, es una prueba convincente de la sinceridad de los mismos. — Cuan distantes estaban los Apóstoles de dar un falso testimonio contra Dios mismo, asegurando contra su conciencia que Jesucristo ha-

bia resucitado. — Si los Apóstoles no hubiese esperado en Jesucristo sino por vía de su resurreccion, sino hubiesen estado ciertos de ello, se hubieran tenido por los mas desventurados de todos los hombres, lejos de poner su gloria en sufrir por una quimera. — Todos sus escritos estan llenos de testimonios de la firmeza de su fe y de la inmovilidad de su esperanza, no solo cuando hablan á los simples fieles, sino cuando exhortan á sus mas queridos discipulos, ó cuando se animan á si mismos á la penitencia. — Tan lejos estuvieron del menor artificio y del mas pequeño disimulo, que quisieron que los cristianos fuesen reconocidos por su amor á la sencillez y á la ingenuidad mas candorosa. — La palabra de los Apóstoles, lejos de ser el órgano de la mentira, mata á los mentirosos. — Antes de sospecharse de su falsedad, seria preciso probar la falsedad de sus milagros, cuya certitud es evidente.

ARTICULO I.

La resurreccion de Jesucristo era cierta desde la mañana del domingo, y de ello es una prueba invencible la patraña publicada por los soldados á quienes se cometi6 la guarda de su sepulcro.

Imposible seria atribuir á los Apóstoles el rumor esparcido por los soldados encargados de guardar el sepulcro de Jesucristo; á saber, que mientras ellos estaban dormidos, su cuerpo habia sido robado por sus discipulos. Este rumor se esparció afectadamente por entre el pueblo con el único objeto de obscurecer la verdad de la resurreccion; pues estaba en directa oposicion con el designio de los Apóstoles que querian hacerla pasar por constante. Este mismo rumor pues es una prueba evidente que desde la madrugada del domingo el cuerpo de Jesucristo faltaba del sepulcro; que la piedra puesta á la entrada de él, y sellada por los Judíos estaba fuera de su lugar; que todo el mundo tenia la libertad de entrar en él, no sirviendo ya de nada las

guardias puestas allí por el Consejo público, y que solo habían quedado las sábanas ó lienzos de la envoltura. Es necesario pues indispensablemente, ó que el rumor esparcido por los guardias y sostenido por el crédito de los Sacerdotes y de los Senadores sea verdadero; ó que Jesucristo hubo resucitado. En el primer extremo hay una contradicción manifiesta: testigos que duermen no pueden ser testigos de lo que pasa durante su sueño: una piedra enorme en torno de la cual hacian centinela, no podia ser dislocada sin esfuerzo y sin ruido; y hombres que roban precipitadamente un cuerpo muerto con grande peligro y con un temor igual al peligro, no se cuidan de desenvolver las fajas que le envuelven. La resurreccion pues de Jesucristo era indudable desde la mañana del domingo, y no necesitaba que los Apóstoles tuviesen consejo entre sí para concertar una larga serie de ficciones y de mentiras para hacerla creer. Los Judíos, acusándoles de haber robado el cuerpo de Jesucristo desde la mañana del tercer dia, prueban invenciblemente que desde esta mañana Jesucristo no estaba ya en el sepulcro; pero es muy mala prueba de que sus discípulos le hubieran robado; y la divina Providencia, al permitir semejante acusacion que encontrase crédito entre los Judíos, hizo que la notoriedad del hecho quedase establecida por aquellos mismos que pretendian negarla, y por medio de una acusacion del todo inverosímil justificó la inocencia y la rectitud de los Apóstoles.

ARTICULO II.

San Pablo, convertido por Jesucristo resucitado, y convenciendo á los Judíos de Damasco de la verdad de su resurreccion, antes de haber tenido la menor comunicacion con los Apóstoles, es una prueba manifiesta de la sinceridad de estos.

Aun quando no hubiese querido entrar en los pormenores que dejo expuestos, hubiera podido confundir el in-

sensato proyecto que se atribuye á los Apóstoles por el solo ejemplo de san Pablo, que mostró tanto celo como ellos para sostener y para anunciar la resurreccion de Jesucristo; pero que no pudo tener parte alguna en sus deliberaciones ni en sus consejos. El era uno de sus mas ardientes enemigos, los perseguia con furor; no podia pues ser de su complot. ¿Cómo pues se transformó en fiel propagador de lo mismo? Le participaron ellos su secreto? Se lo hicieron suyo acaso, descubriéndole su propia impostura? ¿Amansaron quizás este hombre sediento de la sangre de los Cristianos, confesándole que los jefes de esta secta eran unos pérfidos impostores? ¿Por cuál género de prestigios lograron seducir un hombre tan versado en las Escrituras, tan lleno del conocimiento que pretendia tener de ellas, tan prevenido contra los milagros del mismo Jesucristo, tan penetrado de las preocupaciones conformes á la idea que los Judíos se habian formado del Mesías, que debia reinar con grande y estrepitoso aparato, y tan opuesto á la fe de un Mesías obediente hasta la muerte, y muerte de cruz?

¿Mas como le hubieran seducido, si él los odiaba de muerte cuando se hallaba al frente del partido contrario, y que no habia tenido la menor comunicacion con ellos cuando convencia á los Judíos que estaban en Damasco de que Jesucristo era el Mesías, y les probaba con las Escrituras que habia debido morir y resucitar? ¿La aparicion que decia haber tenido cuando estaba encargado de una comision del Sumo Pontífice para hacer encarcelar á los Cristianos, era tambien una invencion suya? ¿Habia concertado con ellos las circunstancias? ¿Habia preparado á los que le acompañaban para una tal ficcion? Y la sangre de Estévan, de que estaban aun teñidas sus manos, era muy propia para probar el secreto comercio que habia tenido con aquellos á quienes se afanaba en exterminar?

Para hombres razonables basta esta sola prueba de la sinceridad de todos los Apóstoles. Porque san Pablo pre-

dica como ellos la resurreccion de Jesucristo, y hasta la predica con un celo mas ardiente, al parecer, y mas decidido. La prédica, sin haberles oido á ellos. La predica, cuando apenas acaba de dejar las armas de la mano, que contra ellos blandia. Considera como indudables las apariciones que la habian probado, y añade á todas ellas la que dice haber tenido en particular. ¿Puede darse una demostracion mas sensible de la rectitud y de la sinceridad de los Apóstoles, y mas capaz de disipar todas las sospechas que puede formar la mas maligna desconfianza?

ARTICULO III.

Cuan distantes estaban los Apóstoles de dar un falso testimonio contra Dios, asegurando contra su conciencia que Jesucristo habia resucitado.

Cuando nada se quiere profundizar, y cuando se buscan pretextos para no creer, se imagina que los Apóstoles, por un amor y un respeto mal entendido hacia Jesucristo, no eran quizás incapaces de fingir que habia resucitado, y de pensar que el buen uso que pretendian hacer de esta mentira, la haria escusable delante de Dios. Pero prescindiendo de todo cuanto se ha dicho hasta aquí contra un absurdo semejante, cuyas consecuencias naturales é inevitables causan horror; san Pablo, en nombre de todos los Apóstoles, rechaza con indignacion, no la sospecha real de este absurdo, en la que ni se pensaba, sino la sola apariencia de sospecha. « Yo os he enseñado, dice á los de Corinto, (4) lo mismo que yo aprendí del Señor, es á saber, que Cristo murió por nuestros pecados, conforme á las Escrituras, y que fue sepultado, y que resucitó al tercer dia segun las mismas Escrituras; que se apareció

(4) 1. Cor. 15. 5.

« á Cefas, y despues á los once Apóstoles; que posterior-
 « mente se dejó ver en una sola vez de mas de quinientos
 « hermanos juntos, de los cuales, aunque han muerto al-
 « gunos, la mayor parte viven todavía. Se apareció tam-
 « bien á Santiago, y despues á los Apóstoles todos. Final-
 « mente, despues de todos, se me apareció tambien á mí,
 « que vengo á ser como un abortivo; siendo, como soy, el
 « menor de los Apóstoles, que ni merezco ser llamado
 « apóstol, pues que perseguí la Iglesia de Dios.... (1) Aho-
 « ra bien, si se os predica á Cristo como resucitado de en-
 « tre los muertos, ¿cómo es que algunos de vosotros an-
 « dan diciendo que no hay resurreccion de muertos? Pues
 « si no hay resurreccion de muertos, como dicen ellos,
 « tampoco ha resucitado Jesucristo. Mas si Cristo no ha re-
 « sucitado, luego vana es nuestra predicacion, y vana
 « tambien es vuestra fe. A mas de esto, somos convenci-
 « dos de testigos falsos respecto á Dios, diciendo que resuci-
 « tó á Cristo, al cual no ha resucitado, si los muertos no
 « resucitan. Porque en verdad, si los muertos no resuci-
 « tan, tampoco Jesucristo resucitó. Y si Jesucristo no ha
 « resucitado, vana es vuestra fe, pues todavía estais en
 « vuestros pecados. Por consiguiente, aun los que murie-
 « ron creyendo en Cristo, son perdidos sin remedio. Si no-
 « sotros solo tenemos esperanza en Cristo para mientras
 « dura nuestra vida, somos los mas desdichados de todos los
 « hombres. Pero Jesucristo, hermanos míos, ha resucita-
 « do de entre los muertos, y ha venido á ser como las pri-
 « micias de los difuntos. Porque así como por un hombre
 « vino la muerte al mundo; por un hombre debe venir
 « tambien la resurreccion de los muertos, y así como
 « en Adán mueren todos, así en Cristo todos serán vivifi-
 « cados. »

Todo es muy notable y digno de la mayor atencion en estas palabras; pues vese en ellas de una parte con que

(1) Vers. 12. etc.

certitud se establece la verdad de la resurreccion de Jesucristo sobre las pruebas que él mismo tiene ya dadas, mostrándose muchas veces á sus discípulos, y últimamente á su mismo perseguidor. Y de otra parte se descubre en ellas cuan lejos estaba san Pablo de creer que la falsa persuasion de que Jesucristo hubiese resucitado, pudiese ser el fundamento de bien alguno, ó que Dios pudiese escusar el falso testimonio que se daría contra él á causa de la buena intencion de los falsos testigos. Vana es nuestra predicacion, dice este grande Apóstol, y vuestra fe tambien es vana, si Jesucristo no ha resucitado. Nosotros somos los primeros engañados, y os hemos engañado á vosotros. Estais todavía en vuestros pecados si solo es real la muerte de Jesucristo, y no lo es su resurreccion. Y nosotros mismos, á mas de nuestras antiguas iniquidades, somos mucho mas culpables de un nuevo crimen, que consiste en dar un falso testimonio contra Dios, crimen inconcebible, que no consiste solamente en tomar á Dios por testigo de una cosa falsa, sino imputarle á él mismo esta falsedad, asegurando que ha resucitado como hijo suyo y como el Mesías, un hombre que no era lo uno ni lo otro, pero que habia osado usurpar el nombre de entrambos.

— Es pues evidente que este Apóstol predicaba sinceramente y de buena fe la resurreccion de Jesucristo; que tenia horror á la mentira y al falso testimonio; y que hubiera creido trabajar en vano y engañar á los que habrian creido en Jesucristo sobre su palabra, si su predicacion y la fe de ellos no hubiesen tenido por fundamento la verdad. Es tambien evidente por sus cartas y por la historia de los Actos de los Apóstoles, que trabajó mas que otro alguno, y que su doctrina llenó el Oriente y el Occidente. ¿Cómo pues se iria á buscar en la impostura de otros Apóstoles una nueva fuente de la fe de la Iglesia? ¿Cómo se les tuviera por sospechosos del crimen que detesta san Pablo? ¿Con qué verosimilitud se les acusaria antes que á él de haber esperado algun

fruto de una predicacion vana y de una fe tambien vana? ¿Y no seria el colmo de la injusticia y de la locura á un mismo tiempo en una cosa igual y apoyada en los mismos fundamentos mirar á San Pablo como sincero, y á los demás Apóstoles como impostores?

ARTICULO IV.

Si los Apóstoles no hubiesen esperado en Jesucristo sino por esta vida, y no hubiesen estado ciertos de su resurreccion, se hubieran creido los mas desdichados de todos los hombres, lejos de poner su gloria en sufrir por una quimera.

Segun el ridículo proyecto que estamos examinando, los Apóstoles debian estar preparados todos á sufrir las mas duras pruebas y la muerte mas cruel por una mentira, cuyos autores eran ellos mismos, y por la cual no podian esperar en la otra vida sino el mas terrible castigo, sin esperar nada en esta, pues que se acababa con la muerte. Bien se echa de ver que esto era lo sumo de la insensatez y enteramente contrario á la naturaleza y á la experiencia; pero bueno será escuchar sobre este particular á San Pablo, á quien no se acusará sin duda de falta de valor. « Si Jesu-
« cristo no ha resucitado, los que murieron (1) llenos de fe
« y de esperanza en él, son perdidos sin remedio. Mas: si
« nosotros no tuviéramos esperanza en Jesucristo sino por
« esta vida (2) seríamos los mas miserables de todos los
« hombres. .. ¿Para qué nos expondríamos á tantos peli-
« gros? Pues no hay dia en que yo no muera; yo testifi-
« co la gloria que recibo de vuestra fe en Jesucristo; y si yo
« nada he hecho sino para esta vida (3), consintiendo á que
« en Efeso me expusieran al furor de las fieras, ¿qué ven-

(1) A la letra dice «los que murieron en Jesucristo.» 1. Cor. 15. 18. etc.

(2) V. 30. etc.

(3) Literalmente dice: Si he obrado segun el hombre.

«taja sacaré si los muertos no resucitan? No pensemos, como dicen los impíos, en beber y en comer, pues mañana «moriremos.»

Ved ahí el lenguaje de la verdad, sencillo, natural, fundado en las inclinaciones y en los sentimientos del corazón, que es imposible arrancar de él. Y aun san Pablo supone solamente que Jesucristo no haya resucitado, pero no que él mismo haya tenido la malicia de fingir que lo fuese, lo cual hace todavía mas insensato y mas quimérico el valor de aquellos que hubiesen inventado tal impostura, y que diesen su vida por sostenerla. Si los Apóstoles no hubiesen creído con tanta certitud y firmeza como san Pablo que Jesucristo habia resucitado, no hubieran podido exponerse á los tormentos y á la muerte como él. Sostúvoles pues igualmente una fe viva, y una esperanza inmensa. Y su paciencia invencible fue el fruto de la completa certitud que tenían de que Jesucristo estaba en el cielo, y de que ellos reinarian juntamente con él.

ARTICULO V.

Todos sus escritos estan llenos de testimonios de la firmeza de su fe, y de la inmovilidad de su esperanza, no solo cuando hablan á los simples fieles, sino cuando exhortan á sus mas caros discipulos, y cuando se animan ellos mismos á la penitencia.

Menester es no haber nunca leído los escritos de los Apóstoles para sospechar de ellos haber tenido el designio de engañar, y para no ver en ellos la firmeza de su fe, y la inmovilidad de su esperanza. «Bendito sea Dios, dice san «Pedro (1), y Padre de nuestro señor Jesucristo, que por «su gran misericordia nos ha regenerado con una esperanza «de vida eterna, mediante la resurreccion de Jesucristo de

(1) 1. Petr. 1. 3. etc.

« entre los muertos , para alcanzar algun dia una herencia
 « incorruptible , y que no puede contaminarse , y que es in-
 « marcesible , reservada en los cielos para vosotros , á quie-
 « nes la virtud de Dios conserva por medio de la fe , para
 « haceros gozar de la salud que ha de manifestarse clara-
 « mente en los últimos tiempos. Esto es lo que debe trans-
 « portaros de gozo , si bien ahora , por un poco de tiempo
 « conviene que seais afligidos con varias tentaciones , pa-
 « ra que , probada de esta manera vuestra fe , y mucho mas
 « acendrada que el oro que se acrisola con el fuego , se ha
 « lle digna de alabanza , de honor y de gloria en la venida
 « manifiesta de Jesucristo , á quien amais con todo que no
 « le habeis visto ; en quien ahora igualmente creeis , aunque
 « no le veis : mas porque creeis , os holgaréis con júbilo in-
 « decible y colmado de gloria , alcanzando por premio de
 « vuestra fe la salud de vuestras almas. » ¿ Es posible reco-
 nocer en estas vivas expresiones que salen del corazon , y
 al corazon se dirigen , el lenguaje de un hombre de mala
 fe que dice lo contrario de lo que piensa , y que se burla de
 la credulidad de los que le escuchan ?

« Dios , que es rico en misericordia (1) , movido del amor
 « excesivo que nos tuvo , dice el apóstol san Pablo , aun
 « cuando estábamos muertos por los pecados , y éramos ob-
 « jeto de su cólera , nos dió vida juntamente en Cristo ,
 « (por cuya gracia vosotros habeis sido salvados) : y nos re-
 « sucitó con él , y nos hizo sentar sobre los cielos en la per-
 « sona de Jesucristo ; para mostrar en los siglos venideros
 « las abundantes riquezas de su gracia , en vista de la bon-
 « dad usada con nosotros por amor de Jesucristo. »

« Si pues habeis resucitado con Jesucristo (2) , buscad las
 « cosas que son de arriba donde Cristo está sentado á la dies-
 « tra de Dios Padre. Saboreaos en las cosas del cielo , no en
 « las de la tierra. Porque muertos estais ya , y vuestra nue-

(1) Eph. 2. 4. etc.

(2) Colos. 3. 1. etc.

« va vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando empero
 « aparezca Jesucristo, que es vuestra vida, entonces apare-
 « ceréis tambien vosotros gloriosos con él. » Seria hacer una
 grave injuria á la razon y hasta á la humanidad el buscar
 en una doctrina y una moral tan pura y tan sublime arti-
 ficio y fraude. Merece no creer nada, ni ser jamás creído en
 nada, el que sea capaz de tan irracional desconfianza.

« Fortificate, hijo mio, decia el mismo Apóstol á su que-
 « rido discípulo Timoteo (1), con la gracia de Jesucristo.
 « Y las cosas que de mi has oido delante de muchos testigos,
 « confíalas á hombres fieles que sean idóneos para enseñar-
 « las tambien á otros. Soporta el trabajo y la fatiga, como
 « buen soldado de Jesucristo. Ninguno que se ha alistado en
 « la milicia de Dios debe embarazarse con negocios del si-
 « glo, á fin de poder agradar á aquel que le alistó... Acuér-
 « date que Jesucristo, nacido de la estirpe de David, resu-
 « citó de entre los muertos, segun el Evangelio que yo pre-
 « dico, por el cual sufro muchos dolores hasta ser encadena-
 « do como un malhechor. Pero la palabra de Dios no puede
 « encadenarse. Por esto lo sufro todo por el amor de los ele-
 « gidos, á fin de que adquieran la salud que está en Jesucris-
 « to con la gloria del cielo (2). » ¿ Timoteo, tan íntimamente
 unido con san Pablo por los sentimientos del alma y del
 corazon, como lo dice este Apóstol á los Filipenses, estaria
 tambien en el secreto? ¿ Era engañado por su maestro, ó
 era con él engañador? ¿ Seria en san Pablo un vil artificio
 y una traicion cobarde el exhortar tan vivamente al mas
 fiel de sus discípulos y amigos á exponerse á todos los peli-
 gros y á la muerte por un falso Evangelio, instándole que
 se acordase de la resurreccion de Jesucristo y de la gloria
 que de ella debia esperar, para precipitarle mas prontamen-
 te á verdaderas y fatales desgracias por una impostura, cu-
 yo misterio le ocultaba? ¿ Son menester otras pruebas de

(1) 2. Tim. 2. 1. etc.

(2) Neminem habeo tam unanimem, quia sicut patri filius mecum ser-
 vivit in Evangelio. Philip. 2. 20.

la sinceridad del uno y del otro, que las cadenas de Pablo, y los trabajos ya sufridos por Timoteo? Y la verdad de la resurreccion de Jesucristo, que sirve de fundamento á la paciencia del maestro, y al consuelo del discipulo, ¿ puede tener testigos mas dignos de ser creídos?

Pero escuchemos todavía á san Pablo (4). « Lo que con-
 « sideraba como una ganancia y una ventaja (en mi pri-
 « mer estado, antes de haber sido llamado á la fe), desde
 « que conozco á Jesucristo me ha parecido una pérdida y
 « un perjuicio. Aun digo mas: todo lo tengo por pérdida ó
 « desventaja, segun la eminente ciencia de Jesucristo, mi
 « señor, por amor del cual he abandonado y perdido todas
 « las cosas, y las miro como basura para ganar á Jesucris-
 « to.... á fin de conocerle á él y la eficacia de su resurrec-
 « cion, y participar de sus penas asemejándome á su muerte,
 « de modo que al cabo pueda llegar por todos los medios po-
 « sibles á la resurreccion gloriosa de los muertos. No que lo
 « haya logrado ya todo, ni llegado á la perfeccion de ase-
 « mejarme á Cristo, pero yo sigo mi carrera por ver si al-
 « canzo aquello para lo cual fui destinado ó llamado por
 « Jesucristo. Yo, hermanos míos, no pienso haber tocado al
 « fin de mi carrera; mi única mira es, olvidando las cosas
 « de atrás, y atendiendo solo y mirando á las de delante, ir
 « corriendo hácia el hito para ganar el premio á que llama
 « Dios desde lo alto por Jesucristo. » Nada hay que aña-
 « dir á estas palabras inflamadas por un ardor divino, que
 no solamente persuaden, sino que encienden á quien las
 lee, y que llenan de vergüenza y de ignominia á los que,
 sin conocer á san Pablo y á los demás Apóstoles, tienen la
 desgracia de sospechar en ellos artificio y engaño.

Todos sus escritos, pues, estan fundados en la verdad de la resurreccion de Jesucristo. Refiriéndose á ella exhortan, instruyen, consuelan: de ella sacan las principales reglas de moral cristiana, y los principales motivos de la pa-

(4) Philip. 3. 7. etc.

ciencia en los sufrimientos, adversidades y persecuciones. En ella fundan la esperanza en los bienes futuros. En su rico é inagotable fondo encuentran todos los misterios de la Religion, que son como sus naturales consecuencias. Y puede compendiarse su doctrina en estas pocas palabras, que son como la definicion del Cristianismo y de los que poseen su espíritu y su verdad (1). « En cuanto á nosotros, « vivimos ya en el cielo (San Pablo es quien habla aquí en « nombre de todos) como siendo ciudadanos del cielo, de « donde así mismo estamos aguardando al Salvador Jesu- « cristo, señor nuestro, el cual transformará nuestro vil « cuerpo y le hará glorioso como el suyo, con la misma « virtud eficaz con que puede tambien sujetar á su impe- « rio todas las cosas. »

Si no fuera tanta la grandeza y la importancia de la verdad que me ocupa, insistiria menos en las pruebas, y las mostraria con mayor rapidez. Pero una vez bien establecida la resurreccion de Jesucristo es la prueba de todo, y el no limitar el trabajo en esta materia es abreviarle para lo que resta tratar. Importa pues agobiar saludablemente con la evidencia de la verdad aquellas almas que conservan alguna inquietud bajo el yugo de la Fe, por la multitud de pruebas que demuestran su certitud, y la necesidad de someterse á ella. Y es tambien hacer un servicio á todo el mundo el reunir bajo un solo punto de vista todo lo que puede aumentar el respeto hácia la autoridad de los Apóstoles, que son con respecto á nosotros el único canal de la tradicion y de la verdad.

(1) Philip. 3. 20.

ARTICULO VI.

Tan lejos estuvieron ellos del menor artificio y del mas mínimo disimulo, que quisieron que los Cristianos fuesen reconocidos por su amor á la sencillez y al candor.

Tan distantes estuvieron los Apóstoles de abrigar el menor artificio y la menor sombra de disimulo, como que prescribieron á los Cristianos por uno de los señales por los que debian ser reconocidos el candor y la simplicidad de corazon. « Despojados ya, les dice san Pedro (1), de toda especie de malicia, de engaño y de disimulo, deseais « ardientemente como niños recién nacidos la leche espi- « ritual, enemigo de todo artificio y de todo disfraz, para « que os haga crecer; pues habeis ya gustado cuan dulce « es el Señor.... Haya entre vosotros una union perfec- « ta (2), una bondad compasiva, una amistad fraternal.... « Así pues, el que de veras ama la vida, y quiere vivir dias « dichosos, refrene su lengua del mal, y sus labios no se « desplieguen á favor de la falsedad. »

« Todo lo que sea verdadero (3), dice san Pablo, justo, « santo, edificante, sea el pábulo de vuestros pensamientos. « Guardaos de mentir los unos con los otros. Despojaos del « hombre viejo, con todas sus obras (4). Alejándose cada cual « de la mentira, dice en otra parte, hable á su prójimo en « la verdad, pues somos miembros los unos de los otros.

« Nada mancillado entrará en la santa ciudad de Jerusa- « len, dice el Apóstol san Juan (5), ni ninguno de los que « son culpables de abominacion ó de mentira; sino sola-

(1) 1. Petr. 2. 4.

(2) Ibid. c. 3. v. 8. et 40. etc.

(3) Philip. 4. 8. Colos. 3. 9.

(4) Eph. 4. 25.

(5) Apoc. 21. 27.

« mente aquellos que son escritos en el libro de vida del
 « Cordero. Mas para los tímidos (1), los incrédulos y menti-
 « rosos, su destino será el lago ardiente de fuego y de azu-
 « fre, que es la segunda muerte.

¿ Hombres culpables de un número infinito de mentiras, pronunciarían un anatema tan formidable contra los mentirosos? ¿ Se excluirían ellos mismos de la celestial Jerusalén? ¿ Se borrarían del libro de la vida? Se condenarían á arder eternamente en un lago de fuego? ¿ Inspirarían á sus discípulos un horror y aborrecimiento tan grandes á todo disimulo, tanto amor á la sinceridad, una idea tan elevada de la infancia cristiana, y del amable candor que forma su carácter? Una secta que debiese sus principios y sus progresos á una impostura, cuyos primeros maestros no hubiesen tenido otra habilidad que el artificio y la superchería, cuyos misterios no fuesen otra cosa que falsedades, ¿ hubiera formado su capital de la ingenuidad y de la sencillez? ¿ Hubiera mirado como un gran crimen la menor doblez en materia de Religion? ¿ Hubieran sus propagadores héchose degollar antes de encubrir su fe con respuestas equívocas? ¿ No hubieran proveido á su seguridad por medios semejantes á los de los Gnósticos, de los Maniqueos, de los Priscilianistas y de algunos otros, á quienes la mentira, y hasta el perjurio, estaban permitidos por los seductores que los habian engañado?

ARTICULO VII.

La palabra de los Apóstoles, lejos de ser el órgano de la mentira, mata á los mentirosos.

¿ Mas para qué emplear el raciocinio en donde basta tener ojos para ver? La palabra de los Apóstoles mata á los men-

(1) Apoc. v. 8.

tirosos, lejos de ser el órgano de la mentira. Ananías tiene la osadía de decir á san Pedro que el dinero que pone á sus pies es todo el precio del campo que ha vendido, aunque él secretamente se haya reservado una parte. Y san Pedro le aterra con estas palabras fulminantes: « ¿Cómo os ha « tentado Satanás de mentir al Espíritu Santo (1)?... ¿Có-
« mo pudo entraros este designio en el corazón? A Dios es
« á quien habeis mentido, no á los hombres. » Y al mo-
mento mismo Ananías espira. Su mujer, que no sabia aun
este castigo, llega algunas horas despues. Ella era cómpli-
ce de la falta de su marido, y le responde á las preguntas
que le hace san Pedro con poca sinceridad. Y entonces
aquel Apóstol le habla en estos términos: « ¿Cómo asi os ha-
« beis concertado juntos para tentar al Espíritu Santo? Ved
« ahí á estos que vienen de sepultar á vuestro marido, y
« estan ya á la puerta, y van á enterraros. Al momento
« mismo cae ella á sus pies, y entrega su alma. Semejan-
« te suceso llena de terror y de consternacion á toda la
« Iglesia, y á todos los que oyen hablar de él. »

¿Hase visto nunca una cosa semejante? ¿Y pudo dar Dios una prueba mas patente y estrepitosa de que su espíritu estaba en los Apóstoles; que este espíritu de verdad de que ellos estaban llenos no podia sufrir la mentira, y que sus palabras, cuando le estaban consagradas, hacian morir á los mentirosos, al paso que comunicaban la vida á los fieles?

San Pablo habia recibido como san Pedro el poder de castigar del mismo modo á todos los desobedientes y rebeldes (2): pero él mismo confiesa que nada puede sino por la verdad, y jamás oirémos con bastante respeto lo que nos dice en la persona de los de Tesalónica (3). « No os hemos
« predicado una doctrina de error, ni hemos tenido desig-
« nio de engañaros; pero como Dios nos ha escogido para

(1) Act. 5. 3.

(2) In promptu habentes ulcisci omnem inobedientiam. 1. Cor. 10. 6. Non possumus aliquid contra veritatem, sed pro veritate. 2. Cor. 13. 8.

(3) 1. Thessal. 2. 3.

« confiarnos su Evangelio , hablamos así , no para agradar
 « á los hombres, sino á Dios que ve el fondo de nuestros
 « corazones. Pues el motivo de nuestra gloria , dice á los de
 « Corinto (1), es el testimonio que nos da nuestra concien-
 « cia de habernos conducido en este mundo , y en especial
 « con respecto á vosotros, con toda la sencillez de corazon y
 « con la sinceridad de Dios , no segun la sabiduria de la
 « carne , sino segun la gracia y el espíritu de Dios (2). Por-
 « que nosotros anunciamos su palabra con una entera sin-
 « ceridad , como de parte de Dios , en la presencia de Dios ,
 « y en el espíritu de Jesucristo. »

ARTICULO VIII.

Antes de sospechar falsedad en los Apóstoles , seria necesario haber probado la falsedad de sus milagros, cuya certitud es evidente.

No es tiempo aun de examinar los milagros que hicieron los Apóstoles para atestiguar las verdades que predicaban. Pero si debo advertir á los que dudan de su sinceridad que ante todo deben probar la falsedad de sus milagros , ó demostrar á lo menos que no tienen certitud alguna. ¿Mas cómo lo harán para demostrarlo? ¿Sabeis bien lo que tienen que combatir? ¿Y han visto ya todas sus consecuencias? ¿No dejarán alguna parte de la historia de los Actos de los Apóstoles sin combatir? ¿Lo que de ella conserven , no recordará necesariamente todo lo demás? ¿Intentarán negar la curacion milagrosa del cojo que pedia limosna en la puerta del templo , milagro que indujo á los Judios á poner en prision á san Pedro y á san Juan? ¿Impuguarán tambien este encarcelamiento? ¿Pretenderán que estos Apóstoles no comparecieron ante el Consejo de los Sacer-

(1) 2. Cor. 4. 41.

(2) Ibid. 2. 47.

dots y de los Senadores ? Nada pues habria verdadero : todo será supuesto : los Apóstoles mismos nunca habrán existido ; y la Religion Cristiana se habrá hallado establecida , sin que nadie lo haya procurado , habiendo imposturas mas recientes fabricado una historia que no existió jamás. Tales extravagancias se han tratado en otro lugar (1) como ellas merecian , y no hay necesidad de volverlas á tratar.

Cuento pues á lo menos como cierto que san Pedro y san Pablo comparecieron ante el Consejo de los Sacerdotes y de los Senadores, los cuales prohibieron con grandes amenazas hablar en manera alguna y á cualquiera que fuese en nombre de Jesucristo (2) , y que estos dos Apóstoles les respondieron , como se lee en los Actos ; « Juzgad vosotros mismos si es justo delante de Dios el obedeceros antes que á Dios , pues por lo que á nosotros hace , no podemos dejar de hablar de cosas que hemos visto y oido nosotros mismos. » Semejante respuesta , en la cual brillan á la par la sabiduría y la firmeza , me basta para probarme su sinceridad. En tales circunstancias la hipocresía no hubiera podido conservar tanta dignidad ni tanta intrepidez con tanta modestia. Hubiera dicho demasiado , ó demasiado poco , y solo la verdad confiada á una buena conciencia es capaz de tan sensato medio.

Los doce Apóstoles , conducidos al mismo tribunal (3) hicieron la misma respuesta , que ellos debian obedecer antes á Dios que á los hombres , y la sostuvieron en un discurso , cuyas primeras palabras son estas : « El Dios de nuestros padres ha resucitado á Jesus . á quien vosotros hicisteis morir colgándole de un madero. » ; Qué firmeza ! ; y qué oposicion entre ambas cosas ! ; Vosotros habeis crucificado á Jesus , y el Dios de nuestros padres le ha resucitado ! ; Cuán íntima conviccion de la verdad se necesita tener para así anunciarla á la faz de gentes poderosas á

(1) En todo el capitulo III, y en el artículo 8.º del VII.

(2) Act. 4. 47. etc.

(3) Act. 5. 29. 30.

quienes ponía furiosos esta misma verdad! ¡Cuánta seguridad debían tener los Apóstoles de que la ignominia de la cruz era una mera apariencia, y que era el medio de salud para decir á cara descubierta que Jesucristo, resucitado por su Padre, habia sido colgado de un madero por los hombres! Así es como estos Apóstoles, condenados despues por el Consejo á ser azotados (1), « se fueron llenos de júbilo por « haber sido juzgados dignos de sufrir oprobios por el nombre de Jesucristo. » ¡Expresion admirable, que indica no solo la paciencia y el valor, sino el triunfo; que prueba no solamente la fe de los Apóstoles, sino tambien su reconocimiento y su amor hácia Jesucristo; que no solo borra la afrenta del suplicio, sino que la presenta como una recompensa y una distincion honorífica! ¡Ah! tales sentimientos, comunes á los Apóstoles y á sus discípulos, ¡cómo confunden toda sospecha de impostura y de engaño! ¡Cómo la hacen desaparecer cual el humo! ¿Y de qué castigo no serian dignos los que despues de tan numerosa multitud de pruebas, á cual mas evidente, á cual mas relevante, se obstinasen por una terquedad inconcebible á conservar aquella sospecha, que seria el oprobio de la razon?

CAPITULO XIV.

Verdad y certitud de la ascension de Jesucristo al cielo, en donde está sentado á la diestra de su Padre. — La reunion de las principales circunstancias de este misterio y su relacion con otros hechos indudables, prueban iuvemente su verdad. — El cumplimiento de las predicciones de Jesucristo á sus Apóstoles antes de subir al cielo, demuestra que en realidad subió á él. — La ascension de Jesucristo predi-

(1) 16. 41.

cha por los profetas y cumplida como ellos la habian predicho. — injusticia de los que quisieran que hubiese tenido otros testigos á mas de sus Discipulos. — Pruebas particulares de la sinceridad de los Evangelistas, y de los Apóstoles con respecto á este misterio. — Imposibilidad que hayan inventado las predicciones y las promesas de Jesucristo, que estan esencialmente enlazadas con su ascension. — Nuevas pruebas de que ellos nada añadieron ni en el fondo ni en las circunstancias, y que no pudieron fingirlas. — Modestia de los Evangelistas infinitamente distante de la ficcion y de la mentira. — La modestia de los Apóstoles y de los Evangelistas junto á un ardiente celo por la gloria de Jesucristo. — Diferencia de los autores del nuevo Testamento, cuanão hablan de la ascension de Jesucristo como historiadores, ó cuando instruyen á los fieles sobre la sublimidad de este misterio. — Semejante diferencia es una grande prueba de verdad. — Impresion viva y profunda que la certitud de haber subido al cielo Jesucristo y que un dia ha de volver á descender de él habia hecho en los Apóstoles y en los discipulos.

ARTICULO I.

La reunion de las principales circunstancias de este misterio y su relacion con otros hechos indudables, prueba invenciblemente su verdad.

La ascension de Jesucristo al cielo es una consecuencia necesaria de su resurreccion. Porque el lugar que naturalmente corresponde á un cuerpo revestido de gloria y de inmortalidad es el cielo. Y aun puede conjeturarse que, á no haber sido por el amor que Jesucristo tuvo á sus Apóstoles, cuya fe queria afirmar, y á su naciente Iglesia, cuyos fundamentos y disciplina queria establecer y arreglar, hubiera dejado la tierra en el momento mismo de salir del sepulcro. Mas como no quiso que su ascension fuese secre-

ta, nos interesa recoger las pruebas de ella, que añaden un nuevo grado de evidencia y de certitud á las de su resurreccion, y preparan á nuevos descubrimientos.

Antes que Jesucristo se elevase hácia el cielo en presencia de sus discípulos (1) se mostró á ellos por última vez en Jerusalem, en el paraje donde se hallaban reunidos, y en tiempo que estaban á la mesa. Quiso ponerse entre ellos para persuadirles mas y mas de la verdad de su resurreccion, y darles pruebas convincentes para aquellos á quienes habian de instruir de este misterio, á los cuales pudiesen decir con verdad que ellos habian comido y bebido con él, despues que hubo resucitado.

Durante la comida les habló de varias materias de la mayor importancia, pero que verosimilmente fueron repetidas en el mismo lugar desde donde se subió al cielo (2).

Este lugar es la montaña de los Olivos (3), vecina á la aldea de Betania, (4) á donde dice san Lucas que nuestro Señor condujo los Apóstoles, despues de la comida, haciéndose visible á ellos solos durante el camino ó contentándose con señalarles este lugar, y mandarles que allí se reuniesen.

Cuando allí hubieron llegado, les confirmó lo que acababa de decirles (5): « Que todo poder le habia sido dado « en el cielo y en la tierra; que les enviaba á todo el mundo para instruir á los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo: y enseñándoles á observar todo cuanto les tenia mandado.

(1) *Convalescens præcepit eis ab Jerosolimis ne discederent. Act. 1. 4. Novissime recumbentibus illis apparuit. Marc. 16. 44. Nobis qui manducabimus, et bibimus cum illo postquam resurrexit à mortuis. Act. 10. 41.*

(2) « Fúndase esta conjetura en lo que dice san Lucas en el capítulo 1.º de los Actos.

(3) *Act. 1. 42.*

(4) *Eduxit eos foras in Bethaniam. Luc. 24. 50.*

(5) *Matt. 28. 48.*

« El que creerá y será bautizado , añadió , se salvará ; (1)
 « y el que no creerá será condenado. Los que creyeren ar-
 « rojarán los demonios en mi nombre ; hablarán nuevos
 « idiomas , tomarán las serpientes con la mano , y si bebie-
 « ren alguna bebida mortal no les dañará : impondrán las
 « manos sobre los enfermos , y los enfermos quedarán cu-
 « rados. »

(2) « Mandóles de nuevo que empezasen por Jerusalem
 « á predicar la penitencia y la remision de los pecados en
 « su nombre , (3) y que no saliesen de aquella ciudad , si-
 « no que esperasen en ella la promesa del Padre , que vo-
 « sotros , les dijo , habeis oido de mi propia boca. Porque
 « Juan ha bautizado en el agua , pero dentro pocos dias
 « vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo »

« Entonces los que presentes se hallaban le pregunta-
 « ron: ¿ Señor será en aquel tiempo cuando restablezcais
 « el reino de Israel? Y él les respondió: No os toca á vo-
 « sotros el saber el tiempo y los momentos que el Padre
 « ha reservado á su soberano poder. Mas vosotros reci-
 « biréis la virtud del Espíritu Santo , el cual descenderá
 « sobre vosotros , y vosotros me daréis testimonio en Je-
 « rusalem y en toda la Judea y la Samaria , y hasta las ex-
 « tremidades de la tierra , (4) y estad seguros que yo mis-
 « mo estaré siempre con vosotros hasta la fin del mundo. »

« Despues de estas palabras , (5) levantando las manos ,
 « les bendijo , y bendiciéndoles , se separó de ellos , y
 « fue elevándose hácia el cielo : (6) á donde subió á sus pro-
 « pios ojos , y ellos vieron como se elevaba. Mas luego en-
 « tró dentro una nube que le ocultó á su vista. »

« Y como estaban tan atentos en mirarle subir al cielo ,

(1) Marc. 16. 16.

(2) Luc. 24. 47.

(3) Act. 1. 4. etc.

(4) Luc. 24. 50.

(5) Matt. 28. 20.

(6) Act. 1. 9. etc.

« (siguiendo con los ojos la nube que le ocultaba) presen-
 « táronseles al momento dos hombres vestidos de blanco, y
 « les dijeron : Hombres de Galilea, ¿ porqué estais miran-
 « do al cielo ? Este Jesus que dejándoos se ha subido al
 « cielo, vendrá de la misma manera que vosotros le habeis
 « visto subir.

« Entonces los discípulos, despues de haberle adora-
 « do, (1) regresaron á Jerusalem colmados de júbilo, y des-
 « pues estaban sin cesar en el templo loando y bendicien-
 « do á Dios. Amen. »

Ved ahí las principales circunstancias del misterio, del cual supongo que acaban de ser testigos tan bien como yo y los demás discípulos, los que hasta aquí han conserva-
 do alguna duda en el fondo del suceso. Ruégoles que me digan, que piensan de él, y si hubieran deseado alguna cosa mas sensible y mas convincente. Ellos han visto muchas veces á Jesucristo despues de su resurreccion, cuyas apariciones, desde el momento que se las cree verdaderas y escritas con sinceridad y fidelidad, son comunes á todos cuantos leen su relato. Ellos le han tocado con sus manos, ellos le han visto comer y han comido con él. Pero en esta última comida han tenido todo el espacio y tiempo necesario para examinarle. Porque era en medio del dia, y no por la tarde, y á la sazón misma del medio dia. Le han oido hablar de su próxima ascension, y de los resultados que producir debía. Han recibido orden suya de reunirse en la montaña de los Olivos, y detenerse en el lugar mas cercano á Betania, á donde les ha conducido él mismo. Estos lugares, tan conocidos y tan frecuentados durante la vida de Jesucristo, ¿ cuán propios eran para refrescar la memoria de sus acciones, de sus milagros y de sus sufrimientos ! ¿ Podia ser olvidada en Betania la resurreccion de Lázaro, que sin duda estaria presente ? ¿ María y Marta hermanas suyas, podian equivocarse en cuanto á la per-

(1) Luc. 24. 52.

sona que le habia resucitado? ¿Pedro, Jaime y [Juan no reconocerian en la montaña de los Olivos el lugar mismo en que Jesucristo estuvo por tan largo tiempo prosternado delante de su Padre; aquel lugar en donde se habia voluntariamente entregado á sus enemigos? ¿Y no contemplarian llenos de admiracion ser aquel paraje el mismo escogido por Jesucristo para subir á la diestra de su Padre? Todo esto, ¿no contribuye tambien á que se considere la resurreccion de Jesucristo tan real como lo fueron sus sufrimientos, y tan cierta, aunque de distinto género, como la de Lázaro, y á probar que él era, dejando á un lado la inmortalidad, absolutamente el mismo que aquel á quien con tanta frecuencia se veia sobre aquella montaña y en Betania?

A no haber él conocido nuestra flaqueza, podia haberse elevado rápidamente por los aires, y subir al cielo como un relámpago. Mas él habla por largo tiempo á sus discípulos reunidos, responde á sus preguntas, los bendice con las manos levantadas sobre sus cabezas, y encomendándolos á su Padre en términos á corta diferencia semejantes á los que leemos en el capítulo VII de San Juan. Y mientras les está bendiciendo, se eleva insensiblemente hácia el cielo, y atrae sus miradas de un modo que les hace mas atentos y mas adheridos á él: una nube diáfana, por fin, que le sirve de carro, le cubre, y le oculta á sus ojos; pero esta misma nube elevándose, queda algun tiempo visible, y los discípulos, quedando como inmóviles á semejante espectáculo, hubieran tenido siempre sus ojos fijos en el cielo, si dos ángeles no les hubiesen sacado de esta especie de éxtasis y de arrobamiento, diciéndoles que Jesucristo vendria como habia subido, y que no se haria mas visible á los hombres, sino para venir á juzgarlos.

Los que vacilan en la fe, tómense la pena de examinar bien todas estas circunstancias. Los espectadores son en número considerable, pues segun refiere san Lucas (4), los

(4) Act. 4. 42. 43. 44. 15.

que volvieron de la montaña de los Olivos á Jerusalem y que se prepararon para la venida del Espiritu Santo eran en número de cerca ciento y veinte, y no eran quizás sino una parte de los testigos. La montaña estaba á la vista de todos: el día claro y sereno. Dos ángeles dan testimonio de lo que no habian podido ver los ojos, pero que era una continuacion de lo que ya habian visto. Ellos dicen que Jesucristo ha subido al cielo para no bajar hasta el último día. ¿Y quién merece mas ser creído sobre punto tan importante, que los moradores mismos del cielo? Los discípulos, penetrados de una espiritual alegría, dimanada de la certitud de la gloria de su Maestro y de la esperanza de tener parte en ella, se desahogan en acciones de gracias, y pasan días enteros en oracion. ¿Quién puede titubear en su fe despues de semejantes pruebas? ¿Y á quién se acudirá si no bastan tales testimonios?

ARTICULO II.

El cumplimiento de las predicciones de Jesucristo á sus Apóstoles antes de subir al cielo, demuestra que realmente subió.

Pero examinemos la cosa aun de mas cerca. Muchas cosas dijo Jesucristo á sus discípulos: preguntémosles si tuvieron todas su efecto. Les prometió el Espiritu Santo: ¿le recibieron en realidad? ¿Fueron bautizados en el fuego, segun su prediccion? ¿Predicaron públicamente la penitencia y la remision de los pecados en su nombre, empezando por Jerusalem, continuando en la Judea, pasando despues por Samaria, y al fin hasta las extremidades del mundo, como se lo habia él mandado? ¿Lo hicieron con buen éxito? ¿Lograron persuadir á los Judíos y á los Gentiles su doctrina y su moral? ¿Experimentaron los socorros que les habia prometido, y ha justificado la experiencia lo que les habia dicho de su poder sin limites en el cielo y en la tierra? ¿Obra-

ron ellos los milagros que debian ser los signos y las pruebas de la fe? ¿Comunicaron el poder de hacerlos á los que con docilidad los escuchaban? ¿La Iglesia que fundaron, ha quedado vencida por el poder de los hombres ó de los demonios? ¿Se ha olvidado Jesucristo de ser su protector? Si todo esto no ha tenido mas existencia que en la imaginacion de los Apóstoles, convengo en que la ascension de Jesucristo esencialmente enlazada con todos estos extremos, se considere como incierta ó como falsa. Mas si todo ha sucedido como él habia predicho y prometido al subir al cielo, tan imposible se hace dudar de la ascension de Jesucristo, como de la predicacion de los Apóstoles, y del éxito prodigioso que está ha tenido; y semejante duda es tan ridicula como la que se afectaria tener sobre la existencia de la Iglesia cristiana.

ARTICULO III.

La ascension de Jesucristo, pronunciada por los Profetas, se cumplió como estos habian predicho.

Acabemos no obstante de poner este punto en una evidencia completa. Profecías hay que predicen que el Mesias será colocado á la diestra de Dios hasta que le esten sujetos todos sus enemigos: que subirá al cielo, llevando consigo los cautivos que habrá libertado; que allí entrará como victorioso, y que los antiguos moradores del cielo quedarán á su llegada absortos y admirados (1).

Estas profecías, prescindiendo de la aplicacion que de ellas se ha de hacer á Jesucristo, tendrán su cumplimiento. Será pues menester que el Mesias suba al cielo mientras que habrá en la tierra muchos enemigos, que no creerán en él, y que su triunfo sea menos público para los hom-

(1) Ps. 109. Ps. 67. Ps. 23.

bres que para los ángeles. Al propio tiempo deberá ser tambien indudable y secreto, que tenga testigos, y que no le falten adversarios. Segun este literal prenuncio, escójanse las circunstancias que parezcan mas propias para conciliar estos opuestos extremos; y véase si la Sabiduría divina ha sabido ó no infinitamente mejor conciliarlos y unirlos, de lo que hubiera podido hacer toda la prudencia humana.

ARTICULO IV.

Cuan injusta sea la pretension de los que hubieran deseado que la ascension de Jesucristo hubiese tenido otros testigos á mas de sus discípulos.

Lo que en otro lugar dejo dicho contra la idea de los que hubieran querido que Jesucristo se hubiese manifestado públicamente despues de su resurreccion, me dispensa de combatir aquí la misma idea y el mismo deseo relativamente á su ascension. Me contentaré tan solo con advertir á los que quisieran convertir los misterios de la Religion en otros tantos espectáculos públicos, que poco conocen la profunda herida de la curiosidad que Jesucristo trató de curar en vez de darle pábulo y aumentarla; que cuentan demasiado con la eficacia de los milagros exteriores para la conversion de los hombres, milagros que de sí mismos no producen sino un efecto pasajero é incapaz, sin la gracia, de cambiar el corazon; que igualan los sentidos á la fe, ó mas bien, que los prefieren á ella, aunque no haya mérito alguno en abrir los ojos, y que lo haya, y muy grande, en someter la razon á cosas ciertas á la verdad pero invisibles; que rehusan á Dios el sacrificio que le es mas esencialmente debido, como á la verdad soberana, no contentándose de su palabra ni de las pruebas de que ha hablado, y costándoles mucho el creerle cuando está solo; por fin, que confunden los tiempos, queriendo que Jesucristo se manifieste antes de su pos-

trer advenimiento , y que confunda á sus enemigos con el resplandor de su gloria , ó mas bien , que no tenga enemigos , haciendo á todos los hombres fieles por la evidencia de los misterios , y por la presencia de su Majestad divina.

ARTICULO V.

Pruebas particulares de la sinceridad de los Evangelistas y de los Apóstoles con respeto á este misterio.

Paréceme que despues de la ignominia de que han quedado cubiertos los que sospechasen en los Apóstoles designio de engañar , seria un oprobio el declararse por tan odioso partido. Pero sin creer á nadie capaz de tan baja sospecha , no dejemos de fortificar nuestras primeras reflexiones por medio de algunas otras , que nos convencerán mas y mas de que los Apóstoles no fueron engañadores ni engañados.

Si tal intento hubiesen tenido , ¿ hubieran por ventura elegido para el lugar del espectáculo Betania y la montaña de los Olivos, tan cercanas á Jerusalem, en donde nadie hubiera visto una tal cosa , y en donde era tan fácil probar que nunca hubiera habido semejante reunion ? ¿ Hubieran señalado el número de espectadores ? ¿ Los hubieran reunido en una misma casa en Jerusalem , para aguardar allí la venida del Espíritu Santo ? Si nadie hubiese venido de la montaña de los Olivos , y si nadie hubiese tenido conocimiento ni de la promesa del Espíritu Santo , ni de la manera de prepararse á ella , ¿ hubieran tal vez fijado á tan corto plazo y en el dia solemne de Pentecostes el cumplimiento de aquella promesa acompañada de grandes y patentes prodigios , de que habría sido testigo todo Jerusalem ; siendo tan manifiesta la falsedad de todas estas ficciones , y pudiendo ser tan fácilmente demostrada ? ¿ No hubiera sido mas natural escoger un lugar mas secreto , una montaña del desierto , una sole-

dad inaccesible, llamar allí menos testigos; y sobre todo, no enlazar la ascension de Jesucristo con sucesos próximos, públicos, y conocidos por necesidad de todos los habitantes de Jerusalem?

ARTICULO VI.

Imposibilidad de que hayan inventado las predicciones y las promesas de Jesucristo, que son esencialmente inseparables de su ascension.

Y aun disimulando todo esto, ¿cómo se concilia lo que los Evangelistas hacen decir á Jesucristo un momento antes de subir al cielo, con el designio de engañar? Porque fuerza es que lo hubiesen inventado antes de predicar á los Judíos y á los Gentiles, ó despues del éxito que tuvo la predicacion del Evangelio. Si es antes de su predicacion, ¿por cuál luz superior conocieron la fe de todos los pueblos y la conversion del universo? ¿Cómo pudieron prometerse una proteccion tan segura por parte de Jesucristo, que sabian no habia resucitado ni subido al cielo? ¿Y por cuál género de prestigios esperaban hacer creer á todos los hombres que ellos poseian el don de milagros y el poder de comunicarle? Si quiere suponerse despues del suceso el tiempo en que los Evangelistas imaginaron la ascension de Jesucristo y las palabras que le atribuyen, ¿cuál era la materia de la predicacion de los Apóstoles antes que se hubiesen concertado estas materias? ¿Qué predicaban? ¿Qué decian de Jesucristo, sea á los Judíos, sea á los Gentiles? ¿Y cómo habian logrado persuadir á los unos y á los otros, que él estaba sentado á la diestra de su Padre en el cielo, y que vendrá á juzgar á todos los hombres, antes que hubiesen tenido la ocurrencia de fingirlo?

ARTICULO VII.

Nuevas pruebas de que nada añadieron de suyo ni en el fondo, ni en las circunstancias, y que ni aun fingirlo pudieron.

A tal evidencia ha de ceder á pesar suyo la mas terca é irracional incredulidad. Pero, prescindiendo de estas pruebas, cuyo peso me parece irresistible, otras hay que los hombres sensatos y las almas sensibles á la verdad deben respetar. Hombres que hubieran tenido el designio de engañar, y que hubiesen poseido la libertad de inventar y de fingir, ¿hubiéranse imaginado la respuesta de Jesucristo á los que le preguntaban si dentro de poco restableceria el reino de Israel? « No toca á vosotros el saber el tiempo y « los momentos que el Padre ha reservado á su soberano « poder. » Esta respuesta, tan distante de las ideas que habian preocupado á los discípulos hasta aquel momento, y tan contraria á su espectacion de un reino floreciente y poderoso en lo temporal, pero tan digna de Jesucristo, ¿seria posible que les hubiese ocurrido?

Si hubieran sido inventores de la aparicion de los dos ángeles, ¿se hubieran contentado con hacerles decir estas solas palabras? « Hombres de Galilea, ¿porqué estais aquí « mirando al cielo? Este Jesus, que al dejaros se ha levanta- « do á las celestes alturas, vendrá del mismo modo que le « habeis visto subir. » Todo es preciso, todo admirable en estas palabras que solo contienen lo exactamente necesario. No, no es este el lenguaje falaz de la mentira.

ARTICULO VIII.

Modestia de los Evangelistas infinitamente distante de la ficcion y de la mentira.

Parece que los Apóstoles y los Evangelistas tenían noticia de que Jesucristo (1) habia llevado consigo al cielo en triunfo los antiguos justos, á quienes habia libertado del imperio de la muerte. ¿Cómo pues los Evangelistas pasan en silencio una circunstancia tan propia para realzar y engrandecer la ascension de Jesucristo? ¿Cómo pues unos hombres en cuya memoria está presente esta idea, no hacen uso de ella tratando de engañar y de deslumbrar á los otros? ¿De dónde viene que no pensando sino en lo maravilloso y en lo extraordinario, se contentan con una sencilla y modesta relacion, digna ciertamente de la verdad, pero tan opuesta como ella á la mentira? Léanse y medítense detenidamente las circunstancias de esta relacion, y causará tanto asombro por lo que encierra, como por lo que omite; y se confesará que seria imposible, no digo fingir una cosa igual, pero ni aun referirla de un modo mas propio para alimentar la piedad y la fe, y mas contrario á la curiosidad, á la vanidad; á las reflexiones de la sabiduría humana.

Y esta misma relacion de que estoy hablando, es tan poco el efecto del estudio y del arte, que es menester componerla de diversas partes esparcidas por los escritos de los Evangelistas, ninguno de los cuales lo dice todo; y algunos hay que ni aun hablan de la ascension, como San Juan y san Mateo; ó no diciendo de ella mas que una palabra como san Marcos. La concision de este es admirable (2). « El Se-

(1) Propter quod dicit: ascendens in altum captivam duxit captivitatem, dedit dona hominibus. Quod autem ascendit, quid est nisi quia et descendit primum in inferiores partes terræ. Ephes. 4. 8. et 9.

(2) Marc. 26 29.

«ñor Jesus, dice, despues de haber así hablado, fue eleván-
«dose hácia el cielo, en donde está sentado á la derecha de
«Dios.» Y no son menester otras pruebas á hombres que
saben discernir los caracteres de la verdad y de la mentira
para persuadirles, que no solamente son sinceros los Evau-
gelistas, sino que fueron conducidos por una sabiduría mas
que humana, independiente de los medios humanos, espe-
rando de Dios todo el fruto de sus trabajos, y refiriéndole á
su sola gloria.

San Marcos, de quien acabo de hablar, despues de haber
detallado los prodigios que obrarian los que creerian en Je-
sucristo, segun la promesa que hizo él mismo á sus Após-
toles, concluye así su Evangelio: «Y ellos (los Apóstoles)
«habiendo partido predicaron por todas partes, cooperan-
«do con ellos el Señor, y confirmando su palabra por los
«milagros que la acompañaban: *sequentibus signis.*» ¿De
cuánto precio no es semejante modestia? ¿Quién hubiera
podido determinarse á relatar de este modo una infinidad de
milagros que probaban de una manera tan magífica y tan
divina la verdad de las promesas de Jesucristo, su omni-
potencia y su imperio en el cielo y en la tierra? ¿Quién pudo
inspirar á hombres tan llenos de celo por él y tan apasiona-
dos a su gloria tan extraordinaria circunspeccion? ¿Quién
les persuadió que tan breves palabras bastarian para some-
ter el espíritu de todos los hombres, aun de los mas rebel-
des? ¿Á quién pudiera hacerse creer que este lenguaje fue-
se el de la impostura? ¿Hay ni aun entre los hombres un
solo ejemplo de tan candorosa sinceridad, tan poco atenta
á sus propias ventajas, tan indiferente en apariencia en
atraerse la creencia que merece y que al mismo tiempo es-
pera?

ARTICULO IX.

La modestia de los Apóstoles y de los Evangelistas, unida al celo mas ardiente por la gloria de Jesucristo. Diferencia de los autores de los libros del Nuevo Testamento cuando hablan de la ascension de Jesucristo como historiadores, y cuando instruyen á los fieles de la sublimidad de este misterio. Semejante diferencia es una grande prueba de verdad.

Pues, como se ha hecho ya observar en otra parte, una sencillez y una naturalidad tan asombrosas y tan semejantes á la indiferencia se hallan unidas en los mismos hombres al mas vivo celo y al amor mas apasionado. Los que hablan de la ascension de Jesucristo en dos palabras, ó que hasta llegan á omitirla en sus escritos, no tienen mas ocupacion que la gloria de Jesucristo, tienen de él la mas elevada idea, le adoran y le hacen adorar como á igual á su Padre, y como sentado á su derecha, y tienen todos de él los mismos sentimientos que san Pablo, el cual no enseña nada que le sea particular cuando habla así á los de Efeso (4): « A Dios suplico que abra los ojos de vuestra alma, « para haceros conocer cual es la esperanza á la cual os ha « llamado, cuales son las riquezas y la gloria de la heren- « cia que destina á los Santos, y cual es la grandeza supre- « ma del poder que ejerce en nosotros, que creemos segun « la eficacia de su fuerza y de su poder que ha hecho osten- « sible en la persona de Jesucristo, resucitándole de entre « los muertos, y haciéndole sentar á su derecha en el cielo « sobre todos los principados, y todas las potestades, y to- « das las virtudes, y todas las dominaciones y todos los « nombres de dignidades que puede haber, no solo en el si- « glo presente, sino tambien en el que ha de venir. Ha pues- « to todo lo criado debajo sus pies y le ha dado por jefe á

(4) Ephes. 2. 28.

« toda la Iglesia. » Y en su carta á los Filipenses (1), « Jesu-
 « cristo , dice , se ha humillado él mismo , haciéndose obe-
 « diente hasta la muerte , y muerte de cruz. Porque Dios le
 « elevó á una soberana grandeza y le dió un nombre que es
 « sobre todo nombre , á fin de que al nombre de Jesus se
 « doble toda rodilla en el cielo , en la tierra y en los infier-
 « nos , y que toda lengua confiese que Jesucristo nuestro Se-
 « ñor está en la gloria de Dios su Padre. »

Ved ahí de que ideas y sentimientos estaban llenos los Apóstoles y Evangelistas , lo que enseñaban en términos magníficos cuando se trataba de instruir á los que eran ya fieles en el fondo de los misterios de la resurreccion y de la ascension de Jesucristo ; pero que se contentaban con referir breve y sencillamente cuando escribian para todo el mundo : siguiendo en esto una conducta infinitamente opuesto á la de los seductores , que buscan como acreditarse con pomposas ficciones , y que ponen la esperanza de su éxito en el brillo deslumbrador de su lenguaje , no quedándoles despues nada de importante y que penetre el corazon para decir á los que han sido juguete de sus supercherías ; pues que su vanidad queda ya satisfecha , y su conciencia , cuyo grito no pueden del todo sofocar , se opone entonces mas fuertemente que nunca á su hipocresía.

Todo lo contrario se observa al leer los escritos de los Apóstoles , pues á proporcion que encuentran almas mas religiosas , y mas desasidas de sí mismas y del siglo , les muestran con mas fuerza y mas viveza la parte que tienen en la resurreccion y en la ascension de Jesucristo , y como estos misterios son el sólido fundamento de su consuelo y de su esperanza : porque entonces hablan á sus hermanos y á sus amigos , y que pueden con toda seguridad derramar las efusiones de su corazon en el de sus discipulos. « Dios ,
 « que es rico en misericordia , dicen (2) , impelido por el

(1) Philip. 2. 8. etc.

(2) Ephes 2. 4. etc.

« amor extremo que nos tenia cuando estábamos muertos
« por nuestros pecados , nos ha vuelto la vida en Jesucristo ,
« por la gracia del cual vosotros sois salvados , y nos ha re-
« suscitado con él , y nos ha hecho sentar en el cielo en Je-
« sucristo para que brillasen en los futuros siglos las rique-
« zas superabundantes de su gracia por la bondad que nos
« ha manifestado en Jesucristo. Pues por la gracia habeis
« sido salvados mediante la fe : y esto no viene de vosotros ,
« sino que es un don de Dios ; ni viene tampoco de vuestras
« obras , á fin de que nadie se glorifique á sí mismo. Porque
« nosotros somos obra suya , siendo criados en Jesucristo
« en las buenas obras que Dios ha preparado , para que mar-
« chásemos nosotros por la misma senda. » En este discurs-
so tan sublime como penetrante , todo no respira mas que
sinceridad , persuasion , amor y reconocimiento hácia Jesu-
cristo , y hácia su Padre , el cual nos ha resucitado y colo-
cado en el cielo en la persona de su Hijo , que es nuestra ca-
beza , y que nos representa á todos. Preciso fuera ser in-
sensible á todas las impresiones de ternura y de amor , y
tener un corazon de bronce , para confundir un lenguaje
tan puro , tan bello , tan interesante , tan animado , tan pro-
pio de la verdad y de un corazon que se derrama sin doblez
alguna , con el lenguaje taimado y astuto del disimulo y
de la hipocresia. Y atiéndase que lo que acabamos de ci-
tar se ve repetido bajo diversas formas en todos los escritos
de los Apóstoles. Y cuando con cuidado y atencion se leen ,
no se halla en ellos sino á Jesucristo ó paciente ó resucita-
do , en la humillacion , ó en la gloria ; oculto en el seno de
su Padre , ó pronto á parecer para juzgar á los hombres.

ARTICULO X.

Impresion viva y profunda producida en los Apóstoles y discípulos por la certitud de que Jesucristo estaba en el cielo, y que de allí ha de descender otra vez.

Vimos ya en el capítulo anterior lo que san Pablo escribía á los Filipenses (1): « En cuanto á nosotros, les decia, vivimos « ya en el cielo como ciudadanos del cielo, y de allí esperamos al Salvador nuestro señor Jesucristo, el cual transformará nuestro cuerpo, lleno ahora de miseria y de flaqueza, á fin de hacerle conforme con su glorioso cuerpo, « por aquella virtud eficaz, mediante la cual sujeta á su « querer todas las cosas. » Esta disposicion de habitar en el cielo con el pensamiento y con el deseo, y de esperar de allá á Jesucristo que habia entrado antes como nuestro precursor y nuestro pontífice para prepararnos allí un lugar, era comun á todos los Cristianos, y formaba como su carácter propio y particular. « La fe que teneis en Dios, decia « san Pablo á los de Tesalónica (2) se ha hecho tan célebre en « todas partes, que ya no es necesario que hablemos de ella « pues todo el mundo nos anuncia de antemano el resultado de nuestra llegada en vuestro país, y como habiendo « dejado los idolos os habeis convertido á Dios para servir « al Dios viviente y verdadero: y para esperar del cielo á « su hijo Jesus que resucitó de entre los muertos y que nos « ha librado de la cólera venidera. » Creer en Dios y esperar del cielo á su Hijo era toda la vida cristiana, ó á lo menos puede decirse que toda ella se resumia en estos dos puntos cardinales, y estos dos deberes servian al propio tiempo de base y de término á todos los demás. « ¿ Pues que

(1) Philip. 30. 40.

(2) 1. Thess. 2. 8. etc.

« todas las cosas visibles han de perecer (1), decia san Pedro á todos los fieles, cuáles debeis ser vosotros, y cuál debe ser la santidad de vuestra vida, vosotros, que esperais á cada momento, y que os apresurais á anticiparos al grande acontecimiento del dia del Señor? *Expectantes, et properantes in adventu diei Domini.* »

¿ Puede decirse que conoce á fondo tales maestros y tales discípulos el que sospecha de los unos que son seductores y de los otros que son seducidos? ¿ Parécense acaso los primeros en muchos de sus rasgos á hombres sin probidad y sin conciencia? ¿ Y los segundos, cuya vida es celeste, y que no estan adheridos á nada visible, tienen por ventura trazas de personas engañadas, que se adhieren á cosas frívolas, y que superan todos los sentimientos naturales por una pureza y por una paciencia á toda prueba, sin tener ningun apoyo real, ninguna esperanza fundada, ninguna sólida consolacion, ninguna otra fuerza que la de una imaginacion crédula en demasía?

CAPITULO XV.

La verdad de la resurreccion y de la ascension de Jesucristo al cielo y de su supremo poder, claramente demostrada por el descenso del Espiritu Santo en el dia de Pentecostes. — Certitud de los prodigios que en aquel dia acontecieron. — Diferencia entre este misterio y aquellos cuyos únicos testigos fueron los Discipulos de Jesucristo, y de los cuales es la prueba, y por esto debió ser público. — Observaciones que preparan á mirar como cierto el descenso del Espiritu Santo sobre los Apóstoles. — Si es cierto el suceso del descenso del Espiritu Santo, todo lo que tiene relacion con Jesucristo es tambien cierto. — El don milagroso de lenguas fija incon-

(1) 1. Pet. 3. 41. 42.

testablemente la certitud del descenso del Espiritu Santo sobre los Apóstoles. — El súbito valor é intrepidez de los Apóstoles es una segunda prueba del descenso del Espiritu Santo, tan manifiesta como la primera. — El sublime conocimiento que tienen los Apóstoles de las Escrituras, y que les es infundido en el mismo momento, es una tercera prueba no menos evidente del descenso del Espiritu Santo.

ARTICULO I.

Diferencia entre este misterio y aquellos que no han tenido por testigos sino los discipulos de Jesucristo. Este es la prueba de aquellos, y de consiguiente debió ser público.

Hasta ahora, las pruebas de la resurreccion de Jesucristo y de su ascension no menos gloriosa al cielo han quedado circunscritas entre sus discipulos, y aunque sean las mas convincentes, son no obstante dependientes de su testimonio. El público nada ha podido saber de ellas sino por el conducto de los mismos: no ha podido juzgar de nada por sí mismo, y le queda una secreta pena de que no se le haya permitido sino escuchar, sin empero ver con sus propios ojos. Pero este público va á quedar satisfecho. Ya verá y escuchará, y será él mismo testigo de todo, si las promesas que hizo Jesucristo á sus discipulos al subir al cielo (1) han de tener su efecto: ó á lo menos juzgará por sí mismo de su poca solidez, si el efecto le queda desconocido. Porque no es posible que sus Apóstoles sean revestidos de una virtud divina, y que queden transformados en otros hombres por medio de un bautismo de fuego, sin que algo de extraordinario aparezca en lo exterior. Y aun

(1) Act. 4. 5. et 8. Si non abiero, paracletus non veniet ad vos: si autem abiero, mittam eum ad vos. Et cum venerit ille, arguet mundum de peccato, de justitia, et de judicio. De peccato quidem, quia non crediderunt in me: de justitia vero, quia ad patrem vado: de judicio autem, quia Princeps hujus mundi jam judicatus est. Joan. 26. 7. etc.

es menos posible que convenzan al mundo de una manera pública y ruidosa que Jesucristo su maestro fue crucificado por un crimen enorme que él no cometió; que el demonio, por este mismo crimen, del cual es el principal autor, va á ser arrojado del imperio que usurpó, y que Jesucristo ha vuelto al seno de su Padre, para reinar con él eternamente. Es absolutamente imposible, repito, que convenzan al mundo de estos tres puntos capitales de un modo que no deje la menor duda, como les ha sido prometido sin que obren grandes prodigios, y sin que se conviertan ellos mismos en hombres prodigiosos. El secreto seria en esta parte sospechoso. Un misterio desconocido, no puede servir de prueba á otros misterios, y á tal punto han llegado ya los sucesos, que los Apóstoles no han de decir tan solamente: nosotros hemos visto, sino que es preciso que hagan ver. Su Maestro les ha dejado prometiendo otro consolador, una fuerza sobrenatural, (1) un poder superior al del mundo y al del infierno. Les ha prohibido exponerse al peligro antes que él les haya enviado del cielo su Espíritu; y les tiene mandado no temer ninguno, cuando le hayan recibido. El suceso decidirá de todo, y no tenemos mas que esperarle

ARTICULO II.

Observaciones que disponen á mirar como cierto el hecho del descenso del Espíritu Santo sobre los Apóstoles.

Ya veo que los Apóstoles se preparan á este grande suceso por medio del retiro, del silencio y de la oracion, aunque esten íntimamente persuadidos de la verdad y de la certitud de las promesas que se les han hecho. Semejante modo de prepararse me prueba no solo su sinceri-

(1) Joan. 44. 46.

dad, sino tambien su religion, y me convence del conocimiento que tienen del precio y de la importancia de lo que aguardan. Observo tambien que no son solos, y que no afectan el secreto, pues tienen consigo muchos testigos que esperan, y que piden á Dios, como ellos, el espíritu de verdad y de fuerza; y que estarán en disposicion de deponecer acerca lo que habrán visto. Observo tambien que san Pedro propone á la asamblea que se elija entre los antiguos discípulos un hombre que pueda reemplazar á Judas, y dar testimonio con ellos de la resurreccion de Jesucristo: y todo esto me confirma en la idea de que cuentan del todo en sus promesas, y que con la mayor formalidad y decision se disponen á servirle de testigos y de predicadores por toda la tierra.

ARTICULO III.

Si el hecho del descenso del Espíritu Santo es cierto, es tambien cierto todo lo respectivo á Jesucristo.

Pero la reflexion que mas importante me parece, y que todo el mundo ha de hacer conmigo, es, que si el Espíritu Santo descendió realmente sobre los Apóstoles, como ellos esperaban, no se podrá atribuir sino á Jesucristo, el cual se lo prometió en términos expresos: « Yo rogaré á mi Padre, les dijo, (1) y él os dará otro consolador, el Espíritu de verdad, que permanecerá y habitará en vosotros. No os dejaré pues huérfanos. » Y de una manera aun mas terminante: (2) « Es provechoso para vosotros que yo me vaya; porque si yo no me voy, no vendrá á vosotros el consolador; y si me voy, yo os le enviaré. » Será pues él mismo quien le enviará, y no se contentará,

(1) Joan. 14. 16.

(2) Joan. 16. 7.

de rogar á su Padre que le envíe. Será pues tan evidente que Jesucristo reina en el cielo con el mismo poder que su Padre, como será evidente que el Espíritu consolador habrá de allá descendido. Ved ahí pues lo que se ha de aguardar, y lo que será infaliblemente decisivo.

Sabido es cuan puntualmente correspondió el éxito á las promesas. La historia de tan magnífico resultado está escrita en los Actos de los Apóstoles. Y la prueba de que Jesucristo, lleno de vida, está sentado á la diestra de su Padre, y revestido de la misma autoridad y del mismo poder que él, no puede ser mas completa.

ARTICULO IV.

Prueba primera.

El don milagroso de lenguas fija incontrastablemente la certitud del descenso del Espíritu Santo sobre los Apóstoles.

Mas no pasemos de ligero sobre suceso de tal importancia, y veamos de que modo está referido en la Escritura (1). « Cuando los dias de Pentecostes se hubieron cumplido, estando todos los discípulos reunidos en un mismo lugar, oyóse de repente un gran fragor, como de un viento fuerte é impetuoso que venia del cielo, y que llenó toda la casa en que aquellos se hallaban sentados. Al mismo tiempo vieron parecer como lenguas de fuego que se repartieron colocándose sobre cada uno de ellos. En el momento quedaron todos llenos del Espíritu Santo, y empezaron á hablar diversas lenguas, segun las palabras que el divino Espíritu ponía en sus labios. Pues hallábase á la sazón en Jerusalem Judíos piadosos y temerosos de Dios, de todas las naciones que hay debajo del cielo.

(1) Act. 2. 1. etc.

« Luego que se divulgó esta novedad, acudió una gran
 « multitud de ellos, y quedaron atónitos al ver que cada
 « uno oía hablar á los Apóstoles en su propia lengua. Así
 « pañmados todos y maravillados, se decian unos á otros:
 « ¿Por ventura estos que hablan no son todos galileos? ¿Pues
 « cómo les oimos cada uno de nosotros hablar nuestra len-
 « gua nativa? Partos, Medos y Elemitas, los moradores de
 « Mesopotamia, de Judea y de Capadocia, del Ponto y del
 « Asia, los de Frigia, de Pamfilia y del Egipto, los de la Li-
 « bia confinante con Cirene, y los que han venido de Ro-
 « ma, tanto judíos como prosélitos, los Eretenses y los Ara-
 « bes: los oimos hablar en nuestras propias lenguas las ma-
 « ravillas de Dios. Estando pues todos llenos de pasmo, y
 « no sabiendo que discurrir, se decian unos á otros: ¿Qué
 « novedad es esta? Pero hubo algunos que se mofaban de
 « ellos, diciendo: Estos sin duda están borrachos, ó llenos
 « de mosto. »

« Entonces Pedro, presentándose con los once Apósto-
 « les, levantó su voz, y les dijo: O vosotros, Judíos, y to-
 « dos los demás que morais en Jerusalem, estad atentos á
 « lo que voy á deciros, y escuchad bien mis palabras. No
 « estan estos embriagados, como sospechais vosotros, pues
 « que no es mas que la hora tercia del dia, sino que se ve-
 « rifica lo que dijo el profeta Joel: Sucederá en los postre-
 « ros dias, dice el Señor, que yo derramaré mi espíritu
 « sobre todos los hombres; y profetizarán vuestros hijos y
 « vuestras hijas; y vuestros jóvenes tendrán visiones, y
 « vuestros ancianos revelaciones en sueños. Sí, por cierto,
 « yo derramaré mi espíritu sobre mis siervos y sobre mis
 « siervas en aquellos dias, y profetizarán. Yo haré que se
 « vean prodigios arriba en el cielo, y portentos abajo en la
 « tierra, sangre y fuego y torbellinos de humo. El sol se
 « convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes que
 « llegue el dia grande y patente del Señor. Entonces todos
 « los que hayan invocado el nombre del Señor serán salvos
 « ; Ó hijos de Israel! escuchadme ahora: á Jesus de Naza-

« ret, hombre autorizado por Dios á vuestros ojos con los
« milagros, maravillas y prodigios que por medio de él ha
« hecho entre vosotros, como todos sabeis: á este Jesus,
« dejado á vuestro arbitrio por una órden expresa de la vo-
« luntad de Dios, y decreto de su preciencia, vosotros le
« habeis hecho morir, clavándole en la cruz por mano de
« los impíos. Pero Dios le ha resucitado, librándole de los
« dolores de la muerte, siendo como era imposible quedar
« él preso por ella en tal lugar. Porque ya David en persona
« de él decia: Tenia siempre presente al Señor ante mis
« ojos, pues está siempre á mi diestra, para que no expe-
« rimente ningun trastorno: por tanto, se llenó de alegría
« mi corazon, y resonó mi lengua en voces de júbilo, y mi
« carne reposará en la esperanza. Que no dejarás mi alma
« en el sepulcro, ni permitirás que tu santo experimente
« la corrupcion. Me harás entrar otra vez en las sendas de
« la vida, y colmarme has de gozo con tu presencia. Her-
« manos míos, permitidme que os diga con toda libertad,
« y sin el menor recelo: El patriarca David muerto está, y
« fue sepultado, y su sepulcro se conserva entre nosotros
« hasta el dia de hoy. Pero como era profeta y sabia que
« Dios le habia prometido con juramento que uno de su
« descendencia se habia de sentar sobre su trono; previen-
« do la resurreccion de Cristo, dijo: Que ni fue detenido en
« el sepulcro, ni su carne padeció corrupcion. Este Jesus
« es á quien Dios ha resucitado, de lo que todos nosotros
« somos testigos. Elevado pues al cielo, sentado allí á la
« diestra de Dios, y habiendo recibido de su Padre la pro-
« mesa de enviar al Espiritu Santo, le ha derramado del
« modo que estais viendo y oyendo, porque no es David el
« que subió al cielo; antes bien él mismo dejó escrito: Dijo
« el Señor á mi Señor: Siéntate á mi diestra, mientras á
« tus enemigos les pongo yo por tarima de tus pies. Per-
« suádase pues ciertísimamente toda la casa de Israel, que
« Dios ha constituido Señor y Cristo á este mismo Jesus á
« quien vosotros habeis crucificado. »

Apelo ahora á todos aquellos que hubieran deseado que Jesucristo se hubiese manifestado en público despues de su resurreccion , que se hubiese mostrado á todo Jerusalem , que hubiese echado en rostro á los sacerdotes , á los fariseos , á cuantos habian contribuido á su muerte, su ceguedad y su crimen , y que á sus ojos se hubiese remontado al cielo. Una prueba semejante hubiera sido pasajera. Los ausentes hubieran quizás dudado de ella , y hasta los mismos que habrian asistido á tal espectáculo no hubieran conocido á que grado de gloria es elevado Jesucristo en el cielo ; cual es su igualdad con su eterno Padre , y con que poder comunica su espíritu á su Iglesia. Mas todo esto se hace evidente y sensible por un prodigio de que son testigos todos los Judíos de Jerusalem , y de que no tardarán á serlo todos los pueblos de la tierra.

El viento impetuoso que ha hecho retemblar la casa , y las lenguas de fuego que posaron visiblemente sobre las cabezas de los Discipulos , sin distincion de edad ni de sexo, son señales públicas y exteriores de la efusion interior del Espíritu Santo , así como tambien símbolos de su pureza , de su actividad , de su fuerza y de su operacion íntima y penetrante. Su venida habia de ser tambien anunciada á fin de que fuese cierta , y que la parte exterior concurriese con la impresion interior para señalar á los Discipulos que la promesa quedaba cumplida , y que el momento de su mision habia llegado ya.

Al punto pues salen del lugar en donde habian estado encerrados , y no pudiendo contener ya el ardor que les inflamaba , publican en alta voz las maravillas de Dios , pero de una manera tan nueva y tan semejante á la inspiracion de los profetas , que todo el mundo corre á presentiar aquel espectáculo extraordinario ; y como habia entonces en Jerusalem Judíos de todos los países , reunidos con el objeto de la fiesta de Pentecostes , oyen todos , cada uno en su lengua natural lo que dicen los discipulos , porque estos discipulos eran en gran número , que cambia-

ban de lenguaje de tiempo en tiempo, y que cada nacion podia tambien tomar parte en las acciones de gracias que tributaban á Dios, y en los loores que á su bondad rendian.

Seria fuera de propósito el examinar ahora de que parte estaba el milagro, si de parte de los discípulos, que hablaban realmente lenguas diversas, ó de parte de los Judíos extranjeros que oian muchas, aunque los discípulos no usasen otra que la suya peculiar. De cualquier modo que se explique, el milagro seria siempre grande. Pero yo supongo ahora que estaba en los discípulos, reservándome el probarlo en otro lugar; bien que son de ello una prueba incontrastable los rumores de los que los acusaban de embriaguez y de hablar fuera de razon. Porque este mismo murmurar manifiesta que habia Judíos que nada comprendian de sus discursos, mientras que otros les entendian perfectamente. Y hay apariencias de que estos Judíos eran los de Jerusalem, á quienes las lenguas extranjeras no eran conocidas.

Lo que merece fijar aquí nuestra atencion es el pasmo de tantos Judíos y de tantos prosélitos, que se ven allá reunidos de todas las partes del universo, y que vienen, por decirlo así, á compendiarle todo, y que, como fuera de sí, se dicen mutuamente: «¿Estos que nos hablan, no son todos Galileos? ¿Cómo pues les oimos hablar cada uno de nosotros la lengua de nuestro país? Partos, Me-
« dos, Elamitas, los que de nosotros habitan la Mesopo-
« tamia, la Judea, la Capadocia, el Ponto, y el Asia, la
« Frigia, la Pamfilia, el Egipto y la Libia que está pró-
« xima á Cirene, y los que vinieron de Roma, Judíos ó Pro-
« sélitos, Cretenses y Arabes; á todos les oimos nosotros
« hablar, cada uno en nuestra lengua de las maravillas
« de Dios. » ¿Qué quiere decir un tal prodigio? Hubo
nunca mas, en efecto, despues de la confusion de las len-
guas, que fue el castigo del orgullo de los hombres, un pro-
digio mas asombroso, menos posible de obscurecer, mas

independiente del poder humano, y mas fuera del alcance de toda ilusion y de todo artificio? ¿Estos Judíos de todos los países y de todas las naciones, llegados de muy pocos dias á Jerusalem, pudieron ser por ventura comprados por los Apóstoles? ¿Pudieron formar entre sí concierto alguno de esta naturaleza? ¿Pueden ser sospechosos á la mas desconfiada malignidad? ¿Se conocen aun unos á otros? ¿Hubieran podido hablarse sin intérpretes? ¿No son ellos recíprocamente extranjeros unos á otros? ¿Su número no está fuera de toda sospecha? ¿Y el pasmo no es en todos el mismo?

Nada hay pues tan real y verdadero como el milagro que los tiene atónitos; ¡pero cuántos otros milagros encierra este milagro! ¿Qué maestro ha instruido en un momento á tantos discípulos de Jesucristo de tantas lenguas diferentes, tan opuestas por la pronunciacion y por el genio peculiar de cada una? ¿Quién ha unido en su memoria tantos nuevos términos á tantas ideas distintas? ¿Quién en medio de tantas lenguas súbitamente infusas, les hace escoger la que conviene, sin confundirla y sin alterarla con la mezcla de las demás? ¿Quién puede hacerlos pasar tan rápidamente de la una á la otra, y conservar en todas tanta fuerza, tanta dignidad, tanta elocuencia para celebrar las grandezas de Dios? En la confusion de las lenguas, Dios se contenta con borrar de la memoria de muchos las trazas de la primera que habia sido comun á todos, y de introducir de nuevas, pero para una sola: cuando aquí en un instante forma en la memoria de los discípulos trazas de muchas lenguas nuevas, que subsisten con la antigua. Y que mas puede desearse para quedar convencido de que es el mismo quien les inspira el uso de ellas, subministrándoles al propio tiempo la materia que han de tratar?

Para disputar la verdad de este prodigio, seria necesario negar todos los hechos que resultaron de él: negar el discurso de san Pedro: negar la conversion de los que le es-

cuchaban : negar el nacimiento de la Iglesia cristiana en Jerusalem : negar la santidad y el desinterés admirable de esta Iglesia ; y despues de todo esto , negar tambien la verdad de todas las cartas de san Pablo , en donde se habla muy á menudo de los dones milagrosos del Espiritu Santo , y en particular las que escribió á los Corintios , en donde se dice mucho sobre el don de lenguas. Es decir , que para no creer este hecho , necesariamente enlazado con todos los otros , que son indudables , seria menester no creer nada absolutamente ; y para no creer nada , atacarlo todo sin eleccion ni discernimiento , y renunciar por consiguiente á la razon y al buen sentido.

ARTICULO V.

Prueba segunda.

El súbito valor de los Apóstoles es una segunda prueba , tan manifiesta como la primera , del descenso del Espiritu Santo.

Pero á mas del milagro visible y manifiesto del don de lenguas , que prueba que la promesa hecha por Jesucristo queda cumplida , y que su Espiritu ha descendido sobre sus discípulos , el valor y la fuerza de estos no me asombran menos , y no me dejan dudar de que ellos han sido revestidos de aquella virtud de lo alto que tenian orden de esperar , y que han recibido aquel bautismo de fuego , que debia inspirarles un celo ardiente por la gloria de su Maestro , y consumir la parte de flaqueza y timidez que les quedaba.

Ellos se exponen todos sin precaucion y sin miramientos. Van los primeros delante de los peligros , en la capital , en el dia mas solemne , en presencia de todo el pueblo. No se valen de instrucciones secretas , ni de modos de insinuarse : anuncian claramente , en alta voz , sin rodeos , la resurreccion de Jesucristo , y su poder supremo en el

cielo y en la tierra, y repiten mil veces que es el mismo á quien los Sacerdotes y los Senadores han crucificado. ¿Hay otro ejemplo igual desde la creacion del mundo? ¿Ha sucedido alguna vez que la verdad haya sido de tal modo anunciada? La antigua ley ¿fue tal vez así publicada por hombres divinos en medio de sus enemigos? ¿Sobre qué modelo se han regulado pues los discípulos de Jesucristo? ¿En qué se apoyan? ¿Qué resultado esperan de una empresa al parecer temeraria? ¿Quién les ha respondido de que todo cederia y todo temblaria á su presencia? ¿Quién les ha prometido que sus palabras serian flechas inflamadas, que penetrarian el corazon de los que les escuchasen, y que les comunicarian el espíritu de que estaban ellos animados?

Y empezando por ellos mismos, ¿cómo han sido tan súbitamente transformados en otros hombres? ¿Cómo han pasado sin intervalo de una extrema precaucion á un valor que parece un exceso de temeridad? ¿Quién les ha dicho hoy que hablasen en alta voz y con tanta fuerza á los Judios de todo el universo, habiendo estado callados y ocultos hasta este momento? ¿A qué ejercicios se han dedicado durante su retiro, para ser tan atrevidos, tan intrépidos, para ir en busca del peligro? ¿Mas de qué utilidad les hubieran sido los ensayos y preludios en el secreto y á puertas cerradas? ¿Y cómo, no habiendo nunca hablado delante de los grandes y los sabios de la nacion sobre materias indiferentes, hubieran podido resolverse á echarles en rostro que ellos habian crucificado al Mesías esperado por suspadres, y que este Mesías estaba sentado á la diestra de Dios? Es evidente que son impulsados por un espíritu superior, que es á un tiempo su luz y su fuerza; espíritu que está seguro del resultado, y cuyo poder es superior á todos los obstáculos.

ARTICULO VI.

Prueba tercera.

El conocimiento sublime que los Apóstoles tienen de las Escrituras, y que les es infundido en un mismo momento, es una tercera prueba así mismo concluyente del descenso del Espíritu Santo.

Es imposible desconocer este prodigio, no solo en el valor y fuerza que Dios inspira á los discípulos de Jesucristo, sino tambien en el conocimiento sublime que les dió de los misterios y de las Escrituras. Pues pasma á la verdad el modo con que las tiene presentes san Pedro, el cual no dice sino lo que los otros habian aprendido del mismo Maestro que él: ;cómo penetra su sentido, con qué limpieza lo explica, con que fuerza lo sostiene, desde la profecía de Joel, cuyo cumplimiento demuestra! (1) Hace ver por las palabras de David, que el Mesías debe morir y resucitar; que despues de su resurreccion, debe subir al cielo y sentarse á la diestra de su Padre, y que de allá ha de enviar su Espíritu á sus discípulos. Y para que no pueda torcidamente referirse á la persona de David el sentido profético que él aplica al Mesías, demuestra por medio de un sólido raciocinio que el verdadero sentido de la Escritura no puede tener otro objeto que Jesucristo y no David, el cual no era sino su intérprete y su profeta.

En otro discurso (2) que pronuncia poco despues y en una ocasion no prevista (3) cita improvisadamente otros pasajes de la Escritura (4) con la misma claridad y el mismo discernimiento; y añade, en general, que todos los

(1) Cita de los salmos 15, y 409.

(2) Deut. 48. 43.

(3) Gen. 42. 3.

(4) Act. 3. 24.

profetas, desde Samuel, no tuvieron mas objeto que Jesucristo, y los misterios que él habia cumplido. Por fin, hallándose prisionero con san Juan, (1) y citado ante el tribunal mas augusto de la Nacion, dice en alta voz que Jesucristo era aquella piedra misteriosa (2) predicha por David y por Isaías (3), que arquitectos ciegos habian desechado, pero que habia venido á ser la piedra angular; que por él solo se podia ser salvo, y que Dios no habia dado á los hombres ningun otro nombre que el suyo por fundamento de salud.

¿Quién hubiera esperado tanta sabiduría y tal conocimiento de los escritos de los profetas, (4) que son la parte mas difícil de las Escrituras? ¿De dónde han sacado una luz tan pura y tan sublime estos hombres sin letras, y tan groseros que apenas entendian lo que en términos claros les decia Jesucristo? ¿Quién de ellos les ha servido de maestro desde que está ausente Jesucristo? Cómo se ha abierto su espíritu, cuando ya no les ha sido dado el consultarle? ¿Quién les ha hecho ver en todos los profetas los misterios de su muerte, de su resurreccion y de su ascension al cielo si tienen pruebas que ha resucitado? ¿Quién les ha hecho acordar de lo que habian oido de él durante su vida, pero que ellos habian retenido tan mal en su memoria? ¿Y quién les ha descubierto tantas nuevas verdades, si ellos no han recibido el Espíritu de verdad que les habia sido prometido, y que debia recordarles lo que habian olvidado, y enseñarles todo lo saludable para ellos y para la Iglesia? Sus mismos enemigos se ven forzados á confesar que esto les pasa, y que hay algo de extraordinario en la sabiduría y en la firmeza de unos hombres criados en la bajeza y en la ignorancia.

(1) Act. 4. 11.

(2) Ps 417.

(3) Isaías 28.

(4) Homines sine litteris et idiotæ; «dicen los Sacerdotes y los Senadores de los Judíos reunidos en asamblea. Act. 4. 12.»

CAPITULO XVI.

Continúa la misma materia. — Pruebas que el Espíritu Santo descendió realmente sobre los Apóstoles. — Cuarta prueba: Docilidad milagrosa de muchos Judíos á la palabra de los Apóstoles. — Quinta prueba: Repentino y milagroso desinterés de la Iglesia de Jerusalem. — Súbita perfeccion de esta iglesia naciente. — Sexta prueba: Cumplimiento manifiesto y sensible de lo que los profetas habían predicho de una ley nueva é interior. — Séptima prueba: Maravillosas relaciones de conformidad y de diferencia contra la antigua y nueva ley, las cuales demuestran que la nueva empezó en la muerte de Jesucristo y recibió su perfeccionamiento de la mision del Espíritu Santo.

ARTICULO I.

Prueba cuarta.

Docilidad milagrosa de muchos Judíos á la palabra de los Apóstoles.

Dejemos empero los Apóstoles por un momento, y veamos lo que opera el Espíritu de Dios en los que les escuchan; con que facilidad les vuelve dóciles; como ablanda su corazon, y como forma casi en un instante un pueblo nuevo, humilde, fiel, igualmente penetrado de amor y de espíritu de penitencia, de aquella multitud que tenia los oídos tan incircuncisos como el corazon. Un solo discurso, que es el primero, convierte tres mil, y el segundo convierte otros cinco mil. Comunicase la fe como una llama abrasadora, y la Iglesia, poco hace estéril, queda asombrada de su propia fecundidad. Cada vez que Pedro echa las redes, renueva el prodigio de las dos pescas mi-

lagrosas , y los peces mas escogidos se apresuran á correr á él y á su barquilla.

¿ De dónde puede venir un resultado tan admirable y tan contrario á todas las preocupaciones de los que tenian formadas tan falsas ideas del Mesias , de la verdadera justicia y de la verdadera salud ? ¿ Cómo pueden tan prontamente resolverse á creer en el mismo que han crucificado , y á quien condenó lo mas grande ó ilustrado de su pueblo ? ¿ Qué ha venido á ser para ellos el escándalo de la cruz ? ¿ Quién les ha revelado el precio de los sufrimientos y de las ignominias de Jesucristo ? Si los Apóstoles les hubiesen predicado pocos dias antes semejante doctrina , ¿ cómo hubieran llamado su atencion , y cual habria sido el fruto de sus palabras , destituidas de la eficacia del Espiritu Santo ? Este Espiritu divino es quien las hace penetrar hasta el corazon. Él es quien concede á los discípulos un éxito que no habia tenido su Maestro , hablando en persona , pues no convenia que fuese dado el Espiritu Santo , antes que Jesucristo hubiese entrado en su gloria. Y es evidente que todo esto es el efecto de aquella promesa : (1) « Yo derramaré mi espíritu sobre toda carne : le derramaré sobre mis servidores y sobre mis servidoras. »

ARTICULO II.

Prueba quinta.

Inmediato y milagroso desinterés de la Iglesia de Jerusalem. Perfeccionamiento súbito de esta Iglesia naciente.

Si los que escucharon á san Pedro y á los Apóstoles se hubiesen contentado con creer , no hubiera dejado de ser un estupendo milagro. Pero ellos pasan ya de golpe á imi-

(1) Joel.

tar el desinterés de los Apóstoles. Abandonan y venden sus bienes, y traen el precio á los pies de los que les han hecho conocer á Jesucristo. Todos quieren ser igualmente pobres, depender igualmente del cuidado de la Providencia, nada tener de propio ni de particular. No forman mas que un solo corazon y una alma sola, sin ocuparse sino en la esperanza de los bienes futuros. Viven de la oracion y de acciones de gracias, y se han convertido en un pueblo de reyes y de sacerdotes, cuyo único cuidado es la Religion y el culto de Dios, dejando á otros el cultivo de la tierra y el proveer á su alimento. ¿De dónde les ha venido en tan poco tiempo una virtud tan sublime? ¿Y de dónde les vino al mismo tiempo la idea de esta virtud? Por tan perfecto desinterés ¿quién reconoceria aquellos hombres que en las Escrituras no veian sino recompensas temporales, y que solo se interesaban y movian por el amor de los bienes presentes y por el temor de perderlos? ¿Quién ha hecho caer de sus manos todo lo que miraban como grande y como precioso? ¿Y quién les ha descubierto un tesoro antes á ellos desconocido? ¿Quién les ha tan repentinamente elevado hasta la derecha del Padre en donde está sentado Jesucristo? ¿Quién les ha convertido en ciudadanos del cielo? ¿Y quién les tornó tan asombrosamente conformes con los espíritus celestiales?

¿Por cuál prodigio el amor propio, que separa todos los hombres, haciendo que cada uno de ellos tenga su fin y objeto particular, y mire los intereses de los demás como opuestos á los suyos, se ha trocado en una caridad tan pura, tan generosa, tan enemiga del divorcio que la distincion de los bienes ha puesto entre los hombres? ¿Quién pudo reformar tantos corazones injustos y corrompidos, refundirlos, por decirlo así, y convertirlos en un solo corazon y en una sola alma, sin que haya exteriormente mediado sino la simple predicacion de aquellos á quienes hacia hablar el Espiritu Santo? ¿Qué otra virtud sino la suya hubiera podido prescindir tan maravillosamente de las prepa-

raciones y de la accion progresiva del tiempo para cambio tan admirable, dar la perfeccion ya en el momento de nacer, haciendo que la Iglesia concibiera, diera á luz y diera tambien la edad perfecta á tantos justos en un instante mismo?

Imposible es el dejar de reconocer en estos prodigios, mayores sin comparacion que todos los obrados por Dios en la antigua ley, el espíritu de gracia y de libertad que enseña al hombre interiormente, llevándole mucho mas allá de sus propias fuerzas por el amor, de lo que no habian hecho los Apóstoles por sus exhortaciones y por sus consejos; pues estos se habian contentado con decirles, cuando les preguntaban á ellos lo que debian hacer, que se preparasen al bautismo por medio de la penitencia, para lograr la remision de sus pecados (1) y para recibir el don del Espíritu Santo, sin hablarles de dejar sus bienes, y de consagrarse únicamente al culto de Dios. Pero el maestro interior que les instruía, haciéndoles dóciles á la palabra de los Apóstoles, é inspirándoles la penitencia, añade á los preceptos los consejos, y les hace capaces de todo, comunicándoles su unción y su fuerza.

ARTICULO III.

Prueba sexta.

El cumplimiento manifiesto y sensible de lo que habian predicho los profetas sobre una Ley nueva é interior.

Así es como quedó cumplida la mas importante de las promesas que hay en la Escritura, despues de la del Mesías: y que en vez de una ley exterior que mostrase al hombre sus deberes, sin infundirle el amor hácia ellos, y que le

(1) Act. 2. 37.

convenciese de su propia iniquidad , sin hacérsela odiar ; le da Dios otra ley interior y secreta , que cambia su corazon y sus inclinaciones , y que le hace amar lo mismo que Dios le manda. « Vendrá un tiempo , dice el Señor por su Profeta (1), en que yo haré una nueva alianza con la casa de Israel y con la casa de Judá : no segun la alianza que hice con sus padres el dia en que los tomé por la mano para hacerlos salir de Egipto , porque no se han conservado en aquella alianza que yo habia hecho con ellos , y por esta razon los he menospreciado (2) , dice el Señor. Imprimiré mis leyes en su interior , y las escribiré en su corazon , y seré su Dios , y ellos serán mi pueblo : y ninguno de ellos tendrá necesidad de enseñar á su prójimo y á su hermano diciéndole : Conoced al Señor ; porque todos me conocerán desde el mas pequeño hasta el mas grande. Porque yo les perdonaré sus iniquidades , y no me acordaré mas de sus pecados. »

No puede ponerse la menor duda en que llegó ya el tiempo de que habla el Profeta , pues sucede puntualmente todo cuanto este predijo. Y á la verdad , ¿ á qué otro tiempo se diferiría su cumplimiento , viendo con que ardor las primicias de Judá y de Israel corren hácia el bien y la virtud , con que celo se consagran á Dios , con que perfeccion cumplen su voluntad , sin que tengan otros motivos que su amor , sin que sea menester impelerlos ni exhortarlos exteriormente , y sin que parezcan tener necesidad del ministerio de los Apóstoles , ni aun para saber de ellos lo que se ha de creer y lo que se ha de esperar , estando su corazon pronto á todo , preparado á todo por el espíritu interior que le ha reformado y que le dirige.

Jamás se presentarán señales mas sensibles ni mas indudables de que la nueva alianza ha sucedido á la antigua :

(1) Jerem. 31, 22. et Hebr. 6. 8.

(2) Segun el texto hebreo : He llegado á ser su amo , equivale á tengo derecho de tratarles segun mi voluntad , lo que resulta de los Setenta , seguidos por san Pablo.

jamás se verá la ley interior grabada en el corazón con mas claros y evidentes caracteres; y si lo que estamos viendo no es el efecto de la promesa del Profeta, preciso es que otro, no siendo el Señor, pero que hablaba por él, haya prevenido su ejecución, ó la haya tan perfectamente imitado que todo el mundo se haya engañado en esta imitación. Y en este caso no se deben mirar las profecías como formales, ni su cumplimiento como prueba de su verdad.

ARTICULO IV.

Prueba séptima.

Maravillosas relaciones de conformidad y de diferencia entre la antigua y la nueva Ley, las cuales demuestran que la nueva empezó en la muerte de Jesucristo, y recibió su perfeccionamiento de la misión del Espíritu Santo.

Es pues constante que la nueva alianza ha sucedido á la antigua, la cual no era mas que su sombra y su figura, y que debia desaparecer, segun que Dios mismo lo habia predicho, cuando él grabaria la ley en el corazón de los hombres en vez de esculpirla en la piedra. Y acaban de persuadirme las relaciones que él ha puesto entre las dos alianzas, siendo de la mayor importancia el que observe detenidamente estas relaciones de conformidad ó de diferencia, á fin de que penetre mejor su espíritu y su fin.

Paréceme que la antigua alianza empezó propiamente el día en que fue inmolado al cordero pascual, y que las casas de los Hebreos, teñidas con su sangre, fueron perdonadas por el Ángel del exterminio que quitó la vida á todos los primogénitos del Egipto. Entonces fue cuando Dios tomó por la mano á los Israelitas para sacarlos de la esclavitud y para atraerlos á sí, y cuidar de ellos enteramente. Purificóles despues por una especie de bautismo abriéndoles paso por entre las aguas que anegaron á sus enemigos. Condú-

joles despues á la montaña de Siná, en donde, antes de darles su ley, les hizo proponer por Moisés, como una condicion esencial al tratado que iba á hacer con ellos, el obedecerle en todo; á lo que respondieron ellos sin vacilar que estaban prontos á obedecerle, y que podia mandarles lo que fuese de su agrado. Dios descendió sobre la montaña, cuya cima estaba cubierta de llamas, y el resto cubierto de una densa nube; é hizo pronunciar por un ángel los diez célebres mandamientos, con un tono de voz tan espantoso y terrible, que el pueblo aterrorizado se puso á huir, pidiendo como una gracia que Dios no le hablase mas sino por medio de Moisés su servidor. Este era el dia quin cuagésimo despues de la inmolacion del cordero pascual; y la fiesta que se instituyó para conservar la memoria de este hecho, se llamó por esta razon el Pentecostes.

El pueblo de Israel, que habia prometido á Dios una fidelidad y una obediencia á toda prueba, cayó pocos dias despues en la mas vergonzosa idolatría, á la falda misma de la montaña en donde habia sido jurada la alianza, y sellada con la sangre de las víctimas que Moisés habia derramado sobre doce grandes piedras, que representaban las doce tribus. Testigo Moisés de una violacion tan pública, tan pronta, y tan libremente cometida, rompió en un momento de cólera las dos tablas de piedra en las que Dios habia escrito la Ley. Y desde aquel momento, no subsistió ya la alianza sino para la maldicion, á la cual se habia sometido el pueblo; pero Dios que tuvo á bien continuarla, la hizo servir de figura á la nueva, que tenia en su pensamiento, y cuyo mediador seria el Mesías; cargando la primera de muchas observancias, sacrificios y ceremonias que prometian los bienes de que ella carecia, y que habian de ser el fruto de la nueva.

Esta ley no era sino para los Judíos, pues excluia todos los demás pueblos. Para ser á ella admitido, era indispensable recibir la circuncision, y sujetarse á todas las observancias que parecian ser el único canal de la justicia, y el

medio único de agradar á Dios, y mientras esta alianza con un pueblo particular subsistia, todos los demás eran tratados como extranjeros y como impuros, de los cuales eran figura los animales que la ley de Moisés excluía de los sacrificios y del uso comun.

La nueva alianza empezó como la antigua por la inmolation del Cordero pascual, no del que no podia ser sino una víctima muda y sin razon ni conocimiento de la justicia de Dios ni de los pecados de los hombres, sino de aquel, que siendo la justicia y la inocencia misma, habia tenido á bien cargarse de las iniquidades de todos los pecadores, para morir en lugar suyo, y para merecerles por su obediencia una perfecta reconciliacion con su eterno Padre.

Su sangre no se ha aplicado á la puerta y á la superficie de las casas, ni derramado sobre doce piedras, representando mas naturalmente la dureza de los Judíos que sus doce tribus. Ha penetrado sí hasta la conciencia, y hasta sus mas ocultas profundidades; la ha purificado de sus manchas, y de un lugar profano é impuro la ha convertido en un templo dedicado y consagrado á él solo.

El bautismo que ha seguido, anegando al pecador, ha dado principio á un nuevo hombre. El viejo Adan ha quedado en las aguas, y Jesucristo ha resucitado, y del Espíritu y del agua ha nacido una criatura nueva. Y el mundo nuevo ha sido formado sobre el modelo del antiguo, que habia sacado su origen de las aguas y del Espíritu que las fecundaba.

El pueblo nacido de este modo no se atribuyó á sí mismo la justicia, antes reconoció que de sí no tenia sino la mentira y el pecado. Fundó sobre la alianza que Dios con él hacia, la esperanza de guardarle fidelidad, esperando de su gracia sola la docilidad y la obediencia, y reconociendo con humildad que no tenia otro derecho á esta gracia sino la promesa que él le habia hecho.

Preparóse pues á recibirla por medio de oraciones ardientes y continuas; y cincuenta dias despues de la inmo-

lacion del cordero pascual , Dios mismo en persona descendió del cielo , simbolizado por el viento y por el fuego ; y sin hacer resonar por de fuera el sonido exterior de su ley , vino á grabarla él mismo en el corazon ; ó mas bien , vino á ser él mismo la ley viviente del corazon , inundándole de una caridad celeste , y haciéndole hallar en su propio deber su paz y su consuelo.

En el corazon pues era en donde su ley debia escribirse , pues el corazon era quien debia cumplirla : y era del todo inútil que estuviese grabada en la piedra ó en otro lugar cualquiera , mientras que el corazon fuese enemigo de ella ; y poco le importaba esta enemistad , pues ella le prohibia el amar lo que él tenia por su felicidad , y le prescribia lo que él no amaba. Para hacer pues al hombre obediente , era preciso mudarla. ¿ Y qué otra mano podia mudarla sino la de Dios ?

El Espíritu Santo , constituido el legislador interior del hombre , se ha constituido tambien su fuerza y su valor. Y en vez de que los Israelitas , tan presuntuosos como perjuros , renunciaron gratuitamente á la alianza que Dios acababa de contractar con ellos , prefiriendo á él un ídolo ; los Discípulos de Jesucristo , llenos de su espíritu y de su fuerza , se ofrecen á los mayores peligros , confiesan su nombre ante sus enemigos , sin verse forzados á ello , y toman la resolucion de sujetarle todo el universo , atacando todas sus falsas divinidades , y haciendo pedazos todos sus ídolos.

Como la nueva ley , de la cual son á un tiempo los primeros discípulos y los primeros predicadores , es gratuita , interior , independiente de las observancias legales y de las distinciones del pueblo Judío con los demás ; tiene por primero y principal carácter el reunir todas las naciones , reuniendo en los Apóstoles todas las lenguas que las dividen , y que son un obstáculo exterior á la unidad de un mismo culto , y á la esperanza de una misma herencia. La nueva ley las llama á todas igualmente , dando á sus ministros el medio de ser entendidos de todos ; y así como las Escrituras

no habian sido hasta entonces confiadas mas que á una sola familia , y escritas en una sola lengua , el Espiritu Santo en un momento hace tantas versiones de las Escrituras y de las promesas de que estas se hallan llenas , cuantos son los pueblos á quienes su misericordia resolvió hacérselas familiares por el ministerio de los Apóstoles.

Por esta admirable conducta repara los males que la division de las lenguas (uno de los mas formidables castigos con que Dios castigó el orgullo de los hombres) habia causado en el mundo , en el cual habia introducido la ignorancia , la supersticion , la idolatria , el olvido de la promesa del Mesias , la indiferencia y hasta el odio de las naciones entre sí , como si ellas hubiesen tenido un origen tan diferente como el lenguaje. El Espiritu Santo en el dia de Pentecostes las restableció todas en sus antiguos privilegios; las reunió como en otro tiempo bajo un mismo jefe , y en una misma familia , las admitió á las promesas del Mesias , y por él á todos los bienes de los cuales ellas no tenian esperanza , ni aun idea.

Empieza por los Judíos esparcidos por todo el mundo , que acuden á su presencia en Jerusalem , como por medio de sus diputados , y que sabrán por ellos á su regreso , que la salud está anunciada á todos , y que toda lengua ha empezado ya á confesar que Jesucristo está en la gloria de Dios su Padre. El enviará despues los Apóstoles á los Gentiles de quienes serán aquellos entendidos sin necesidad de intérpretes. Y para manifestar ya desde ahora lo que tiene resuelto hacer en todo el universo , forma súbitamente una Iglesia , de la que estan desterradas todas las divisiones , en la cual todo es comun , todos los fieles se sienten animados del mismo Espiritu , y todo el mundo no tiene sino un corazon , así como no conoce mas que un lenguaje.

Ved ahí ciertamente lo que el hombre no pudo hacer , ni aun pudo imaginar. Ved ahí como estas dos alianzas se corresponden sin asemejarse. Ved ahí lo que las une y las distingue. Y jamás se admirará bastantemente el modo con

que Dios preparó la una por medio de la otra, y como ha hecho sensible el cumplimiento de la segunda por sus relaciones y por sus diferencias con la primera.

CAPITULO XVII.

Pruebas de la verdad de la Religion cristiana y de los misterios de Jesucristo por los dones milagrosos de que se hallaban como inundadas las iglesias fundadas por los Apóstoles y que los Apóstoles comunicaban á los fieles por medio de la imposicion de sus manos. — Primera prueba: Multitud y variedad de estos dones milagrosos, públicos, exteriores y por consiguiente indudables. — Segunda prueba: efusion de estos dones sobre Cornelio y sobre su familia, que determina san Pedro á admitir al bautismo á los Gentiles sin sujetarlos á la circuncision, y que justifica su conducta. — Tercera prueba: La efusion de los mismos dones sobre los fieles de Efeso. — Cuarta prueba: Admiracion de Simon Mago, y su deseo de comprar el poder de comunicar los dones milagrosos. — Quinta prueba: Inculpaciones que hace san Pablo á los de Galacia. — Sexta prueba: Verdad y notoriedad de los dones milagrosos, demostradas por las instrucciones que da san Pablo á los de Corinto, para señalarles el precio y el uso que deben hecer de ellos, y para impedir la confusion que su multitud y su variedad causaba en sus asambleas. — Fuerza de un testimonio tan sensible y tan divino con respecto á Jesucristo y á la Iglesia. — Última prueba de la verdad de los demás milagros y de la Religion cristiana: El poco caso que de él hacen los Apóstoles en comparacion de la caridad. — Carácter de la verdadera Religion, que consiste en tener lo que sirve para demostrarla, y en preferir á esto lo que la santifica.

ARTICULO I.

Prueba primera.

Multitud y variedad de estos dones milagrosos, públicos, exteriores, y por consiguiente indudables.

Hasta aquí hemos visto por cuantas pruebas evidentes y sensibles quedaba demostrada la venida del Espíritu Santo; pero hemos pasado con demasiada ligereza sobre los dones milagrosos de que el Espíritu Santo inundó, por decirlo así, los Apóstoles y los otros discípulos de Jesucristo, y nos consideramos obligados á volver á ellos para examinar su verdad, su diversidad, los usos para que servian, y para manifestar cuan decisivo es un testimonio tan público y tan augusto para la verdad de la Religion cristiana en general, y en particular para la certitud de la resurreccion y de la ascension de Jesucristo, y de su supremo poder en el cielo y en la tierra; pues que todos esos dones milagrosos, y el mismo Espíritu Santo que los comunica con tanta profusion á sus discípulos, son el cumplimiento de su promesa, la recompensa de sus humillaciones y de su muerte, y la prueba de que estas han reconciliado los hombres con su Padre celestial.

San Pablo en su carta primera á los de Corinto, hace la enumeracion de estos dones espirituales (1). « Hay, dice, « diversidad de dones, aunque uno mismo es el Espíritu...

(1) Divisiones gratiarum sunt idem autem Spiritus. Unicuique autem datur manifestatio Spiritus ad utilitatem. 1. Cor. 12. 4. et 7.

Alliquidem per Spiritum datur sermo sapientiæ; alii autem sermo scientiæ....Alteri fides....Gratia sanitatum, operatio virtutum....Prophetia, discretio Spiritum, genera linguarum....Interpretatio sermonum: hæc autem omnia operatur unus atque idem Spiritus, dividens singulis pro ut vult. Ibid.

« Pero los dones visibles del Espíritu Santo se dan á cada
 « uno para la utilidad (*esto es para el bien comun de la Igle-*
 « *sia y segun las necesidades de esta*) Así el uno recibe del
 « Espíritu Santo el don de hablar con sabiduría, el otro re-
 « cibe del mismo Espíritu el don de hablar con ciencia : á
 « este le da el mismo Espíritu una fe ó confianza extraordi-
 « naria ; al otro la gracia de curar enfermedades por él mis-
 « mo Espíritu ; á quien el don de hacer milagros ; á quien
 « el don de profecía ; á quien discrecion de espíritus ; á quien
 « don de hablar varios idiomas ; á quien el de interpretar
 « las palabras ó razonamientos. Mas todas estas cosas las
 « opera el mismo indivisible Espíritu , repartiéndolas á ca-
 « da uno segun le place. »

Entre todos estos dones , solo hay los de sabiduría , de ciencia y de fe , que á primera vista no aparezcan tan claramente sobrenaturales y milagrosos como los demás. Pero , ya que San Pablo los pone en primera línea sobre los demás , menester es que los considere mas divinos é importantes , y que por el don de hablar con sabiduría entienda un conocimiento profundo de las Escrituras y de los misterios , junto á una claridad y á una facilidad en el raciocinio que sean superiores al uso ordinario , y que indiquen la operacion divina sobre todo en hombres antes groseros y carnales. Por el don de hablar con ciencia debe entender algo de mas sublime y elevado que una erudicion comun , una inteligencia de las verdades de salud digna de un Apóstol , y acompañado de una fuerza y de una eficacia en el discurso , que conmueva y que persuada. Por la palabra fe , es indudable que no se trata de aquella que es esencial á la justicia cristiana , y que se mantiene secreta y oculta , sino de la que opera los milagros , y que consistiendo en la íntima persuasion de que se ha recibido el poder de hacerlos , no tanto pertenece al que le tiene como á la Iglesia en cuyo provecho se obran , y no puede dejar de ser el efecto de una operacion evidentemente sobrenatural.

El mismo Apóstol nos señala la categoria y el orden de

estos mismos dones (1). « Dios, dice, estableció en su Iglesia primeramente apóstoles; en segundo lugar profetas, « y en tercer lugar doctores. Después los que tienen la virtud de hacer milagros; en seguida los que tienen la gracia de curar las enfermedades; los que poseen el don de asistir á sus hermanos; los que tienen el don de gobernar; « los que tienen el don de lenguas, y los que tienen el don « de interpretarlas. » En este pasaje vemos añadido á los dones que ya conocíamos, el de asistir y de consolar á los demás, y el de conducirlos con sabiduría y discernimiento, pero de un modo, que era visiblemente una gracia particular é inspirada, mas bien que el efecto de talentos naturales.

San Pablo, por fin, en otro lugar, añade aun nuevos dones á la enumeración que de ellos habia hecho. « Cuando « os congregais, dice (2), uno de vosotros se halla inspirado de Dios para hacer un himno, otro para instruir, este « para revelar alguna cosa de Dios, aquel para hablar lenguas, otro para interpretarlas: hágase pues todo para la « edificación. » Es decir que los dones milagrosos eran sin número, y que la presencia del Espíritu Santo los diversificaba al infinito.

Muchos, y con especialidad los Apóstoles, reunian en su persona grande número de estos dones, pero era lo mas comun que cada uno tuviese su don particular. Y en esto no tenia parte la elección ni la libertad del hombre. Únicamente el Espíritu Santo era el (3) que los distribuía, segun su voluntad, y para el bien de la Iglesia mas que para el bien de aquellos que los recibian. « ¿ Son todos apóstoles? « decia San Pablo (4) ¿ Son todos profetas? ¿ Son todos doc-

(1) 1. Cor. 12. 28.

(2) Cum convenitis, unusquisque vestrum psalmum habet, doctrinam habet, Apocalypsim habet, linguam habet, interpretationem habet, omnia ad edificationem fiunt. 1. Cor. 14. 26.

(3) Dividens singulis pro ut vult. 12, 11.

(4) 1. Cor. 12. 29.

« tores? ¿Hacen todos milagros? ¿Tienen todos la gracia
 « de curar las enfermedades? ¿Hablan todos muchas len-
 « guas? ¿Poseen todos el don de interpretarlas?... ¿Si todo
 « el cuerpo fuese ojos (1), donde estaria el oido? ¿Y si todo
 « fuese oido, donde estaria el olfato? Mas Dios ha puesto en
 « el cuerpo muchos miembros, y los ha colocado en él, ca-
 « da cual segun su beneplácito. » Esta es la comparacion de
 que se sirve, y que explica en todo el capítulo de una ma-
 nera divina.

¿Es menester mas que este sencillo relato, al cual no ha
 añadido ninguna reflexion, porque de ninguna necesita,
 para persuadir que todos estos dones eran reales, públicos,
 conocidos de todo el mundo? San Pablo no trata de esta-
 blecer su verdad, sino que la supone. Y toda su peroracion
 á los Corintios seria una insensatez, si no hubiera habido
 entre ellos nada de sobrenatural; si ninguno de ellos hacia
 milagros, si ninguno curaba las dolencias por la invocacion
 del nombre de Jesucristo, si ninguno era profeta, si nadie
 entre ellos hablaba otra lengua que la griega.

Pero un hecho de tal importancia merece ser probado
 con todo ahinco, y jamás será excesivo el trabajo que para
 ello se emplee; porque interesa á la Religion el demostrar
 su certitud de un modo que haga la duda imposible.

ARTICULO II.

Prueba segunda.

Efusion de estos dones sobre Cornelio y sobre su familia, que determi-
 nó á san Pedro á admitir al bautismo los Gentiles, sin sujetarlos á la
 circuncision, y que justificó su conducta.

Escrito está en los Actos de los Apóstoles que san Pedro,
 habiendo venido á Joppe de Cesarea á instancia de un ofi-

(1) Cor. 17.

cial romano nombrado Cornelio, para anunciarle á Jesucristo, y hablándole de los misterios de su muerte y de su resurreccion, aun antes que este oficial y todos los que él habia reunido en su casa hubiesen recibido el bautismo; el Espiritu Santo descendió sobre ellos, les comunicó el don de lenguas, los hizo profetas, y renovó para ellos (1) todo lo que habia hecho para los primeros discípulos, reunidos en Jerusalem el dia de Pentecostes. Hállase tambien escrito en el mismo libro, que cuando san Pedro estuvo de regreso á Jerusalem, algunos de los fieles circuncidados le preguntaron con cierto tono de censura y de queja porque habia entrado en casa de hombres incircuncisos, y porque habia comido con ellos; y que este Apóstol, para justificar su conducta, les refirió por su órden todo lo que habia pasado. Encarecidamente pido que se le escuche con atencion, y que se juzgue si una relacion tan circunstanciada (2), tan necesariamente ligada con el mas grande acontecimiento del mundo, cual es la conversion de los Gentiles, tan público, tan contrario á las preocupaciones de la mayor parte de los Judíos, aun de los fieles, tan atestiguado por ambos lados, el de los Judíos y el de los Gentiles, tan dependiente de cosas imprevistas y sobrenaturales, puede dejar de ser mirado como indudable.

« Estaba yo en la ciudad de Joppe en oracion, y vi en
 « éxtasis una vision de cierta cosa que iba descendiendo, á
 « manera de un gran lienzo descolgado del cielo, por las
 « cuatro puntas, que llegó junto á mí. Mirando con aten-
 « cion, me puse á contemplarlo, y le vi lleno de animales
 « cuadrúpedos terrestres, de fieras, de réptiles y de volá-
 « tiles del cielo. Al mismo tiempo oí una voz que me decia:
 « Pedro, levántate, mata y come. Yo respondí: De ningun
 « modo, Señor; porque hasta ahora no ha entrado jamás en
 « mi boca cosa profana ó inmunda. Mas la voz del cielo,

(1) Act. 10.

(2) Act. 11.

« hablándome segunda vez me replicó : Lo que Dios ha pu-
« rificado , no lo llames tú impuro. Esto sucedió por tres
« veces , y luego todo aquel aparato fue recibido otra vez
« en el cielo. Y en aquel mismo punto llegaron á la casa en
« que estaba yo hospedado tres hombres , que eran envia-
« dos á mí de Cesarea. Y me dijo el Espíritu que fuese con
« ellos sin escrúpulo alguno. Vinieron así mismo estos seis
« hermanos que me acompañan , y entramos en casa de
« aquel hombre que me envió á buscar. El cual nos contó
« como habia visto en su casa un ángel que se le presentó
« delante , y le dijo : Envía á Joppe y haz venir á Simon ,
« por sobrenombre Pedro , quien te dirá las cosas neces-
« rias para tu salvacion y la de toda tu familia. Habiendo
« pues yo empezado á hablar , descendió el Espíritu Santo
« sobre ellos , como descendió al principio sobre nosotros.
« Entonces me acordé de lo que decia el Señor : Juan á la
« verdad ha bautizado con agua , mas vosotros seréis bau-
« tizados con el Espíritu Santo. Pues si Dios les dió á ellos
« la misma gracia , y del mismo modo que á nosotros que
« hemos creído en nuestro Señor Jesucristo , ¿ quién era yo
« para oponerme al designio de Dios ? »

Este discurso tan sabio como humilde , convierte las quejas en acciones de gracias , y todos alabaron á Dios por la bondad que habia mostrado en conceder tambien á los Gentiles la penitencia y la salud , de lo cual habia sido una prueba tan patente el bautismo de fuego y los dones milagrosos del Espíritu Santo. Inútil seria acumular mas reflexiones sobre este punto. Esta peroracion trae consigo las pruebas de su certitud , y no puedo formar tan mala opinion de nadie para creerle capaz de ponerla en disputa. Añadiré únicamente que mientras san Pedro estaba hablando á Cornelio y á su familia , el Espíritu Santo escogió para descender sobre ellos el momento en que este Apóstol decia : « que todos los Profetas daban este testimonio á « Jesucristo , que cualquiera que creyese en él , recibiria

« por su nombre la remision de los pecados. » (1) queriendo de esta manera atestiguar que todos los profetas habian hablado por inspiracion suya, y que no habian hablado sino de Jesucristo y de sus misterios futuros, á los cuales servia de cumplimiento y ponia el sello su venida y la distribucion de sus dones.

ARTICULO III.

Prueba tercera.

Efusion de los mismos dones sobre los fieles de Efeso.

Está así mismo escrito en el mismo libro de los Actos: (2) que habiendo san Pablo venido á Efeso, encontró allí algunos discípulos; que les preguntó si despues que estaban convertidos á la fe, habian recibido el Espíritu Santo; y que habiendo conocido por su respuesta que ni aun sabian que existiese un Espíritu Santo, pues que no habian recibido sino el bautismo que san Juan habia predicado para preparar á la penitencia y á la fe del Mesías, él los hizo bautizar en nombre del Señor Jesus, y les impuso las manos (3) á fin de que recibiesen el Espíritu Santo, el cual descendió sobre ellos; por manera que á la misma hora hablaron diversas lenguas y empezaron á profetizar. ¿Cómo puede haber sospecha en un hecho de tal naturaleza en el lugar mismo en que se refiere, atendida la trabazon que tiene con otras circunstancias indudables, y de la manera sencilla y natural con que está escrito? ¿Cómo, repito, puede sospecharse el que haya sido supuesto?

(1) Act. 40. 43. etc.

(2) Act. 49. 4.

(3) Cum iposnuisset illis manus Paulus, venit Spiritus Sanctus super eos, el loquebantur linguis et prophetabant. 49. 6.

ARTICULO IV.

Prueba cuarta.

Rasmo de Simon el Mago, y su deseo de comprar el poder de comunicar los dones milagrosos.

Lo mismo puede decirse acerca lo que leemos de Simon el Mago. (1) Este impostor habia de tal manera seducido los Samaritanos por medio de sus prestigios, que estos le miraban casi como una divinidad, llamándole la grande virtud de Dios. Pero cuando san Felipe, uno de los siete diáconos, le hubo anunciado á Jesucristo, y despues de haber obrado á su presencia grandes prodigios; este impostor, que conoció mejor que nadie cuanto distaban estos de sus ilusiones, quedó tan sorprendido, que pidió el bautismo, y le recibió. Su admiracion y su sorpresa aumentaron infinitamente cuando san Pedro y san Juan vinieron á Samaria para imponer las manos sobre todos aquellos que no habian podido recibir de san Felipe sino el bautismo, y para darles el Espíritu Santo con las señales milagrosas que le acompañaban. Porque veia, que el don de milagros, tan grande ya por sí mismo, era lo menos maravilloso que habia en los Apóstoles, y que el poder de comunicar este mismo don á sus discípulos, se parecia al del mismo Dios. Entonces fue cuando este hombre, que solo habia preferido la verdad á la magia porque esperaba sacar de aquella mas honor, ofreció dinero á san Pedro para que le vendiese el mismo poder de hacer milagros y de comunicarle: y cuando aquel Apóstol le hizo esta digna respuesta: *Perezca contigo tu dinero, ya que has creído que podía comprarse el don de Dios.*

(1) Act. 8.

ARTICULO V.

Prueba quinta.

Reconvenciones que hace san Pablo á los de Galacia.

Pero, no obstante todo esto, quiero aun suponer que pueda con algun fundamento desconfiarse de la verdad de esta clase de hechos. ¿Cómo se resistirá á la impresion que ha de producir en cualquier espíritu dotado de razon el raciocinio de que se sirve san Pablo escribiendo á los de Galacia? Él los habia instruido en la fe, pero en su ausencia, algunos Judíos medio cristianos habian tratado de persuadirles que no podian salvarse sino recibian la circuncision. El Apóstol combate fuertemente este error, que tendia á someterlos á la ley de Moisés, y hacerles esperar la justicia por otro medio que por la fe de Jesucristo, de quien aquellos falsos doctores procuraban separarlos indirectamente. Y despues de muchas y sólidas reflexiones, les habla así: « ¡O Gálatas insensatos! (1) ¿quién os
« ha fascinado para haceros tan rebeldes á la verdad, vo-
« sotros, ante cuyos ojos ha sido representado ya Jesu-
« cristo, como crucificado en vosotros mismos? Una sola
« cosa deseo saber de vosotros: ¿Es por las obras de la ley
« que habeis recibido el Espíritu Santo, ó por la obe-
« diencia á la fe que se os ha predicado? ¿Tan necios sois,
« que habiendo comenzado por Espíritu, vengais ahora á
« parar en carne? ¿Tanto como habeis sufrido por Jesu-
« cristo será en vano? Pero yo espero en Dios que al cabo
« no ha de ser en vano. Ahora pues, aquel que os comu-
« nica el Espíritu Santo, y obra milagros entre vosotros,

(1) Gal. 3. 4. etc.

« ¿lo hace por virtud de obras de la ley, ó por la fe que habeis oido predicar? » (1)

Las palabras de san Pablo no pueden ser mas fuertes, ni mas vivas sus reconvenciones. ¿ Pero hay nada mas frio é insulso que sus palabras y sus reconvenciones, si los Gálatas no recibieron en efecto los dones milagrosos del Espíritu Santo, y si en su Iglesia ninguno hizo milagros? Puédesese muy bien imponer á gente extraña, diciéndoles falsamente que los Cristianos obran prodigios, y que sus jefes dan el poder de hacerlos á sus discipulos, mediante esta ó aquella ceremonia, ¿ pero puede imponerse con este dicho á los Cristianos mismos, y hacerles creer que ellos recibieron lo que no se les ha dado, y que obran asombrosos milagros aunque nada hagan sino lo mas sencillo y natural? ¿ Y puédesese bajo este falso principio tratárseles de insensatos, de fascinados, de carnales, que en las observancias legales buscan inútilmente la salud, despues de haber creído en Jesucristo, y despues de haber recibido en su nombre el Espíritu Santo, y el poder de hacer milagros? ¿ Puédesese, repito, tratar así, sin exponerse á la réplica inevitable, que ellos no saben de que se les habla, que ignoran el Espíritu Santo y sus dones, y que aun se les presta una nueva razon para recurrir á la ley de Moisés, y no poner únicamente su confianza en la predicacion del Evangelio, esforzándose en persuadirles que esta predicacion ha obrado en ellos maravillas, que les son absolutamente desconocidas?

(1) Qui ergo tribuit vobis Spiritum, et operatur virtutes in vobis operibus legis, an ex auditu fidei.

ARTICULO VI.

Prueba sexta.

Verdad y notoriedad de los dones milagrosos, demostrada por las instrucciones que daba san Pablo á los de Corinto, para declararles su valor y el uso que de ellos habian de hacer, y para impedir la confusion que su multitud y variedad causaban en las asambleas que ellos tenian.

Y esta prueba de la verdad de los dones milagrosos, y de su notoriedad se hace aun mas viva é irresistible por respeto á los Corintios, cuya Iglesia era fecunda en prodigios. Hablamos ya de ella cuando hicimos la enumeracion de estos dones, y cuando indicamos su uso. Pero este es el lugar oportuno para profundizar esta materia, la cual basta por sí sola, cuando es bien entendida, para probar todas las verdades esenciales de la Religion.

Habia Dios colmado á los Corintios, segun el testimonio de san Pablo, (1) de todas las riquezas espirituales, y de todos los dones sobrenaturales. Pero muchos de ellos estaban en demasia impresionados del brillo exterior de estos dones, y algunos otros, menos ilustrados que los demás, hacian demasiado caso del don de lenguas. Habia tambien un poco de confusion en sus asambleas, en las que los que tenian el don de profecia, querian hablar todos: y los que hablaban lenguas extranjeras y desconocidas, de las que no podian ser ellos mismos intérpretes, ni tener por de pronto quien pudiera servirles para ello, hablaban sin fruto para todos cuantos no las entendian. San Pablo les escribe para manifestarles cuales son los dones que merecen mas ser estimados, y para establecer en sus asam-

(1) In omnibus divites sancti estis, sicut testimonium Christi confirmatum est in vobis: ita ut nihil vobis desit in ullâ gratiâ. 1. Cor. 4. 5.

bleas el órden y la paz que reinaban en todas las demás Iglesias.

Empieza pues por el don de lenguas, (1) que residia personalmente en los que hablaban, y no en los oyentes, pues que, segun este Apóstol, los oyentes nada entendian de ellas cuando se les explicaban; que nadie estaba en estado de responder *amen*, ni de confirmar con esta palabra las alabanzas y bendiciones que se daban á Dios en una lengua desconocida; que los simples espectadores de este prodigio no recibian por él edificacion alguna; que si personas extrañas sobrevenian á la asamblea mientras algunos alababan á Dios en diversos idiomas, los hubieran tenido por algunos insensatos; que él mismo, si así les hablaba, sus palabras serian inútiles y estériles, y que les prohibia el hacerlo siempre y cuando no hubiese intérpretes, ó no hubiesen alcanzado de Dios la gracia de interpretar en lenguaje comun lo que á impulsos de su Espíritu hubiesen proferido en lenguaje desconocido.

Estas pruebas, que son muy convincentes, demuestran que el don de lenguas residia efectivamente en los que las hablaban; y que así, cuando dice san Pablo que él habla todas las lenguas de los pueblos á quienes Dios le ha dado por Apóstol, abraza en estas solas palabras todas las lenguas del mundo. Para hacer mas sensible este prodigio, y para impedir que los extranjeros y los infieles sospechasen que estas lenguas se habian aprendido de un modo

(1) Qui loquitur linguâ; non hominibus loquitur, sed Deo, nemo enim audit. 2. Cor. 24. 2.

Quomodo dicet, Amen, super tuam benedictionem? Quoniam quid dicas, nescit. v. 16.

Tu quidem bene gratias agis: sed alter non ædificatur. v. 17.

Si intrent infideles, nonne dicent quod insanitis? 23.

Si venero ad vos linguis loquens, quid vobis prodero? 6.

Qui loquitur linguâ, oret ut interpretetur. v. 23.

Si autem non fuerit interpretes taceat in Ecclesia, sibi autem loquatur et Deo v. 28.

Gratias ago Deo meo, quod omnium vestrum linguâ loquor. v. 45.

natural por aquellos que las hablaban, Dios habia separado expresamente el don de lenguas del don de interpretar las lenguas, para unirlos entrambos cuando le pluguiera, y para darles el uno sin el otro, cuando lo juzgase á propósito, y este último era el mas ordinario para el comun de los fieles. Sucedia pues con mucha frecuencia que un hombre se sentia inspirado de Dios para bendecirle, y para tributarle gracias en lengua egipcia por ejemplo, ó árabe, sin entenderlas, y sin poder explicar á los demás lo que habia dicho movido por un impulso sobrenatural en aquellas lenguas que él mismo no conocia; pero tan distintamente pronunciadas, que un intérprete hubiera podido trasladar fielmente el sentido de aquellas palabras, y que le trasladaba en efecto, si estaba presente. Semejante milagro alejaba todas las sospechas que podia formar la mas tímida ó maligna desconfianza. Y reconoce tambien san Pablo (1) que era para los infieles una prueba convincente de la verdad de la Religion.

Consistia este milagro en que contra el orden natural, el enlace de las ideas y de los sentimientos que el Espíritu de Dios formaba en el que hablaba una lengua extraña con las palabras que pronunciaba exteriormente solo era conocido del Espíritu de Dios, el cual le hacia articular lo que correspondia con los movimientos interiores, sin servirse de su razon ni de su libertad, como en los demás discursos, para formar las palabras. Así la razon natural, á que san Pablo llamaba el pensamiento ó la inteligencia, no veia la consecuencia y el orden del discurso, ni tomaba en él la menor parte: lo cual hacia decir á este Apóstol que el pensamiento estaba entonces ocioso y privado del fruto y de la edificacion de la palabra, mientras que el Espíritu Santo operaba en el alma de un modo tan íntimo como sublime, revelándole misterios que él se encargaba de anunciar y de publicar en lo exterior por boca de

(1) *Linguae in signum sunt infidelibus.* 22.

aquel mismo á quien ilustraba interiormente.

La ventaja hubiera sido mayor tanto para el que habla como para los oyentes, si hubiese juntado la revelacion del Espiritu de Dios con la accion natural del pensamiento ó de la razon, hablando libremente, y conociendo el enlace entre los sentimientos inspirados y los términos egipcios ó árabes que los significaban. Porque entonces la parte mas sublime del alma y la razon natural hubieran quedado igualmente edificadas concurrendo á la misma accion, y los oyentes hubieran podido entender en su lengua natural el sentido de un discurso, bárbaro para ellos, pero muy inteligible para el que lo habria pronunciado, y que podia al mismo tiempo interpretarle con facilidad.

Esto es lo que en mi concepto dice san Pablo con bastante claridad si se pone cuidado en entenderle « El que habla, dice, (1) una lengua desconocida, no habla á los hombres sino á Dios, pues que nadie le entiende. Pero habla de cosas misteriosas y secretas por la operacion del Espiritu Santo. El que habla una lengua desconocida, se edifica á sí mismo, así como el que profetiza, edifica la Iglesia.... Por lo mismo el que hable una lengua, pida á Dios la gracia de interpretarla. Porque si yo ruego en una lengua desconocida, mi espiritu ora, pero mi concepto queda sin fruto. ¿Qué haré pues? Oraré por la operacion del Espiritu de Dios, y rogaré tambien

(1) Qui loquitur linguâ, non hominibus loquitur, sed Deo: nemo enim audit, Spiritus autem loquitur mysteria... Qui loquitur linguâ semetipsum ædificat, qui autem prophetat, Ecclesiam Dei ædificat. v. 2. et 4.

Et ideo qui loquitur linguâ, oret ut interpretetur. Nam si orem linguâ Spiritus meus orat, mens autem mea sine fructu est: Quid ergo est? Orabo spiritu, orabo et mente, psallam spiritu, psallam et mente. v. 43. 44. 45.

Sive linguâ quis loquitur, secundum duos aut ut multum tres et per partes, et unus interpretetur.

Si autem non fuerit interpres, taceat in Ecclesiâ: sibi autem loquatur et Deo v. 27. 28.

« por la acción natural de mi pensamiento. Cantaré sal-
 « mos por el impulso del Espíritu de Dios, y los cantaré
 « también por la unión de mi pensamiento con las pala-
 « bras que me serán inspiradas... Si hay pues fieles en
 « vuestras asambleas, que tengan el don de lenguas, ha-
 « blen dos solamente, ó cuando mas tres, y esto por su
 « turno, y haya despues algun intérprete que explique
 « lo que hayan dicho. Y si no hay ese intérprete, calle en
 « la Iglesia el que tuviere este don, y no hable sino á sí
 « mismo y á Dios. »

Esta regla, tan propia de la sensatez y de la moderación de san Pablo, era necesaria para evitar que el tiempo de las asambleas ó reuniones se pasase en discursos, sobrenaturales á la verdad y milagrosos, pero sin que los asistentes hubiesen podido sacar de ellos fruto alguno edificante ni saludable. Pero esta misma regla hace indudable el milagro, y es así mismo una prueba del cuidado que habia tenido Dios de hacerle tan patente y manifiesto, que nada fuese capaz de obscurecerle.

San Pablo conocia bien el valor y la excelencia de este milagro, pero miraba el don de profecía como muy superior al don de lenguas. « Yo deseo, les decia, que poseais
 « todos el don de lenguas, pero aun deseo mas que tengais
 « el don de profetizar (1). » Y en otra parte decia también :
 « Desead sobre todo el don de profecía, y no impidais el
 « uso del don de lenguas (2). »

¿ Pero qué se ha de entender por el don de profecía? El mismo Apóstol nos lo explicará. « Ahora pues, si toda la
 « Iglesia estuviese reunida en un lugar y se pusiesen á hablar
 « todos lenguas diferentes, y entrasen gentes idiotas ó in-
 « fieles, ¿ no dirian que estais locos? Mas al contrario, si
 « profetizando todos, entra un infiel ó un idiota, de todos
 « será convencido, será juzgado de todos. Los secretos de

(1) V. 5.

(2) V. 39.

« su corazón se harán manifiestos; y por tanto, postrado, « y tocado su rostro en tierra, adorará á Dios, confesando « que verdaderamente está Dios en medio de vosotros (1). » Los que tenían pues el don de profecía conocían las cosas más secretas; hallábanse en estado de descubrir lo más oculto que había en el corazón, y se servían provechosamente de esta luz sobrenatural para convencer y para juzgar á los infieles, y para obligarlos á confesar que Dios estaba verdaderamente entre los Cristianos.

Conocían y penetraban así mismo los misterios más profundos de la Religión, y recibían á menudo de Dios revelaciones, de que daban cuenta á la Iglesia, la cual se edificaba de ellas, y las juzgaba por medio de otros profetas, á quienes había sido concedido el don de discernir los espíritus. « Cuando todos estais reunidos, dice así mismo san « Pablo (2), el uno es inspirado para hacer un himno, otro « para instruir, este para revelar alguna cosa de Dios.... « hágase todo para edificación.... De los profetas no hablen « sino dos ó tres, y que los demás discernan ó juzguen. « Que si á otro de los asistentes, estando sentado, le fuere « revelado algo, calle luego el primero. Así podeis todos « profetizar, el uno después del otro, á fin de que todos « aprendan y todos se aprovechen, pues los espíritus de « los profetas (esto es, los impulsos que les llevan á hablar « de lo que el Espíritu Santo les revela), están sometidos á « los profetas (y dependen de su libertad para el uso). Por- « que Dios es autor de paz y no de confusión ni de desór- « den, y esto es lo que yo enseño en todas las iglesias de « los santos.... ¿Por ventura tuvo de vosotros origen la pa- « labra de Dios, ó ha llegado á vosotros solos? Si alguno de « entre vosotros se tiene por profeta ó por persona espiri- « tual, reconozca que las cosas que os escribo son precep- « tos del Señor. » Párome aquí para hacer algunas reflexio-

(1) V. 43. etc.

(2) V. 26. 21. etc.

nes, y pido encarecidamente al lector que las haga conmigo.

Primeramente. Salta á la vista que san Pablo si habla á los Corintios de los dones milagrosos con que el Espíritu Santo habia enriquecido á su Iglesia, es por necesidad y para enseñarles como deben usar de ellos en sus asambleas, para que todo se haga en ellas con decoro y con órden: que por esta razon, despues de haber enumerado aquellos dones, entre los que se contaban la curacion de las enfermedades, y el poder de hacer milagros, nada mas dice despues acerca estas dos gracias tan sobrenaturales y divinas, porque ninguna relacion tenian con las asambleas, y no podian causar en ellas la menor confusion. Y al contrario, se extiende mucho sobre el don de lenguas y sobre el don de profecia, de los cuales era como una secuela ó dependencia el de discernimiento de espíritus, porque estos dones se usaban principalmente en las asambleas de los fieles, y el considerable número de los que los habian recibido era capaz de perturbar el órden y la paz de aquellas, siguiendo mas bien la impresion interior y personal, que consultando la pública edificacion.

En segundo lugar. Es así mismo evidente por el testimonio de san Pablo, que las demás iglesias no estaban menos enriquecidas de dones espirituales y visiblemente milagrosos que la de Corinto, pues se habia visto obligado á hacer en ellos los mismos reglamentos y establecer el mismo órden, á fin de que los que hablaban diversas lenguas y los que tenian don de profecia no hiciesen uso de ellos inoportunamente, sino mas bien para edificar á sus hermanos que para manifestar lo que el Espíritu Santo operaba en ellos. Vosotros no sois, decia este Apóstol á los de Corinto, ni los primeros que hayais recibido el Evangelio, ni los únicos. Y lo que os enseñó es lo mismo que he enseñado á todas las iglesias de los santos. En efecto escribe á los de Tesalónica (1) que la predicacion que les ha hecho del Evan-

(1) Predicatio nostra non fuit ad vos in sermone tatum, sed et in

gelo no se limita á simples palabras , sino que está confirmada con milagros por los dones que sobre ellos ha derramado el Espíritu Santo , y por la plena certitud que su evidencia les ha producido . Y parece por las advertencias que les da de no apagar la llama del espíritu y de no menospreciar las profecías , que temia por ellos , que la multitud y la abundancia de los dones del Espíritu Santo no disminuyesen el valor de ellos en su pensamiento , y que no llegasen por la ingratitud á extinguir el manantial divino de donde procedian . Ya hemos visto que los Gálatas se habian expuesto á este peligro , dando demasiado crédito á falsos doctores , aunque conservasen todavía el don de milagros . Y lo que se ha dicho de las iglesias de Efeso y de Samaria hace cierto lo mismo por todas las demás .

En tercer lugar es imposible que san Pablo diese advertencias tan formales sobre el uso de los dones milagrosos , si ninguno de estos hubiese habido en la Iglesia de Corinto y en todas las demás . ¿ En qué hubieran turbado el orden de las asambleas aquellos que hablaban diversas lenguas , si nadie hubiese usado otra que la comun ? ¿ Porqué se necesitaba un intérprete que explicase á los demás una lengua desconocida , si esta no era realmente desconocida ? ¿ Cómo un intérprete entendia lo que la persona misma que hablaba no hubiera podido explicar , si esta no decia sino lo que habia aprendido con estudio , ó si nada decia que fuese racional , y era su lenguaje un afectado barbarismo ? ¿ Qué necesidad habia de fijar el número de los que en cada asamblea debian hablar diversas lenguas , ó que debian profetizar , si estos dones eran raros y poco comunes ? ¿ Cómo descubrian los profetas las cosas mas ocultas á extranjeros , á infieles , á hombres enemigos de nuestros misterios , y cómo los obligaban á prosternarse en tierra delante del Dios de los Cristianos , si no tenian conocimiento alguno sobre-

virtute et in Spiritu Sancto et in plenitudine multá . 4. Thess. 2. 5.

Spiritum nolite extinguere, prophetias nolite spernere. Thess. 5. 19.

natural? ¿Qué significa este consejo y este senado de profetas que en cada Iglesia juzgaba de la verdad de las revelaciones, si nadie las tenia? ¿Qué venian á ser estos cánticos inspirados y proféticos que consolaban y edificaban á todo el mundo, si todos los asistentes estaban mudos?

En una palabra, ¿cómo podian los fieles escuchar el discurso de san Pablo, leer su carta en sus asambleas, aprovecharse de sus instrucciones, si entre ellos nada habia de maravilloso, ó lo maravilloso era tan raro que no se contaban sino dos ó tres personas que hablasen diversas lenguas, ó que profetizasen, ó que curasen las enfermedades, ó que obrasen otros milagros?

ARTICULO VII.

Fuerza de un testimonio tan sensible y tan divino por respecto á Jesucristo y á la Iglesia cristiana.

Es pues evidente que estos dones eran muy reales, muy públicos, muy comunes, y que era necesario que los Apóstoles empleasen su autoridad, y el precepto mismo de Jesucristo (1) para arreglar el orden y el uso de aquellos entre los fieles. Y pregunto yo ahora si se vió nunca una cosa semejante? ¿Si el Espíritu Santo, invisible como era, podia hacer mas sensible su presencia? ¿Si el testimonio que dió de Jesucristo podia ser mas brillante y mas divino? Si Jesucristo, desde la diestra de su Padre, donde está sentado, pudo mostrar de un modo mas sensible, y al mismo tiempo mas augusto, su supremo poder? ¿Si la Iglesia cristiana, que es obra suya, pudo empezar de una manera que mejor la distinguiese de la Sinagoga y de todas las sectas pasadas ó futuras? ¿Si los que despues de tan prodigiosas señales, la desconocen, ó rehusan someterse á su autoridad, ó miran

(1) Quæ scribo vobis Domini sunt mandata. v. 37.

aun como dudosos los misterios de la resurreccion y de la ascension de Jesueristo , pueden tener la menor excusa ?

Mucho seria que los solos Apóstoles hubiesen obrado prodigios : pero que ellos comunicaran este poder á la mayor parte de sus discípulos , esto sobrepuja á todo cuanto hubiera podido desearse ó pensarse. Que los discípulos , aunque modestos , tuvieron necesidad de ser contenidos y hasta reprimidos por los Apóstoles á fin de que sus reuniones ó asambleas no se pasasen todas enteras en milagros , ó que hubiese lugar para todos cuantos fuesen capaces de hacerlos , es un exceso de pruebas contra el cual nada puede la mas terca incredulidad. Pero que estas pruebas tan brillantes , tan asombrosas , no solamente no hinchasen de vanidad el corazon á los Apóstoles , sino que estos ni aun las mencionen sino por una indispensable necesidad ; y que hayan hecho mas caso de lo mas edificante y mas útil , que de lo mas propio para imponer y causar admiracion y asombro , este es el último grado á que podian ser elevadas la evidencia y la certitud de la verdad de la Religion cristiana .

ARTICULO VIII.

Prueba séptima.

Ultima prueba de la verdad de los dones milagrosos y de la Religion Cristiana: el poco caso que de ellos hacen los Apóstoles , en comparacion de la caridad.

Este punto es tanto mas asombroso , cuanto mas se profundiza , y trae marcado mas de lo que se piensa el carácter de la Divinidad. Porque los Apóstoles no se contentan con preferir el don de lenguas , á las curaciones , á los milagros , el don de profecía , la inteligencia de los misterios , el conocimiento de las mas sublimes verdades , y el don de hablar de ellas dignamente , como mas útiles á la Iglesia y

mas propios para la edificacion de los fieles : sino que cuentan casi por nada estos dones en comparacion de la caridad, que les parece la única digna de ser estimada y de ser deseada por sí misma.

« Entre los dones milagrosos , decia san Pablo (1) desead
 « los mas excelentes. Yo con todo voy á mostraros un ca-
 « mino aun mas excelente. Cuando yo hablara todas las
 « lenguas de los hombres y el lenguaje de los mismos ánge-
 « les , si no tuviere caridad , vengo á ser como un metal que
 « suena ó campana que retiñe. Y aun cuando tuviese el don
 « de profecía , y penetrase todos los misterios , y poseyese
 « todas las ciencias : cuando tuviera toda la fe posible , por
 « manera que trasladase los montes de una á otra parte , no
 « teniendo caridad soy un nada. Y cuando yo distribuyese
 « todos mis bienes para sustento de los pobres , y cuando
 « entregara mi cuerpo á las llamas , si me faltase la caridad ,
 « de nada me serviria todo esto. »

Pero preguntemos á este Apóstol que cosa sea la caridad , y cual es su resplandor para que así oscurezca todos los milagros , todas las profecías , todos los conocimientos , y hasta la gloria del martirio. « La caridad , nos responde , es
 « paciente , es dulce y bienechora : la caridad no tiene en-
 « vidia , no obra precipitada ni temerariamente , no se en-
 « soberbece ; no es ambiciosa , no busca sus intereses , no
 « se irrita , no piensa mal , no se huelga de la injusticia ;
 « complácese sí en la verdad ; todo lo tolera , todo lo cree ,
 « todo lo espera , todo lo sufre : la caridad nunca fenece ; en
 « vez de que las profecías se terminarán , y cesarán las len-
 « guas , y se acabará la ciencia. »

Todo esto es una verdad , pero ¡ qué luz era necesario tener para así saber discernir el precio de una virtud toda interior , y para darle una tal preferencia sobre todos los dones brillantes y ruidosos que hacian se respetasen los Apóstoles como hombres divinos , y hasta como divinidades

(1) 1. Cor. 12. 32. etc. 13. 1. etc.

por los que no veian sino sus milagros! ¡Cuán puro habia de ser su corazon para considerar como nada semejante gloria, en comparacion de una virtud secreta, obscura, y cubierta siempre con el velo de la humildad! ¡Cuán bello, es el oír decir á san Pablo, que podia resucitar los muertos, y cuyas ropas echaban de los cuerpos á los demonios y á las dolencias, que él, con todo este poder y con todos estos prodigios, nada seria, si no fuese dulce y paciente por la caridad! ¡Con qué placer se le escucha, cuando anuncia á una iglesia inundada de dones milagrosos, que él le descubrirá un camino mas sublime y mas excelente que todos estos dones, y que este camino mas sublime y mas excelente es una virtud enemiga de la hinchazon y del orgullo, enemiga del amor propio, y preparada á sufrirlo todo! Me guardaré bien de sospechar que un hombre tan sincero, tan desinteresado, tan bien instruido del verdadero valor de todas las cosas de que habla, lisonjeara á los Corintios atribuyéndoles falsos milagros. Muy al contrario, le venero como á un hombre descendido del tercer cielo, á quien fueron descubiertos los bienes eternos, y que sabia cuales dones subsistirian siempre, y cual era el uso que debia hacerse de los que habian de finir.

ARTICULO IX.

Carácter de la verdadera Religion en tener lo que sirve para demostrarla, y en preferir á esto lo que la santifica.

Este Apóstol ha distinguido entre las pruebas de la verdad de la Religion y la verdad misma del culto. Da el aprecio que merecen á los dones capaces de convencer y de persuadir; pero les ha preferido aquellos dones que transforman saludablemente el corazon. No se escapa á su perspicacia lo que es útil á muchos; pero lo reputa por nada en comparacion de aquellos dones que eran útiles á los demás

perdiéndose á sí mismos. Nada hay mas justo , pero nada era menos conocido. El espíritu , siguiendo su natural propension , se inclinaba á lo maravilloso ; y como este maravilloso emanaba del mismo Dios , y hacia honor á la Religion , era muy fácil dejarse llevar tanto de su brillantez como del poder de usarlo , convirtiendo despues lo uno y lo otro en interés propio. Conocieron los Apóstoles este peligro , y evitándole para sí mismos , enseñaron á sus discípulos á evitarle con su ejemplo.

Por este medio perfeccionaron completamente la prueba de la verdad de la Religion cristiana , mediante los dones milagrosos ; porque es esencial á la Religion el tener tan augusto testimonio , así como le es tambien esencial de no igualar la grandeza de este testimonio á la grandeza de la caridad. Recibir debe del Espíritu Santo gracias que le atraigan el respeto y la admiracion de los que no la conocen , para que se hagan sus discípulos ; pero debe así mismo recibir de él gracias que la santifiquen , y debe poner una diferencia considerable entre los dones que la hacen grata á los ojos de Dios y los que la embellecen á los ojos de los hombres. La admirara yo quizá si no se ocupase ella sino en los dones dignos de admiracion ; pero la escucho con docilidad , y la admiro aun mucho mas , cuando me enseña el uso santo que hace de los dones que exteriormente la enriquecen , y la preferencia que da á las virtudes secretas que la enriquecen interiormente , siendo la principal de ellas la caridad.

CAPITULO XVIII.

Dios convirtiendo á San Pablo , y llamándole al apostolado ha quitado todo pretexto á la incredulidad y á la desconfianza , probando invenciblemente la verdad de la Religion cristiana en todas sus partes. — Circunstancias de su con-

version. — Discurso en el cual la prueba de la Religión cristiana por la conversión y apostolado de San Pablo resalta con toda su evidencia y con toda su fuerza. — Esta prueba se hace aun mas clara y mas fuerte cuando se la compara con la vocación y conversión de los Gentiles. — Y se hace todavía mas asombrosa y sensible cuando se la compara con la vocación y conversión de los Judios.

ARTICULO I.

Dios convirtiendo á san Pablo y llamándole al apostolado, ha dejado sin pretexto alguno á la incredulidad y á la desconfianza. Circunstancias de su conversión.

Hemos visto en los últimos capítulos que no eran los solos Apóstoles los que daban testimonio de la verdad por los dones milagrosos que les habia comunicado el Espíritu Santo; sino que todas las iglesias cristianas, enriquecidas con los mismos dones, juntaban así mismo su testimonio al de los Apóstoles, y que en todas confirmaba el Espíritu Santo que Jesucristo estaba en el cielo, sentado á la derecha del Padre, y que únicamente por la fe en su nombre podia esperarse la salud. Una prueba semejante, que reúne en sí misma una infinidad de otras, es ciertamente superior á todas las dudas. Porque para dudar no bastaria tener por sospechosa la sinceridad de los Apóstoles, sino que seria menester rehusar la deposición de todo el universo y dar por fabulosos todos los prodigios de que cada iglesia fue testigo.

Mas la divina Próvidencia, que penetra hasta donde pueden llegar las desconfianzas y las sospechas, y cuan lentos son los hombres en creer lo que no han visto, escogió un Apóstol entre los mas ardientes enemigos de Jesucristo, á fin de que los demás no pudiesen ser sospechosos. Y quiso, que aquel mismo que desplegaba contra él un furor mas encarnizado, mirando como una blasfemia intolerable (1)

(1) Act. 7. 53. etc.

el decir que habia resucitado, y que estaba sentado á la diestra de Dios, se convirtiese en uno de sus mas fieles testigos y de sus mas celosos predicadores.

La historia de su conversion y de su vocacion al apostolado, se nos refiere tres diferentes veces en los Actos de los Apóstoles. La primera es referida por san Lucas (1), y las dos otras por san Pablo mismo en dos ocasiones célebres en que se vió precisado á hablar pára su defensa. Primeramente (2) delante del Consejo de los sacerdotes y de los senadores, y despues delante de Agripa, rey de los Judios (3), y de Festo, gobernador de la Judea por los Romanos. Es indispensable reunir estos tres relatos para completar uno de perfecto; pero será fácil omitir las circunstancias que se omiten, cuando hayamos escuchado el discurso de san Pablo en presencia de Agripa, sin interrumpirle. « Al principio habia creido, dice (4), que nada debia omitir contra el nombre de Jesus Nazareth, y esto es lo que ejecuté en Jerusalem, en donde hice aprisionar muchos santos, habiendo recibido antes el poder de los príncipes de los sacerdotes, y cuando se les daba la muerte, yo prestaba antes mi consentimiento. Visitaba con frecuencia todas las sinagogas, y allí les forzaba á blasfemar, empleando para ello los tormentos y suplicios. Y transportado de furor contra ellos, les perseguia hasta en las ciudades extranjeras. Un dia, pues, yendo con este designio á Damasco, llevando poder y comision de los príncipes de los sacerdotes, estando en el camino vi en medio del dia brillar el cielo con una luz mas fulgente que la del sol, que me rodeaba á mí y á todos los de mi comitiva. Y caidos todos en tierra, escuché una voz que me decia en lengua hebrea: ¿Saulo, Saulo, porqué me persigues? Duro es el cocear contra el aguijon. Entonces dije yo: ¿Quién sois

(1) Act. c. 9.

(2) Ibid. c. 22.

(3) Ibid. c. 26.

(4) Act. 26. 40. etc.

« vos, Señor? Y el Señor me dijo: Yo soy Jesus, á quien
 « persigues. Mas levántate y tente en pie: pues yo te me he
 « aparecido á fin de constituirte ministro y testigo de lo que
 « acabas de ver, y de lo que te descubriré apareciéndoteme
 « de nuevo. Y te libraré de este pueblo y de los Gentiles, á
 « los cuales te envío ahora para hacerles abrir los ojos, á fin
 « de que se conviertan de las tinieblas á la luz, y del poder
 « de Satanás á Dios; y que por la fe que tendrán en mí,
 « reciban la remision de sus pecados, y tengan parte en la
 « herencia de los santos.

« No resistí yo pues, ó rey Agripa, á la celeste vision;
 « mas he anunciado primeramente á los de Damasco, y des-
 « pues en Jerusalem, en toda la Judea y á los Gentiles, que
 « hiciesen penitencia y que se convirtiesen á Dios, hacien-
 « do dignos frutos de penitencia. Esta es la causa por la cual
 « los Judíos, despues de haberse apoderado de mí en el
 « templo, se han esforzado en matarme. Pero por la asis-
 « tencia que Dios me ha dado, he permanecido hasta hoy
 « instruyendo á grandes y á pequeños y no diciendo sino
 « lo que los profetas y Moisés predijeron que debia suceder:
 « esto es que el Cristo sufriria la muerte, y que seria el pri-
 « mero que resucitaria de entre los muertos, y que anun-
 « ciaria la luz al pueblo y á los Gentiles. »

Débase añadir á esta relacion que los de la comitiva de san Pablo oyeron la misma voz que él (1), pero tan solo el sonido, y no las palabras articuladas, y que no vieron á Jesucristo; que san Pablo quedó cegado por el resplandor de la luz que habia visto, aunque conservase abiertos los ojos y que le condujeron por la mano hasta Damasco, en donde permaneció tres dias enteros sin comer ni beber; (2) que Ananias, que le fue enviado de parte de Dios, hallándole en oracion le impuso las manos, y cayeron al momento de sus ojos unas como costras ó escamas; que el mismo Ana-

(1) Act. 9. 7. comparado un Act. 22. 9. etc.

(2) Act 9. etc. 22.

nias le dió el bautismo , despues de haberle dado testimonio de que Dios le habia revelado su vocacion al apostolado , y sin prepararle al bautismo por instruccion alguna ; que inmediatamente despues predicó san Pablo en las sinagogas de Damasco que Jesus era el Hijo de Dios , y lo hizo con tanta fuerza , que los Judios á quienes él confundia con sus irresistibles raciocinios , conspiraron contra su vida , vigilando dia y noche en las puertas de la ciudad para que no se les escapase , y que para sustraerle á su furor , los discipulos le bajaron en una cesta por la muralla , durante la noche.

Al salir de Damasco , en lugar de venir á Jerusalem , en donde se hallaban entonces los Apóstoles , fuése san Pablo á predicar el Evangelio en la Arabia , de donde volvió segunda vez á Damasco , y hasta tres años despues de su conversion y de su apostolado no vino á Jerusalem para visitar á san Pedro. Y era tan poco conocido de vista de los fieles de aquella iglesia , que san Bernabé se vió obligado á presentárselo , sirviendo como de garante de su persona. Allí solo se detuvo quince dias , y ya no volvió á Jerusalem hasta catorce años despues para conferenciar allí con san Jaime , san Pedro y san Juan , que nada de nuevo le enseñaron , ni añadieron nada á las superiores luces de que ya se hallaba dotado , aunque fuesen justamente considerados como las columnas de la Iglesia. Y hasta se vió obligado á oponerse abiertamente á san Pedro en la ciudad de Antioquía , en donde la conducta que observaba este Apóstol con los Judios recién convertidos á la fe y los miramientos que con ellos tenia , hubieran podido ser de una peligrosa consecuencia. Y realmente en todas las cartas de san Pablo aparece siempre mayor elevacion , mas profundidad y mas firmeza que en las de los otros Apóstoles con respecto al origen de la verdadera justicia , esencialmente ligada con la fe en Jesucristo , aunque todos los Apóstoles profesasen sobre este punto la misma doctrina que él.

Así es , que hacia pública profesion de tener su apostola-

do de Jesucristo solo inmediatamente, sin concurrencia del ministerio de los primitivos Apóstoles, y sin que estos hubiesen servido de canal para su vocacion. Decia altamente que Jesucristo solo habia sido su maestro (4), que el solo le habia instruido en el Evangelio, y que no predicaba sino lo que de él habia aprendido cuando le vió en su primera aparicion, ó en las que le siguieron, como él mismo se lo habia prometido, asegurando estas verdades, que eran de otra parte públicas y probadas por hechos cuya certitud era notoria, y tomando á Dios por testigo de su exacta sinceridad.

Nada hay en mi concepto tan propio para disipar todas las sospechas que puede forjar la incredulidad contra el testimonio de los antiguos Apóstoles y de los primeros discípulos de Jesucristo, como todo cuanto acabamos de ver. Pero para ser de algun auxilio á los que dudan todavia, y de algun

(4) *Cum placuit ei qui me segregavit ex utero matris meæ, et vocavit per gratiam suam, ut revelaret filium suum in me, continuo non acquievi carni et sanguine, neque veri Jerosolyman ad antecessores meos Apostolos: sed abii in Aræbiam; et iterum reversus sum Damascus. Deinde post annos tres veni Jerosolyman videre Petrum, et mansi apud eum diebus quindecim, alium autem Apostolorum vidi neminem, nisi Jacobum fratrem Domini. Quæ autem scribo vobis; ecce coram Deo, quia non mentior. Eram autem ignotus facie Ecclesiis Judææ. Galat. (Véase Act. 9. 27.)*

Deinde post annos quatuordecim, iterum ascendi Jerosolyman, cum Barnaba assumpto et Tito et contuli cum illis Evangelium, seorsum autem iis qui videbantur aliquid esse... Mihi qui videbantur aliquid esse, nihil contulerunt.. Sed Jacobus, et Cephas, et Joannes, qui videbantur columnæ esse, dextras dederunt mihi et Barnabæ societatis, ut nos in Gentes, ipsi autem in circumcisionem. Gal. c. 2. v. 1. 6. 9.

Paulus Apostolus non ab hominibus, neque per hominem, sed per Jesum-Christum, et Deum Patrem, qui suscitavit eum á mortuis. Gal. 1. 1.

Notum vobis facio, fratres, Evangelium quod evangelisatum est á me, quia non est secundum hominem: neque enim ego ab homine accepi illud, neque didici, sed per revelationem Jesu-Christi. Gal. 1. 11.

Cum venisset Cephas Antiochiam, in faciem ei restiti, quia reprehensibilis erat. Cum vidissem quod non rectè ambularent ad veritatem Evangelii dixi Cephæ coram omnibus. Gal. 2. 11. 14.

consuelo á los que tienen fe , en la cual se afirmen mas y mas , voy por un momento á ponerme en lugar de uno de aquellos que la respetan , pero conservando aun cierta timidez , usando en lo posible de su mismo lenguaje.

ARTICULO II.

Discurso en el cual la prueba de la verdad de la Religion Cristiana por la conversion y Apostolado de san Pablo, se presenta en toda su fuerza y evidencia.

Confieso , dice este medroso , que nada tengo que replicar contra lo que hasta ahora se me ha dicho ; pero tantas pruebas reunidas antes me agobian que me satisfacen , y á pesar mio , me queda en el fondo del corazon una secreta desconfianza de que los Apóstoles y los primeros discípulos de Jesucristo no hayan seguido un poco las primeras ideas que tanto les habian impresionado , y que un primer compromiso no les llevase á mas allá de lo justo. Veo claramente que no tengo razon , y que no es conforme á ella mi desconfianza despues de tantas demostraciones. Pero atendida mi flaqueza , yo hubiera deseado que Jesucristo no se hubiera contentado despues de su resurreccion con los solos discípulos , á quienes habia instruido durante su vida ; que hubiese escogido algun apóstol de diferente carácter (1) que los primeros , los cuales carecian de letras y de educacion : que le hubiese tomado de entre los Fariseos sus declarados enemigos , y que le hubiese convertido á pesar de toda su resistencia. Tambien hubiera deseado que este nuevo discípulo se hubiese antes hallado poseido de un ardiente y amargo celo contra la Iglesia , que la hubiese perseguido encarnizadamente , reuniendo no obstante á su ciega pasion contra Cristo y los suyos , el crédito y la autoridad (2) : que

(1) Carácter particular de san Pablo. Vixi Phariseus. Act. 26. 5.

(2) Secus pedes Camaliel eruditus.... Emulator legis. Act. 22. 3.

en las Escrituras, de las que se gloriase tener una perfecta inteligencia, no hubiese visto sino un Mesías glorioso é inmortal, que le hubiese altamente horrorizado el escándalo de la Cruz, y que henchido con su propia ciencia y con su propia justicia, fuese mortal enemigo de la que viene de la fe. Ved ahí de que carácter le hubiera yo deseado.

Para su conversion, hubiera deseado tambien muchas circunstancias para que no fuese sospechosa. Ante todo quisiera excluidas todas las vias humanas, la instruccion, la persuasion, hasta los milagros obrados por los Apóstoles, para no reincidir en lo que yo me hubiera propuesto evitar y no volver á un origen de que trato de alejarme en mi hipótesis. Tampoco hubiera escogido para ello el ministerio de los Angeles: ni aun me hubiera satisfecho una aparicion de Jesucristo secreta y obscura. Para acabarme de rendir á la fe, hubiera sido necesario que Jesucristo se hubiese mostrado claramente á su enemigo en medio del dia, con una luz mas brillante que la del sol; que le hubiese aterrado, que le hubiese cegado, que le hablara con una voz terrible como el rayo, que en un momento hubiese triunfado de su orgullo, de su odio, de su tenacidad, convirtiéndole en discípulo y en apóstol antes que hubiese podido levantarse del suelo.

Pero á mas de estas circunstancias de medios, hubiera deseado otras de lugar, para poder estar seguro de la verdad. Ante todo habria escogido el campo, como paraje mas seguro y menos expuesto al artificio que las ciudades, un lugar en donde pudiese verse y juzgarse mejor un hecho tan grande y estrepitoso. Sin embargo, tampoco querria yo que fuese muy distante de un pueblo numeroso, á fin de que tuviesen allí testigos las consecuencias de este prodigio, y los de la comitiva del nuevo Discípulo, espectadores de lo que le habia sucedido en el camino, pudiesen contarle á muchas personas mientras el hecho era reciente.

Aun mas, por lo que hace á los testigos, y siendo eleccion mia, hubiera hecho partir este futuro Discípulo de la mis-

ma ciudad de Jerusalem, con poder y comision de los primeros magistrados y del supremo Pontifice para perseguir á los cristianos de otra ciudad tambien célebre, encadenarlos, arrastrarlos ante los tribunales y jueces, y para acompañarle en esta bárbara expedicion y ejecutar sus órdenes severas le hubiera dado hombres tan obcecados y tan furiosos como él. Y á poderlo regular á mi gusto, hubiera deseado que todos estos hombres viesen el resplandor de la luz, sin que les cegase, para que se hallasen en estado de servir de guías á su jefe, y que oyesen la voz que le hablaba, pero sin entender lo que decia, pues estos debian ser testigos sí, pero no discípulos, porque en aquella ocasion esta segunda calidad hubiera perjudicado á la primera. Con todas estas circunstancias hubiera yo tenido la conversion y la aparicion por indudable. Pero para mi entera conviccion algo mas hubiera sido necesario, pues, propiamente hablando, no es la conversion la que yo busco, sino el apostolado; y las pruebas de este apostolado, y no como quiera apóstolado, sino este independiente de los demás Apóstoles en cuanto á la instruccion necesaria y tan perfecta, ó si cabe mas sublime que la recibida por los otros de Jesucristo.

Para convencerme pues enteramente hubiera sido menester que este hombre, tan obcecado, tan fulminante, se mudase súbitamente en apóstol, no solo por el celo, sino por las luces del entendimiento; que quedase instruido sin maestro alguno, de toda la doctrina de Jesucristo, de su moral, de sus misterios, del pormenor de todos sus actos, y de las conversaciones que con sus Discípulos habia tenido; que le viese en las Escrituras en donde nunca le habia sabido ver; que le fuesen interpretadas en un sentido enteramente contrario á sus antiguas preocupaciones, y que estuviera en estado de convencer á los mas hábiles Judíos, sin haber conferenciado con un solo discípulo, ni con ninguno de los antiguos Apóstoles.

Una prueba semejante haria en mí una asombrosa impre-

sion. ¿Pues cómo me sería posible dudar de que Jesucristo en persona hubiese sido el maestro de este nuevo Apóstol, sabiendo este y enseñando lo mismo que los antiguos Discipulos, sin haber tenido con ellos la menor relacion, antes bien habiéndoles hasta aquel entonces despreciado y aborrecido de muerte? Esta sola prueba, lo confieso, sería suficiente para disipar todas mis sospechas contra los antiguos Apóstoles: pues lo que ellos dicen es lo que diría este nuevo predicador, y la conformidad entre ellos me forzaria á reconocer que han tenido un mismo maestro.

Y aun, si cabe, me tendria por mas seguro, si se me permitiese añadir á todo lo dicho dos otras señales. La primera, que este nuevo Apóstol evitase por espacio de algunos años el encuentro con los primeros Apóstoles, que fuese conocido de todos, y que hubiese habitado en regiones extrañas, lejos de su comercio y de su vista: y que viniendo despues á conversar con ellos, le hallasen tan perfectamente instruido, que nada de nuevo pudiesen enseñarle, y que sus luces, así como su firmeza, pareciesen superiores á las de los jefes y columnas de la Iglesia. Esta maravilla pondria el colmo á todas las demás, y entonces no tuviera yo dificultad alguna en poner la autoridad de un Apóstol semejante en paralelo con la de los primitivos, y en testimonio con respecto á la resurreccion de Jesucristo y á toda su doctrina, al nivel de todos los otros testimonios, si tal vez no le daba en este sentido la preferencia, pues sería removido todo pretexto para tenerle por sospechoso.

La segunda señal sería el éxito de las predicaciones y de los trabajos de este hombre, llamado por la poderosa voz de Jesucristo resucitado. Porque me parece que su reconocimiento debería ser infinito; su celo, infatigable (1), y que

(1) Cum vidissent quod creditum est mihi Evangelium præputii sicut et Petro circumcisionis, (qui enim operatus est Petro in Apostolatam circumcisionis operatus est et mihi inter gentes) et cum cognovissent gratiam quæ data est mihi, Jacobus et Cephas, et Joannes, qui videbantur columnæ esse, dextras dederunt mihi et Barnabæ societatis: ut nos in gentes, ipsi autem in circumcisionem. Gal. 2. 7.

el fruto de sus trabajos debería llevar en sí el carácter de una vocacion extraordinaria, y corresponder á la majestad de aquel que habria descendido del cielo lleno de gloria, para arrancarle de la incredulidad, y triunfar por él de la del mundo entero. Me sentiria transportado de júbilo si este acontecimiento fuese público, atestiguado por hechos confesados por todos, y confirmado hasta por el testimonio de los demás Apóstoles; los cuales limitándose en cierto modo á la conversion de los Judios, le cederian gustosos la conquista de todos los pueblos como á un hombre cuyo celo incomparable el universo podia apenas satisfacer.

Ya que tanto se me permite exigir, permítaseme que vaya aun mas adelante en mis proyectos. Yo quisiera que hubiesen quedado algunos monumentos por escrito de la alta sabiduría, del celo ardiente y del prodigioso resultado de las predicaciones de este hombre celestial. Quisiera que se hubiese visto obligado por necesidades urgentes á instruir por medio de sus cartas á Iglesias que él mismo hubiese instalado con sus trabajos: que de estas cartas hubiese tanto para los Hebreos como para los Gentiles, y que por su lectura pudiese venirse en conocimiento de la viveza de su fe (1), de su íntima persuasion de que Jesucristo está en el cielo (2), y que de allí ha de venir á juzgar á los hombres; de su firme esperanza en él, de su firme confianza acerca su último advenimiento, de su profunda inteligencia en las Escrituras de su luz para distinguir en ellas á Jesucristo en los lugares mismos en que está cubierto con la sombra de las figuras, de su intenso amor hácia él; de su profundo desprecio por todos aquellos objetos que antes hubiera tenido por ventajas; de su respeto sobre todo á su cruz y á sus ignominias, que por tanto tiempo se lo habian ocultado; de su ardiente deseo de parecersele en sus humillaciones y sufrimientos; de su profesion pública de no reconocer sino á él, de no

(1) Phil. 3. 6. et. 8.

(2) 4. Cor. 2. 2. Gal. 6. 14.

anunciar sino á él, pero crucificado y cubierto de oprobios, y por este medio vencedor de Satanás y del mundo. Si esto se me concediera, nada me quedaria que desear. Miraria estas cartas preciosas como un inestimable tesoro, y no podria dejar de dar gracias á Dios de haber dado á su Iglesia un hombre semejante, y por su medio un tan considerable número de pruebas de que Jesucristo su Hijo resucitó, y que goza de un poder sin límites en el cielo y en la tierra.

En resúmen. Yo quisiera pruebas de este hombre extraordinario en cuanto á su carácter particular, en cuanto á las circunstancias de su conversion, medios, lugares y testigos de ella; en cuanto á su vocacion al apostolado, en cuanto á la instruccion necesaria á tan alto ministerio, súbita, sin concurrencia de los demás Apóstoles; tan perfecta y si posible fuese mas sublime que la recibida por estos de Jesucristo; en cuanto al éxito de este nuevo apostolado y las pruebas palpables de este éxito; y por último, en cuanto á las disposiciones personales de este Apóstol, con respecto á Jesucristo. Mucho es lo que exijo, pero me parece que debia estar en la sabiduría de Dios el dejarnos esta nueva prueba, patente é irrecusable, de la verdad de su mision y de su doctrina.

Fácil es pues la respuesta á este discurso. Todos vuestros deseos quedan cumplidos, se ha de decir á este hombre, y aun superados. En san Pablo teneis, en su primitivo carácter, en su conversion, en su vocacion al apostolado, en el ejercicio de su ministerio, en el suceso de sus predicaciones en sus sentimientos, en sus cartas mas de lo que habeis deseado. Seriais inescusable, segun vos mismo, si, despues de las condiciones que habeis exigido, vacilarais aun en vuestra fe, y no os hallarais lleno de un profundo reconocimiento hácia un Dios, que, compadecido de la flaqueza de vuestra razon, ha quitado todo pretexto á la desconfianza. Sabed pues que su bondad ha hecho aun mas para vos. Meditad pues cuanto le debeis, y si es razon que dudeis, cuando debierais deshaceros en acciones de gracias

ARTICULO III.

La prueba de la verdad de la Religion Cristiana por la conversion y vocacion de san Pablo, adquiere mayor evidencia y robustez cuando se la compara con la vocacion y conversion de los Gentiles.

La prueba de la verdad de la Religion cristiana por la conversion milagrosa de san Pablo y por su vocacion extraordinaria al apostolado, aumenta asombrosamente en claridad y en importancia, cuando se penetran los motivos de este grande acontecimiento y sus relaciones con los designios de Dios sobre los Judíos y sobre los Gentiles. Para explicarme mejor necesito remontarme algun tanto en la materia, pero seré breve.

Mientras que los Judíos disfrutaban de la luz y eran el único pueblo que conocia al verdadero Dios, estaban los demás abismados en las tinieblas, y parecian abandonados (1). No se les enviaba ningun profeta; les eran desconocidas las Escrituras: habian perdido la memoria de la promesa del Mesias: no tenían parte alguna en la alianza hecha con los Judíos, y hasta estaban excluidos de ella por las condiciones de esta misma alianza. En una palabra, vivian verdaderamente sin Dios y sin esperanza en este mundo.

Jesucristo al venir á predicar á los Judíos, declaró que él no habia sido enviado sino á las ovejas de la casa de Israel, y durante su vida prohibió á sus Discipulos que llevasen la noticia del Evangelio á los Samaritanos y á los Gentiles. Verdad es que despues de haber resucitado alzó esta prohibicion, pero recomendando que empezasen por Jerusalem y por la Judea, y que no predicasen la salud á las naciones, sino despues de haberla predicado á aquellos á quienes se les habia prometido tantos siglos antes.

(1) Memores estote quod aliquando vos gentes eratis sine Christo, alienati á conversatione Israel, et hospites testamentorum, promissionis spem non habentes, et sine Deo in hoc mundo. Eph. 2. 11.

Los restos de Israel, salvados por gracia, escucharon á los Apóstoles; pero los demás fueron indóciles; rechazaron con desprecio y con indignacion la palabra de verdad, trataron de destruir en cuanto les fue posible las pruebas de la resurreccion de Jesucristo; y no pudiendo reducir al silencio á los que la habian presenciado, los persiguieron con un furor, mas ardiente aun y mas implacable, despues de haber derramado la sangre de Estévan.

Aquella ocasion misma escogió la misericordia de Dios para llamar los Gentiles á unos bienes de que los Judios se manifestaban indignos: mas para mostrar que su vocacion era extraordinaria, inesperada, y contraria en cierto modo al primer plan y al primer designio; llamó de una manera extraordinaria, inesperada y contraria á toda verosimilitud al que habia él resuelto darles por Apóstol.

Y como la vocacion de los Gentiles era aun mas gratuita que la de los Israelitas, la de su Apóstol debió ser aun mas ostensiblemente gratuita que la vocacion de los antiguos Discipulos: y para hacerse mas sensible semejante gracia, fue menester que Dios la concediese en el momento mismo en que san Pablo era mas indigno de ella.

Como los Judios se obstinaban en negar la resurreccion de Jesucristo, á pesar de las pruebas convincentes que de ella tenian, era conveniente que el mismo Jesucristo resucitado escogiese é instruyese al que debia anunciar su resurreccion á todos los demás pueblos con un éxito increíble.

En fin, como las naciones no tenian promesa alguna, ni la menor parte en la alianza, ni ligazon alguna con los antiguos patriarcas y profetas; estaba en el orden que su enviado desempeñase su mision sin concertar los medios con los primeros Apóstoles; que marchase solo á la conquista de las naciones, y que siguiera una ruta nueva, predicando, no obstante, las mismas verdades. Así lo traia su misma comision en formales palabras (1): « Levántate, le ha-

(1) Act. 26. 16. 17.

« bia dicho el Señor , pues yo te me he aparecido para cons-
 « tituirte ministro y testigo de lo que tú acabas de ver , y de
 « lo que te manifestaré en mis nuevas apariciones : y yo te
 « libraré de este pueblo y de los Gentiles , á los cuales ahora
 « te envío. »

ARTICULO IV.

Esta misma prueba se hace aun mas palpable é interesante cuando se compara la conversion y la vocacion de san Pablo con la vocacion y conversion futuras de los Judios.

Pero hay mas que observar todavía ; y Jesucristo , escogiendo á san Pablo al tiempo en que tenia las armas en la mano contra él , para perdonarle y para constituirle ministro de sus misericordias para con los Gentiles , atendia tambien á la futura reconciliacion de los Judios , de la cual quiso que fuese garantía y figura la conversion de su Apóstol.

Este Apóstol estaba furioso contra aquel á quien su nacion habia por tanto tiempo deseado. Le perseguia sin conocerle , le tenia por muerto cuando estaba sentado á la derecha de su Padre. Su desgracia venia de su obcecacion , y su obcecacion dimanaba de creerse él muy ilustrado. Figurábase entender las Escrituras que leia por entre el velo misterioso que Moisés habia puesto ante su cara , el cual encubria las profecias que tenian todas por objeto á Jesucristo. Era necesario reducir á este hombre á una saludable ceguera , que le hacia tomar las tinieblas por la luz , y quitarle por una luz divina lo que le engañaba , haciendo saltar de sus ojos las costras que le ocultaban la salud y la verdad. Fue preciso abatir á un presuntuoso que no conocia mas justicia que su propio albedrío , y que desconocia su propia debilidad y corrupcion. Convenia enseñarle que en Dios todo es gracia y misericordia , y que sin Jesucristo nada hay de provecho ni de salud.

San Pablo pues representaba á los Judíos en su primer estado , y les figuró tambien en el segundo. Porque era de la tribu de Benjamin , el último de los hijos de Jacob , tan amado de su padre , y tan tiernamente querido de José ; y que tan claramente señala los últimos Judíos que se unirán á la antigua fe de sus padres , y que adorarán al verdadero José , despues de haberle cedido á los Gentiles (1)

Por manera que san Pablo es el único Apóstol que nos ha descubierto el secreto de la conservacion de los Judíos. á pesar de su dispersion , y de su llamamiento á la fe que han abandonado. Es tambien el solo que ha advertido á los Gentiles que no olviden su primer origen , y que no se pongan en el lugar del primer olivo , del cual no son la raíz sino las ramas , y ni aun son las ramas naturales , habiendo sido llamados por gracia y contra el orden , sentados sobre un trono extranjero , al cual los Judíos , que son las primeras ramas , serán indudablemente restablecidos (2) , á pesar de su indignidad y de su furor contra Jesucristo , como las de Saulo , cuando habrá llegado el tiempo de su misericordia y de nuestra ingratitud.

Ved ahí pues como la conversion y apostolado de san Pablo se enlaza naturalmente con todo el plan de la Religion , en lo pasado y en lo porvenir , para los Gentiles y para los Judíos , de quienes es indistintamente la gloria y el consuelo , y cuyos intereses le son igualmente queridos.

Paréceme que despues de haberse presentado al pensamiento todas estas verdades , cualquiera se sentirá movido por un nuevo respeto hácia este Apóstol , y por una nueva admiracion del orden y de la serie de designios á que Dios quiso hacerle servir ; conociendo mucho mas íntima y firmemente la fuerza y la extension de la prueba que se saca de su conversion y de su Apostolado para mostrar la verdad de la Religion cristiana , cuyas partes se ven todas con

(1) Rom. 4. 4. etc.

(2) Ibid. v. 31. 32.

evidencia compendiadas en aquel grande y asombroso acontecimiento.

CAPITULO XIX.

Milagros obrados por los Apóstoles. — Certitud de estos milagros. — Ellos son una prueba convincente de los principales misterios de la Religion. — Esta prueba está al alcance de todo el mundo, y ahorra todo otro exámen. — Razones del orden que hasta aquí hemos observado. — Necesidad de entrar en el exámen de muchos milagros obrados por los Apóstoles. — Primero: Curacion milagrosa de un cojo de nacimiento, de mas de cuarenta años de edad. Segundo: Paralitico de ocho años, completamente curado con una sola palabra. Resurreccion de Tabitha. — Tercero: Eficacia de la sombra de san Pedro. — Cuarto: Mentira de Ananias y de Safira, castigada con una súbita muerte. — Quinto: Libertad milagrosa de san Pedro.

ARTICULO I.

Razones del orden que hasta ahora hemos observado. Necesidad de entrar en el exámen particular de muchos milagros obrados por los Apóstoles.

Con lo dicho hasta ahora no temo asegurar que la Religion cristiana está claramente demostrada por la certitud de los hechos esenciales sobre que se funda, y me he propuesto, no sin designio seguir este orden que he seguido para atacar la incredulidad por su fondo; y preparar las almas que proceden de buena fe á otras pruebas que tienen el mismo grado de evidencia y de certitud que las precedentes, pero que cada una de por sí no trae la decision del todo, aunque guarden con él una intima y evidente relacion, y hasta

producen el mismo efecto general cuando van unidas todas.

En este caso considero yo los milagros de los Apóstoles referidos en la Escritura, de los cuales algunos estan necesariamente enlazados con el cuerpo de la Religion, y otros tienen un objeto inmediato mas circunscrito, pero guardan con todo lo restante una secreta union. Y me hallo persuadido que si uno por uno se examinan, no podrá dejar de convenirse en su certitud, y concluir de esta la certitud de la Religion cristiana.

He dicho examinarlos uno por uno, y con alguna detencion, porque una mirada superficial no produce el mismo efecto; y observamos cada dia por experiencia que las personas que tienen dudas sobre estas materias son de ordinario habitualmente perezosas é indiferentes, que es necesario acompañarlos en sus investigaciones para sostener en ellas su constancia y aplicacion, que luego se cansa, y que sus reflexiones son lentas y débiles cuando son obra de sus propios trabajos, y algun otro no comunica á su espíritu un tanto de calor y de vida, tomando parte en sus racionios.

Este socorro pues mas necesario que apetecido, obliga á ciertas minuciosidades, que suelen disgustar á cierta clase de hombres, los cuales se quejan de lo corto como insuficiente y de lo extenso como que lo es en demasia; hombres que exigiendo y clamando por pruebas de la Religion, buscan pretextos para no hacer de ellas el menor uso. Pero hombres hay de diverso carácter y á estos tratamos de prestar algun servicio.

ARTICULO II.

Curacion milagrosa de un cojo de nacimiento, cuya edad pasaba de cuarenta años.

Entre los milagros de los Apóstoles, me detengo desde luego en el primero que se nos refiere. «Cierta dia Pedro y

« Juan (dice san Lucas) (1) subian al templo para asistir á
 « la oracion de Nona (2) y habia allí un hombre cojo desde
 « el vientre de su madre á quien traian y ponian todos los
 « dias á la puerta del templo llamada la Bella puerta, para
 « que pidiese limosna á los que allí entraban. Este hombre
 « así que vió á Pedro y á Juan entrar en el templo, les ro-
 « gó que le diesen alguna limosna. Y Pedro, que iba en
 « compañía de Juan, fijando la vista en este pobre mendi-
 « go, le dijo: Miranos bien, y él los miraba con atencion
 « esperando recibir de ellos alguna cosa. Entonces Pedro le
 « dijo: No tengo oro ni dinero: lo que tengo os lo doy: le-
 « vantaos en nombre de Jesus de Nazareth y andad. Y ha-
 « biéndole tomado por la mano derecha le levantó, y al
 « punto la planta de sus pies y la estructura de sus huesos
 « se enderezaron y pusieron firmes. Levantóse de repente,
 « y dió un salto; y entrando con ellos en el templo, cami-
 « naba, saltaba y bendecia á Dios.

« Todo el pueblo le veia andar y le oia bendecir á Dios; y
 « reconociendo que aquel era el mismo que acostumbraba
 « estar en la puerta Hermosa del templo para pedir limos-
 « na, llenáronse todos de admiracion y de pasmo por lo que
 « le habia sucedido. Y como este cojo, que se habia curado,
 « tuviese asidas las manos de Pedro y de Juan, todo el pue-
 « blo, sorprendido por aquella maravilla, corrió hácia ellos
 « al pórtico que se llamaba de Salomon. Lo cual como vie-
 « se Pedro, dijo al pueblo: ¡O Israelitas! ¿porqué nos mi-
 « rais como si por nuestro poder ó por nuestra santidad hu-
 « biésemos hecho andar á este cojo? El Dios de Abraham,
 « de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres ha glorifi-
 « cado á su Hijo Jesus, á quien habeis abandonado, y nega-
 « do delante de Pilatos.... Habeis hecho morir al Autor de
 « la vida, pero Dios le ha resucitado de entre los muertos,
 « y nosotros somos testigos de su resurreccion. Su poder es

(1) Act. 3. 4. etc.

(2) Que se hacia tres horas despues del medio dia.

« el que por la fe en su nombre ha robustecido los pies de
 « este hombre á quien veis y conocéis. Y la fe que viene de
 « él ha obrado delante de todos el milagro de una curacion
 « tan perfecta.

« Omíto lo restante del discurso: (1) pero mientras que los
 « Apóstoles hablaban al pueblo, los sacerdotes, el capitán
 « de las guardias del templo y los Saduceos vinieron allá,
 « no pudiendo sufrir que aquellos instruyesen al pueblo, y
 « le anunciasen la resurreccion de los muertos en la per-
 « sona de Jesus: y habiéndoles arrestado, los pusieron en
 « prision para interrogarles la mañana siguiente, porque
 « era ya tarde.... El dia siguiente los príncipes de los sacer-
 « dotes, los senadores y los doctores de la ley se reunieron
 « en Jerusalem, y Anás el gran Sacerdote, Caifás, Juan,
 « Alejandro y todos los que eran de la raza sacerdotal, ha-
 « biéndolos hecho comparecer á su presencia, les dijeron:
 « ¿Por qué poder, ó en nombre de quien habian obrado
 « aquella accion?

« Entonces Pedro, lleno del Espíritu Santo les dijo: prin-
 « cipes del pueblo, y vosotros senadores, escuchadnos. Ya
 « que ahora se nos pide cuenta del bien que hemos hecho á
 « un hombre estropeado de piernas, y que se quieren in-
 « formar del modo con que ha sido curado, os declaramos
 « á vosotros todos y á todo el pueblo de Israel, que por el
 « nombre de Jesus de Nazareth, á quien vosotros habeis
 « crucificado, á quien Dios ha resucitado de entre los muer-
 « tos, este hombre se ha curado, como vosotros estais vien-
 « do. Esta piedra, que nuestros arquitectos han desechado,
 « ha sido constituida por piedra angular, y no hay salvacion
 « sino por ella, porque ningun otro nombre debajo del cie-
 « lo ha sido dado á los hombres, por el cual debamos ser
 « salvos.

« Cuando vieron la constancia y la firmeza de Pedro y de
 « Juan, conociendo de otra parte que eran hombres sin le-

(1) Act. 4. etc.

« tras de lo comun del pueblo , quedaron atónitos ; porque
 « sabian tambien que ellos habian sido discípulos de Jesus ;
 « y como el que habia sido curado estaba con ellos presen-
 « te , nada tuvieron que oponerles . Mandáronles pues salir
 « de la asamblea , y se pusieron á deliberar entre sí , dicen-
 « do : ¿ qué haremos á estas gentes ? Porque ellos han obra-
 « do un prodigio conocido de todos los habitantes de Jeru-
 « salen . Esto es cierto , y no podemos nosotros negarlo . Pe-
 « ro para impedir que este rumor se extienda mas y mas
 « entre el pueblo , prohibámosles con grandes amenazas que
 « en lo sucesivo hablen á nadie en nombre de Jesus . Y ha-
 « biéndolos mandado llamar sobre la marcha , les prohi-
 « bieron el hablar en manera alguna , y el enseñar en nom-
 « bre de Jesus .

« Pero Pedro y Juan les respondieron : ¿ Juzgais vosotros
 « mismos si es justo delante de Dios el obedeceros á vosotros
 « mas bien que á Dios ? Porque en cuanto á nosotros , no
 « podemos dejar de hablar de las cosas que hemos visto y
 « oído . Y los despacharon con amenazas , no hallando me-
 « dio para castigarlos á causa del pueblo , porque todos da-
 « ban gloria á Dios por lo que habia sucedido . Porque el
 « hombre que habia sido curado de un modo tan milagro-
 « so , tenia mas de cuarenta años .

« Luego que se vieron libres , vinieron á encontrar á sus
 « hermanos , y les refirieron todo lo que los príncipes de los
 « sacerdotes y los senadores les habian dicho . Y habiéndolo
 « oído , levantaron todos su voz á Dios , unidos en un
 « mismo espíritu , y le dijeron : Señor , vos sois el Dios que
 « habeis criado el cielo , la tierra , el mar y todo lo que con-
 « tienen . Vos habeis dicho por el Espíritu Santo , hablando
 « en boca de nuestro padre David vuestro servidor : ¿ Por-
 « qué se han conmovido las naciones ? ¿ y porqué los pueblos
 « han formado vanos y quiméricos designios ? Los reyes de
 « la tierra se han levantado y los príncipes se han unido de
 « mancomun contra el Señor y contra su Cristo . Porque
 « vemos verdaderamente que Herodes y Poncio Pilato con

« los Gentiles y el pueblo de Israel se han juntado contra
 « vos, santo Hijo Jesus, á quien vos habeis consagrado con
 « vuestra uncion para obrar todo cuanto habiais decretado
 « en vuestro poder y en vuestro consejo que habia de obrar-
 « se. Considerad ahora, Señor, sus amenazas. Dad á vues-
 « tros servidores la fuerza de anunciar vuestra palabra con
 « una entera libertad; y extended vuestra mano para hacer
 « milagrosas curaciones, prodigios y maravillas en nom-
 « bre de vuestro santo Hijo Jesus. Cuando hubieron con-
 « cluido su plegaria, el lugar en que se hallaban reunidos
 « tembló. Y quedaron todos llenos del Espíritu Santo, y
 « anunciaban la palabra de Dios con confianza y con li-
 « bertad. »

Nada ha podido omitirse de este pasaje, en donde todo es esencial, y si algo hubiese yo suprimido, hubiera sido indispensable decirlo en otros términos que no hubieran podido igualar la augusta sencillez de la Escritura. Esta sencillez inimitable es la que ante todo me asombra y me conmueve; porque, á menos de ser guiado por el Espíritu de Dios, ¿cómo en medio de tantas cosas interesantes, se hubiera podido prescindir de todas las reflexiones, suprimir todas las alabanzas debidas á la sabiduría y á la intrepidez de los Apóstoles, no decir nada contra la voluntaria obstinacion de sus injustos jueces, no insultar su vana esperanza de sufocar un milagro, y la resurreccion de Jesucristo, de la cual era prueba incontrastable, por amenazas mas vanas todavía?

Considero, en segundo lugar, que todas las circunstancias estan de tal modo ligadas entre sí, y tan inseparables, que no se pueden admitir en parte, sin verse obligados á admitir todas las demás. Todo cuanto se dice del Templo, del Consejo de los Judíos, de los principales jefes de la raza sacerdotal, conviene exactamente á la época en este relato, en el cual se encuentran todos los caracteres posibles de verdad.

Considero, en tercer lugar, que el cojo lo era desde su

nacimiento: que tenia entonces cuarenta años: que cada dia tenian que llevarle á la puerta mas célebre y mas frecuentada del templo, para recoger allí algunas limosnas: que era conocido de todos los habitantes de Jerusalem: que el tiempo en que fue curado era el de una plegaria pública y de la inmolacion del segundo cordero, el cual se ofrecia entonces en holocausto por un mandato expreso é inviolable de la ley: que los testigos del milagro eran en gran número, y reunidos de diversos puntos de la ciudad: que el milagro quedó obrado en un momento, y que fue tan perfecto, que no solamente el cojo pudo andar, sino que retozaba de júbilo, no pudiendo dejar de tributar gloria á Dios, y de manifestar á los Apóstoles su reconocimiento: que al tiempo en que les detenia, asidas las manos como á sus bienhechores, todo el mundo se reunió en torno de ellos en el pórtico que llevaba el nombre de Salomon: que entonces fue cuando san Pedro en un segundo sermón convirtió cinco mil de su auditorio, los cuales junto con los tres mil que en el primer sermón habia convertido, compusieron como la base y el fundamento de la Iglesia de Jesucristo, tan rica en virtudes, y tan desasida de todos los demás bienes: que los sacerdotes y en particular los Saduceos, mas enemigos que los otros de la fe de la resurreccion, poniendo en prision al cojo y á los Apóstoles, añadieron al milagro una nueva certitud: y que el Consejo, interrogando á los Apóstoles en presencia del cojo, y contentándose con simples amenazas, acabó de poner el sello á la verdad misma que queria sofocar.

En cuarto lugar considero en esta historia rasgos verdaderamente divinos, é infinitamente superiores á las fuerzas que el espíritu humano puede sacar de su propio fondo. « Miradnos bien, dice san Pedro al cojo, no tengo oro ni plata, solo os doy lo que tengo. Levantaos en nombre de « Jesus de Nazareth, y andad. » ¡Qué dignidad! ¡qué imperio! ¡y al propio tiempo, qué desinterés y qué fe! Aquí no tanto habla el hombre como el Espíritu Santo: mas bien manda Jesucristo, que su ministro.

El pueblo reunido admira á Pedro y á Juan , como si ellos fuesen la principal causa del prodigio que acaban de obrar: pero escuchad á estos Apóstoles , y admirad mas aun su modestia que su fe. « ¡O Israelitas! dicen , ¿ porqué nos mirais « como si por nuestro poder ó por nuestra santidad hubié- « semos hecho andar al cojo? El Dios de nuestros padres « ha glorificado á su Hijo Jesus , á quien vosotros abando- « nasteis y negasteis á presencia de Pilatos. Pero Dios le ha « resucitado de entre los muertos , y su poder es el que , por « la fe en su nombre , ha obrado este milagro. »

Estos mismos hombres , presentados por la primera vez al tribunal mas augusto de la nacion , pero compuesto de enemigos de Jesucristo y de su memoria , y llenos de cólera contra sus discípulos , responden alli con una firmeza , y al mismo tiempo con una sabiduría , que , segun la promesa de Jesucristo , les son inspiradas de lo alto , y los elevan no solamente sobre aquel tribunal , sino sobre el mundo entero. « Ya que ahora se nos pide cuenta , dicen , del bien que he- « mos hecho á un hombre privado del uso de sus piernas , y « que se exige informe del modo que se ha curado ; os de- « claramos á vosotros todos , y á todo el pueblo de Israel , que « este hombre á sido curado á vuestra presencia , como ha- « beis visto , por el nombre de Jesus de Nazareth , á quien « habeis crucificado , y á quien Dios ha resucitado de entre « los muertos. » ¿ Hubo nunca una respuesta mas digna de la majestad de Dios , á quien ellos representaban , y de la verdad de la resurreccion de Jesucristo , cuyos testigos eran?

No teniendo sus jueces cosa alguna que replicar , emplearon las prohibiciones y las amenazas ; y semejantes amenazas , apoyadas por la autoridad é impulsadas por el odio , son algo mas que palabras. Pero ved lo que oponen á ellas estos hombres divinos : « Juzgad vosotros mismos , les di- « cen , si es justo á los ojos de Dios , el obedeceros primero « á vosotros que á Dios , pues en cuanto á nosotros , no po- « demos dejar de hablar de cosas que hemos visto y oido. » ¿ Es posible con menos palabras confundir la injusticia ,

sin ofender la autoridad legitima; mostrar un valor intrépido sin faltar al respeto; justificar su conducta, sin quejarse de la de los demás, elevarse sobre todos los hombres, todos los temores y todas las desgracias temporales, sin oponer á ellos sino el temor de Dios y la obediencia que le es debida?

Se les despide, al fin, despues de haber hecho nuevos esfuerzos para intimidarlos; y cuando dan cuenta á sus hermanos de las amenazas de los hombres, en vez de conturbarse y de vacilar, toda aquella piadosa asamblea se pone en oracion, y pide á Dios que aumente la fuerza y el valor de sus servidores, y que extienda su mano para multiplicar las curaciones y los milagros en nombre de su hijo Jesus: siendo vana contra él toda la resistencia de los hombres, y no debiendo servir la conspiracion de los principes y de los pueblos enemigos, sino para hacer mas célebre y glorificado el nombre de aquel, como él mismo habia predicho por sus profetas. ¿Hay nada en la historia misma de la Religion, que lleve mas grabado el carácter del espíritu de Dios, y que demuestre mas fe, mas piedad, mas persuasion, mas preparacion á sufrirlo todo y á sacrificarlo todo por la verdad?

Reúnanse ahora todas estas reflexiones, ó diremos mejor todas las circunstancias sobre que se fundan, y júzguese imparcialmente si haciendo un buen uso de la razon, puede semejante milagro ser mirado como dudoso, y si, confesando que tiene todas las pruebas posibles de verdad, se puede vacilar todavia acerca los puntos esenciales de la Religion cristiana, de la que es una prueba tan evidente? Pues se obró en nombre de Jesucristo, crucificado, resucitado, predicho por los profetas, único Salvador é Hijo de Dios.

El haberme extendido algun tanto sobre este primer milagro ha sido para ahorrarme largas reflexiones en los demás, pues las consecuencias son las mismas; y para manifestar á los que buscan de buena fe como instruirse, cuan

fácil y corto es el camino por la historia misma de la Religión cristiana, pues un solo hecho bien comprendido prueba todos los demás, y no hay necesidad de raciocinios abstractos de que no son capaces la mayor parte de los lectores, cuando los principales misterios de Jesucristo están demostrados por pruebas sensibles que están al alcance de todo el mundo. Así debía permitirlo Dios, para que la verdad de su Religión, cuya fe había de salvar á todos, fuese accesible á la comprensión de grandes y de pequeños, de sabios y de ignorantes.

ARTICULO III.

Paralítico de ocho años enteramente curado con una sola palabra. Resurrección de Tabitha.

Durante un intervalo de paz, de que gozaban la iglesias de Judea, de Galilea y de Samaria (3), « visitando san Pedro de ciudad en ciudad á todos sus discípulos, vino á ver también los santos que habitaban en Lidia. Aquí encontró un hombre llamado Eneas, que ocho años había estaba postrado en una cama por estar paralítico. Dijo le Pedro: Eneas, el señor Jesucristo te cura; levántate, y hazte tú mismo la cama; y al momento se levantó. Todos los que habiaban en Lidia y en Saroná, le vieron, y se convirtieron al Señor. » El tiempo de la enfermedad mucho mas antiguo que el Cristianismo; la curación pronta y perfecta al solo nombre de Jesucristo; la notoriedad de este milagro; la conversión de dos pueblos que tuvieron de él un conocimiento cierto: he aquí una porción de hechos que no pueden ser sospechosos ni naturales; y la manera con que se refiere un suceso de tanta consecuencia, en términos cortos y sencillos, añade aun á la verdad un nue-

(4) Act. 9. 32. etc.

vo rasgo para reconocerla tal. Pero veamos otro hecho mas circunstanciado, y de alguna mayor importancia.

« Habia en Joppe entre los discípulos (4) una mujer llamada Tabitha, en griego Dorcas, llena de buenas obras y de acciones de caridad por las muchas limosnas que hacia. Mas acaeció en aquellos dias que, cayendo enferma, murió. Y lavado su cadáver, la pusieron de cuerpo presente en un aposento alto. Como Lidda está cerca de Joppe, oyendo los discípulos que Pedro estaba allí, le enviaron dos mensajeros, suplicándole que sin detencion pasase á verlos. Púsose luego Pedro en camino con ellos. Llegado que fue, condujéronle al aposento alto, y se halló rodeado de todas las viudas, que llorando le mostraban las túnicas y los vestidos que Dorcas les hacia. Entonces Pedro, habiendo hecho salir toda la gente, poniéndose de rodillas, hizo oracion, y vuelto al cadáver, dijo: Tabitha, levántate. Al instante abrió ella sus ojos, y viendo á Pedro, se incorporó. El cual, dándole la mano, la puso en pie. Y llamando á los santos ó fieles, y á las viudas, se la entregó viva. Lo cual fue notorio á toda la ciudad de Joppe, por cuyo motivo muchos creyeron en el Señor. »

¿Qué se querrá exigir para hacer cierto un milagro de esta naturaleza, que no se halle en este? San Pedro está ausente, y durante su ausencia muere Tabitha. Son enviados á Lidda en donde se encuentra el Apóstol dos hombres para suplicarle que venga, y durante el viaje de los tres, la muerte de aquella se hace mas indudable, y mas pública. Las viudas que la lloran y que estan por ello inconsolables, son testigos fuera de toda sospecha. San Pedro queda solo al lado del cuerpo, y despues de haber orado, resucita á Tabitha con una sola palabra. Las viudas y los demás discípulos la reciben en sus manos llena de vida. Toda la ciudad de Joppe es sabedora de este prodigio,

(4) Act. 36. etc.

y muchos de sus habitantes se hacen fieles. Esto está escrito por un autor contemporáneo, célebre entre los Cristianos, autor de uno de los libros del Evangelio, estrechamente unido con los Apóstoles y en particular con san Pablo, perfectamente instruido de lo que escribe, y conservando en su narracion una ingenuidad y una moderacion que no tienen ejemplo. Para resistirse á todo esto, seria menester haberse hecho una ley de no creer nada, y para un hombre de este carácter, todas las historias sin distincion serian inútiles.

ARTICULO IV.

Eficacia de la sombra de san Pedro.

« Los Apóstoles, dice el mismo historiador, hacian muchos prodigios y milagros entre el pueblo.... (1) de suerte, « que sacaban á las calles á los enfermos poniéndolos en « camillas y lechos, ó carretones, para que pasando Pedro, « su sombra tocase por lo menos en alguno de ellos, y que « dasen libres de sus dolencias. » Esta circunstancia particular de la sombra de san Pedro y de su eficacia para curar las enfermedades, es tan poco natural, y tan distante de que se atine en ella, que solo la verdad la pudo hacer verosímil, y solo la experiencia pudo hacerla imaginar. Porque los enfermos, estando al principio expuestos en las calles por donde habian de pasar los Apóstoles, á fin de recibir de ellos la curacion, ó por sus oraciones, ó por la imposicion de sus manos, ó por algun otro medio, experimentaron que la sombra de san Pedro tenia la misma virtud; y esta inesperada prueba se hizo despues el fundamento de su fe y de su esperanza, que empezaron verosíblemente así. Pero prescindiendo de esta conjetura, cuando mas nuevo es

(1) Art. 5. 42. et. 46.

el hecho , tanto menos sospechoso , y cuanto menos natural es el fingirle , mas justo es el creerle.

ARTICULO V.

Mentira de Ananías y de Safira castigada por una muerte súbita.

En otro lugar hablamos ya del castigo de Ananías y de Safira , su mujer , que concertaron entre sí el poner á los pies de los Apóstoles una parte del precio del campo que habian vendido , como si hubiese sido todo entero ; pero recuerdo ahora el modo con que la palabra de san Pedro quitó la vida á estas dos personas , porque el milagro fue de una parte muy estupendo , y de otra tan público , que no es posible obscurecerle. Ananías vino el primero ; y san Pedro , conociendo el fondo de su corazon , que él trataba de encubrir por una falsa apariencia de desinterés y de generosidad ; (1) « ¿Cómo , le dijo , Ananías te ha tentado Sa-
« tanás de mentir al Espíritu Santo , y de retener parte del
« precio de este campo ? ¿ Quién te quitaba el conservarle ?
« Y aunque le hubieses vendido , ¿ no estaba el precio á tu
« disposicion ? ¿ Pues á qué fin has urdido en tu corazon es-
« ta trampa ? No mentiste á los hombres , sino á Dios. Al oír
« Ananías estas palabras , cayó en tierra y espiró. Con lo
« cual todos los que tal suceso supieron quedaron en extre-
« mo atemorizados.

« No bien se pasaron tres horas , su mujer , que nada sabia
« de lo acaecido , entró. Y Pedro le dijo : Dime , mujer , ¿ es
« verdad que vendisteis el campo por tanto precio ? Sí , res-
« pondió ella , por este precio le vendimos. Entonces Pedro
« le dijo : ¿ Porqué os habeis puesto de concierto para tentar
« al Espíritu del Señor ? Aquí á la puerta tienes los que en-
« terraron á tu marido , y ellos mismos te llevarán á enter-

(1) Act. 5. 4. etc.

« rar. Al momento cayó á sus pies , y espiró. Entrando lue-
« go los mozos , encontráronla muerta y sacándola , la en-
« terraron al lado de su marido. Lo que causó gran temor en
« toda la Iglesia , y en todos los que tal suceso oyeron. »

Estos dos reiterados castigos , separados por un intervalo de tres horas , obrados en público , y con el objeto de intimidar á todos cuantos fuesen capaces de semejante disimulo , ¿ pudieron quedar desconocidos á los fieles de Jerusalem , ó considerados por ellos como indudables , si nada de esto hubiesen visto ? ¿ Pudo escribirlos san Lucas , viviendo san Pedro y los demás Apóstoles , es decir , cuando todo el mundo podia conocer su verdad ó su falsedad , si no hubiesen sido ciertas y públicas ? ¿ Y es verosímil que ni aun imaginarla pudiesen ? ¿ Hubieran acaso subministrado su idea la dulzura de la nueva ley y la caridad de los Apóstoles ? ¿ No quedamos sorprendidos tambien nosotros cuando leemos con que severidad una falta , siendo la primera , sin preceder aviso alguno , y que podia ser expiada por una confesion y por una penitencia saludable ; fue castigada dos veces , por una muerte súbita y pronta , que no dejaba al parecer lugar al arrepentimiento ? ¿ La hubiéramos juzgado de tal importancia , que mereciese una tan terrible indignacion ? Y si la hubiésemos reputado por muy criminal , hubiéramos hecho decir á san Pedro que Ananías y Safira eran libres de vender ó no vender su heredad , y libres tambien de quedarse todo el precio , y que su crimen consistia únicamente en su disimulacion ó amago que parecia querer poner á prueba la penetracion de los Apóstoles , y el conocimiento que estos tenian de las cosas ocultas ? Hay en esta historia tantas cosas , tan poco conformes con las ideas comunes de los hombres , pero tan dignas del espíritu de Dios que conducia á los Apóstoles , que prescindiendo aun de su notoriedad , deberíamos estar persuadidos que es cierta y divina.

ARTICULO VI.

San Pedro libertado milagrosamente.

El milagro que puso á san Pedro en libertad cuando estaba encarcelado, no fue obra suya; pero está tan íntimamente enlazado con la historia de la Religion cristiana, de la cual Heródes y los Judíos eran enemigos y perseguidores, y es tan imposible negarle, que se le debe mirar como un brillante y manifiesto testimonio dado por Dios á la verdad del Evangelio que san Pedro predicaba. La historia de este milagro es harto conocida; pero no me sería fácil reflexionar sobre su contenido, sino despues de haberla relatado en los mismos términos con que nos la refiere el Espiritu Santo.

« El rey Heródes empleó su poder para perseguir á algunos de la Iglesia (1) Primeramente hizo degollar á Santiago hijo de Juan. » No pueden emplearse menos palabras para describir una persecucion, cuyo principal autor era el rey mismo, y para referir el martirio del primero de los Apóstoles que le sufría, y que era uno de los tres á quien Jesucristo habia mas distinguido. Un historiador que pasa tan ligeramente sobre hechos de tal importancia no debe ser sospechoso de exageracion, ni de que busca fuera de la verdad materia de que escribir.

« Viendo Herodes que esto agradaba á los Judíos, hizo tambien prender á Pedro. Mas como eran entonces los dias de los Azymos, ó de Pascua, le encarceló, poniendo para guardarle cuatro piquetes de cuatro soldados cada uno, con la idea de hacerle morir delante de todo el pueblo despues de la fiesta de Pascua. Mientras estaba Pedro así custodiado en la cárcel, la Iglesia rogaba á Dios por él in-

(1) Act. 12. 4. etc.

« cesantemente. Pero la noche precedente al dia que Herodes habia destinado para su suplicio , durmiendo Pedro entre dos soldados , atado con dos cadenas , y guardando la prision las guardias que estaban delante de la puerta , aparecióse de repente el ángel del Señor , y tocándole por él lado , le despertó y le dijo : Levántate luego , y al punto las cadenas cayeron de sus manos. Y el ángel le dijo : Ponte tu ceñidor y cálzate tus sandalias. Hizolo así. Y añadió el ángel : toma tu capa , y sígueme. » Pormenores admirables para dejar en el espíritu del Apóstol una impresion mas viva de cada circunstancia , y para grabar en él un eterno recuerdo de todas ellas ; para mostrarle la atencion de Dios no solamente sobre su persona , sino sobre todo cuanto necesitaba ; y para manifestarle con que sosiego le libraba de tantos peligros , y como era el árbitro de los que le tenian en sus manos. « Pedro salió siguiendo al ángel , bien que no creia ser en realidad lo que este hacia , antes se imaginaba ser un sueño todo cuanto estaba viendo. Pasada la primera y segunda guardia , llegaron á la puerta de Hierro que sale á la ciudad , la cual se les abrió por sí misma. Salidos por ella , caminaron hasta lo último de la calle , y súbitamente desapareció de su vista el ángel. Entonces Pedro vuelto en sí dijo : Ahora sí que conozco que el Señor verdaderamente ha enviado su ángel , y librándome de las manos de Herodes , y de la espectacion de todo el pueblo judaico. »

Dejo á parte la sinceridad y la sencillez de la narracion , tantas veces observada , y siempre mas digna de admiracion ; porque ¿ cómo puede dejar de sentirse en el fondo del alma la verdad que se trasluce al través de tan candorosa sinceridad ? ¿ Es este acaso el estilo con el cual inventan los hombres ; cuentan las falsas maravillas ? ¿ No se ve aquí que Pedro , el mismo Pedro , tiene dificultad en creer que el milagro sea real , bien lejos de fingirle , y que en vez de tomar un sueño por la verdad , toma al contrario por largo tiempo la verdad por un sueño ? Pero acabemos.

« Y despues de algunas reflexiones , encaminóse á casa de
 « Maria madre de Juan por sobrenombre Marcos donde mu-
 « chos estaban congregados en oracion. Habiendo pues lla-
 « mado á la puerta del zaguan , una doncella llamada Rodé
 « salió á observar quien era. Y conocida la voz de Pedro ,
 « fue tanto su gozo, que en lugar de abrir, corrió dentro con
 « la nueva de que Pedro estaba á la puerta. Dijéronla: Tú es-
 « tás loca. Mas ella afirmaba que era cierto lo que decia.
 « Ellos dijeron entonces : Sin duda será su ángel. Pedro en-
 « tretanto proseguia llamando á la puerta. Abriendo por
 « último , le vieron , y quedaron asombrados. Mas Pedro ,
 « haciéndoles señas con la mano para que callasen , contó-
 « les como el Señor le habia sacado de la cárcel , y añadió :
 « Haced saber esto á Santiago y á los hermanos. Y partiendo
 « de allí se retiró á otra parte. »

Parece que estas cosas se estan viendo , tal es la natura-
 lidad con que se refieren. Y seria menester no tener el me-
 nor gusto para saborear la verdad , si no se reconocia esta
 en el transporte de júbilo de Rodé , en la poca verosimili-
 tud que hallan en su relato los mismos á quienes lo partici-
 pa , y principalmente en la manera con que el Apóstol da
 cuenta de la libertad que ha conseguido , encargando á los
 asistentes el participarlo á Santiago y á los hermanos , y
 retirándose con prudencia para no quedar expuesto al pe-
 ligro de que Dios acababa de libertarle milagrosamente.

« Luego que se hizo de día , era grande la confusion en-
 « tre los soldados , sobre que se habria hecho de Pedro. He-
 « rodes , haciendo pesquisas de él , como no le hallase , he-
 « cha la sumaria á los de la guardia , mandóles llevar al su-
 « plicio. » Poco despues fue herido el mismo Herodes por el
 ángel del Señor , por no haber dado á Dios la gloria , y roi-
 do de gusanos , espiró en el instante mismo en que estaba
 arengando desde su trono á los Tirios y Sidonios , y engrei-
 do toleraba que en sus aclamaciones le dijesen que su len-
 guaje era el de un Dios , y no el de un hombre.

Ved abí el hecho en toda su extension , del cual no puede

omitirse parte alguna sin perjudicar á las demás , y que es fuerza ó admitirle ó desecharle todo absolutamente. Exáminese pues si habrá valor para negar que Herodes hubiese perseguido la Iglesia , que hubiese hecho morir á Santiago , que hubiese encarcelado á san Pedro para dar á todo el pueblo el espectáculo de su suplicio , despues de la fiesta de Pascua , que hubiese puesto en tortura á los soldados que le guardaban , que no habiendo podido descubrir nada por esta via , los condenó á muerte; que poco tiempo despues fue él mismo súbito ó invisiblemente herido , cuando su orgullo estaba mas satisfecho , como lo atestigua el historiador Josefo (1), aunque no conociese de que mano venia el golpe que le habia herido. Pero para mi objeto me basta el solo encarcelamiento de san Pedro ; pues que no podia escapar sino por un milagro del furor de Herodes y del odio de los Judios ; y si la prision es cierta , no puedo dejar de creer todo lo demás.

(1) Joseph. Antiq. 4. 49. c. 8.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

INDICE DEL TOMO SEGUNDO.

CAPITULO XXV.

Pág.

Sigue la misma materia.

ARTICULO I.	<i>Figura sexta.</i> Isaac.	4
— II.	<i>Figura séptima.</i> Adan dormido; Eva sacada de su costado.	3
— III.	<i>Figura octava.</i> Cordero Pascual.	5
— IV.	<i>Figura nona.</i> La entrada en el Santuario prohibida hasta á los sacerdotes, permitida una sola vez al año al Sumo Pontífice.	6
— V.	<i>Figura décima.</i> Sacrificio cuya sangre era llevada á lo interior del Tabernáculo.	8

CAPITULO XXVI.

Continuacion de la misma materia.

— I.	<i>Eigura undécima.</i> Macho cabrio omisario.	11
— II.	<i>Figura duodécima.</i> El sacrificio de la becerra.	14
— III.	<i>Figura decimatercia.</i> Sacrificio por los leprosos.	16
— IV.	<i>Figura decimacuarta.</i> Ciudades de asilo.	19
— V.	<i>Figura decima quinta.</i> Antigua alianza sellada por la sangre de los animales.	20
— VI.	Cuan conveniente sea la prueba de las figuras hasta aqui referidas.	23

TERCERA PARTE.

Pruebas de los principios de la fe cristiana por los libros del nuevo Testamento.

CAPITULO I.

Recapitulacion de las principales verdades establecidas en la parte precedente.

ARTICULO I.	Resúmen de los puntos esenciales hasta á la promesa del Mesías.	25
—	II. Resúmen de las pruebas de que ha venido el Mesías.	28
—	III. Resúmen de las pruebas de que Jesucristo es el Mesías.	31
—	IV. La incredulidad de los Judíos convertida en prueba.	32
—	V. Lo que mas contribuyó á la ceguera de los Judíos, es lo que debía darles mas luz.	34

CAPITULO II.

Reflexiones importantes sobre las profecías cumplidas por Jesucristo.

—	I. Si un solo profeta hubiese predicho todo lo que Jesucristo ha hecho, ó sufrido, el milagro seria muy grandioso y la prueba seria divina.	37
—	II. El milagro es mucho mayor cuando muchos profetas separados por los lugares y tiempos predijeron lo que hizo y sufrió Jesucristo.	38
—	III. Por medio del cumplimiento de las profecías, todos los seductores quedan convencidos de impostura.	40
—	IV. La prueba fundada en el cumplimiento de las profecías va adquiriendo cada dia nueva fuerza.	44

CAPITULO III.

Exámen de los libros que los cristianos miran como divinos.

—	I. Los autores de los libros cristianos son todos con-
---	--

	temporáneos: ninguna otra historia fué escrita por tan gran número de autores contemporáneos.	42
ARTICULO II.	Todos ellos fueron testigos oculares.	44
— III.	Prueba primera: de que son contemporáneos. . .	46
— IV.	Todos los hechos históricos y todas las circunstancias lo atestiguan.	48
— V.	Sus libros han sido citados por Autores contemporáneos de Apóstoles.	49
— VI.	La Iglesia ha discernido siempre las escrituras sinceras de las supuestas.	50
— VII.	No ha permitido que las verdaderas sufriesen alteracion.	54
— VIII.	Es mas antigua que las Escrituras, y solo ha admitido las que se conformaban con la doctrina de los Apóstoles.	57
— IX.	Certitud de las Escrituras fundada sobre la tradicion. En que sentido es verdad que sin la autoridad de la Iglesia no se creeria en el Evangelio. .	58

CAPITULO IV.

Pruebas de que en las Escrituras de los Cristianos todo es verdadero y sincero.

— I.	Pruebas generales de la sinceridad de los Evangelistas y de los Apóstoles.	62
— II.	Pruebas particulares. Confesion de su primera ignorancia.	63
— III.	Reconocimiento que hacen de sus flaquezas. . .	64
— IV.	Conviene todos en lo esencial, sin haberse concertado de antemano.	67

CAPITULO V.

El carácter divino de los Evangelistas, á ellos solos conviene.

— I.	Conténtanse con un relato sencillo y sin reflexiones, aun cuando estas parecen necesarias. . .	74
— II.	Semejante moderacion no es efecto del artificio, sino de una conducta sobrenatural.	77
— III.	Su sencillez y su aparente indiferencia, hablando de Jesucristo y de sus misterios.	82

	<i>Fág.</i>
ARTICULO IV. Es un doble prodigio que tan singular carácter sea el de todos los Evangelistas.	86
— V. Ninguno de los Evangelistas ni de sus discípulos ha hecho advertir su moderacion.	87
— VI. La diferencia entre el estilo figurado y animado de los profetas y el estilo sencillo de los Evangelistas prueba que unos y otros han sido llevados por el espíritu de Dios.	89

CAPITULO VI.

— I. Los Evangelistas han sellado con su sangre lo que escribieron.	94
— II. Fuerza de esta prueba.	95
— III. Si no hubiesen sido discípulos de Jesucristo no merecieran ser creidos.	96
— IV. Los milagros que refieren no pueden ser sospechosos.	99
— V. Dios reunió en los Evangelistas todo cuanto puede formar una persuasion perfecta.	100
— VI. Es tal el mutuo enlace de las Escrituras del nuevo Testamento que es fuerza admitirlas todas, ó desecharlas todas.	101

CAPITULO VII.

Pruebas de que el nuevo Testamento es divino.

— I. Porque los Evangelistas no imitan á los Profetas. §.	105
— II. <i>Prueba primera.</i> De la divinidad del Nuevo Testamento.	106
— III. <i>Prueba segunda.</i> Jesucristo comunicó á sus Apóstoles su autoridad juntamente con su sabiduría y su espíritu.	109
— IV. <i>Prueba tercera.</i> Los Apóstoles no han mezclado nada de humano en su doctrina.	111
— V. <i>Prueba cuarta.</i> Ellos mismos aseguran que eran inspirados.	112
— VI. <i>Prueba quinta.</i> Comparan la verdad de sus palabras con la certitud de las promesas de que es garante Jesucristo.	114
— VII. <i>Prueba sexta.</i> Asegura san Pablo haber recibido inmediatamente de Jesucristo el Evangelio que predica.	116

ARTICULO VIII. <i>Prueba séptima.</i> Es esencial á la verdadera Religion y á las Escrituras el ser divinas.	419
---	-----

CAPITULO VIII.

Pruebas de la resurreccion de Jesucristo.

— I. Por que razon comenzamos por este punto capital.	421
— II. No hay hecho alguno indudable que tenga tantas pruebas como la resurreccion de Jesucristo.	422
— III. No puede sospecharse en ninguno de los discípulos una credulidad precipitada.	424
— IV. Al principio no hicieron ningun caso de los mas ter- minantes testimonios.	425
— V. Aparicion de Jesucristo á la Magdalena.	429
— VI. Pruebas multiplicadas en la aparicion de Jesucristo á la Magdalena en el dia de su resurreccion.	430
— VII. Incredulidad de santo Tomás.	433

CAPITULO IX.

*¿Pueden los Apóstoles haber sido engañados con respecto á la
resurreccion de Jesucristo?*

— I. Lentitud de los dos discípulos de Emaús en ceder á las pruebas de la resurreccion.	435
— II. Orden de ir á esperar á Jesucristo en la Galilea. Mul- titud de espectadores.	438
— III. La aparicion de Jesucristo sobre las orillas del lago de Tiberiades. Dos pescas milagrosas.	442
— IV. Lo que sigue á esta aparicion, y que es peculiar á san Pedro.	446
— V. Conjunto de pruebas en las apariciones de Jesucris- to durante cuarenta dias.	449

CAPITULO X.

*¿Jesucristo debió mostrarse á otros que á sus Discípulos
despues de su resurreccion?*

— I. Razones para desear que las pruebas de la resur-	
---	--

	<i>Pág.</i>
reccion hubiesen sido públicas. Respuesta general.	452
ARTICULO II. Respuesta mas particular.	453
— III. Respuesta á todas las razones que se oponen.	456

CAPITULO XI.

Es inverosímil é imposible que los Apóstoles hubiesen tenido designio de engañar.

— I. El designio de engañar hubiera debido de ser el efecto de una conspiracion general, ó de la persuasion.	457
— II. Resúmese en la reflexion de uno solo, todo cuando debieron pensar los demás.	458
— III. Propónese en este discurso los medios necesarios para la ejecucion del proyecto.	462
— IV. Determinase en el mismo el tiempo preciso de la ejecucion.	465
— V. Se dice á los Apóstoles como deben estar dispuestos con aquellos á quienes habrán engañado.	466

CAPITULO XII.

Juicio de lo propuesto en el precedente capitulo.

— I. Prevenciones que hacen el designio de engañar enteramente inverosímil.	468
— II. Imposibilidad del secreto entre tantos cómplices.	470
— III. Aun cuando hubiese sido menor el número, todo secreto eterno es imposible.	472
— IV. Las persecuciones y los tormentos los hubieran hecho descubrir.	473
— V. Absoluta inverosimilitud en las suposiciones intíamente enlazadas con la ejecucion del proyecto.	475
— VI. La invencion de falsas apariciones de Jesucristo es absolutamente insostenible.	476
— VII. Observaciones sobre el relato resumido y sencillo de estas apariciones.	478

CAPITULO XIII.

Continuacion de las pruebas de que los Evangelistas no pudieron tener el designio de engañar.

ARTICULO I.	La resurreccion de Jesucristo era cierta desde la mañana del domingo. Mentira de los guardias.	480
— II.	San Pablo convertido por Jesucristo resucitado.	481
— III.	Cuan distantes estaban los Apóstoles de dar un falso testimonio contra Dios mismo.	483
— IV.	Si los Apóstoles no hubiesen esperado en Jesucristo sino por esta vida, se hubieran tenido por los mas infelices de los hombres.	486
— V.	Todos sus escritos estan llenos de testimonios de la firmeza de su fe, y de la inmovilidad de su esperanza.	487
— VI.	Tan distantes estuvieron del artificio y del disimulo, que quisieron que los Cristianos fuesen reconocidos por su candor y sencillez.	491
— VII.	La palabra de los Apóstoles mata á los mentirosos.	493
— VIII.	Antes de sospechar en ellos falsedad, debería haberse probado la falsedad de sus milagros.	495

CAPITULO XIV.

Certitud de la ascension de Jesucristo.

— I.	Union de las principales circunstancias de este misterio.	498
— II.	Cumplimiento de las predicciones de Jesucristo antes de subir al cielo.	203
— III.	La Ascension de Jesucristo predicha por los profetas y cumplida.	204
— IV.	Seria injusto el desear que hubiese tenido otros testigos.	205
— V.	Pruebas de la sinceridad de los Evangelistas con respecto á este misterio.	206
— VI.	Imposibilidad de que hayan inventado las predicciones y las promesas de Jesucristo.	207
— VII.	Nuevas pruebas de que nada han ellos añadido.	208
— VIII.	Modestia de los Evangelistas.	209

	<i>Pag.</i>
ARTICULO IX. Moderacion y celo de los Apóstoles y de los Evangelistas. Diferencia en los autores del Nuevo Testamento de cuando hablan como historiadores y cuando instruyen.	211
— X. Una impresion de la certitud de la ascension de Jesucristo al Cielo en los Apóstoles y en los discipulos.	214

CAPITULO XV.

Verdad de la resurreccion, de la ascension y del supremo poder de Jesucristo demostrada en el descenso del Espiritu Santo.

— I. Diferencia entre este misterio, y los que no tuvieron por testigos sino los discipulos de Jesucristo.	216
— II. Observaciones sobre el descenso del Espiritu Santo.	217
— III. Si es cierto este suceso, todo lo que respeta á Jesucristo es indudable.	218
— IV. <i>Prueba primera.</i> El don milagroso de lenguas.	218
— V. <i>Prueba segunda.</i> El súbito valor de los Apóstoles.	220
— VI. <i>Prueba tercera.</i> El conocimiento sublime en los Apóstoles de las Escrituras.	227

CAPITULO XVI.

Continuan las pruebas del descenso del Espiritu Santo.

— I. <i>Prueba cuarta.</i> Milagrosa docilidad de muchos Judios á la palabra de los Apóstoles.	229
— II. <i>Prueba quinta.</i> Desinterés que muestra desde luego la Iglesia de Jerusalem.	231
— III. <i>Prueba sexta.</i> Manifiesto y sensible cumplimiento de las profecias acerca una Ley nueva é interior.	232
— IV. <i>Prueba séptima.</i> Maravillosas relaciones entre la Ley antigua y la Ley nueva.	234

CAPITULO XVII.

Pruebas de los misterios de Jesucristo por los dones milagrosos concedidos á las iglesias fundadas por los Apóstoles.

— I. <i>Prueba primera.</i> Multitud de estos dones milagrosos, públicos é indudables.	240
--	-----

	<i>Pág.</i>
ARTICULO II. <i>Prueba segunda.</i> Efusion de estos dones sobre Corne- lio y su familia.	243
— III. <i>Prueba tercera.</i> Efusion de estos mismos dones sobre los fieles de Efeso.	246
— IV. <i>Prueba cuarta.</i> Asombro y deseo de Simon el Mago.	247
— V. <i>Prueba quinta.</i> Reproches de san Pablo á los de Ga- lacia.	248
— VI. <i>Prueba sexta.</i> Instrucciones de san Pablo á los de Corinto.	250
— VII. Fuerza de un testimonio tan divino con respecto á Jesucristo y á la Iglesia cristiana.	258
— VIII. <i>Prueba séptima.</i> El poco caso que hacen los Apósto- les de estos dones milagrosos en comparacion de la caridad.	259
— IX. Carácter de la verdadera Religion, la cual tiene ya lo que sirve para demostrarla, y prefiere lo que la santifica.	261

CAPITULO XVIII.

— I. La conversion y la vocacion de san Pablo quitan todo pretexto á la incredulidad y á la desconfianza.	263
— II. Discurso sobre la misma materia.	268
— III. Conversion y vocacion de san Pablo, comparadas con las de los Gentiles.	274
— IV. Conversion de san Pablo, comparada con la voca- cion y la conversion futuras de los Judíos.	276

CAPITULO XIX.

Milagros obrados por los Apóstoles.

— I. Necesidad de examinar muchos milagros obrados por los Apóstoles.	278
— II. Curacion milagrosa de un hombre cojo de naci- miento.	279
— III. Paralitico de ocho años. Resurreccion de Tabitha.	287
— IV. Eficacia de la sombra de san Pedro.	289
— V. Mentira de Ananías y de Safira, castigada con súbi- ta muerte.	290
— VI. Milagrosa libertad de san Pedro.	292

FIN DEL INDICE DEL TOMO SEGUNDO.

1. El problema de la existencia de Dios en la filosofía medieval 275

2. El problema de la existencia de Dios en la filosofía moderna 285

3. El problema de la existencia de Dios en la filosofía contemporánea 295

4. El problema de la existencia de Dios en la filosofía actual 305

5. El problema de la existencia de Dios en la filosofía futura 315

6. El problema de la existencia de Dios en la filosofía universal 325

7. El problema de la existencia de Dios en la filosofía particular 335

8. El problema de la existencia de Dios en la filosofía regional 345

9. El problema de la existencia de Dios en la filosofía local 355

10. El problema de la existencia de Dios en la filosofía personal 365

CAPITULO XXII

I. El problema de la existencia de Dios en la filosofía personal 375

II. El problema de la existencia de Dios en la filosofía personal 385

III. El problema de la existencia de Dios en la filosofía personal 395

IV. El problema de la existencia de Dios en la filosofía personal 405

V. El problema de la existencia de Dios en la filosofía personal 415

CAPITULO XXIII

1. El problema de la existencia de Dios en la filosofía personal 425

2. El problema de la existencia de Dios en la filosofía personal 435

3. El problema de la existencia de Dios en la filosofía personal 445

4. El problema de la existencia de Dios en la filosofía personal 455

5. El problema de la existencia de Dios en la filosofía personal 465

6. El problema de la existencia de Dios en la filosofía personal 475

7. El problema de la existencia de Dios en la filosofía personal 485

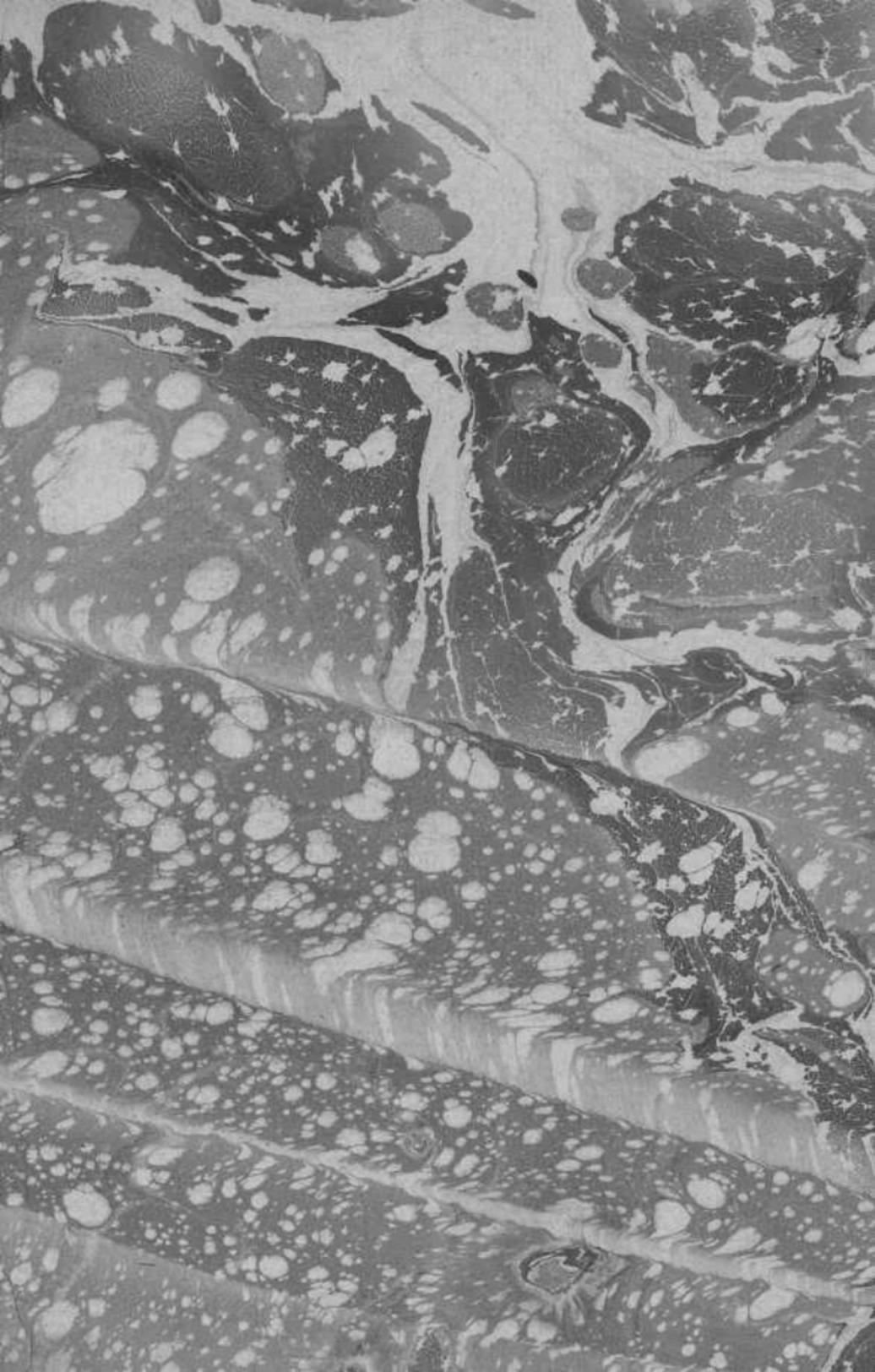
8. El problema de la existencia de Dios en la filosofía personal 495

9. El problema de la existencia de Dios en la filosofía personal 505

10. El problema de la existencia de Dios en la filosofía personal 515

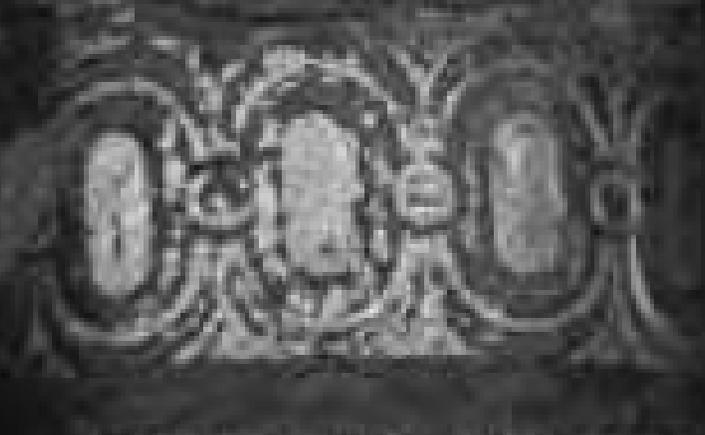








2



BIBLIOTECA
CATÓLICA



TRATADO
DE LA FE



2618

